



---

ME  
PERDÍ  
EN TU  
MIRADA

---

CLAUDIA  
VELASCO

# ME PERDÍ EN TU MIRADA

**Claudia Velasco**

## I

**CONDADO DE CAITHNESS, ESCOCIA, OCTUBRE 1610.**

Rosslyn Sinclair levantó la vista y miró a su suegra de reojo. Moira, con el ceño fruncido, le arrebató de un tirón la ropita del bebé y se la entregó a una de sus mujeres para que se ocupara de ella. Aunque se había pasado una semana entera lavándola, planchándola y dejándola perfecta dentro de su baúl con bolsitas de espliego para que oliera bien, la dama desechó su esfuerzo, como siempre ocurría, y mandó lavar y repasar las valiosas piezas de la familia otra vez, con gesto osco y maldiciendo por lo bajo.

—¿Están mal, milady?

—Podrían estar mejor, muchacha y ahora siéntate, no quiero que mi nieto nazca de pie.

—¿Cómo dice?

—¡Siéntate, Rosslyn, o vete a tus aposentos, haz lo que te plazca, pero deja de pasearte delante de mí como un fantasma!

Rosslyn cuadró los hombros y respiró hondo tragándose las lágrimas, miró con la barbilla bien alta a las criadas de su suegra, que la observaban con cara de burla, tragó saliva, se giró y caminó de prisa hacia su cuarto, el único lugar de ese castillo donde nadie entraba para llamarle la atención. Nadie salvo James, claro, James Sinclair, su flamante marido, quién tampoco hacía grandes esfuerzos por ser amable con ella.

—Malditos todos —masculló subiendo las escaleras.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta con un golpe seco antes de darse la vuelta y admirar lo ordenado que estaba, todo en su sitio sin la presencia de James, que era igual que un caballo desbocado, sin cabeza ni sentido común para respetar el trabajo de los demás, o el orden. Caminó hacia la gran cama y alisó la colcha de hilo que acababa de terminar. Era preciosa, estaba muy orgullosa de ella porque le había dado muchísimo trabajo, más de un año de ardua tarea, aunque ni siquiera su marido se hubiese percatado. Lo lógico en una casa donde nadie advertía tu presencia sino eras una Sinclair, no al menos una de verdad.

Los Sinclair procedían de la localidad gala de Saint-Clair-sur-Elle, pero habían llegado a Escocia en el siglo XII, concretamente en el año del Señor de 1162, cuando Henry de Saint-Clair de Roslin y su mujer, se establecieron en Lothian al conseguir tierras y feudos que le permitieron alcanzar una posición más que desahogada en la isla, entre ellos el condado de Orkney,

que les cedieron los propios reyes del mar del norte.

En año 1455 Henry Sinclair, tercer conde de Orkney, recibió de la corona escocesa el condado de Caithness y fundó la capilla de Rosslyn en 1446, por entonces era unos señores más que poderosos, aunque en 1470 el conde fue obligado a ceder Orkney al rey Jacobo III a cambio del castillo de Ravenscraig en Fife. Una pérdida muy injusta y motivada, le habían explicado a Rosslyn, por los celos que sentía el rey del poder de Sinclair en el mar del norte.

Esta cuestión política había supuesto un desastre para la familia Sinclair y el propio conde, aunque tantísimos años después provocó también un drama para otra persona, la propia Rosslyn Caird, natural de Orkney, segunda hija de un Ard Ghillean an-thighe, un noble escocés del norte leal al Clan Sinclair, que la había dado en matrimonio, a los doce años de edad, al tercer hijo de Henry Sinclair, James, un muchacho fuerte, valiente, pendenciero, incontrolable y demasiado guapo para ser un buen marido, decía todo el mundo, con la intención de afianzar la alianza con los Sinclair y de paso satisfacer al conde de Caithness, que soñaba con su antiguo feudo y que pretendía a través de ese matrimonio seguir perpetuándose en las islas.

Por supuesto a ella nadie le preguntó sus deseos al respecto, nadie, y se limitó a obedecer como correspondía a una dama de su clase, aunque solo era una niña. De este modo, a los doce años, la habían arrancado de su casa y de

su familia y la habían llevado hasta Caithness para vivir y aprender de su nueva familia, formarse como una gran señora y, sobre todas las cosas, complacer a su futuro marido, un esposo que la ignoraba y la miraba de reojo y con desconfianza.

Desde que se habían comprometido, hacía ya cuatro años, cuando él había acudido a Kirkwall con un pequeño séquito para recogerla, apenas se soportaban. En aquel momento los habían reunido en el salón principal de su casa y James, con su pelo cobrizo oscuro, sus enormes ojos color aguamarina y su imponente estatura, había mostrado tal desprecio hacia ella, que se había jurado que jamás, en lo que le restara de vida, mostraría debilidad por ese hombre, o aprecio, y mucho menos amor, y lo cumplía a rajatabla, aunque en secreto su ingrato corazón se empeñara a veces en contradecirla.

Los casaron en cuanto ella cumplió los catorce años, cuando él tenía dieciocho, seis meses después de su primera sangre, y les había costado todavía otro año entero concebir a su primer hijo. Su suegra, Moira, que no la apreciaba en absoluto, mascullaba el disgusto a diario, hasta el feliz día en que el cirujano de la familia les confirmó, alabado sea Dios, que la joven esposa estaba encinta y que el niño nacería a principio de enero. Un mes frío, pero perfecto para un Caird, que eran rudos y resistentes a las bajas temperaturas, había pensado Rosslyn con ilusión, aunque se había callado el comentario para evitar reprimendas, porque cada vez que recordaba su tierra

o a su familia, su suegra y sus cuñadas le recordaban que ella era una Sinclair y que todo lo demás sobraba.

—¿Qué haces?! —gritó y se levantó de un salto al ver entrar a James hecho una furia en el cuarto, a su espalda lo seguía Beth, su doncella, y él ignoró la pregunta lanzándose como un poseso a revolver sus baúles y sus cosas a dos manos, tirando todo por los aires— ¡James Sinclair!, ¿qué demonios estás haciendo?!

—¿Dónde está?!, ¿Dónde la tienes?!

—¿Qué?!

—¡La maldita espada!, ¿dónde la tienes?, sé que las has sacado de mi propia herrería, ¡dámela!

—¿Cómo dices? —se puso en medio del cuarto con las manos en las caderas y la barbilla bien alta. James, enorme y fuerte como un coloso, caminó hacia ella echando chispas por los ojos, pero ella no se movió.

—Te has quedado con una espada —susurró masticando las palabras— Phillipe me lo ha confesado, ¿dónde la tienes?, ¡dámela, maldita sea!

—¿No puedo tener un arma?

—¡No!

—¿Por qué no?

—Mira, Rosslyn, no puedo abofetearte porque llevas a mi hijo... —miró su vientre hinchado y se pasó la mano por el pelo— pero si tengo que matar a tu doncella para que hables lo haré...

—Oh, milady... —Beth se tiró a sus pies llorando.

—Muy bonito, James, como te gusta asustar a los más débiles —se inclinó y levantó a Beth del suelo— está detrás de la cama, no veo cual es el problema, aquí todos tienen armas y tu padre me dijo que podía elegir cualquier regalo por mi cumpleaños.

—Pero no una maldita espada, ¡mujer! —fue hacia la cama, la arrastró como una pluma, se agachó y sacó la preciosa espada de su escondite— ¿para que la quieres?, ¿para matarme?

—¿Por qué no puedo tenerla?, en mi casa...

—¡Esta es tu casa! y aquí mi mujer no tiene espadas.

—¿Qué mujer?, ¿cuál de ellas? —lo soltó por puro impulso y lo miró con los ojos entornados. James Sinclair soltó una risa sarcástica y no se molestó en defenderse.

—No más espadas, no vuelvas a pedir una o tendré que matar al herrero.

—Quiero tener un arma, por mi seguridad —miró como él hacía amago de irse y se sentó en una banqueta cuando el bebé empezó a darle pataditas con mucha fuerza.

—De tu seguridad y de la de mi hijo ya me ocupo yo.

—¿Cuándo?, si nunca estás.

—¿Me echas de menos? —giró hacia ella sonriendo como solo él sabía hacerlo y Rosslyn se sonrojó.

—Eso jamás.

—Claro...

La miró solo un segundo más y abandonó el cuarto maldiciendo en gaélico y con la maldita espada en la mano. La levantó y sopesó que era más liviana de lo habitual, y más pequeña, Phil la había confeccionado siguiendo las instrucciones de Rosslyn y el resultado era inmejorable.

Maldita muchacha, acabaría por volverlo loco.

—¿Ya está? —Ewan, su mejor amigo, lo esperaba al pie de la escalera muerto de la risa— ¿ya le has quitado el juguetito?

—Es una bruja.

—Que te tiene embrujado.

—A la mierda con ella.

Ewan lo siguió con los ojos y se calló. James, a quién conocía desde la infancia, maldecía continuamente en voz alta a su guapa mujercita, aunque en el fondo de su corazón estaba loco por ella, enamorado como un adolescente,



y eso lo fastidiaba aún más, porque la muchacha era dura como una piedra. Un maldito trozo de hielo que lo trababa con una indiferencia difícil de tolerar.

Desde que había llegado a Caithness, Rosslyn Caird apenas sonreía y se mantenía la mayor parte del tiempo en silencio. Al principio pensaron que era normal, que echaba de menos a su familia, pero con el paso de los meses fueron descubriendo que Rosslyn era así para fastidiar a James. Ambos se pasaban la vida discutiendo, ignorándose y haciéndose desplantes, como dos críos estúpidos, aunque James Sinclair le había jurado una noche, borracho como una cuba, que su mujer era sensual y muy caliente en la cama, y que cuando estaban solos se devoraban sin hablar. Podían hacer el amor durante horas y horas sin que ella dijera una sola palabra, cosa que lo desconcertaba hasta la locura.

A Ewan le daba pena James, pero por otra parte creía que aquello era el pago por todos los virgos y corazones que había roto desde los trece años, cuando empezó a enloquecer a las mujeres que tenían la mala suerte de conocerlo, porque a James Sinclair, que era el mejor soldado de su padre, el más valiente y fuerte, lo amaba todo el mundo, sobre todo las mujeres, a excepción de su esposa, que cuando lo veía entrar a la hora de la cena en el gran salón, giraba la cabeza para no mirarlo.

—¿Qué demonios vas a hacer?! —Ewan MacDougal vio con horror como su

amigo tiraba la hermosa espada en la fragua. Phillipe, el herrero, frunció el ceño, pero no abrió la boca y los tres observaron con algo de congoja como la preciosa hoja empezaba a derretirse sin ninguna resistencia.

—No quiero que vuelvas a darle un arma a mi mujer, ¿queda claro?

—Sí, milord

—Muy bien, si quiere una daga, de acuerdo, pero primero deberé autorizarlo yo.

—Sí, milord.

—Deberá pedírmela, rogar por ella y ya veré si accedo —miró a Ewan y abrió mucho los ojos— ¿qué?

—No me imagino a Lady Hielo pidiéndote nada.

—Pues que se fastidie.

—¡Milord! —el mozo llegó corriendo y se le puso delante con la cabeza baja— es su hermano, lord Andrew.

—¿Qué le pasa?! —James se acercó al muchacho al ver sus ojos de pánico.

—Lo han traído moribundo, lo han herido, cazando... —balbuceó viendo como el menor de los varones Sinclair salía corriendo hacia la casa sin mirar atrás.

—¿Está muy mal? —Ewan se acercó y palmoteó la espalda del chico.

—Sí, muy mal, señor.

—Maldita sea.

—¿Y si se muere, qué pasará ahora, señor?

—No lo sé, Bob, no lo sé, pero mejor roguemos a Dios porque lord Andrew se cure lo antes posible —contestó pensando en la mala suerte que parecía rondar últimamente a los hermanos Sinclair— roguemos a Dios por que se ponga bien.

Hacia seis años William, el mayor de los hermanos, había muerto en el asedio de Ostende, en los Países Bajos, defendiendo la plaza en nombre de la reina Isabel I, que, en guerra con España, decidió enviar un amplio contingente de soldados y oficiales escoceses e ingleses al continente para apoyar a las Provincias Unidas de los Países Bajos en su tarea de defender aquella importante provincia de Flandes, sin mucho éxito, contra los fieros tercios españoles. Un asedio cruento que acabó con el triunfo de España en septiembre de 1604, gracias a las fuerzas comandadas por el general Ezpínola, y con la vida de William, quien, a sus dieciocho años, murió defendiendo la bandera de la soberana inglesa, pero gritando el lema de los Sinclair: “Confía tu obra a Dios” antes de caer en combate ejemplar, dijeron sus camaradas supervivientes, que fueron hasta Caithness para llevar a su padre, y a su esposa, su espada, su lonchinvar (la célebre hacha escocesa) y su tartán ensangrentado y sucio.

La pérdida casi mata al conde, que había superado la muerte de su primogénito gracias al amor de su familia, a su cabezonería y, sobre todo, a la esperanza de tener aún a dos hijos varones vivos y fuertes: Andrew y James, que venían a cimentar su estirpe y a espantar los continuos problemas sucesorios de su condado, sufridos desde su concesión por la corona escocesa en 1455.

—¿Quién fue? —James entró en la cocina y se dirigió a los caballeros y vasallos que rodeaban al herido— ¡¿quién fue?!

—Un virote perdido, milord —susurró Joeffrey, el escudero de Andrew, con la cabeza baja y a punto de llorar. James lo miró con atención y luego recorrió a los compañeros de la partida de caza de su hermano con los ojos entornados. Duncan, Henry y Greg, tres de sus mejores amigos con sus respectivos hombres, y Jonathan y Owen, sus insufribles cuñados. Esos dos permanecían en completo silencio y James vio perfectamente como Jonathan hacía un severo gesto a su escudero para que abandonara la cocina.

—¡Apartad! —la condesa y el cirujano llegaron cargados con vendas e instrumental médico y echaron a todo el mundo para atender al herido, mientras su mujer, la dulce Gwen, caía de rodillas a su lado rezando en voz alta— ¡todos fuera!, ¡Rosslyn ayuda un poco!

James vio aparecer a su preciosa mujer, embarazada de seis meses, y

quiso sacarla de allí, no era un buen sitio para una joven en su estado, y además estaba muy pálida, pero prefirió no intervenir en contra de su madre y salió a grandes zancadas detrás de Joeffrey, que parecía aún más abatido que su señor padre.

—¡Jeff!

—Sí, milord —el joven paró la marcha, se giró hacia él y bajó la cabeza.

—¿Cómo fue?, ¿qué pasó?

—Estábamos cerca, no muy lejos —el chico se tragó las lágrimas— lord Andrew se alejó con sus perros y cuando dejé de oírlos fui a buscarlo... ya estaba en el suelo, con un virote en el pecho, de atrás para delante. No vi cómo fue, milord, no oímos nada, fue demasiado rápido.

—¿Y quién demonios llevaba ballestas?

—Mire las armas de los señores, milord —dijo indicando con la cabeza hacia las caballerizas— todos llevan ballestas y sus sirvientes también.

—¿Y dónde está el virote?, hay que ver de quién es —susurró Ewan desde detrás de James.

—Lo tiene el cirujano, me imagino, señor.

—Iré a pedírselo —susurró James— ¿crees que fue un accidente, Jeff?

—Si lo hubiese sido, milord, el culpable habría dado la cara y aún nadie abre

la boca.

—Bien —le hizo un gesto para que se fuera y se quedó en silencio.

—¿Crees que alguien ha intentado matar a Andrew?

—¿Tú no, Ewan? —se giró hacia su amigo y se atusó el pelo.

—Los accidentes de caza son habituales.

—No en esta familia. Ya sabes que vivimos rodeados de traidores —buscó con los ojos a los maridos de sus hermanas y no los encontró, tampoco a ellas, y luego decidió volver a la cocina para pedir el virote al médico— ve a las caballerizas e intenta abrir los ojos, ya me dirás que escuchas por ahí.

\*\*\*

—El virote de una ballesta puede atravesar limpiamente una cota de malla a trescientos cincuenta metros de distancia, son muy potentes —susurró Rosslyn a James cuando terminó de ayudar a su suegra con el herido y se desplomó frente a él en la mesa del comedor. Él levantó los ojos y frunció el ceño— mi padre siempre lo decía, son muy peligrosos, en su mayor parte mortales y creo que deberíais ir preparándoos para lo peor.

—¿Qué demonios estás diciendo, mujer?

—Sólo intento advertirte, tu hermano está muy mal.

—El cirujano lo ha trasladado a su dormitorio, dice que es fuerte y que...

—Claro, yo solo estaba dando mi opinión, lo siento —se puso de pie con las manos en los riñones y bufó agotada. Había pasado horas limpiando al herido, ayudando al médico y consolando a Gwen, la mujer de Andrew, y no podía más.

—No des tantas opiniones y ordena que me sirvan algo de comer.

—Ordénalo tú, ¿no tienes boca?

—Ruega al cielo porque ese hijo que esperas sea una niña... —siseó alguien a sus espaldas y los dos se sobresaltaron. Miraron hacia el rincón más oscuro del salón y vieron a Faith, la viuda de William, mascullando con el rosario entre las manos— se han quitado de en medio a William, ahora a Andrew, seguirán contigo, Jamie y matarán a tu hijo si hace falta.

—¿Pero qué dices, mujer?, tu esposo murió en el campo de batalla.

—Sí y les vino muy bien, pero como tu padre ahora se niega a dejaros luchar por Inglaterra, han tenido que matar a Andrew en su propia casa.

—¡No hables así! —James gritó con un vozarrón oscuro y hasta Rosslyn dio un respingo— Andrew se pondrá bien.

—No, tu mujer tiene razón, morirá y quedarás tú como único heredero, prepárate para morir joven.

—¡Calla, pájaro de mal agüero!. Inglesa tenías que ser.

—Inglesa o no, digo la verdad y ya se lo vengo advirtiendo a tu esposa desde

hace meses, desde que la dejaste preñada.

—¿Por eso querías una espada? —James fijó todo su enfado sobre Rosslyn y ella se quedó muda— ¿le haces caso a esta loca?, está chiflada.

—Pues ha acertado en lo que respecta a Andrew, ella me advirtió que irían contra él.

—¡¿Qué sabes tú de eso?! —dejó la mesa y se acercó a su cuñada, bufando— ¿sabes algo que yo no sé?

—No, Jamie, tengo ojos y oídos y percibo el peligro, nada más. Vosotros sois demasiado soberbios para verlo, para escucharme, ¡malditos seáis todos los Sinclair!

—¿La cena, milord?

De repente aparecieron los criados y comenzaron a traer la comida. James se tragó el enfado y dejó que la demente de su cuñada se fuera corriendo hacia la capilla. Esa era su vida, estar en la capilla rumiando la pena por su viudez y su falta de hijos. Miró a Rosslyn y ella le hizo una pequeña venia antes de abandonarlo a su suerte en medio del inmenso salón.



Guardó el rosario en el bolsillo de su vestido y se puso de pie. Llevaban horas rezando entorno a la cama de Andrew, que cumplía ya tres días de agonía, cada minuto que pasaba con peor aspecto, mientras el médico y su madre hacían lo posible por ayudarlo. Sin embargo, el apuesto caballero languidecía entre las sábanas y según Rosslyn su herida tenía un aspecto espantoso, pero, como siempre, no podía manifestar nada de sus preocupaciones en voz alta, así que se limitaba a ayudar en todo lo posible y a rezar como las demás mujeres de la familia. Incluso se había ofrecido para cuidar de Moira y Fiona, las dos hijitas del enfermo, que deambulaban desorientadas por los pasillos del castillo, sin que su madre les prestara la más mínima atención. Las niñas le daban muchísima lástima y se las había llevado a sus aposentos para que durmieran con ella, aunque a James la idea no le hiciera la menor gracia.

—¿Qué hacen aquí? —soltó al ver a sus sobrinas durmiendo en dos camastros junto a su lecho matrimonial.

—Están asustadas por su padre.

—¿Y la madre?

—Con su marido —lo observó sacándose el kilt y la camisa de mala manera, dejando a la vista su cuerpo hermoso y fuerte, y se quedó quieta viendo cómo se metía en la cama de un salto.

—Sácalas de aquí, que duerman con Beth.

—No, para eso las hubiese dejado con su niñera.

—Vale, lo que digas —apagó la vela de un soplo y se giró para tocarla. Puso su enorme mano encima de su vientre hinchado y se quedó quieto sintiendo a su hijo. Le encantaba sentirlo y ese era el único momento en que podía hacerlo: a oscuras y a escondidas en su cuarto, porque Rosslyn no dejaba que la tocara en público. Sonrió satisfecho y luego se acercó buscando su boca.

—¿Qué haces?

—¿Tú que crees?

—¡No!

—¿No?, ¿no conoces tus deberes, mujer?

—Estoy rendida y las niñas están aquí al lado.

—Pues sácalas de aquí.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—¿Egoísta yo?, ¿y tú?

—¿No puedes prescindir de... de... por una noche?

—No.

—Hazlo por tu hermano, sus hijas nos necesitan y no deberíamos...

—Maldita sea —fue su áspera respuesta antes de darle la espalda para dormir.

Por supuesto, no se habían vuelto a dirigir la palabra. El pan de cada día, se miraban y empezaban a discutir, luego se dejaban de hablar y así hasta la próxima vez.

Miró a su cuñado febril en la cama, y pensó por un momento si en lugar de ser Andrew el que estuviera al borde de la muerte fuera James, y un escalofrío le recorrió la espalda. Ella amaba a su marido desde el fondo de su corazón, ese era su secreto y le costaba imaginar su vida sin él, además, sin James en el castillo, acabaría relegada en un rincón de la iglesia y loca como la pobre Faith, porque si allí alguien la respetaba un poco era solo gracias a James que, a pesar de todo, intentaba darle su lugar.

Apenas se miraban, pero ella lo honraba siempre con su comportamiento y su entrega a la familia, mientras él velaba por ella, la defendía y procuraba que estuviera bien. Era un acuerdo justo, un acuerdo que se rompería de inmediato si se le ocurría la mala idea de dejarla viuda y a merced de su familia.

Giró sobre los talones y caminó en silencio hacia la ventana que daba al patio central, abajo, en medio de un grupo de hombres, James y Ewan se entrenaban con sus escuderos. Él solo llevaba puesto su kilt nuevo, rojo, verde y azul, los colores de su clan, e idéntico al pañuelo que ella llevaba sobre los hombros. Eran del mismo tartán, él los había mandado a hacer de la misma pieza, un mismo tartán para los dos, como regalo por su dieciséis

cumpleaños.

Suspiró y volvió a fijar la vista en su marido, que llevaba el pelo suelto, lucía los músculos del torso brillantes de sudor y peleaba con furia contra su mejor amigo. Observó atenta como se desarrollaba el combate de espadas, que iba subiendo de tono a la par que los gritos y silbidos de sus hombres aumentaban. Por un momento tuvo miedo y se acarició el vientre preocupada, el bebé le dio una patada enérgica y ella ahogó una exclamación al ver como al fin derribaba a Ewan de un golpe seco, los aceros chirriaban y el fiel amigo caía al suelo muerto de la risa.

Estaba disfrutando a pesar del drama familiar que estaban viviendo a pocos metros del patio y ella se preguntó una vez más si James era demasiado optimista o simplemente un irresponsable. Respiró hondo viendo como estiraba el brazo hacia Ewan para levantarlo y como éste aceptaba la derrota con caballerosidad antes de que su prometida, la guapa Leslye MacKidd, le acercara un odre de vino para que se refrescara. Leslye era así, una dulce, sumisa y atenta chica escocesa capaz de arrastrarse por el lodo con tal de contentar a su prometido, algo que todo el mundo alababa continuamente, como si fuera una especie de ángel y no una muchacha de cabeza hueca con la que ella no podía entablar la más mínima conversación. Aunque todos en el castillo dieran por hecho que ambas tenían que ser buenas amigas, como James y Ewan, aquello era imposible.

Se apoyó en el alféizar de la ventana, algo mareada por el movimiento enérgico del bebé en su vientre y por el aire cargado de incienso del dormitorio de Andrew, y entonces la vio: la descarada hija del maestro armero, esa rubia tan exuberante que bebía los vientos por James. Se asomó mejor y pudo ver cómo la muchacha le acercaba agua y como él, semidesnudo y sudoroso, le regalaba una de sus legendarias sonrisas, tan coqueto como ella, presumiendo de músculos y fuerza. Bufó indignada y quiso apartarse, dejar de observarlos, pero no pudo porque una energía sobrehumana la obligaba a seguir ahí de pie, como una maldita espía.

Vio como él tomaba agua y charlaba con la chica, tan cautivador como jamás lo había sido con ella, permitiendo incluso que la mujer le tocara el abdomen desnudo con la mano abierta y, a pesar de la distancia, pudo percibir perfectamente como movía los dedos acariciándole el vello oscuro que cubría su pecho y como él se inclinaba para cuchichearle algo en el oído. Era humillante, pero no pudo dejar de mirar hasta que de repente James levantó los ojos claros y la pilló observándolo. Le sostuvo la mirada, burlón, hasta que Rosslyn dio un paso atrás, roja como un tomate.

—¿Qué hace? —Llewellyn, su cuñada mayor, gemela del fallecido William, se asomó al patio y movió la cabeza con reprobación— otra vez esa ramera, cualquier día le hace un bastarlo, Rosslyn, deberías ir haciéndote a la idea.

—No es asunto mío —contestó tiesa como un palo y al borde de las lágrimas.

—¿Ah no? ¿y entonces de quién? —Llewellyn la miró con lástima y le acarició el brazo— si Jonathan me hiciera algo parecido y de forma tan descarada, lo caparía, pero, en fin, eres tan joven. No llores.

—No lloro, es que no me siento muy bien.

—Claro, te comprendo, teniendo semejante marido. Mi hermano es una vergüenza, ¿quieres que se lo diga a mi madre?

—¿Decirme qué? —la condesa de Caithness se acercó a ellas sigilosa y se asomó a la ventana para ver a su hijo con esa mujercuela en medio del patio.

—Nada, milady.

—Es James, da vergüenza ajena, madre —intervino Llewellyn— no puede pavonearse con sus amantes como si tal cosa, está casado y su mujer, embarazada, deberías...

—Siempre le gustaron las rubias —susurró la condesa intentando herir un poco más a su nuera más joven, pero Rosslyn no se movió, seria y con la barbilla temblorosa.

—¡Madre! —protestó Llewellyn con los ojos muy abiertos.

—Si un hombre busca fuera de su cama lo que no tiene en ella, está en su derecho. James es joven y muy apuesto, está en la edad y si su esposa no es capaz de contenerlo, es su culpa —la dama se apartó de la ventana y caminó hacia el lecho de su hijo moribundo sin siquiera mirar a la aludida.

—Debo irme —susurró Rosslyn con los ojos llenos de lágrimas, tan humillada como impotente, porque no podía defenderse ni replicar, no en contra de su suegra, así que lo mejor era salir de allí cuanto antes— voy a atender a las niñas.

—Rosslyn —Llewellyn la siguió al pasillo— llamaré a Beth, debería acompañarte.

—Gracias... —sintió un dolor lacerante al final de la espalda y se pegó a la pared sujetándose el vientre— Dios bendito.

—¿Qué ocurre?

—No, lo... —quiso mirar a su cuñada a los ojos, pero no pudo, un mareo intenso le nubló la cabeza y la vista haciéndola perder el dominio de sus músculos. Se pegó más a la pared y cayó deslizándose por ella al suelo.

—¡Rosslyn!, ¡Rosslyn! —Llewellyn se arrodilló a su lado tocándole la cara. En seguida aparecieron las doncellas para darle agua.

—¿Qué le pasa ahora?!, Andrew necesita silencio —bramó la condesa al ver el revuelo— ¿no estará de parto?

—No, no creo, parece que ha sido una contracción ¿te sientes mejor? —

Rosslyn asintió y se agarró a la mano de Beth para ponerse de pie— ¿has roto aguas?

—No, ha sido un mareo.

—Bien, pues que se meta en la cama, no puede seguir por aquí —ordenó su suegra y su fiel Beth la llevó despacio hacia sus aposentos.

\*\*\*

—¿Qué le ocurre? —James Sinclair entró en su dormitorio haciendo ruido con las botas y la despertó. Beth se levantó de un salto y le hizo una venia antes de hablar.

—Se ha puesto enferma. La condesa la ha mandado a la cama, milord.

—¿Por qué no me habéis avisado?

—No creímos que le importara, milord.

James Sinclair guardó silencio asesinando a esa estúpida muchacha con la mirada: ¿cómo no me va a importar? —pensó— pero prefirió no hablar y acercarse a la enorme cama donde su mujer descansaba, blanca como un papel, entre las sábanas. Se puso a su lado con las manos en las caderas y habló sin ninguna ternura.

—¿Te ha visto el doctor?

—No.

—Lo voy a llamar.

—No, gracias. Ya estoy bien.

—¿Y que te ha pasado?



—Un mareo —se enjugó las lágrimas y escondió la cara en la almohada. James quiso abrazarla y consolarla, pero no se atrevió y bufó atusándose el pelo.

—¿Necesitas algo?

—A mi madre, mi cama y mi casa, quiero volver a mi casa —soltó y cerró los ojos para contener el llanto.

—Esta es tu casa.

—Eso no es verdad.

—Porque tú no quieres.

—No puedo seguir en un sitio donde no me quieren, quiero volver con mi familia.

—Si estás enfadada por...—carraspeó— lo que viste en el patio, yo...

—Me da igual lo que hagas con tus novias, James, no es asunto mío, aunque me humilles con tus actos... —se incorporó y vomitó en una palangana. Beth corrió para asistirle y él se sintió aún peor.

—Buscaré al médico.

Salió a grandes zancadas del dormitorio y se detuvo en el pasillo para mirarla otra vez, su cuerpo delgado y menudo sostenido por la doncella, que era la única persona que jamás la dejaba sola, su vientre hinchado, el pelo oscuro sujeto en una trenza y su preciosa cara bañada en lágrimas. Rosslyn

era hermosa, muy dulce, no había vuelto a mirar a otra con deseo desde que la había conocido, pero ella no lo sabía y él era incapaz de explicárselo porque su matrimonio se había convertido en un tira y afloja continuo, en una guerra soterrada de silencios y desconfianzas. Ni siquiera el embarazo los había unido, como él había supuesto, porque Rosslyn no lo amaba y no soportaba seguir a su lado, ni en Caithness, donde tras cuatro años de residencia seguía siendo una extranjera. Bajó la cabeza, impotente, y salió corriendo hacia las escaleras en busca del médico.

—¿Qué tiene, doctor? —le preguntó una hora después a MacAboy, el cirujano de su padre, que salió del dormitorio muy serio.

—Es muy joven, está triste y se siente sola, milord.

—¿Sola?, está rodeada de gente.

—No, milord, ella es una niña y está encinta, necesitaría a su madre, a su hermana, a alguien que cuidara de ella. Físicamente está bien, aunque trabaja demasiado, pero la melancolía la embarga, es habitual en algunas embarazadas, pero lo de su esposa me preocupa porque no puedo ayudarla.

—Debería estar feliz con su bebé —opinó Moira Sinclair acercándose a su hijo— es una caprichosa, una mimada, eso es lo único que ocurre.

—Jamás he oído a lady Rosslyn quejarse o pedir algo, excelencia —contestó el médico con educación. Él apreciaba a la joven, que era muy servicial y que

muchas veces se había ofrecido para ayudarlo en su arduo trabajo con la gente del castillo— no creo que sea el caso.

—¿Y que sugiere, doctor? —intervino James pensando en que era cierto, su mujer nunca pedía nada, ni se quejaba y seguía cumpliendo con sus tareas a pesar de su avanzado estado de gestación.

—Mandadla a su casa hasta que nazca el bebé y luego volverá mucho mejor, milord.

—¡No!, un Sinclair tiene que nacer en sus tierras —bufó la condesa— Y ya está bien, Andrew nos necesita, él sí está enfermo.

La dama agarró al cirujano de un brazo y se lo llevó hacia los dormitorios de su hijo mayor. James se quedó pensativo e incapaz de entrar a ver a Rosslyn. No soportaba verla llorar y no podía ayudarla, así que giró sobre sus botas y bajó a las caballerizas para buscar algo útil que hacer.

### III

—Ya le he dicho que el virote es mío, salió de esta fragua y es Sinclair, milord. Aunque la muesca esté medio borrada, esta pieza es nuestra —dijo una vez más el herrero con el virote roto en las manos— conozco mi trabajo.

—No lo dudo Phillipe, no te ofendas —James le quitó la pieza y le palmoteó la

espalda— mi padre solo quiere asegurarse.

—Ya le dije al conde que era nuestra.

—Bien, gracias.

Se alejó de la herrería con el virote en la mano, sin saber muy bien que hacer. Andrew había sido herido hacía cinco días, seguía vivo y la mayoría de los componentes de su partida de caza permanecían en el castillo para espantar sospechas, para que nadie pudiera acusarlos de mala intención en el nefasto accidente. Él ya había hablado con todos, largo y tendido, y ninguno podía aclararle los hechos, todos vieron a su hermano alejarse con sus perros, algo por otro lado muy habitual en Andrew, que era presuntuoso y osado a la hora de cazar, y luego lo habían visto abatido en el suelo con el famoso virote atravesado en el pecho. Lo habían alcanzado por la espalda y era probable que cualquiera de los cazadores hubiese sido el culpable, sin embargo, tres de los caballeros ya estaban descartados cuando comprobaron que el virote era acero de su propia casa, hecho por sus herreros. Aunque, por otra parte, cualquiera podía haberse hecho con virotes o flechas Sinclair, bastaba con haberle pedido a Andrew munición o haberla robado directamente.

Lamentablemente el origen del proyectil no les ayudaba lo más mínimo y a la par que su hermano agonizaba en la cama, sus dudas y sospechas crecían por la ausencia de respuestas a los detalles que rodeaban el accidente.

Nadie hablaba claro, nadie había visto nada y nadie podía explicar por qué habían salido a cazar con ballestas, cuando lo habitual y más noble era utilizar lanzas. Las dudas le carcomían el alma y los augurios de su cuñada Faith, en el comedor la noche del incidente, lo mantenían insomne y pensativo.

Cinco días después del hecho, seguían debatiendo en voz baja con su padre, que ya prefería creer en la versión del virote perdido, del hecho fortuito, para evitar emponzoñar la agonía de su heredero, sin llegar a ninguna certeza que les diera la paz. Ambos estaban inquietos y su madre, mucho más práctica, les había ordenado hacer su trabajo y rezar por Andrew, en lugar de andar buscando culpables. Ya era tarde para lamentaciones y lo mismo daba saber quién había disparado una ballesta en medio de una partida de caza.

—Hace veintitrés años George Sinclair mató de sed a su propio hijo entre estas cuatro paredes —Henry Sinclair miró a sus interlocutores y suspiró— en esta familia somos muy aficionados a disputarnos los títulos y a matarnos entre nosotros.

—Tal vez, excelencia, pero es absurdo pensar que un estúpido accidente de caza sea en realidad un intento de homicidio —Jonathan Murray, el marido de Llewellyn, su hija mayor, habló con su elegancia habitual— deberíamos desechar misterios y dejar de andar haciendo preguntas incómodas.

—¿Por qué? —James dejó su vaso de vino sobre la mesa y le clavó los ojos claros— a mí me sigue pareciendo extraño que un grupo de seis nobles saliera a cazar con ballestas, que mi hermano se alejara de la batida y que acabara malherido por la espalda.

—¿Sabes que me ofendes, y no solo a mí, con ese tipo de dudas?

—La duda no ofende a quién no tiene nada que ocultar— opinó el conde de Caithness.

—Seguramente tiene razón, excelencia, pero nuestros invitados, y nosotros, quiero decir Owen y yo, sentimos la sospecha sobre nuestras cabezas y eso es injusto, jamás haríamos daño a...

—¡Ya basta! —el noble se puso de pie y levantó la mano— si no tenéis nada de qué avergonzaros, dejad de quejaros como unas doncellas. Mi hijo yace moribundo y es normal que intentemos aclarar lo sucedido, más aún cuando ninguno de vosotros puede explicarnos de forma clara lo que pasó, o asuma su responsabilidad en este estúpido accidente.

—Sí, milord, por supuesto —Murray bajó la cabeza en señal de respeto a su todopoderoso suegro y dedicó una mirada asesina a James, que seguía observándolo con los ojos entornados— lamento no poder ser de más ayuda, pero haré lo que sea para aclarar los hechos.

—Muy bien. James ¿cómo está tu mujer?

—Bien, gracias, padre

—¿Cuándo dará a luz?

—Dentro de dos meses y medio o tres, aunque el médico opina que puede adelantarse.

—Bien, ojalá Dios nos mande un varón —levantó su copa y brindó. James miró de reojo a su cuñado y vio que no compartía el brindis con ellos, pero prefirió dejar pasar el mal gesto.

—¡Conde! —el mayordomo entró sin llamar a la biblioteca y James se levantó de un salto— la condesa os llama, se trata de lord Andrew...

Andrew George Sinclair falleció a los veintidós años el 12 de octubre de 1610, tras una semana de agonía. Su cuerpo estaba casi putrefacto cuando su madre y su esposa lo amortajaron y recibió sepultura en la cripta familiar, en el interior del castillo. Dejaba dos hijas, de tres y un año, y a una familia completamente desolada. James lloró su pérdida con auténtico dolor porque él quería y admiraba a su hermano que, aunque en vida había sido un arrogante pendenciero y juerguista, siempre había sido un hombre de honor, valiente, y un hermano cariñoso y fiel.

Los funerales duraron más de diez días y llegó tanta gente procedente de todos los rincones de Escocia, Gales e Inglaterra, que a Rosslyn no le quedó más remedio que levantarse de la cama, antes de que su suegra

siguiera quejándose en público de su holgazanería, y echar una mano a las mujeres de la casa.

Sus cuñadas Jewellyn y Arran, esta última se encontraba solo de visita en el castillo Sinclair con su marido Owen y su hija recién nacida, se apartaron de toda actividad abatidas por el luto, y se quedó sola ayudando a su suegra que, a pesar de su tremendo dolor, tuvo energías hasta el último momento para organizar la casa y dar órdenes a sus mujeres con la claridad de siempre. Rosslyn se puso a su servicio y juntas sacaron adelante casi dos semanas de duelo y actividad extra, mientras los hombres se emborrachaban en honor del muerto y acababan maldiciendo una y otra vez al virote perdido que había sentenciado a muerte al joven, hermoso y valeroso Andrew Sinclair, heredero legítimo hasta entonces, del título y las propiedades de su padre.

Ella estaba triste por Andrew, al que conocía bastante, porque siempre había sido amable, a veces hasta en exceso, porque continuamente andaba coqueteando con ella a escondidas de James, pero lo sentía sobre todo por su viuda Gwen, a la que no le quedaban demasiadas alternativas, salvo enterrarse en vida en la casa de sus suegros para criar a sus hijas y languidecer, penando por la pérdida de su joven esposo al que adoraba. Gwen era de Edimburgo, tenía apenas veinte años y ya estaba viuda, además, de una manera tan injusta e inesperada, que Rosslyn lloraba por ella a escondidas,



con mucha pena e incapaz de encontrar alguna palabra de consuelo que regalarle.

—Estás preciosa, pero cansada, ¿te has mirado en algún espejo? —su hermano Cameron la agarró de las manos y le dio un fuerte abrazo. Hacía al menos un año que no se veían y Rosslyn lloró tanto al verlo, que él empezó a asustarse— ¿estás bien? —ella asintió— ¿te tratan bien?

—¿Cómo están papá y mamá?, ¿Cassidy?

—Todos bien, cielo. Padre no pudo venir, pero te envían cientos de besos y abrazos, ¿para cuándo el alumbramiento?

—Dos meses y medio, si no se adelanta.

—Pues deberías estar descansando y no trabajando como una burra ¿no tienen servidores suficientes?

—Aquí todos colaboramos, Cameron, ya lo sabes, y hay tanta gente de visita, además, no me importa, así me distraigo. Pero ven, siéntate conmigo —lo llevó a un banco del jardín y se sentaron con las manos entrelazadas. Su querido hermano mayor había llegado para dar el pésame a los Sinclair y su sola presencia la llenaba de felicidad en medio de tantas desgracias— os he echado tanto de menos, podrías haber traído a Cassidy.

—Venía a un funeral, no a la fiesta de la primavera. ¿Qué tal con James?

—Todo bien, ¿cómo están Anne y las niñas?

—Bien, encinta otra vez —Cameron sonrió mirando el vientre hinchado de su hermana pequeña, pero se puso serio al ver sus hermosos rasgos tan marcados y las enormes ojeras que bordeaban sus preciosos ojos oscuros. Estaba en los huesos y muy pálida— ¿de verdad estás bien?

—Claro que sí, es el embarazo, ya empiezo a sentirme muy pesada. Qué alegría que vayáis a tener otro bebé, enhorabuena.

—¿Cuidan bien de ti?

—Sé cuidar de mí, Cameron, no te preocupes.

A pesar de las miradas reprobatorias de su suegra, que los observaba desde lejos, o de las actividades que la esperaban en el castillo, ese día Rosslyn olvidó sus obligaciones y se concentró en charlar y atender a su hermano, que además solía ser su único contacto directo con su añorada familia. Desde que la habían mandado a vivir a Caithness con los Sinclair, no había regresado a Kirkwall. A pesar de que su suegro le había prometido a su llegada que una vez al año podría reencontrarse con su familia, su suegra no veía bien ese viaje, alegaba que era un gasto innecesario, aunque no estaban lejos, y no la habían dejado ir a casa. James no había hecho nada por defender ese derecho y al final se había tenido que contentar con alguna visita de Cameron, que eran cada vez más espaciadas, porque él también tenía su familia y sus obligaciones.

—Llevo un día entero aquí y aún no he visto a tu marido, ni siquiera a la hora de la cena. ¿No se preocupa de cómo estás?

—No sé que estará haciendo, tienen muchos invitados.

—¿Y qué haces con eso? —le indicó el canasto enorme que llevaba apoyado en la cadera— no deberías cargar peso.

—Es ropa limpia, no pesa.

—Beth dice que James y tú apenas os habláis.

—¿Tienes a Beth de espía?

—Si es necesario, sí.

—Dios bendito —le sonrió y se agarró de su brazo para pasear camino de la casa.

—El médico me ha dicho que no es un embarazo sencillo, que estás bien, pero que el alumbramiento se puede adelantar, que debes cuidarte, ¿ni siquiera por esa razón se preocupa por ti?

—Si me pongo de parto, ya le avisarán.

—No se trata de eso, debería estar pendiente de su mujer, mimarte un poco.

—James no me quiere, Cameron, nunca me ha querido y con el paso del tiempo nuestra convivencia es cada vez más... —tragó saliva y bajó la cabeza— fría. Él tiene su vida, yo la mía y prefiero que así sea.

—¿Cómo? —detuvo el paso y la miró a los ojos— Es tu esposo, tiene la obligación de ocuparse de ti, juró ante nosotros y ante Dios que cuidaría de ti, y si no es capaz de cumplir con sus votos, tal vez deberías volver a casa, nosotros te atenderemos hasta el nacimiento del bebé.

—¿Tú crees que eso sería posible? —se le iluminó la cara durante un segundo, aunque en seguida desechó la idea— lady Moira jamás lo permitirá, dice que un Sinclair debe nacer aquí.

—Si no son capaces de tratarte como es debido, estoy en mi derecho de reclamarte.

—No quiero que te pelees con ellos por mi culpa, Cameron, ya bastante tengo con... —se calló de golpe y forzó una sonrisa— nada, no te preocupes.

—¿Con qué?

—Con haber conseguido vivir tranquila aquí, pasar desapercibida e intentar que se olviden de mí.

—¿Pero qué demonios estás diciendo?, ¿sabes que ahora que Andrew ha muerto, James es el heredero, que eres la próxima condesa de Caithness? Espero, y exigiré, que se te trate con el máximo respeto y atención.

—No te enfades, no me tratan mal y...

—No, Rosslyn, he podido hablar con Beth y hasta el cirujano ese, MacAboy, me ha dicho que estás muy triste. No estoy dispuesto a tolerar esto, no me

gusta ver a mi hermana de dieciséis años, embarazada y con este aspecto ¿te has visto?

—¿Tan mal estoy? —quiso quitar hierro al asunto y tragó saliva sonriendo, pero tardó poco en derrumbarse y echarse a llorar. Cameron la abrazó con un nudo en la garganta.

\*\*\*

—Pasa, James, nuestro querido Cameron Caird quiere hablar con nosotros —el conde de Caithness lo esperaba con su cuñado en la biblioteca. El segundo día de su visita al castillo, el joven Ard Ghillean an-thighe había pedido audiencia privada con el conde y de paso con él, al que no había podido ver en ningún momento desde su llegada, aunque no se había separado de Rosslyn en casi cuarenta y ocho horas— en realidad ya ha hablado conmigo y solo queda aclarar contigo algunos detalles.

—Cameron, bienvenido —saludó James extendiendo la mano con una sonrisa, aunque Caird devolvió el saludo con frialdad— gracias por venir.

—Llegué ayer, he estado con mi hermana todo el tiempo y no te he visto.

—Estamos muy ocupados con las visitas.

—Claro, he visto a mi hermana trabajar muchísimo.

—Bueno —el conde se levantó de su silla y habló sin preámbulos— Cameron ha hablado con tu esposa, con el médico y con su doncella, y cree que lo

mejor para Rosslyn ahora sería recibir cuidados especiales, es muy joven y ya ha tenido alguna molestia seria en el embarazo. Malestar del que yo no sabía nada.

—No es nada, lo dijo el médico y mi madre...

—Ha tenido dos episodios serios, al menos dos amenazas de aborto — interrumpió Cameron Caird, forzando una sonrisa— tal vez tú no has tenido ocasión de saberlo, pero te lo cuento ahora. He hablado mucho con el doctor MacAboy y me ha explicado las circunstancias de Rosslyn. Acaba de cumplir dieciséis años, es frágil, no ha sido un embarazo sencillo, ni siquiera al principio, sin embargo, no para de trabajar y estas últimas semanas el médico la ha tenido que visitar todos los días, está preocupado y comprenderás que yo más. Yo quiero a mi hermana y necesito que reciba toda la atención y el cuidado que se merece. Por supuesto, me preocupa vuestro hijo, pero más me preocupa su salud.

—Le damos toda la atención...

—Yo creo que no.

—¿Cómo dices? —James empezó a sentir una furia desatada subiéndole por el pecho. Furia mezclada con la vergüenza y el sentimiento de culpa.

—No me ha hecho falta sobornar a nadie para saber cómo es la vida de mi hermana aquí —dijo Cameron indignado y poniéndose de pie— todo el mundo

habla de ello. Desde el principio supimos que este matrimonio no estaba resultando sencillo, y lo obviamos, pero con ella embarazada el asunto no es tan simple. Estoy realmente conmocionado, ¿la has visto?, ¿alguna vez te molestas en mirarla?

—No voy a tolerar...

—¡Ya basta! —el conde se puso entre ambos y empujó a su hijo hacia la pared— no tengo tiempo para ocuparme de los problemas matrimoniales de mis hijos, no son asunto mío, pero sé que Rosslyn y tú no sois felices, al menos eso es lo que parece, y ahora que su hermano ha tenido la deferencia de venir a discutirlo conmigo, no puedo mirar hacia otro lado, así que he tomado una decisión y la vas a acatar, James, ¿queda claro?

—¿De que estás hablando, padre?

—Cameron se llevará a Rosslyn a Kirkwall, con los suyos, hasta el nacimiento del bebé. Hoy me ha recordado que le prometimos que iría con su familia al menos una vez al año y no se ha cumplido, así que ahora creo que es el momento perfecto para cumplir con esa promesa. Después de que tengáis a vuestro hijo, tal vez, podáis arreglar vuestras diferencias y vivir mejor.

—No quiero que mi hijo nazca lejos de mí.

—Ven a Kirkwall cuando quieras, cuñado, incluso puedes viajar ahora con nosotros y acompañar a tu esposa —Cameron Caird se sintió tan bien de ver su

cara de niño guapo contrariada, que a punto estuvo de aplaudir— No, claro, no digas nada, ya sé que no te viene bien, no te preocupes.

—¿Qué pasa aquí? —la condesa de Caithness, vestida completamente de negro, entró en la biblioteca, indignada. No sabía nada de esa reunión y al enterarse corrió para ver qué demonios ocurría a sus espaldas.

—Ayslynn se irá con su familia hasta el nacimiento de su hijo— contestó su marido frunciendo el ceño— según el médico necesita muchos cuidados y por lo que acabo de enterarme, parece que aquí es imposible ofrecérselos.

—¿Cómo?, ¿qué cuidados?, se queja sin motivos, es una niña caprichosa... —la dama se calló al ver la cara de odio de Henry Sinclair y buscó el apoyo de su hijo, que parecía confuso y hasta humillado— ahora el hijo de James es heredero al condado, debe nacer aquí, con su familia.

—Primero debe recibir cuidados, tener reposo y dejar de trabajar tanto para que el hijo de James nazca sin novedad, milady —puntualizó Cameron— nos ocuparemos de que esté perfectamente atendida.

—¿Insinúas que no se la atiende?, ¿qué trabaja más que yo o mis propias hijas?, esa muchacha es dura como una piedra y se queja hasta del aire que respira.

—Lo cierto es que ella no se ha quejado, condesa —respondió Cameron viendo con horror como el marido de su hermana no hacía nada por defenderla o



sacar la cara por ella— me ha hecho falta solo con verla y hacer dos o tres preguntas a vuestra familia o a vuestros sirvientes, y el doctor acabó por convencerme de que lo mejor para mi hermana es que se vaya con su familia y si su esposo, el conde, ha tenido la deferencia de permitirlo, me la llevaré inmediatamente. Si me disculpan... —hizo amago de irse y la condesa soltó una carcajada burlona.

—Sabe Dios que no la echaremos de menos, pero quiero a mi nieto de vuelta aquí en cuanto nazca.

—¡Madre! —gruñó James. Se sentía tan avergonzado como impotente y no fue capaz de mirar a la cara a Cameron Caird cuando éste abandonó la biblioteca con una venia.

—¿Cómo has sido tan estúpido para avergonzarme de esta forma? —bufó el conde de Caithnnes buscando los ojos claros de su hijo— ¿cómo no has sabido cuidar como es debido de la muchacha?, ¿no sabes que va contra mi honor?, ¿qué está bajo mi responsabilidad?, ¿qué su padre es un aliado valioso y fiel?

—James ha hecho...

—¡Cállate, Moira!, sé que no soportas a la muchacha y no sé por qué, será porque es más bella y noble que tus propias hijas.

—Henry —Moira Sinclair se puso la mano en el pecho y se sentó en una silla.

—Desde que llegó no la has tragado y sabe Dios que no tengo tiempo para estas bobadas, pero el que su hermano venga aquí y tenga que reprocharme, en mi propia casa, la vida que su hermana lleva entre nosotros es una vergüenza enorme, aunque ni tú ni tu hijo tengáis cabeza para entenderlo.

—No puedes tomar semejante decisión sin mi consentimiento —susurró James— me estás faltando al respeto, padre.

—Pues haber cuidado mejor de tu mujer.

—Lo he intentado.

—No es cierto ¿o crees que no sé que te acuestas con la hija del armero y con veinte como ella?, ¿que la dejas sola?, ¿que no le diriges la palabra?

—Eso no...

—¡Cállate James!, cállate por el amor de Dios. Cuando te casamos con ella te advertí que debías cuidar de tu mujer. Solo debías comportarte como un buen esposo, ser discreto y prudente, nada más.

—Ahora resulta que es una santa —comentó con sorna la condesa— ¿a ella no se le reprocha nada?

—Si yo he sido capaz de aguantar durante más de veinticinco años a una mujer como tú, Moira, seguro que tu hijo podía con una chiquilla como esa.

—No te atrevas de hablarme de ese modo, Henry Sinclair.

—Te hablo como me da la gana porque además tu deber era cuidar de ella y convertirla en una buena esposa, en una Sinclair, así que eres tan culpable de este desatino como el estúpido de tu hijo. Ahora, dejadme en paz los dos. ¡James! —él se detuvo aún confuso— antes que tu querida madre te diga lo contrario, ve a despedirte de tu mujer.

Rosslyn se puso tan contenta de las noticias que le trajo su hermano a la cocina, donde ayudaba con el almuerzo, que se apresuró a subir a su cuarto para preparar el equipaje con Beth. Cameron no quiso separarse de ellas y las ayudó en todo lo que pudo, mientras ella recibía las visitas de sus cuñadas, que acudieron a despedirse con grandes muestras de afecto. Rosslyn no sabía si Jewellyn y Arran eran sinceras, pero al menos parecían alegres por su vuelta a casa y eso lo agradeció. Gwen se echó a llorar desconsolada cuando le contó que se marchaba y Faith la agarró de las manos y le susurró: “Ya que puedes salir de aquí, no vuelvas”, palabras que ella aceptó sin abrir la boca.

En menos de dos horas tuvieron su baúl de viaje preparado y bajó acompañada de su hermano a despedirse del conde y la condesa, que no la miró a la cara en ningún momento. Esa mujer era insufrible, pensó Cameron, pero Rosslyn parecía estar acostumbrada y se tomó su actitud con normalidad, luego dijeron adiós al conde de Caithnes, mientras les preparaban el carruaje y acabó en las cocinas despidiéndose de gran parte del servicio, momento en que el apuesto James Sinclair decidió aparecer junto a

sus caballos para decirles adiós.

—Adiós, Cameron —le dio la mano a Caird y luego miró el aspecto arrebatador de Rosslyn, que vestía un hermoso traje en tonos beige. No había sido capaz de despedirse de ella a solas, como hubiese sido lógico, y llevaba dos horas esperando en la herrería a que no le quedara más remedio que dar la cara. Buscó sus ojos, pero ella miraba el suelo, apretando el neceser de viaje que llevaba entre las manos— adiós Rosslyn, espero que tengáis muy buen viaje, van cuatro guardias Sinclair de escolta hasta Kirkwall, así luego podrán traerme noticias de tu llegada.

—Gracias —puso un pie en el peldaño del carruaje y él volvió a hablar.

—Cuando nazca el bebé, yo... —tragó saliva como un idiota y ella giró la cabeza para clavarle los ojos oscuros— intentaré estar allí a tiempo.

—No te preocupes, James, cuando nazca el bebé se os avisará en seguida, no tienes que ir hasta Kirkwall. Adiós —giró la cabeza para ver a toda la gente que observaba su partida y suspiró recorriendo con la mirada las piedras de Girnigoe, al que había llegado a coger cariño, no en vano ese castillo había sido su casa durante cuatro años, aunque salir de ahí le pareciera un verdadero milagro. Sonrió a la gente que le dijo adiós con la mano y luego fijó la vista en Prudence, la hija del maestro armero, que la miraba desafiante desde una escalera, y sonrió con amargura. James se volvió siguiendo sus

ojos y bufó, contrariado.

—Yo no estoy de acuerdo con este viaje, Rosslyn, deberías saberlo, ha sido una decisión de mi padre.

—Muy oportuna para ambos, afortunadamente.

—Tú quieres irte —le sujetó la mano con que ella se agarraba al carruaje y habló bajito — nadie te ha echado.

—¡Rosslyn! —Cameron Caird la empujó dentro del carruaje y apartó a James entornando los ojos, se acercó a él y le susurró viendo como su hermana se desplomaba en el asiento llorando— espera a celebrar su marcha, por favor, al menos hasta que hayamos cruzado esas puertas.

—¿Cómo te atreves?...

Cameron saltó dentro del vehículo y ordenó emprender la marcha, los caballos relincharon con la presión del cochero y James Sinclair caminó unos pasos intentando ver la cara de su mujer, al menos un último cruce de miradas, pero fue imposible porque su hermano la tapaba a medias y ella volvía la cabeza para que no la vieran llorar.

—Al fin libre —bromeó Ewan tocándole la espalda— si no estuviéramos de luto, te invitaría a una buena juerga en casa de Meg.

—¿Pero qué demonios estás diciendo? —lo apartó de un empujón y Ewan trastabilló completamente desconcertado— idos todos a la mierda.

## IV

La condesa de Caithnnes presumía de conocer bien a las personas, de un sexto sentido excepcional para calar a todo el mundo. Ella presumía de esa habilidad suya y con su nuera, Rosslyn Caird, tampoco había fallado.

La muchacha, que a sus ojos era demasiado guapa para ser decente, había pisado el castillo de los Sinclair a los doce años con la barbilla alta y los hombros rectos, jamás había llorado en público por su familia u osado quejarse por su situación, como habrían hecho otras, como habían hecho sus otras nueras, Faith y Gwendolyn, que eran unas quejumbrosas mujercitas a las que había aprendido a manejar con un dedo al poco de conocerlas. No, Rosslyn era orgullosa y fuerte, incansable, y por más trabajo que le ordenaran o más tareas le encomendaran, ella se las arreglaba para sacarlas adelante, sin dormir si hacía falta, con esos ojos suyos, oscuros como la noche, firmes y secos de lágrimas, siempre dispuesta a superar todo lo que se le venía encima, aunque luego llorara a escondidas en su cuarto o en la iglesia, sola, o acompañada por esa doncella suya, Beth, que era igual de malcriada y terca

que su ama.

Moira no soportaba a Rosslyn, tal vez porque le recordaba a ella misma, porque no se dejaba dominar o porque había conseguido hechizar a su ojito derecho, su adorable James. Su hijo más deslumbrante, al que ella adoraba y al que odiaba ver mirar a escondidas a su mujer, con ojos de carnero degollado, mientras ella lo ignoraba ostensiblemente en público. Había miles de motivos para no soportar a la muchacha, pero el de más peso se lo guardaba en el fondo de su corazón, intentando diariamente encontrar fallos objetivos en el comportamiento de su nuera más joven, que justificaran su falta de aprecio por ella.

La chica era fuerte y valiente, una buena mujer para cualquier hombre, pero no para su James, al que fomentaba sus aventuras fuera del matrimonio, su falta de responsabilidad hacia el compromiso y ese desapego que manifestaba hacia su esposa.

—Worsworth me ha asegurado que la puedo acusar de abandono de hogar y solicitar el divorcio, la nulidad del matrimonio.

—Se ha ido con el consentimiento de padre, no puedes acusarla de nada, madre —Jewellyn levantó los ojos de su labor y sonrió con inocencia.

—Ya veremos...

—Hace una semana te opusiste a que se fuera ¿y ahora quieres castigarla por

irse?

—Lo que quiero es que no se salga con la suya. Nos ha puesto en una situación delicada de cara a su maldita familia, se quejó de nosotros, no es leal a los Sinclair, está claro, y no se merece volver a esta casa. No voy a regalarle el condado de Caithness por su cara bonita, se acabó, tuvo su oportunidad y no supo aprovecharla, es hora de buscar una mujer más digna para el heredero Sinclair.

—¿Y que opinará James? —preguntó Arran amamantando a su hijita de dos meses.

—Él hará lo que yo le diga.

—Estás muy segura de eso, madre.

—Conozco a mi hijo.

—Está desolado desde su partida, aunque lo disimule. Yo creo que la añora.

—Ay, Arran, hija mía, gracias al cielo que Dios no te ha llamado para ser la mujer de un gran hombre —Arran se puso roja y sintió ganas de abofetear a su madre, pero se limitó a bajar la cabeza, ofendida.

—Tú elegiste a mi marido, madre.

—Y es un buen chico, pero no será Señor de nadie, de eso se ocupa su hermano mayor, y me alegro, porque con una ingenua como tú a su lado, su vida no sería sencilla.



—Ya basta — Jewellyn se inclinó para acariciar las manos de su hermana, que empezaba a hacer pucheros, y volvió a la conversación inicial de su madre, que le interesaba mucho más— ¿por qué quieres deshacerte ahora de Rosslyn?, su familia es una buena alianza para padre y ...

—Yo jamás apoyé ese matrimonio.

—¿Y su hijo?

—Con el divorcio se lo quitaremos, será el heredero legítimo de Jamie, al menos estamos seguros que con esa madre será hermoso —se permitió bromear ante la cara de espanto de sus hijas— por el amor de Dios, es una cría, se casará antes de un año y le hacemos un favor, no soporta a vuestro hermano.

—Yo creo que lo ama —susurró Arran.

—Pues lo disimula muy bien. En fin, me voy a hablar con el padre Catwell por la misa funeral de Andrew.

La dama se fue entre el revuelo de faldas y el tintineo de las llaves que siempre llevaba encima y Jewellyn miró a Arran muerta de la risa. Aquello les facilitaba las cosas y estaba encantada. Esperó a que su madre estuviera lo suficientemente lejos y se inclinó hacia su hermana con una sonrisa.

—¿Te das cuenta?, voy a ir a buscar a Jonathan para contárselo, le encantará.

—¿Qué quieres decir?

—Qué si madre se mete en la batalla por este divorcio, estamos en el mejor camino para alcanzar lo que es justo, hermana, pareces boba.

—¿Por qué?

—Bah, da igual, tú tranquila, ahora vuelvo.

Salió hacia el patio central pensando que con James divorciado sería más fácil deshacerse de él. Estaba segurísima de que Rosslyn Caird no entregaría a su hijo, o hija, a los Sinclair, ese proceso podría tardar años y mientras tanto ellos acabarían con el estúpido de Jamie. Su heredero estaría lejos de allí y a ellos, que sí tenían un hijo varón de seis años, le darían tiempo a reclamar el título. Ella era la hija mayor y la más capacitada, además, su querido Jonathan sería el consorte perfecto, de hecho, era la mano derecha de su padre. El conde de Caithness confiaba en él, sin contar con su amistad personal con el rey Jacobo. Seguramente el soberano oiría su petición en cuanto se quitaran a James de en medio, y ya no habría nada más qué hablar.

Llevaba años trabajando en oposición de su hermano pequeño, poniendo a Rosslyn en su contra, más por divertimento que por otra cosa, y ahora el destino les daba semejante regalo. Era Perfecto. Llegó a la biblioteca y abrió la puerta, su marido trabajaba concentrado sobre unos papeles, pero subió los ojos al oírla entrar.

—Te traigo un regalito, amor mío.

## V

La lanza cruzó el aire siseando y abatió al jabalí de forma limpia, sus perros se apresuraron a rodear la pieza y James bajó de la montura de un salto. Hacía frío, llovía a raudales, pero él se quitó la capa y se quedó en mangas de camisa, se inclinó y acarició a Escarcha, su perro favorito, antes de inspeccionar al enorme jabalí con satisfacción, se incorporó y miró Ros, su escudero.

—Qué buena pieza, milord.

—Cargadla, volvamos a casa.

—Gracias a Dios —exclamó Ewan llegando hasta ellos— me están saliendo escamas.

—Calla, Ewan —rodeó al enorme animal y luego observó el campo verde. El ruido de la lluvia era ensordecedor y hermoso, y en medio del bosque aún más, suspiró y pensó en Rosslyn, a ella le gustaba la lluvia, la nieve, el frío. Era una muchacha del norte y cuando aún era una niña, antes de casarse, recién llegada a Caithness, la había llevado un par de veces de caza, en pleno invierno, y había disfrutado como ninguna de las chicas que él había

conocido hasta entonces. Sabía montar, era incansable y valiente, y recordó su risa fresca e infantil compitiendo con Andrew a galope tendido por el campo.

—¡Vamos! —gritó Ewan— quiero llegar sano a mi boda.

James asintió en silencio y montó a Robin. Añoraba muchísimo a Andrew. Su hermano le había enseñado casi todo lo que sabía y aunque solo se llevaban dos años, Andrew siempre había sido muy maduro para su edad y un tipo con una habilidad inmensa para todo. Él lo admiraba desde que tenía uso de razón y aún no podía concebir la vida sin él: su risa franca, sus bromas y sus buenos consejos. Andrew había sido un buen hermano mayor, incluso mejor que William, y se sentía muy solo sin él, sin él y sin su mujer, a la que buscaba cada noche en la cama, cuando estiraba la mano y no se encontraba con su piel de terciopelo y su cuerpo precioso y acogedor.

Rosslyn había partido hacía tres semanas camino de Kirkwall y su guardia había vuelto asegurándole que habían llegado sin novedad, el viaje había sido rápido y la travesía hacia las islas veloz y segura, a pesar del mal tiempo. Ella ya descansaba con los suyos y una vez más, pensar en ello, le provocó un sentimiento de frustración difícil de explicar con palabras. Por eso había decidido salir a cazar solo, para dejar de pensar y matar la furia que le crecía en el pecho (y entre las piernas, aseguraba Ewan), pero aquello tampoco había sido posible, porque sus hombres y su amigo no habían

accedido a dejarlo disfrutar de la soledad.

—¡Amor mío! —Leslye MacKidd, la prometida de Ewan, entró corriendo en las caballerizas donde desmontaban y organizaban los trastos de caza, y se lanzó a sus brazos gritando— creí que no llegabais a tiempo.

—¿Cómo no, vida mía?

—¿Me has traído algún regalito?

—Estaba cazando, no en Edimburgo, preciosa.

—Dame un beso, pues.

James miró de reojo como agarraba a su amigo y le plantaba un beso y sintió un puntito de envidia. Su mujer nunca le hablaba así, ni lo salía a recibir y jamás lo había besado en público, tiró la capa mojada al suelo y recordó cuando la había besado por primera vez. Ella tenía por entonces trece años y la había perseguido por el campo un buen rato hasta que al fin había conseguido aislarla, sin escapatoria, en aquel granero donde ella lo enfrentó con las manos en las caderas. Era una cría, pero preciosa ya y con mucho carácter.

—¿Qué quieres de mí, James Sinclair?

—Un beso, eres mi prometida y pronto serás mi mujer.

—Pues espera a que estemos casados.

—De eso nada, ven aquí.

—¡No!

—Soy tu señor, obedece.

—¿Te crees que soy una de las chicas de las cocinas?

Al final la había agarrado por la nuca y la había besado a la fuerza, separándole los labios con el pulgar para poder besarla en condiciones y ella había acabado mordiéndolo. Se habían reído de eso y a partir de entonces la besaba con frecuencia y Rosslyn accedía, y lo miraba a los ojos. Pero eso había sido al principio, antes de que empezara a tratarlo con frialdad y él a darle celos con otras mujeres del castillo. ¿Qué les había pasado? —pensó— ¿y por qué demonios se mortificaba con aquellas estupideces?

Agarró la espada y salió caminando hacia la casa, estaba cansado y entró en la cocina buscando calor y comida, se sentó en la gran mesa donde hacía más de un mes habían atendido a Andrew de sus heridas y sintió como se le revolvía el estómago. Agarró una jarra de cerveza y decidió subir a su cuarto.

—¡James!

—Madre.

—Cámbiate y ve a la biblioteca, tu padre necesita hablar contigo.

—¿Rosslyn? —se puso tenso.

—No, esto es importante.

Ignoró el comentario gratuito y fue directo a hablar con su padre, entró en la biblioteca y el conde lo miró de arriba abajo, a su lado, Jonathan escribía sobre unos documentos.

—Cámbiate y vuelve.

—No, padre, dime qué ocurre.

—Tienes que viajar conmigo a Londres, el rey me ha convocado y de paso presentaremos a sus ministros los documentos de la sucesión al condado. Dos pájaros de un tiro.

—¿Cuándo?

—Mañana, después de la boda de Ewan.

—Pensaba ir a Kirkwall dentro de quince días, el parto de Rosslyn...

—Pues no podrá ser, esto es importante y hay que hacerlo en seguida.

—¿Más importante que el nacimiento de mi hijo?, ¿no puedes esperar a principios de año?

—No serás el primer padre ausente en el nacimiento de sus hijos. Ya has hecho tu parte, ahora ella no te necesita para parir —el conde sonrió y miró a su yerno— Jonathan y tu madre de quedan a cargo y necesito que vengas conmigo, así que prepárate para viajar mañana.

—Le dije que iría.

—Mándale una carta, seguro que lo entiende.

—No creo que esté esperándote para el parto—opinó Jonathan Murray— pero si quieres, puedo mandarle un correo esta misma noche.

—¿Qué sabes tú si me espera o no? —les dio la espalda e hizo amago de irse— viajaré contigo a Londres y luego cogeré un barco directamente al norte.

—Me parece bien.

## VI

Se tocó el vientre y el bebé apenas se movió, llevaba un par de días muy quieto y la comadrona, la señora Douglas, le había asegurado que era porque estaba preparándose para nacer. Rosslyn sonrió y caminó hasta la ventana para sentarse en el alféizar. Nevaba en Kirkwall, estaban a 28 de diciembre, y hacía mucho frío, aunque su cuarto estaba muy bien caldeado por una chimenea de buen tiro que no se apagaba jamás.

Acomodó los cojines y pensó en el parto, no estaba asustada, pero cada vez que le hablaban de ello, se ponía nerviosa. Además, todas las mujeres que veía le contaban historias de terror sobre su primer parto y la miraban con pena al verla tan joven y delgada. Su madre decía que estaba perfecta, fuerte



y sana, y que las mujeres Buchanan, las de su familia materna, solían parir todas muy bien y con mucha fortuna.

Se miró la alianza de matrimonio, gruesa y con el escudo de los Sinclair grabado por encima y se la sacó, también el anillo de pedida, que llevaba una preciosa esmeralda engarzada en oro, y los dejó encima de la mesilla, las manos se le hinchaban por las tardes y no quería luchar por la noche para poder sacárselos. Los miró de reojo y recordó su boda, en la iglesia del castillo Sinclair Girnigoe, rodeados por mucha gente, y de cómo se sintió cuando James Sinclair le dio un beso en la frente una vez acabada la ceremonia.

Esa noche sí que había estado asustada, aterrorizada más bien, y solo quería huir muy lejos de allí para evitar el encuentro a solas con su flamante marido. Durante el banquete había bebido, el mismo James le había servido una copa de whiskey asegurándole que le haría bien, y finalmente medio borracha había entrado en su nuevo dormitorio de casada, acompañada por Beth, para desnudarse y colocarse el precioso camisón hecho expresamente para su noche de bodas.

No recordaba demasiado aquello, salvo que James, guapísimo y adorable, la había tratado con una delicadeza extrema y le había hecho el amor con dulzura, con mucha ternura, mientras ella descubría que el amor físico era mucho mejor de lo que le habían contado y que la experiencia de

tenerlo dentro de su cuerpo era maravillosa. No le dolió a pesar del miedo, porque abrazada a él nada podía ser malo.

—Si te hago daño, dímelo —le dijo encima de su boca— iré con cuidado y mañana no querrás que paremos de hacer esto.

Según James fue el whiskey, según ella fue el amor, no estaba claro, pero perdió la virginidad sin traumas y lloró abrazada a su pecho más por alegría que por otra cosa, aunque él hiciera lo posible por consolarla. Esa primera vez jamás la olvidaría, aunque luego, con el paso del tiempo, se fueran distanciando y haciéndose daño.

—¿Cuándo te quedaste embarazada, lo supiste?

—¿Cómo dices? —miró a Cassidy, su hermana pequeña, con sorpresa, se había olvidado completamente de ella. Se giró y la miró a los ojos— ¿a qué te refieres?

—Muchas mujeres dicen que uno nota cuando tu marido te deja embarazada.

—Pues... —pensó un poco— no sé que decirte, Cass, a lo mejor otras mujeres lo saben, yo no lo supe hasta que tuve mi primera falta.

—¿Y no duele?

—¿Quedarte embarazada?, por supuesto que no.

—No, hacer el amor.

—Cassidy... —se sonrojó hasta las orejas. Su hermana de trece años estaba prometida y se casaba dentro de un año, era natural que tuviera curiosidad, pero a ella le resultaba muy violento hablar del asunto— no, no duele.

—¿Te gustaba hacer el amor con James Sinclair?. Es tan guapo, todo el mundo lo dice.

—Dios bendito, ya vale ¿de acuerdo? —se levantó y fue al baúl del bebé donde tenían su ropita preparada.

—Aunque estés enfadada con él, lloras por él, lo sé y estoy segura de que lo añoras.

—Claro que lo añoro, es mi marido, pero no lloro por él —Mintió y le dio la espalda oyendo el cuerno del vigía. Miró a su hermana con los ojos muy abiertos y se alegró de que las interrumpieran— ¿escuchas?, llega alguien.

—Desde aquí no podremos ver quién es. Voy a ver, espera, ahora vuelvo.

Roslyn sintió como un escalofrío le recorría la espalda y se arrebujó en un chal, se sintió inquieta, pero prefirió obviar el asunto y concentrarse en lo que estaba haciendo desde esa mañana. En navidad muchos de los inquilinos de su padre le habían hecho regalitos para el bebé y ahora preparaba cestitas de agradecimiento, con algún detalle, en nombre del niño y de ella misma.

—Son Sinclair.

—¿Cómo dices? —se le puso el corazón en la garganta y se acercó a la mesilla

para recuperar sus anillos.

—Sinclair, sí, cuatro jinetes, dos son caballeros, traen el tartán Sinclair —  
Cassidy apenas podía respirar de la emoción— debe ser James ¿no?, vendrá al parto.

Rosslyn no dijo nada, en realidad no esperaba que él apareciera, aunque había dicho que intentaría estar en el nacimiento de su hijo, ella lo conocía y no esperaba que se comportara como era debido. Seguramente sus padres lo habían obligado a ir, o peor aún, estaba de paso para llevárselos inmediatamente de vuelta a Caithness.

Miró a Cassidy y luego se fue al espejo, se arregló un poco el pelo y el vestido de lana. No estaba tan mal, incluso había recuperado los colores desde que descansaba y comía bien, así que trató de tranquilizarse y volvió al alféizar de la ventana para esperar novedades.

—¿No bajas?

—No, esperaré a que me llamen.

—¡¿Qué?!, ¿estás loca?, baja a abrazar a tu marido, ha hecho un viaje muy largo y con este tiempo... yo ...

—Rosslyn —su madre entró al cuarto y ella se puso de pie— ha venido visita del castillo Sinclair, sir Jonathan Murray, tu cuñado, y sir Anthony Worsworth, abogado de la familia. Tu padre dice que esperes aquí, que ahora

te llama, han pedido hablar a solas con él.

—¿No se trata de James? —preguntó Cass y su madre la regañó con la mirada.

—¿Qué quieren?, ¿ha pasado algo?

—No, nada grave, en realidad no lo sé, quédate tranquila. Yo iré preparando los cuartos de invitados, seguro que se quedan esta noche.

Los minutos empezaron a correr y Rosslyn sintió como si el pecho se le abriera en cruz, algo grave estaba sucediendo, nadie iba al condado de Orkney en invierno, no a menos que fuera asunto de vida o muerte, y el miedo le entró por ese agujero dejándola sin aliento. Se sentó en la cama y se acarició el vientre, que se le puso tenso, apenas podía respirar, quiso ponerse de pie y le sobrevino una pequeña contracción, esperó a que se le pasara y miró a su hermana con lágrimas en los ojos.

—Intenta averiguar qué ocurre, por favor, a lo mejor le ha sucedido algo a James.

—Sí, voy, ¿estás bien?

—Sí, sí, solo intenta oír algo —la niña hizo amago de irse, pero en la puerta se encontró con Cameron, que había subido la escalera a la carrera. Ambas hermanas se quedaron quietas y esperaron a que hablara.

—Cariño, ¿estás bien? —ella asintió— bien, perfecto. Baja conmigo, Murray y Worsworth vienen para hablar con nosotros, y padre y yo creemos que debes

estar presente. ¿Te sientes bien como para bajar a la biblioteca?

—Claro, ¿qué ocurre?, ¿le pasa algo a James?

—No, James está perfectamente. Está en Londres en estos momentos.

Cameron la sujetó por la cintura y bajaron a la biblioteca, en el camino se encontraron con el revuelo del servicio por las visitas inesperadas, y con su madre que se sumó a ellos para participar en la reunión. Rosslyn le apretó la mano e intentó aparentar tranquilidad, aunque estaba cada vez más asustada.

—Rosslyn, querida, ¿cómo estás? —Jonathan Murray, educadísimo, se puso de pie, le hizo una venia y luego le besó la mano. Jamás en Caithness la había llamado “querida” o se había mostrado tan amable y ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para sonreírle— estás radiante, ya veo que volver a casa para estar con tu familia ha resultado ser una decisión muy saludable.

—Gracias, Jonathan

—Milady – Anthony Worsworth se levantó y le hizo una venia— me alegro de verla tan bien.

—Muchas gracias, sir Worsworth.

—Rosslyn, cariño, ven, siéntate conmigo —su padre la llamó y le cedió una butaca a su lado, los demás se sentaron y Cameron se quedó de pie, apoyado en su respaldo— estarás preguntándote por qué estos señores nos honran con su visita. Iré al grano para evitar ponerte nerviosa, ¿ves estos documentos? —

los agarró del escritorio y se los puso en la mano— son una demanda de separación, tu marido nos solicita el divorcio, ¿sabías algo de esto? —Alister Caird apenas podía contener la indignación y miró a esos hombres con unas ganas enormes de echarlos de su casa a patadas. Aquello era una falta de respeto y una deshonra, más aún con su hija a punto de dar a luz.

—¿Divorcio? —sujetó los documentos y algunas hojas se le escaparon de los dedos temblorosos, se puso pálida y se le llenaron los ojos de lágrimas— no sabía nada, a mí no me dijo nada.

—¿No te ha escrito? —Murray, que hasta sintió pena por aquella preciosa cría asustada, fingió sorprenderse— no puede ser, yo... lo siento, nosotros no sabíamos que tú no estabas al tanto de sus intenciones.

—No sabía nada —dejó los papeles en la mesa para evitar tirarlos al suelo y tragó saliva— ni me ha escrito en estos dos meses que llevo aquí, ni habló conmigo antes del viaje.

—Un hecho más, que viene a ratificar que la relación entre los cónyuges es prácticamente inexistente —opinó el abogado con cara de inocente— el acuerdo es muy beneficioso, milady. Lord James os cede una asignación anual muy generosa, los regalos de boda, las joyas y, por supuesto, el tratamiento de lady Sinclair hasta que vos contraigáis de nuevo matrimonio o...

—¿Quiere comprar a mi hermana? —intervino Cameron, furioso— ¿pretende mandar a sus recaderos a comprar a mi hermana?, ¿creéis que es tan fácil romper un matrimonio?. Por el amor de Dios, id y decidle al impresentable de mi cuñado que al menos sea un hombre y venga a dar la cara él mismo, esto es ofensivo y una vergüenza.

—Cameron —Rosslyn le sujetó la mano y lo miró suplicante— por favor ¿sí? — luego se giró hacia los dos hombres y habló con calma— ¿qué pasa con mi bebé?

—Seguirá siendo el heredero legítimo de lord James —el abogado cogió su copia del documento y buscó la cláusula donde se hablaba del niño— si es niña puede vivir con vos, milady, podrá visitar a su padre cuando quiera y llegada la mayoría de edad, lord Sinclair se guarda el derecho a negociar su compromiso y futuro matrimonio, tendrá una renta anual que le permitirá vivir con la dignidad de su familia y...

—¿Y si es varón?

—Pasada la lactancia, deberá ser trasladado a Sinclair Girnigoe, donde recibirá los cuidados, la educación y la preparación que corresponde al heredero del condado de Caithness.

—No, no voy a firmar eso —se puso de pie y se agarró al borde de la mesa, estaba mareada y se sentía muy mal, no sabía si eran los nervios, la



humillación o la vergüenza, pero apenas podía mantenerse erguida— antes muerta que entregarle a mi hijo, él lo sabe, no entiendo cómo ha permitido que vengáis aquí con este acuerdo.

—Podemos ir por las buenas o por las malas, querida —intervino Jonathan— legalmente está en su derecho de educar a su heredero.

—Perfecto, vayamos por las malas —dijo Cameron Caird y todos se pusieron de pie— vayamos a la corte y a los tribunales.

—Rosslyn, tú y James no os lleváis bien, sois la comidilla de Caithness, él no es un buen marido para ti. Esta es tu vida, tu familia, eres demasiado joven, ¿qué edad tienes?, ¿dieciséis?, tienes toda la vida por delante, no finjamos ahora que te importa...

—¿Cómo te atreves? —Cameron le hizo frente y su padre lo agarró con fuerza por la manga.

—Si quiere el divorcio, dadme una pluma que lo firmo ahora mismo —dijo Rosslyn muy serena— sé que jamás quiso esta boda, ni vivir conmigo, es cierto, lo sabéis todos en esa casa, pero una cosa es divorciarme y otra entregarle a mi hijo, eso jamás. Cuando me traigáis otro acuerdo, lo firmaré, de momento, por supuesto, no volveré a Caithness, que no se preocupe, ya no le estorbaré más.

—El caso es que está en Londres, en la corte. El rey Jacobo lo invitó a pasar la

navidad y esperan cerrar su compromiso matrimonial con la princesa Sofía de Dinamarca, sobrina de la reina Ana, lo antes posible, necesitamos el divorcio y sé que el rey en persona hará lo que esté en su mano para que lo firmes.

—¿Nos está amenazando sir Murray? —lord Caird caminó hacia él, mirando de reojo la cara de angustia de su pobre hija— soy amigo personal de Jacobo, apoyo su causa, me aprecia, como yo a él, estoy seguro que no permitirá semejante atropello hacia mi familia. Si James Sinclair quiere el maldito divorcio, lo tendrá, pero lo demás sobra, mi nieto, niño o niña, se queda aquí. Él es joven, tiene toda la vida por delante —parafraseó a ese noble de medio pelo que se quedó callado de golpe— podrá tener muchos hijos con su nueva esposa, así que a nosotros nos deja en paz ¿queda claro?, ¡¿queda claro?!

—¡Milord! —el abogado Worsworth levantó las manos en son de paz— disculpadme, siento mucho que hayamos venido a su casa y usted lo entienda como una ofensa. Nada más lejos de nuestra intención, además, estamos adelantando acontecimientos, deberíamos esperar a ver si el niño que nace es varón o hembra...

—Pero no será en mi casa, aquí no esperaréis —intervino por primera vez lady Caird, tan furiosa como su hijo mayor y su marido— así que buenas tardes.

—Mamá, por favor —Rosslyn miró la cara de desprecio de Jonathan Murray y se sintió aún peor.

—No, Rosslyn, lo siento, pero estas personas no se quedan en mi casa, mandaremos a alguien para que les busque un alojamiento apropiado. Estoy segura que lo comprenden.

—Como no, milady. Si nos disculpan —el abogado miró a Murray y le hizo un gesto para que se fueran. Jonathan les regaló una venia y luego miró a Rosslyn a los ojos.

—Siento ser portador de tan malas noticias, creí que te alegraría, pero ya veo que no, en todo caso solo cumplo con mi deber de informarte, no es nada personal, Rosslyn. James ahora es el heredero de Caithness y las decisiones las debe tomar de por el bien de su título, sus propiedades y su...

—Está en su derecho, pero mi hijo no es parte de su patrimonio, ni de su título. No es negociable.

—Lamento oír eso.

—Estaremos en contacto, Murray —Cameron se adelantó para abrirles el paso y los tres desaparecieron por los pasillos— os acompaño a la puerta.

Lord y Lady Caird se miraron angustiados y luego observaron a su hija sin saber qué decir. Ella había sido educada para obedecer y seguir su destino. Como cualquier dama de su clase hacía lo que le ordenaban sus padres, lo había hecho a los doce años cuando los Sinclair la habían llevado a Caithness para convertirla en una buena esposa para su tercer hijo. Jamás se

había quejado y había cumplido su deber con nobleza y dignidad.

Ella solo había cumplido con su obligación, siempre lo había hecho, y ahora era abofeteada con un divorcio inesperado, embarazada de nueve meses y a los dieciséis años, y la culpa la tenían ellos, así se sentían ambos, porque ellos le habían elegido a ese marido. Un marido desleal y egoísta que ahora la repudiaba para casarse con una princesa extranjera.

—Cariño, lo siento mucho, ¿estás bien?

—¿Rosslyn? —su padre se acercó al verla tan pálida. Su pobre niña, porque no era más que una niña, aunque se había comportado como una mujer adulta delante de esa gente— ¿cielo?

—Hija ¿qué te pasa? —Alison Caird buscó sus ojos, Rosslyn estaba blanca como el papel y lloraba en silencio, observó cómo se agarraba el vientre con una mano y le habló más alto— ¡Rosslyn!

—He roto aguas —susurró y acto seguido se desmayó sin que les diera tiempo a sujetarla.

Cuando las contracciones le daban una pausa, volvía a pensar en James Sinclair y la pena la partía en dos. El dolor del corazón era mayor que el físico y se quería morir. Ella no había sido una buena esposa, ni cariñosa, ni obediente, ni siquiera era lo suficientemente guapa para él, y había acabado por repudiarla, no sabía de qué se extrañaba, era lo normal, pero dolía. Pedía

el divorcio y se deshacía de ella como de un caballo lisiado o un perro viejo.

Esa era la vida real, la suya y debía aceptarlo. Lo único importante era defender a su bebé, porque niño o niña, jamás se lo daría, ni dejaría que lo viera, y no permitiría que se acercara a él. Jamás, aunque tuviera que esconderse y huir.

—Vamos, niña, que queda poco – la señora Douglas miró su cara de agotamiento y respiró hondo. Llevaban catorce horas de parto, la muchacha era demasiado estrecha y ya estaba pensando en que acabaría por rajarla—  
¡Rosslyn!, ¡vamos!

—No puedo más –sollozaba agarrada a la mano de su madre— mamá, por favor, no puedo más.

—Lo sé, mi vida, pero ya queda poco.

—Ya veo la coronilla, niña, empuja una vez más. ¡Venga!

Rosslyn Sinclair cerró los ojos y pensó en los transparentes de James. En ese color tan extraño que tenían, color aguamarina, decía su madre con orgullo. Eran hermosos, enormes y rodeados por unas pestañas espesas, muy largas. Cuando él dormía ella observaba esas pestañas en silencio y a veces las acariciaba con un dedo. Se encomendó a la virgen María y se dobló soltando un grito desgarrador, fue como si se partiera por la mitad y luego vio como la comadrona agarraba a su bebé por los pies.

—¡Bendito sea Dios!

—¿Qué es?

—Niño —dijo la señora Douglas llamando a su ayudante. El bebé soltó un llanto muy potente y se lo acercaron para que lo viera. Rosslyn se puso a llorar, bañada en sudor y agotada, y estiró los brazos para acunarlo contra su pecho— un niño muy fuerte.

—Mamá llama a papá y que no salga nadie de aquí, por favor.

—Muy bien —lady Caird salió a buscar a su marido y la comadrona acabó el alumbramiento con manos expertas— ya me estabas asustando Rosslyn Caird, creí que no acabábamos nunca.

—Hola, mi amor —ella se aferró a su bebé, tan pequeñito e indefenso, y se echó a llorar.

—Hija mía —el conde entró al cuarto seguido por Cameron y su mujer, y la condesa cerró la puerta— ¿cómo estás?

—Hermanita, mira lo que has hecho —bromeó Cameron con lágrimas en los ojos— qué guapo es, es igual que tú.

—Oídmeme —se esforzó en hablar con claridad. Lo tenía preparado desde que había empezado a tener contracciones y los miró a todos con firmeza—.

Señora Douglas, Marietta, vosotras también, oídmeme por favor, es muy importarte, ¿dónde están Murray y el abogado?

—En la posada de MacAnderson, ¿por qué?

—Mandad aviso del nacimiento, pero les vais a decir que ha sido niña.

—¿Cómo dices? —lord Caird frunció el ceño— no voy a mentir en algo semejante, es un delito.

—Me da igual si es un maldito delito, papá —soltó con fiereza—. Estoy medio muerta, no puedo más, no me hagáis discutir, por el amor de Dios.

—No se puede mentir en algo así.

—¿Por qué no? —dijo Alison Caird mirando a su nieto— si James Sinclair no tiene honor, no se merece nuestro respeto.

—No se molestarán en comprobarlo, decidles que mañana los recibiré, para que comprueben que la hija de James está sana y bien, gracias a Dios —besó al bebé en la cabecita y ahogó un sollozo— luego se irán tan felices y se olvidarán de nosotros para siempre, lo sé. Por favor, necesito que me ayudéis.

—Hija, no...

—Por Dios papá, te lo suplico —se echó a llorar con toda el alma y sintió que se moría de dolor, le dolía cada uno de sus huesos y lo miró a los ojos— ayúdame, no permitas que se lleven a mi bebé, a ellos no les interesa, no nos quieren allí. Solo es una mentira piadosa, por el bien de tu nieto, por favor, te lo suplico, nunca te he pedido nada, por favor...

—Yo hablaré con ellos —intervino Cameron con los ojos llenos de lágrimas—

Tú no tienes que mentir, papá, lo haré yo.

—Necesito que todos me juréis que no diréis la verdad. Señora Douglas, Marietta, no quisiera haceros mentir por mí, pero si mi marido sabe que ha sido un niño, me lo quitarán, me ha pedido el divorcio, pero quiere a mi bebé —no podía con los sollozos, la comadrona miró a su hija y ambas asintieron.

—Por nosotras no lo sabrá, Marietta y yo lo juramos por Dios.

—Mil gracias, muchas gracias.

—Acordado pues. Fuera de este cuarto, a todo el mundo se le dirá que ha sido niña, a todos, incluida lady Cassidy, ¿de acuerdo?, al menos hasta que esa gente se haya largado de aquí —intervino Cameron con autoridad. Lord Caird no podía creer lo que estaba oyendo, pero se calló— no te preocupes, ahora debes descansar, has sufrido ya bastante.

—Gracias a todos —miró como empezaban a recoger el dormitorio y agarró a su hermano de la manga— y diles que traigan el divorcio, se lo llevarán firmado.

—No deberías, hay que revisarlo con calma.

—Es igual, no quiero nada, nada de los Sinclair, ni de James. Ya me ha dado lo único que me importa, puede quedarse con todo lo demás.

\*\*\*

Jonathan Murray escuchó las noticias que traía el emisario de los Caird



y le hizo un gesto para que se retirara. Volvió a la mesa, donde cenaba con Worsworth, y sonrió.

—Un problema menos, mañana saludaremos a la madre y podremos irnos de aquí, no creí que iría tan rápido, hemos tenido suerte.

—Con la noticia del divorcio ya os dije que yo que se pondría de parto.

—Sois un hombre sabio, sir Worsworth —bromeó Jonathan levantando la copa de vino— brindemos por la nueva nieta de nuestro señor, el conde de Caithness.

—Le llevaremos el acuerdo, tal vez lo firme.

—Lo firmará.

—Lástima, pobre muchacha, tiene la edad de mi nieta mayor y es tan guapa ¿no?, siempre lo hemos comentado con mi mujer, Rosslyn Caird es una verdadera belleza y tan discreta.

—Nunca se adaptó a la familia y convirtió la vida de James en un infierno. Os lo aseguro.

—Pues nunca hubiese creído que en realidad se llevaran tan mal. Una vez vi como lord James le rompía un brazo a una visita por decirte un piropo a su mujer durante la cena, ¿no os acordáis? Se puso furioso y le dio una paliza de muerte.

—Porque mi querido cuñado es un gallito de pelea, un macho presuntuoso, le

dolió más el honor que otra cosa.

—Pero son tan jóvenes, en fin... no es asunto mío —opinó el honorable caballero poniéndose de pie— yo solo hago mi trabajo. Me voy a la cama, mi querido Murray.

Jonathan se despidió del viejo asistente de su suegro y se sirvió más vino, que no estaba tan mal para estar perdido en esas islas de hielo, y sonrió. Si todos sus planes iban bien, dentro de un año sería el legítimo heredero del poderoso condado de Caithness, cabeza del clan Sinclair y un digno laird de Escocia. Como siempre debió ser.

En las cientos de batallas por el condado llevadas a cabo por la familia, el título y sus tierras habían pasado de mano en mano casi siempre de forma injusta, tanto como les había recordado su suegro, a James y a él, hacía unos meses en la biblioteca de Sinclair Girnigoe, cuando James se empeñaba en buscar un culpable de la muerte de Andrew. Ese día su suegro les habló de George Sinclair, cuarto duque de Caithness, que había matado de sed a su propio hijo John, en ese mismo castillo. El episodio era terrible y servía de buen ejemplo para intentar comprender a esa condenada familia, pero para Jonathan era sobre todo doloroso y frustrante, porque ese John Sinclair era su padre o eso le había dicho su madre toda la vida.

Muerto John, su amante abandonó el castillo y se casó inmediatamente

con Jonas Murray, un miembro discreto y pobre del clan Sinclair. Según Lisa, su madre, ella estaba embarazada cuando llegó a vivir con su nuevo marido, por lo tanto, él era hijo John Sinclair, heredero legítimo al condado.

Nunca quiso indagar demasiado al respecto, prefería creer que aquello era cierto, más aún, cuando a los ocho años, Henry, su futuro suegro y futuro conde de Caithness, lo “adoptó” en su casa como su pupilo y le dio educación, lo convirtió en su mano derecha, uno más de la familia, y finalmente le dio a su hija mayor en matrimonio. Jewellyn, la gemela de William, podría haberse casado con cualquier pretendiente más rico y más poderoso, sin embargo, se casó con él porque lo amaba, y él a ella, y tras la muerte de William en Flandes, se animó a contarle la verdad.

Desde entonces Jewellyn había empezado a fantasear con la posibilidad de acceder legítimamente al título. Ambos tenían derecho, él por John Sinclair y ella por ser la hija mayor de Henry. Al ser mujer, sus pretensiones quedaban anuladas, cosa que la enfurecía, y aunque alguna vez lo había discutido con su padre, el asunto había quedado zanjado de inmediato: Andrew era el heredero y en su defecto, el guapo y superficial Jamie que, a sus veintiún años recién cumplidos, acababa de oficializar su nuevo status en la corte.

Con la suerte de su mano, se habían quitado a Andrew del camino, ahora les quedaba James y el primer paso era ese divorcio. Por una parte, lo

dejaban soltero y vulnerable (ahora además sin un heredero varón), pero lo más importante era la alianza que se iba romper con el condado de Orkney por su culpa, porque la ofensa que acababan de infligir a los Caird, repudiando a su hija embarazada, les costaría sus apoyos, estaba seguro, y eso el conde de Caithness no se lo perdonaría a su hijo jamás.

El plan era perfecto y lo habían ideado Jewellyn y él entre risas. Henry Sinclair se enfurecería cuando se enterara de las novedades y aunque intentara arreglar las cosas con su viejo amigo Alister Caird, el asunto ya estaría zanjado. Caird se negaría a tratar con ellos y entonces Henry dirigiría toda su furia hacia su irresponsable hijito, momento en que ellos defenderían oficialmente su derecho al condado. Lo harían en Londres, delante de Jacobo, el rey los apoyaría y al fin, ganarían la batalla.

Para ello contaban con la juventud e inocencia de Rosslyn Caird, la pésima relación que mantenía con James y que Jewellyn había procurado aguijonear desde el principio, y la falta de comunicación entre ambos. En realidad, estaba resultando sencillo incluso con Worsworth, que se limitaba a hacer su trabajo sin hacer preguntas. Ojalá su mujer estuviera allí con él para celebrarlo.

Jewellyn le había asegurado que Rosslyn se cegaría de rabia cuando le contara las “intenciones” de James con respecto a su hijo si era varón, y esa furia les sería más que conveniente, porque entonces no escucharía más

explicaciones, ni leería más documentos, se limitaría a arder como una batea y a echarlos de su casa, azuzando a su familia contra los Sinclair.

—Esa muchacha es una fuerza de la naturaleza —le dijo Jewellyn cuando redactaban los documentos del divorcio— con tanto orgullo y resistencia como para soportar los desplantes de mi madre durante cuatro años y plantarle cara al mismísimo James Sinclair en sus dominios. Nadie ha podido aquí con ella y, estoy segura, defenderá a su crio con uñas y dientes, lo demás no le importará y firmará lo que le pongas por delante.

Y así había sido. Dios bendito, como amaba a su esposa.

—Perfecto, amor mío —susurró brindando frente a la chimenea— salud por ti, John Sinclair y salud por nosotros, los futuros condes de Caithness.

\*\*\*

Amamantar a un hijo no fue tan sencillo como esperaba, estaba agotada y dolorida cuando la comadrona se lo puso al pecho y el bebé lloraba sin poder alimentarse, desesperado porque no sabía mamar o porque ella no sabía ayudarlo, y lloró tanto como él hasta que al fin se le enganchó al pezón con una fuerza descomunal, haciéndola ver las estrellas.

Era un bebé precioso, pequeñito, con buenos pulmones y mucha hambre, ella lo observaba comer con lágrimas en los ojos, más por dolor que por otra cosa, mientras a su alrededor su madre, su hermana, su cuñada y las doncellas de

más confianza, supervisaban la tarea con ojos atentos.

—No tiene por qué pasar por esto —opinó Beth— deberíamos traer una nodriza. Jill, la de los MacAndrew, es buena y muy limpia.

—No, yo quiero alimentar a mi bebé, Beth, ya me acostumbraré, ¿verdad cielito? —con un dedo acarició las cejas oscuras del niño, que eran idénticas a las de James, o eso le parecía a ella, y respiró hondo para no echarse a llorar. James. El divorcio. Todo se le vino encima y respiró hondo— estaremos bien.

—¿Se puede? —Cameron asomó la cabeza al dormitorio y sonrió a su hermana que estaba sentada en la cama, preciosa, con el pelo oscuro suelto y vestida con un camisón color marfil— Murray y su lacayo han llegado, ¿qué hacemos?

—Qué suban aquí, los recibiremos aquí.

—No me parece muy correcto, hermana.

—Qué suban, será tan violento para ellos que se irán en seguida, ¿tienes los papeles?

—Sí

—Súbelos también por favor.

Miró a la familia y forzó una sonrisa. Hacía veinticuatro horas que había dado a luz, le dolían todas y cada una de las partes de su cuerpo y no pensaba levantarse para atender a esa gente. Con una sonrisa pidió a Cassidy

y a las doncellas que se fueran y se quedó a solas con su madre, hasta que la puerta volvió a sonar.

—Adelante —no se quitó al bebé del pecho y cuando Jonathan y el abogado entraron, se quedaron un poco perplejos— buenos días, señores.

—Buenos días y enhorabuena, nos han dicho que es una niña sanísima —carraspeó Jonathan intentando no mirar el pecho desnudo de la joven— muchas felicidades.

—Gracias.

—Ha sido duro, catorce horas de parto, pero afortunadamente ambas están bien —dijo lady Caird poniéndose de pie— ¿podemos ayudarlos en algo más, señores?

—¿Con qué nombre la vais a bautizar, milady? —intervino Worsworth, sacando un pergamino para tomar nota— no sé si habíais llegado a discutirlo con lord James.

—No, ni siquiera del nombre de nuestro hijo hablamos —contestó con una tranquilidad pasmosa y sin quitarle los ojos oscuros de encima— pero como su abuela y la mía compartían el mismo nombre, la llamaré así: Mary. Se llama Mary

—¿Sólo Mary? —Rosslyn observó de reojo a Jonathan, que miraba al niño fijamente.

—No, Mary Alison, como mi madre

—Precioso, enhorabuena a la abuela —respondió el abogado con cortesía.

—Es muy guapa y veo que te recuperas bien, Rosslyn, se lo comunicaremos a James.

—¿Queréis los documentos del divorcio, supongo? —los dos asintieron con una venia y su hermano se acercó con los papeles ya firmados. Lo habían hecho esa misma mañana, en cuanto se había podido sentar, y tras convencer a su pobre padre con súplicas y chantajes emocionales de todo tipo— aquí están.

—Sólo quedan estos dos, que hablan del nacimiento de la pequeña Lady Sinclair, los datos básicos —ella leyó el papel que le extendía el abogado y asintió. Tenía escritos detalles de la fecha y hora del alumbramiento, el nombre de la comadrona, del bebé, el peso, la talla, etc. Agarró la pluma y firmó con algo de dificultad, pero sin dudar. Luego firmaron su hermano y su madre como testigos y devolvieron el documento sin hablar.

—Creo que ya no hay nada más que discutir —susurró Cameron Caird imperturbable, aunque acababan de cometer un delito firmando semejante mentira— si nos disculpan, mi hermana acaba de dar a luz, necesita descansar.

—Como no. Milady —Anthony Worsworth le hizo una venia haciendo sonar los tacones de sus botas y salió del dormitorio en seguida.



—No sé que decirte ya, Rosslyn, solo deseamos un futuro espléndido y feliz, a ti y por supuesto a mi preciosa sobrina.

—Gracias, Jonathan y adiós.

—¿Quieres mandar algún mensaje a James?, no sé, tal vez una carta, podemos esperar.

—No, gracias —interrumpió sintiendo como le subían las malditas lágrimas por la garganta— dile que le deseo la enhorabuena por su próxima boda.

—Eso está hecho, buenos días.

La sangre le bombeaba en los oídos y el bebé se soltó de su pecho para ponerse a llorar con fuerza, muy enfadado. Rosslyn miró a su madre y se echó a llorar a su vez intentando calmar al niño, pero no podía, le dolía demasiado el alma. Beth entró corriendo para cogerlo en brazos y lady Caird se sentó en la cama para abrazarla.

—Schh pequeña, llora, llora, desahógate, schh.

—Me repudia el mismo día que doy a luz a su hijo, el mismo día.

—Lo tendrá en su conciencia, Rosslyn, nadie puede hacer algo semejante y seguir con su vida en paz.

—No he sido una buena esposa, me odiaba, no me soportaba, pero es su bebé, le gustaba sentirlo... —sollozaba sin control y lady Caird hizo un gesto a Beth para que saliera del cuarto con el niño— me tocaba el vientre y se quedaba

quieto sintiendo las patadas del bebé, él quería tener este hijo. Estaba feliz cuando supimos que estaba encinta, lo celebró varios días con sus amigos.

—Lo sé.

—¿Cómo puede despreciarnos así?, ¿por una princesa?, ¿por sus padres?. Su madre me odia, siempre me ha rechazado, pero ¿cómo pretendían quitarme a mi hijo?

—No lo sé, cariño. Ese hombre no se merece nada y mucho menos saber que tiene un niño tan sano y tan hermoso.

—He sido una mala esposa, lo intenté, pero os fallé a todos...

—Eso no es cierto, lo has hecho lo mejor que has podido.

—Mamá —se incorporó y la miró a los ojos— yo nunca quise hacerle daño, solo intentaba defenderme, ser fuerte y no derrumbarme delante de su familia.

—Lo sé, cariño.

—¿Por qué me odian tanto los Sinclair?

—No te odian —Alison abrazó a su hija y cerró los ojos pidiendo perdón a Dios— ¿quién podría odiarte?

—Ya no me importa, me olvidaré de ellos y del arrogante James Sinclair, criaré a mi hijo a mi manera y seré una buena madre, te lo prometo.

## VII

Cuando Jonathan Murray llegó a Londres, directamente desde Orkney, el nombre de James Sinclair se oía en todos los corrillos de la corte. El divertido, fuerte y apuesto noble escocés estaba rompiendo corazones por doquier en la capital y su encanto y gallardía ya estaban empezando a ser leyenda. Antes de verlo en persona, pudo escuchar alguna anécdota divertida sobre su tendencia a solucionar sus problemas a punta de espada, o peor aún, con los puños desnudos, como un salvaje del norte, o cómo cautivaba a las mujeres con su kilt multicolor y sus camisas immaculadas, sus capas de piel y su metro noventa de estatura.

En Caithness Jamie brillaba, pensó Murray oyendo las noticias con una sonrisa, en Londres enamoraba a todo el mundo con su personalidad arrolladora y sus enormes ojos claros. En dos meses se había convertido en uno de los favoritos de Jacobo, detalle que ya no le hizo tanta gracia, y especialmente de su esposa, la reina Ana, que se disputaba el placer de compartir mesa y mantel con el guapísimo heredero del conde de Caithness. —¡Maldita sea! —soltó en gaélico al descubrirlo en Whitehall, en medio de una recepción— ¿por qué no me han avisado que estabas aquí?, ¿qué sabes de

mi mujer?

—Traigo buenas y malas noticias, Jamie —se dieron la mano y se apartaron para charlar. La gente bailaba a su alrededor sin quitarles los ojos de encima y Jonathan se aventuró a soltarlo todo de una vez— Rosslyn ha dado a luz, hace hoy ocho días, he tenido una travesía horrible y por eso no pude llegar antes, lo siento.

—¿Ya ha nacido? —se le iluminó la cara— ¿qué es?, ¿cómo se llama?, ¿cómo está ella?, ¿la has visto?

—Momento, por Dios —cogió dos copas de vino de una bandeja y le puso una en la mano— ambas están perfectas, es una niña, se llama Mary Alison, nació el 30 de diciembre y pesó tres kilos, nos han dicho que está sanísima. Pude verlas a las dos y Rosslyn estaba radiante y feliz amamantando a su hija.

—Bendito sea Dios —suspiró, pensando en esa imagen y se le llenó el corazón de ternura— ¿cómo fue el parto?

—Catorce horas, creo, duro, pero es primeriza, es lo normal. Se recuperará en seguida.

—¿Y cuál es la mala noticia?

—No sé cómo decirte esto, cuñado.

—¿Qué ocurre?, ¿les ha pasado algo? —lo agarró del hombro y Jonathan habló despacio, pero con toda la seguridad de la que disponía.

—La familia Caird ha solicitado el divorcio, Rosslyn firmó los papeles delante de mí y de Worsworth, no va a volver a Caithness y no quiere volver a saber nada de ti.

—¡¿Qué?!, está cabreada —soltó, echándose a reír— porque no fui a Kirkwall, se le pasará. Me iré enseguida y me las llevaré a casa. Ella es así, una loba cuando se enfada.

—No, James —interrumpió Jonathan— no está cabreada, su padre y su hermano han firmado la demanda, la tengo aquí, léela con calma, renuncia a todo y la niña vivirá con ella.

—No puede ser... —se gritaban y discutían a diario, pensó, pero no podían separarse para siempre, eso era imposible.

—Yo creo que es un acuerdo justo, muy justo en realidad.

—No puede ser —agarró los documentos y los empezó a leer a toda prisa.

—Su familia cree que Rosslyn no es feliz en Caithness, no os queréis, ella dice que es imposible que sigáis conviviendo... no me jodas, Jamie, te has portado como un maldito irresponsable con ella, no sé que te extraña tanto.

—¿Cómo dices? —lo miró echando fuego por los ojos y Murray sintió que le fallaban las piernas, pero se mantuvo firme.

—Prudence, Leslie, Anne, ¿sigo nombrando?, todo el mundo sabe que le fuiste infiel desde el primer mes de casados, eso es humillante para cualquier

esposa, tu madre tampoco facilitaba las cosas. Me dijo... —mintió descaradamente— se queja de que jamás la apoyaste o defendiste delante de lady Moira, sufrió mucho, solo tiene dieciséis años y cree, muy razonablemente, que te libera a ti de un compromiso que no quieres y a ella de una vida en soledad en el castillo Sinclair. Está en su derecho y su familia la apoya.

—Me voy a Kirkwall mañana y ya hablaremos a la vuelta, en casa, Jonathan.

—No, ¿pero qué dices?, tuve que jurar a su padre que no aparecerías por allí.

—Ella es mi mujer, Jonathan, si quiere el divorcio que me lo pida a la cara.

Ahora tenemos una hija, debemos cumplir con nuestro deber, somos una familia y si tengo que llevármela atada de vuelta a casa, lo haré. Rosslyn es firme y cabezota, pero sé cómo piensa, hablaré con ella.

—¿Hablar ahora?, ¿después de pasarte cuatro años ignorándola?. ¿Por qué no le das una oportunidad y la dejas en paz?

—¿Una oportunidad para qué?

—Para que viva en paz en su casa, con los suyos. Tú ahora eres el heredero de Caithness, puedes rehacer tu vida en seguida, con quién te plazca, seamos razonables por una vez, por el amor de Dios.

—Ella es mi esposa, Jonathan y no sé qué demonios le pasa, pero sé cómo solucionarlo —le dio la espalda y Jonathan pensó que todo se iba al traste, dio

un paso adelante y habló en voz alta.

—No te quiere, no quiere verte nunca más y te pide por tu hija que la dejes en paz —James se quedó quieto y bajó la cabeza— su familia cree que los has deshonrado con tu comportamiento hacia ella, y si vas allí, Alister Caird hará que te maten, sé prudente, deja pasar el tiempo. No solo son unos padres cabreados, James, son unos valiosos aliados ofendidos. Hay que actuar con delicadeza, no solo tu orgullo está en juego.

—Quiero conocer a mi hija —susurró con un hilo de voz.

—Espera unas semanas, deja que se tranquilicen las cosas. Si somos justos, es cierto que no habéis sido felices, ni un matrimonio normal, tal vez esto es lo mejor que os puede pasar.

James Sinclair no pronunció ni una palabra más, agarró su capa y abandonó el palacio en medio de la lluvia y de un mar de personas que intentaban saludarlo y charlar con él. No sabía qué demonios hacía allí, bueno sí lo sabía, entreteniéndolo a un maldito rey escocés que se aburría en Inglaterra.

Su padre hacía semanas que había regresado a casa y a él lo había dejado en Londres invitado personalmente por el rey y la reina. No pudo negarse y aunque les explicó mil veces que su joven esposa iba a dar a luz a su primer hijo en Kirkwall, y que quería acompañarla, los soberanos

ignoraron sus deseos con bromas y fiestas y cientos de regalitos. Todo el mundo quería agasajarlo e invitarlo a sus almuerzos o partidas de caza, y pronto comprendió que para esa gente no era más que un adorno, un divertimento o una pieza insólita a la que admirar. Odiaba esa maldita ciudad, ese maldito país de invasores y su maldita forma de hablar, quería volver a casa, abrazar a Rosslyn en la cama, hacerle el amor en silencio y tener más hijos con ella.

Pensó en su hija. Le había puesto Mary, como su abuela paterna, él adoraba a su abuela, que había sido severa, pero muy divertida y cariñosa, y le encantaba que Rosslyn se hubiera decidido por ese nombre, era bonito y femenino, y los próximos los elegirían juntos, se prometió así mismo, aunque los papeles que llevaba en la mano parecían indicar que no habría más hijos en común, él no se lo podía creer y optó por desechar la idea y concentrarse en cómo iba a solucionar aquello.

Caminó un rato bajo la lluvia y decidió entrar en la abadía de Westminster. Había gente común rezando de rodillas, nobles señoras rodeadas de doncellas, caballeros silenciosos con las cabezas inclinadas y hombres de uniforme con sus espadas desenfundadas delante del altar. Estaban encomendándose a Dios, y él no pudo evitar pensar en los cientos de soldados y oficiales ingleses que habrían velado armas ahí mismo antes de partir hacia el norte, hacia Escocia, para acabar con gente como él, con sus



clanes, sus costumbres y su lengua.

—¿Os puedo ayudar, lord Sinclair? —levantó los ojos y en medio de la oscuridad y el humo del incienso vio como aquel clérigo se sentaba a su lado.

—¿Perdón?

—Soy Wilfred Applewhite, milord, capellán de su majestad la reina doña Ana —el sacerdote se miró así mismo y sonrió— tal vez no me recordéis sin los lujos de palacio.

—Lo siento, no os había reconocido.

—¿Está usted bien?, lo echarán de menos en la fiesta.

—He sido padre —susurró— por primera vez, es una niña y su madre le ha puesto Mary, Mary Alison.

—Un nombre muy hermoso, ¿dónde están ellas?

—En Escocia, al norte, en el condado de Orkney, con mi familia política.

—¿Y las echa de menos?, ¿cuándo se va a verlas?

—No lo sé, ella, en fin... —tragó saliva y miró a ese anciano a los ojos, no lo conocía apenas, pero necesitaba hablar con alguien— su familia... me han solicitado el divorcio.

—¿Ahora?, lo siento muchísimo, milord.

—No he sido un buen marido, seguramente el peor de Escocia —sonrió con

amargura— jamás supe cómo tratar a mi mujer, cómo ganarme su cariño, me he portado como un bastardo con ella y supongo que me lo merezco.

—Lo siento mucho.

—Nos casamos muy jóvenes, ella tiene dieciséis años y su familia quiere protegerla, lo puedo entender, pero es mi esposa y ahora tenemos una hija. Las cosas no se solucionan con un divorcio solicitado a través de mis abogados.

—¿Y qué piensa hacer?

—No lo sé, por eso estoy aquí, espero que Dios me ilumine... —hizo un gesto hacia el altar— solo quiero hacer lo mejor para ellas.

\*\*\*

Jonathan Murray pidió audiencia privada con Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia dos minutos después de separarse de su cuñado en Whitehall. El chambelán le prometió una cita inminente y así fue, porque al día siguiente el rey lo recibió en el salón del trono con una sonrisa, y le palmoteó la espalda cuando Jonathan se incorporó tras hacerle una profunda reverencia.

—¿Cómo estáis, majestad?

—Bien, Jonathan, ¿y tú?

—Muy bien, gracias, majestad. He sabido que la presencia de mi cuñado os complace mucho —el rey asintió— os advertí que así sería.

—Este James es una ráfaga de aire fresco, me cae muy bien. ¿Y que os trae a la corte?, ¿te vienes de caza?, esto no es Edimburgo, pero al menos se caza bien.

—Gracias, pero me marchó en seguida a Caithness —el rey lo invitó a caminar entre la gente, en la atestada sala del trono, y Murray lo siguió. Ambos se conocían desde hacía veinte años, cuando Jonathan, con catorce, había pasado una temporada bajo su tutela en Edimburgo. Henry Sincalir lo había enviado allí como parte de su formación y había congeniado muy bien, desde el principio, con un joven y solitario Jacobo, rey de Escocia— quería comentaros que solo he venido hasta Londres para avisar a James que su esposa le ha pedido el divorcio.

—¿Cómo?, ¿y eso por qué?

—Nunca se han entendido. James, como vos sabréis, es un espíritu libre, ha sido un marido nefasto, y la familia de la chica no quiere que su hija siga sintiéndose humillada en Caithness, han solicitado el divorcio y yo, personalmente, creo que es lo mejor. Él podrá contraer un nuevo matrimonio en seguida, uno muchísimo más beneficioso.

—¿Humillada?, ¿la ha tratado mal?

—No, ha sido infiel y...

—¿Quién no? —bromeó el rey echándose a reír y Jonathan le siguió la

chanza— ese no es motivo de divorcio, creo yo.

—Claro, pero la muchacha tiene carácter, no se ha adaptado a Caithness, ni a la familia, y nos ha puesto en evidencia muchas veces por culpa de sus celos —otra mentira más, lo hacía con tanta facilidad que ya ni se inmutaba— es imprudente y la verdad, es un alivio este divorcio, para toda la familia Sinclair.

—¿Pero no está embarazada?, él lo ha comentado varias veces.

—Ha dado a luz a una niña. Se quedará con ella en Kirkwall, con sus padres.

—¿Kirkwall? —susurró el rey como recordando algo muy importante— ¿es la hija de mi buen amigo Caird?, ¿la mediana?, ¿esa chiquilla tan bonita? — Jonathan asintió— la recuerdo porque estuvo en mi coronación en Westminster, vino con sus padres.

—Así es, majestad, en ese momento se cerró su compromiso matrimonial con James. Cuando tuvo doce años se trasladó a Sinclair Girnigoe, para ser educada personalmente por mi suegra, lady Moira, pero fue imposible, es indomable, es ... —sonrió— como dice mi esposa: “una fuerza de la naturaleza”, y choca continuamente con James, que es muy parecido. La tensión es constante, agotadora, un desatino, majestad.

—Era una niña preciosa, correteaba por el jardín con mi hija, la princesa Isabel ¿os acordáis?

—Sí, majestad —claro que se acordaba. Rosslyn Caird tenía unos nueve años por entonces, más o menos como la princesa, y había jugado tanto con ella como con James, que a sus trece años ya se creía demasiado mayor para tratar con las niñas, aunque había acabado jugando al ajedrez y correteando con Rosslyn por palacio. Había sido el momento de cerrar el compromiso y James se había enfadado tanto por tener que aceptarlo, que se pasó la vuelta a casa en testarudo silencio. No quería a Rosslyn Caird, que era una cría, él soñaba con lady Rose Wisting, hija de un secretario real, una rubia de quince años que lo había besado a escondidas en las caballerizas.

—¿Jonathan? —el rey interrumpió sus recuerdos.

—Sí, majestad.

—No quiero ofender a mi viejo amigo Alister Caird, quiero que este asunto se trate con la mayor corrección posible, que se haga lo que ellos pidan, ¿entendido?

—Por supuesto. James lo entenderá.

—Le buscaremos otra esposa inmediatamente, medio país se desmaya a su paso —bromeo otra vez Jacobo— puede elegir a quién le plazca, yo lo aprobaré.

—Gracias, majestad.

Después de esa charla, Jonathan Murray creyó flotar de felicidad. La

jugada había sido maestra, el rey intentaría contentar al Ard Ghillean an-thighe de Kirkwall por sobre todas las cosas y no sería James Sinclair el que le impidiera hacerlo. Si los Caird querían ese divorcio lo tendrían y James se quedaría soltero. De ese modo, la segunda parte de su astuto plan debía empezar a gestarse despacio, en Caithness, en cuando regresara a casa.

Salió de las dependencias privadas del rey y fue en busca de su cuñado, que entrenaba, según le dijeron, con la guarnición real en la arquería. No lo había vuelto a ver tras su primer encuentro la noche anterior en Whitehall y esperaba hallarlo de mejor humor y dispuesto a aceptar sin ningún problema los acuerdos del divorcio. Sabía presionarlo y conocía sus puntos débiles.

Caminó un rato canturreando hasta que llegó a la zona de entrenamientos, había muchos alabarderos y soldados ordinarios entrenando con espadas, con lanzas y en la zona más alejada, divisó las dianas de los arqueros. Se acercó con las manos a la espalda hasta que encontró a James Sinclair, vestido con su kilt y en mangas de camisa, levantando el arco inglés de metro ochenta de alto, como si se tratara de una pluma.

—¡Tensad, aguantad, disparad!—gritó el oficial y las flechas cruzaron el aire con un siseo ensordecedor— ¡Tensad, aguantad, disparad!

Jonathan esperó a que su cuñado hiciera otros cuatro disparos y lo llamó a gritos. James se giró con los ojos entornados, entregó el arco a un

escudero y caminó hacia él atusándose el pelo.

—¿Qué tal, cuñado?, ¿te aburres tanto que te mezclas con esta gente?

—Debo entrenar a diario y no hay mejor lugar en todo este maldito país, ¿qué quieres, Jonathan?

—Charlar, ayer me dejaste con la palabra en la boca.

—No tengo nada más que hablar contigo, en todo caso, necesito hablar con los Caird.

—No hay nada más de lo que hablar con ellos, el asunto está zanjado.

—Por mi parte no ha hecho más que empezar.

—Escucha —Jonathan lo agarró del brazo y lo se lo llevó lo más lejos posible de la guarnición— he tenido audiencia con el rey, vengo ahora del salón del trono, me ha ordenado que se haga lo que piden los Caird, no quiere problemas con el Ard Ghillean an-thighe de Kirkwall. Es su amigo y un gran aliado, como también lo es de los Sinclair, es mejor firmar esto y dejarnos de sandeces.

—¡¿Qué?! —soltó una risa burlona y lo atravesó con los ojos claros, Jonathan se quedó quieto.

—Soy la mano derecha de tu padre, tenía que comentar las novedades con su majestad, al fin y al cabo, es asunto de la corona, eres el heredero de Caithness.

—A la mierda con Caithness, ¿cómo te atreves a discutir mis asuntos personales con él y sin mi consentimiento?

—Es mi trabajo.

—Puede dejar de serlo en cualquier momento, cuñado —masticó las palabras y lo hizo a un lado para irse— ¡no vuelvas a meterte en mis asuntos, Jonathan, te lo digo en serio!

—Te guste o no el rey Jacobo te ordena que firmes el acuerdo y te busques otra esposa, no querrás perjudicar a tu familia, a los Caird y a la propia Rosslyn —dulcificó el tono— si te importara algo, deberías procurar su bienestar, no querrás que viva amargada el resto de su vida en Sinclair Girnigoe. Si no te quiere y pide el divorcio, tendrás que aceptarlo, como el caballero que eres. Ante la evidencia de que no quiere vivir contigo, no puedes obligarla... —al ver que James se quedaba quieto, con las manos en las caderas y la cabeza baja, avanzó hacia él y le puso una mano en el hombro— me voy esta misma tarde a Escocia, ¿te vienes conmigo?

—No, me voy a Windsor con el rey.

—Bien, perfecto, es perfecto, tómate unos días más. Te hará bien distraerte.

—Si quiere el maldito divorcio, lo tendrá. Te dejaré los documentos firmados en mis aposentos, recógelos esta tarde.

—Estupendo, Jamie, me alegra ver que...



—No me llames Jamie, Jonathan —susurró con esa voz grave suya— por favor.

## VIII

Rosslyn bajó a la cocina y se encontró a todo el personal junto al fuego. Nevaba copiosamente fuera y no había sitio más caliente en toda la casa. Se acercó a la cunita de Brandon y comprobó que aún dormía, un alivio, porque cada tres horas soltaba un llanto ensordecedor pidiendo su comida. La familia y el servicio bromeaba con el mal genio del bebé que, a su mes de vida, ya estaba dando muestras de sobra de un tremendo carácter.

Agarró el bastidor y se sentó junto a su madre para bordar. Alison le acarició el brazo y juntas siguieron escuchando la historia que Brycen, la tata, les estaba contando. Iba de duendes y hadas del norte y todos esos entes mágicos que tanto le encantaban y sonrió recordando el miedo que le daban sus leyendas cuando era pequeña. Hasta que se marchó a Caithness había sufrido de pesadillas terribles, y ya viviendo en Sinclair Girnigoe, el asunto había empeorado hasta su boda, cuando no volvió a dormir sola y si tenía miedo, se abrazaba a James, que solía dormir a pierna suelta. James. Dejó la aguja en el aire y contuvo con disciplina las ganas de llorar. No podía hacerlo, no podía llorar más, necesitaba superarlo, olvidarse del pasado, mirar

al futuro y concentrarse en Bran, él era su prioridad y por él no debía recordar.

—Hola, guapa —su padre se sentó a su lado y le dio un beso en la cabeza—  
¿cómo está el muchachito esta tarde?

—De momento callado —susurró, sonriendo— ¿y tú, papá?

—Bien, cariño, tengo una invitación para ti.

—¿Ah sí?

—Sí —lord Caird se acercó más a ella para no importunar el relato de Brycen y le habló con una sonrisa— este año vamos a Edimburgo, a la feria de ganado, los caballos están listos. Wilfred acaba de decirme que tenemos una yeguada estupenda y unos ejemplares de tiro muy fuertes. Hace dos años que no llevamos nuestro ganado a la capital, pero este marzo sí lo haremos, así que, si quieres venir, puedes hacerlo.

—¿Yo? —se le iluminó la cara, ese viaje lo había hecho cuando era una niña y había sido maravilloso— ¿de verdad, papá?

—Sí y puedes traer a Brandon, ya sé que no puedes separarte de él.

—Gracias, me encantará acompañarte.

—De nada, preciosa.

Alister Caird observó a su hija y volvió a sonreír, aunque se le partía el

alma en dos al mirarla. Delgada, triste y con esos ojos de melancolía difíciles de disimular. Acababa de dar a luz, decía su esposa, y superar aquel trance era motivo de angustia, de preocupación por el recién nacido, que absorbía toda su atención. Pero no se trataba solo de eso, obviamente no se trataba solo del parto y de su nuevo hijo, se trataba principalmente de ese maldito James Sinclair y su condenado divorcio. Ojalá se vayan todos al infierno, pensó y luego miró a un nieto, arrepintiéndose de inmediato de sus deseos, al fin y al cabo, el pequeño Bran era un Sinclair.

El bebé empezó a moverse en la cuna y a quejarse bajito y acto seguido soltó un llanto voluntarioso, justo antes de que su madre lo cogiera en brazos. Todos los presentes se echaron a reír y Rosslyn le besó la cabecita redonda, cubierta por esa pelusilla color caoba tan suave.

—Ya habló lord Brandon —dijo Brycen riéndose— ya veréis como este mozo no nos dará tregua, en cuanto empiece a caminar, ya lo veréis.

Su madre lo miró embobada y decidió llevárselo al dormitorio para amamantarlo. El pequeñín se tranquilizó lo suficiente como para cambiarlo y abrigarlo bien antes de meterse con él en la cama, lo abrazó y le dio el pecho canturreándole una canción. Ya no le dolía tanto cuando lo alimentaba, se estaba acostumbrando, y cada día disfrutaba más de esos momentos de intimidad, solos él y ella, cuando la miraba con sus ojitos grises y se agarraba a su ropa con sus deditos diminutos. Era precioso, perfecto. Se parecía a su

padre, que era un hombre muy guapo, pero no tendría sus ojos, lo sabía, aunque su madre opinaba que aún era prematuro para determinar el color, Rosslyn estaba segura que Brandon no los tendría como James, sino como los suyos, oscuros y almendrados.

Le estiró los bracitos, le acarició el pecho, la cabecita, el pelo de los Sinclair, las manos largas idénticas a las de James e intentó imaginar cómo hubiese sido él como padre. ¿Cómo hubiese tratado a Brandon? seguramente lo hubiese ignorado. Al menos hasta que pudiera montar o sujetar una espada, se olvidaría de él, como hacía con sus sobrinos, y ella hubiese sufrido por eso y habrían acabado discutiendo y gritándose, y él desapareciendo por la puerta para ir al encuentro de cualquiera de sus amantes. Eso hubiese pasado y sentía un gran alivio al saber que no tendría que vivir así nunca más, nunca más, porque no podría soportarlo.

—A pesar de la nevada, ha llegado una carta para ti —Cassidy entró muy contenta y se la puso encima de las mantas— la ha traído alguien del puerto, está comiendo abajo.

—¿Y por qué estás tan contenta?

—Porque también traía una carta de Alec.

—Qué suerte —le sonrió— ve a leerla, por mí no te preocupes.

—Muy bien, luego te lo cuento —Rosslyn la vio salir tan feliz y agarró el sobre

color crema que venía sucio y algo destartado, lo giró y reconoció en seguida el sello de los Sinclair en la solapa.

*“Querida Rosslyn, te escribo a escondidas, ya sabes que no me dan ni papel, ni tinta. Los he robado del despacho de nuestro suegro, porque necesitaba escribirte. Esta tarde unos parientes de Gwen van hacia al norte y han prometido hacértela llegar, espero que cumplan.*

*Al parecer James sigue en Londres con el rey Jacobo, lord Henry regresó sin él y lady Moira está muy enfadada, dice que James es necesario en Caithness, en invierno. Ayer me enteré de lo del divorcio, aquí nadie sabíamos nada, ni siquiera los condes ¿te imaginas? Henry Sinclair discutió a gritos con su mujer y con Jonathan (ese tipo sigue sin gustarme), pero ya está hecho. Están muy enfadados contigo, pero ¿qué más da? Te felicito por ser tan valiente, eres fuerte y has tomado la mejor decisión. Tienes suerte de que tu familia te respalde en algo tan importante. Me alegro que hayas abandonado al impresentable de mi cuñado, que todo lo que tiene de guapo, lo tiene de sinvergüenza, lo dice hasta su madre.*

*Felicidades por la niña. No la traigas aquí, nunca, no se lo merecen. Jamás te quisieron y ahora menos.*

*Gwen sigue llorando por Andrew, ¿cómo no?, sé lo que siente. Yo sigo pensando que los Murray tienen algo que ver con su muerte, sino ¿por qué*

*Jonathan ha hecho desmontar y destruir su ballesta y la de su escudero? Las entregó al herrero y las convirtieron nuevamente acero, es muy extraño, Rosslyn. Elisa, la mujer de Phillipe, dice que es posible saber qué ballesta disparó el virote que acabó con Andrew, que Phillipe podría descubrirlo, no en vano, las armas las hace él, pero aquí nadie le ha pedido que investigue, han echado tierra encima y más después de que James se fuera a la corte. Les vino de perlas que se marchara de aquí en medio del lío... tienen suerte.*

*Enhorabuena otra vez por la pequeña, es un milagro. No sabes la envidia que me das.*

*Tú amiga para siempre, Faith Sinclair.”*

Rosslyn leyó un par de veces más la carta de su cuñada y la dejó encima de la mesilla, muy confusa. ¿Cómo que los condes no sabían nada del divorcio?, ¿no apoyaban ellos a James?, ¿no lo obligaron?, ¿no pidió su consentimiento? Era todo muy extraño porque en Sinclair Girnigoe nadie hacía nada sin el consentimiento de Moira Sinclair. Tal vez, Moira y James lo había preparado todo a espaldas del conde... eso seguramente es lo que había ocurrido, decidió. No había que dar más vueltas al tema. El divorcio era cosa de James y de su madre, y Jonathan los había ayudado.

—¿Malas noticias? —preguntó su madre asomándose al cuarto— ¿es de James?

—No, mamá, es de Faith, la viuda de William Sinclair, el hijo mayor de lord

Henry.

—¿Y qué te cuenta?

—Nada, cosas tuyas, no te preocupes.

—Muy bien, en media hora servimos la cena. Te espero abajo.

Rosslyn no volvió a pensar en la carta hasta unos días después, cuando llegó un emisario del conde de Caithness con una carta personal de Henry Sinclair acompañando un pequeño baúl con regalos para su nieto. Ropita, una medalla de San Mateo, bendecida en la capilla de Rosslyn, una toquilla, zapatitos... Reconoció inmediatamente algunas piezas que había cosido ella misma y las lágrimas le subieron a la garganta, se sentía muy culpable de tener que mentir a los condes con respecto a su nieto, sobre todo a lord Henry, que siempre había sido cordial con ella, pero no había tenido otra alternativa.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó lord Caird a sus hijos cuando los tuvo sentados delante de su mesa, en la biblioteca. Cameron y Rosslyn se miraron con sorpresa y él agarró la larga carta de Henry Sinclair para leerles algunos párrafos.

*“Mi querido amigo, lamento mucho los últimos acontecimientos que han acabado por romper nuestra valiosa alianza familiar. Aun no entiendo los graves incidentes que han podido provocar este desgraciado divorcio entre nuestros hijos y ruego a Dios que me de sabiduría y paciencia para poder aceptarlo y perdonar a James, que asumo, ha sido el culpable último de vuestra decisión.*

*En un divorcio siempre hay dos culpables, pero debido a la juventud de Rosslyn, entiendo que mi hijo ha sido el mayor responsable en esta triste ruptura, que me parte el corazón. En su nombre, y en el mío propio, pido sinceras disculpas a tu hija y a tu familia, querido Alister, y espero en Dios que puedas perdonar el daño que podamos haber causado a Rosslyn (que será siempre mi nuera) y que todos estos hechos no afecten a nuestra valiosa y antigua amistad.*

*Nos sentimos desolados, avergonzados e impotentes. La petición de un divorcio provoca siempre una sensación de frustración y de fracaso, pero en este caso, además, me provoca un enorme dolor debido a nuestra estrecha amistad.*

*Una vez más, perdóname si en algo te he ofendido, saluda a Rosslyn de nuestra parte y besa a nuestra preciosa nieta con todo nuestro amor.*

*Que Dios os bendiga.*



*Henry Sinclair*

*Conde de Caithness*”

Rosslyn suspiró conteniendo las lágrimas y miró a su padre sin poder decir nada, Cameron agarró la carta y la leyó por encima con el ceño fruncido.

—Creo que mi amigo Henry no sabía nada del divorcio. De hecho, parece que lo hayamos pedido nosotros —dijo lord Caird poniéndose de pie— ¿no creéis?

—La verdad es que sí —opinó Cameron— es muy extraño.

—Yo creo que lady Moira y James prepararon el divorcio a espaldas del conde, nada más, en esa casa las cosas suelen hacerse así —habló Rosslyn, viendo a su madre entrar en la biblioteca con Brandon dormido en sus brazos.

—Pero estamos hablando de algo muy serio, un divorcio es un deshonor.

Cuando firmamos las capitulaciones matrimoniales, ellos se comprometieron a honrarte y cuidarte y...

—Y a su manera lo hicieron, papá. El problema siempre fue entre James y yo, no con su familia.

—Salvo con la bruja de tu suegra, que es una desgracia en cualquier casa —opinó Cameron— James Sinclair es arrogante, prepotente e irresponsable, no supo honrarte como su mujer, me consta, y su familia no hizo nada por corregirlo y llamarlo al orden, así que aquí todos tenemos parte de culpa.

—Pero eso ya pasó y no pienso seguir hablando del tema —se levantó y su padre la detuvo.

—Entiendo que no quieras saber nada, pero yo sí, escribiré a Henry para aclarar lo sucedido. Tu marido es el que ha pedido el divorcio, no nosotros, y eso, necesito que quede bien claro.

—Haz lo que necesites hacer papá.

—Tu hermano tiene que traerte de vuelta a casa, débil y agotada, con siete meses de embarazo, se presentan aquí sus emisarios pidiéndote el divorcio y amenazando con llevarse a mi nieto ¿y debo dejar las cosas en el aire? No, no estoy dispuesto, soy un hombre de honor.

—¿Y es tan importante?, ya es el pasado, no se puede solucionar y quisiera cerrar ese capítulo.

—Un matrimonio, hija mía —contestó su padre muy serio— es una alianza sagrada, familiar y política. Cuando tenías doce años te entregué a esa familia, confié en ellos, por el bien de los Caird y del clan Sinclair. Aunamos fuerzas y estrechamos lazos. Sé que tú has cumplido con ese matrimonio hasta el final, a pesar de todo lo que has tenido que aguantar, ahí has estado sin abrir la boca contra ellos, aun así, nos deshonran con un divorcio, cuando tu hijo ni siquiera había nacido. Por supuesto que es importante.

—Lo entiendo, papá, pero a mí lo único que me preocupa es que algo de esto

pueda perjudicar a Brandon. Tal vez es mejor no remover más las cosas, ¿qué más da quién se haya divorciado de quién si ya no se puede solucionar?

—Y además está lo de Brandon —el conde se sentó pasándose la mano por la cara— esa mentira imperdonable. Santa Madre de Dios ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

\*\*\*

—No llores... —Alison Caird entró a su dormitorio y la sorprendió llorando a escondidas y pegada a la ventana— vas a enfermar, hija mía, se te va a cortar la leche.

—¿Cómo dices?

—Dicen que la pena y la alegría se transmiten al bebé a través de la leche de su madre y a veces, si estás muy mal, se corta.

—Oh, Dios mío.

—Bueno, pero no te preocupes por eso también, ¿para qué te habré dicho nada? Lo siento, no te angusties, tú tienes muchísima leche, estás sana y te vas a tranquilizar ¿verdad?. ¿Por qué lloras ahora?, ¿por tu padre?

—No quiero que tenga problemas con los Sinclair por mi culpa, somos leales al clan, ellos a nosotros, no quiero que mi estúpida boda y este estúpido divorcio desencadenen un problema grave. Seguro que todo este asunto no es más que un simple malentendido.

—Tal vez se trata de un simple malentendido, pero debemos aclararlo para que no haya ninguna sombra de duda sobre esta alianza, eso es todo. No es culpa tuya, al contrario, tú eres la primera víctima en todo este embrollo.

—Si yo hubiese sido una esposa mejor, más obediente, más complaciente o más guapa, nada de esto estaría pasando, seguiríamos casados y ninguna alianza estaría en duda.

—¿Eso crees?

—Por supuesto, soy consciente de mi culpa en todo esto, mamá.

—James Sinclair tampoco te lo puso fácil y, sin embargo, tú jamás te quejaste de sus desaires, sus infidelidades, sus imprudencias —Alison se sentó frente a su hija y la miró con los ojos húmedos— su madre nunca te apoyó, no te quiso y no contuvo a su hijo, y de eso, la culpa la tengo yo.

—¿Tú?, ¿por qué?, tú ni siquiera...

—No sabes nada de lo que hay entre Moira y yo. No quise decírtelo porque creí que no haría falta, jamás imaginé que esa mujer fuera tan vengativa y tan mala persona como para cebarse con una niña como tú.

—¿Cómo? —Rosslyn abrió mucho los ojos y se secó las lágrimas— ¿de qué estás hablando, mamá?

—Henry Sinclair me conoció cuando yo tenía unos doce años y se enamoró de mí. Mi padre era maestro de armas en el castillo de Edimburgo, te lo he

contado mil veces, y el entonces heredero de Caithness, nieto de lord Sinclair, se encaprichó conmigo a pesar de estar prometido a Moira McFadden, hija de un noble muchísimo más poderoso que mi padre. Henry quiso pedir mi mano y disolver el compromiso con Moira, apeló a la corte, hizo toda clase de esfuerzos para no tener que casarse con ella, pero no se lo permitieron, su abuelo no lo toleró, aunque todo el reino se enteró de sus intenciones. Un año después se casó con ella y yo me prometí con Alister, y cuando en 1603, durante la coronación del rey Jacobo en Londres, nos reencontramos, Henry habló con tu padre para cerrar el compromiso entre su tercer hijo y tú, mi niña mayor. Era un matrimonio muy beneficioso, James me pareció un chico tan guapo, divertido y valiente. Me alegré de saber que entrarías en una de las familias más poderosas de nuestro país y de la mano de un hombre joven y tan apuesto. No me negué en absoluto a ese matrimonio, porque yo me había olvidado de lo ocurrido entre Henry, Moira y yo en el pasado, sin embargo, al parecer, ella no lo había olvidado y no ha podido evitar vengarse de su humillación de hace tanto tiempo, humillándote a ti.

—¿Cómo? —no se lo podía creer— ¿tu querías a Henry Sinclair?

—Aunque era casi tan guapo, alto y gallardo como James, no, no lo llegué a querer. Me halagaba con su empeño en conquistarme, pero nada más. Yo siempre preferí a tu padre.

—¿Y tú crees que esa es la verdadera razón por la que la condesa me odia

tanto?

—Te pareces mucho a mí, eres mi hija, Rosslyn, estoy segura que esa realidad no la pudo tolerar jamás. Cameron me ha contado como te trataba en Caithness, incluso Beth se ha atrevido a contarme como te mataba a trabajar, como te hacía repetir las tareas, como nunca te trató como a una hija, que para eso te fuiste allí, para que te educara como a una hija más.

—Dios bendito.

—Lo siento mucho, cariño, debí prever lo que ocurriría, lo siento de veras.

—Tú no tienes la culpa de que esa mujer sea así, mamá, y que ni James, ni siquiera lord Henry, hicieran nada por defenderme.

—James era un crío y Henry seguramente no se enteraba de nada, los hombres siempre tienen mejores cosas que hacer que vigilar a sus mujeres.

—Pero James, él... —tragó saliva— nunca me defendió ante ella, siempre obedecía a lo que dijera su madre. Él era mi marido, él debió ayudarme un poco y no lo hizo.

—Era solo un crío.

—Hace tiempo que dejó de serlo y seguía haciendo oídos sordos a las reprimendas y desplantes que me hacía su madre en público y en privado. En realidad, le daba igual lo que pasara conmigo en aquella casa.

—¿Pero alguna vez le pediste ayuda, hablaste con él?

—Oh, no, por Dios, ¿para que se burlara de mí? —se levantó arreglándose el pelo— los desaires de lady Moira podía soportarlos, mamá, pero las burlas de James, no.

—No me puedo creer que no hayas sido ni un solo día feliz a su lado.

—Al principio sí, cuando...—se calló de golpe— no quiero hablar de él, por favor. James Sinclair para mí está muerto, él y su familia, y solo espero que mi padre aclare, lo que necesite aclarar con respecto al divorcio, lo antes posible y enterremos todo esto para siempre.

— Rosslyn...

—No te preocupes, estoy bien, solo necesito descansar un poco. ¿Te importa dejarme sola?

Lady Alison la besó en la frente y se marchó, ella comprobó que en la chimenea había suficiente leña, cerró las cortinas y se metió en la cama. Estaba agotada de tanto pensar, de hacer conjeturas, solo quería dormir y recordar de su reciente pasado sólo lo bueno, como cuando era una niña y había llegado a Sinclair Girnigoe tan ilusionada.

En el viaje de ida hasta allí James, tan guapo y presumido, con sus ojos color aguamarina y sus músculos dispuestos siempre a ganar cualquier desafío, la había tratado como a una hermana pequeña. Se peleaban como críos, discutían hasta por si estaba nublado o hacía sol, pero eso a ella no le

importaba. Le bastaba con ver sus ojos de cerca, su pelo castaño caoba tan bonito, sus manos enormes y su sonrisa maravillosa. Ella lo adoraba y pedía a Dios a diario que la hiciera mujer pronto para poder llegar a gustarle y llamar su atención.

Por aquellos días, Jamie Sinclair se mostraba indiferente y altanero, se reía de ella, de su forma de andar, de su pecho plano, de su delgadez, era insoportable, pero solo pensar que acabarían casándose y teniendo muchos niños, a ella la hacía feliz. Se pasó todo ese viaje soñando con su futuro juntos, más contenta de lo que había estado en toda su vida, y había pisado el castillo Girnigoe sintiéndose la chica más afortunada del mundo, dispuesta a hacer cualquier cosa por aprender, crecer y transformarse en una buena esposa para él.

Claro que había sido feliz —pensó— ¿qué chica no lo hubiese sido con un prometido como James Sinclair? Era el sueño de cualquier dama de la corte.

—A mí me gustan las rubias —le había espetado una mañana después de montar, cuando la había arrinconado en las caballerizas para besarla otra vez. Se pasaba todo el día besándola, hasta lady Moira se había dado cuenta y los había mandado a confesarse— pero tú no estás tan mal.

—Pues a mí también me gustan los rubios y no me quejo.



—Yo no me quejo, digo que estás muy apetecible —la agarró con las dos manos por la cintura y la tiró encima de una montaña de heno— vamos a ver qué sabes hacer.

—¿Estás loco?, ¡déjame en paz!

—Soy tu señor y me debes obediencia.

—Cuando me case contigo, y eso, ya lo veremos.

—¿Qué veremos, si estás loca por mí?

—¡Mentira!

—Ninguna chica decente me besaría como tú.

—¡Vete al infierno!

—Bien, pero primero ven aquí —intentó subirse encima de ella y Rosslyn recordaba haberlo mordido y pateado con toda su alma, acción que él se tomó a risa, dejándola escapar— cuando te cases conmigo, Rosslyn Caird, nos pasaremos todo el día en la cama, te haré feliz, ya lo verás.

Ella había salido corriendo, con el vestido y el pelo llenos de briznas de paja, y los chicos de las cuadras se habían reído a carcajadas a su paso. En ese momento se quiso morir, pero esa noche, tres años después, lo recordaba con ternura. No eran más que unos niños y jamás habían aprendido a complementarse, a dejar de pelarse y llevarse la contraria. Él era el señor de su castillo y ella no le pasaba ni una sola de sus equivocaciones, no obedecía

sus órdenes y lo desafiaba continuamente, debía reconocerlo. James bufaba de rabia ante sus insolencias y ella lo pinchaba más. Odiaba que no le sirviera personalmente la cena y ella mandaba a cualquiera con su plato de comida. No le gustaba madrugar y ella abría las cortinas a la seis de la mañana para que despertara... ese había sido su corto matrimonio con el chico más guapo de toda Escocia. Un verdadero desastre.

## IX

Jewellyn Sinclair Murray escuchó las novedades con una sonrisa beatífica, parpadeando con dulzura, mientras en su interior el miedo le atravesó el alma por la mitad. Dejó la labor encima de la mesa y llamó a su hijo Jonathan con la mano.

—Vamos a tomar un vaso de leche, Jon.

—No quiero.

—Sí, pequeñín, vamos, yo te lo serviré.

Agarró al niño y se fue directo hacia las cocinas, lo dejó a cargo de una doncella y salió corriendo en busca de su marido. Entró como un vendaval en la biblioteca y al comprobar que estaba solo, habló con el corazón en la garganta.

—Mi madre me acaba de decir que enviaron hace dos semanas un regalo para la hija de James.

—¿Y? —Jonathan se encogió de hombros.

—Con una carta de mi padre, exponiendo su sorpresa por el divorcio.

—Bueno, bueno, tampoco...

—Les dice a los Caird que no entiende el porqué de su decisión y con tacto, les asegura que se siente ofendido.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi madre, ¿no me has oído?

—Pero tu madre leyó la carta, ¿estás segura?

—No lo sé, solo me ha dicho que mi padre está desolado con el asunto del divorcio y que quería manifestar el disgusto a Caird y, de paso, asegurar la alianza con el norte. Dios bendito, Jonathan, como a ese tipo se le ocurra decir algo...

—No dirá nada, estaban demasiado dolidos, seguramente ignoren la carta de tu padre.

—Como la lean y sumen dos más dos, estamos perdidos.

—¿Por qué?, ¿tú crees que a ese pobre hombre se le ocurrirá andar aclarando quién pidió o no el divorcio?. Lo único que le importa ahora es que su hija de

dieciséis años está divorciada y con una hija recién nacida, nada más.

—Yo no estaría tan segura.

—Pues vamos a creer que sí y no empeoremos las cosas, no nos tienen que ver nerviosos, ¿está claro, Jewellyn?

—Sí, ¿tienes los papeles de mi hermano?

—Aquí están.

—Vale, me vuelvo con mi madre.

—Adiós, preciosa.

Jonathan vio salir a su mujer y se desplomó nuevamente en la silla, era cierto que tenía los papeles firmados por James, pero no completos. Por un error le había dado una copia incompleta y cuando quiso corregirlo, él ya no estaba en Londres. Se había ido a Windsor un día antes que el rey, se pasaría ahí unas cuantas semanas y Jonathan estaba decidiendo si debía viajar de nuevo al sur para conseguir que firmara todo el papeleo o esperar a que regresara a Caithness. La decisión era complicada, sobre todo porque su suegro no entendería que se marchara otra vez si acababa de llegar.

—Jonathan —el conde entró sin llamar y lo hizo saltar en su sitio— ¿sabes cuándo tiene previsto volver mi hijo?

—No, milord, no me lo dijo. El rey estaba decidido a que lo acompañara en Windsor unos días, ¿por qué?, ¿necesita algo?

—Quiero que vaya a Kirkwall. Necesito que hable personalmente con Alister Caird y con la muchacha y, por supuesto, que vea a su hija.

—Sí, milord, si quiere, le escribiré ahora mismo unas líneas.

—Sí, por favor.

—Muy bien, milord, ahora mismo.

\*\*\*

Se estiró entre las sábanas y por un segundo olvidó que estaba en el condado de Berkshire, Inglaterra, y no en Escocia, se desperezó y miró el cuerpo que dormía a su lado con bastante desagrado. Se trataba de Rose Wisting, una antigua conquista suya que ahora era dama de la reina. Estaba casada con un funcionario de la corte, tenía veintitrés años y dos hijos. Una matrona divertida y viciosa que en cuanto le había dado caza en el castillo de Windsor, se lo había llevado a la cama.

Era la primera mujer con la que se acostaba desde que estaba casado con Rosslyn, porque en contra de lo que todo el mundo creía, él jamás se había metido en la cama con otra. Tonteado sí, besado a más de una solo para enfadar a su mujer, también, pero nada más.

Se sentó, buscó el kilt y comenzó a vestirse. Ni siquiera estaban en su habitación, sino en ese cuchitril que Rose llamó “mi nidido de amor” y que se encontraba fuera de la fortaleza, en el pueblo, a dos pasos del castillo. Agarró

la camisa, las botas e hizo amago de escapar, momento en que su amante le habló con voz de sueño y con ese acento que él no soportaba.

—No te vayas, ahora eres mío.

—Tengo que irme.

—Tienes tiempo, ven aquí Jamie Sinclair.

—Me llamo James y no, gracias, para mí ya ha sido suficiente.

—Eres muy poco galante

—Qué lástima, hasta luego.

—Ahora podré dar fe de que es cierto, los escoceses sois muy buenos en la cama.

—Alabado sea Dios —musitó abriendo la puerta. Se sentía fatal de estar ahí y con ella, y necesitaba un baño, pasar por la iglesia y hacer penitencia inmediatamente.

—Tu mujercita tiene mucha suerte, ¿cómo se llama?, malditos nombres escoceses, ¿cómo era?...

James le dedicó una mirada asesina y salió con un portazo del dormitorio, pisó la calle y terminó de vestirse con furia. Aquello no había conseguido hacerlo olvidar a Rosslyn, o sentirse mejor, sino todo lo contrario, ahora además de estúpido, se sentía como un maldito traidor,

acostándose con una mujer que no le interesaba solo para apagar el deseo brutal que sentía por su esposa. Por su antigua esposa, o como se dijera aquello.

Rosslyn Caird era una fiera cuando se enfadaba, callada como una tumba si se lo proponía, fría en público, pero cálida y dulce en la intimidad, la única que le despertaba un deseo abrasador a diario, a todas horas, y a la única a la que había entregado su semilla siempre, porque quería niños con ella, que para eso era su mujer y la mejor madre para sus hijos.

Pero ya no la tenía, ni a ella, ni a su hija, la pequeña Mary, a la que todavía no conocía, ni había podido abrazar contra su pecho. Alguien le había dicho una vez que no había nada más milagroso en la vida que coger en brazos a tu hijo recién nacido, sentirlo en tus manos, y él se lo había perdido, y cuando llegara a verla, si Rosslyn se lo permitía, la niña ya estaría más grande y no lo reconocería y tendría que explicarle que él era su padre. Un padre que la había querido siempre, desde que estaba en el vientre de su madre, e incluso antes, porque siempre soñó con tener hijos.

—¡Lord Sinclair! —un alabardero interrumpió sus pensamientos, evitándole la humillante experiencia de que lo pillaran llorando en público. Carraspeó y lo miró a los ojos— el rey os espera, milord.

—Gracias.

Llegó al salón del trono, cargado de maderas y dorados, enormes cuadros flamencos colgados en sus paredes e infinidad de relojes de mesa, de esos que fascinaban en la corte. Pisó el suelo alfombrado de rojo, miró hacia un rincón y se encontró al rey rodeado de cortesanos, él se atusó el pelo y se acercó despacio. Jacobo levantó los ojos y le sonrió:

—¿Una mala noche, milord? —preguntó con sorna y James se encogió de hombros.

—Lejos de casa siempre lo son, majestad.

—Lo sé. Mira, tenemos varios invitados más para la partida de caza, el tiempo es estupendo, al fin, y creo que mañana podremos cazar tras dos semanas de aburrimiento, ánimo, Sinclair.

—Lo siento, majestad, pero yo me marchó hoy a Escocia, mi familia y mis obligaciones me reclaman —lo soltó sin haberlo pensando y le gustó oírlo.

Cuadró los hombros, se puso las manos a la espalda y lo miró fijamente. El rey levantó las cejas y luego se echó a reír.

—¿Tanta prisa tienes?

—Si no os importa me voy Kirkwall, majestad. Mi hija nació hace dos meses, creo que ya es hora de que conozca a su padre —un murmullo se extendió por la sala y el rey se apoyó en su bastón con pomo de oro para mirarlo de arriba abajo— necesito verla.



—Bien, pues, ¿qué podemos hacer para retenerte?

—Nada, excelencia, solo os agradezco vuestra generosa hospitalidad y me despido de vos ahora mismo.

—Claro, buen viaje.

El rey de Inglaterra y Escocia se quedó perplejo, sin palabras, fue incapaz de rebatir la decisión de su atractivo y divertido amigo escocés, y lo dejó ir después de retenerlo en la corte casi cuatro meses enteros. Suspiró contrariado y miró a sus leales súbditos, que no eran ni tan jóvenes ni tan guapos como lord James Sinclair, pero sí bastante más cariñosos y leales que él.

—La reina me matará cuando sepa que lo he dejado marchar —bromeó, volviendo la atención hacia sus invitados— qué lástima.

James salió con una energía renovada al patio central, entornó los ojos en medio de esa lluvia helada que había empezado a caer y localizó a Ros, su escudero, charlando al otro lado del inmenso terreno con unos guardias, silbó con fuerza y Ros Clyne corrió hacia él protegiéndose de la lluvia con la capa por encima de la cabeza.

—¿Milord?

—No vamos a Escocia, Ros, ahora mismo, prepara los caballos y tu equipaje, yo me ocuparé del mío, nos vemos en una hora en la capilla de San Jorge ¿de

acuerdo?

—Gracias a Dios —respondió el jovencito, sonriendo.

—No agradezcas tanto, que antes de ir a Caithness nos vamos a Kirkwall.

## X

Cameron Caird se levantó temprano, como todos los días, y bajó a la biblioteca a trabajar. Su padre y Rosslyn habían viajado a Edimburgo hacía una semana y su mujer había dado a luz hacía dos días. Ya era padre de otra niña, la tercera de su prole, a la que habían bautizado con los nombres de la supuesta hija de su hermana, Mary Alison, un nombre muy bonito y que no había sido motivo de discusión para nadie.

Estaba muy feliz por su nueva niña y sobre todo porque tanto ella como la madre, su querida Anne, estaban perfectamente y, aunque ambos no habían podido evitar decepcionarse un poco, porque llevaban años soñando con un varón, no pensaba darle mayor importancia al asunto, los chicos ya llegarían, estaba seguro, y esa mañana había consolado a Anne asegurándole que prefería pensar en su ancianidad rodeado de hijas atentas, que de varones

indiferentes. Una mentira piadosa para tranquilizarla. Su mujer era muy dulce, muy trabajadora y discreta, pero también muy sensible, como una niña pequeña, y no quería preocuparla.

Se sentó detrás del enorme escritorio de su padre y organizó los papeles pendientes por orden de importancia, luego se apoyó en el respaldo de la butaca de cuero y miró a través de los cristales abiertos el espectacular día soleado del que gozaban, estaban a 15 de marzo y la primavera empezaba a notarse, una bendición para cualquier habitante del norte, donde los inviernos duraban casi diez meses. El cielo era de un azul pálido, un par de nubes blancas se movían con suavidad hacia su derecha y el aroma a rosas lo inundaba todo, respiró hondo y en ese preciso momento el cuerno del vigía sonó potente. Se puso de pie, se ajustó el kilt, agarró la espada de un rincón y se la acomodó al cinto, luego salió al recibidor, donde su madre estaba con Nora, su nieta mayor, curioseando para ver quién llegaba sin avisar. No esperaban a nadie y Cameron miró a su madre con una sonrisa.

—Id dentro, mamá, si es importante os aviso, debe ser algún proveedor.

—Nada de proveedores, Cameron, es un Sinclair.

—¿Cómo? —se giró hacia el jardín y vio los dos enormes caballos entrar al galope, uno de los jinetes era alto, fuerte, con el pelo caoba oscuro al viento.

James Sinclair en persona. Acarició la cabeza de su hija y repitió con calma—

id dentro.

—No quiero que se quede.

—No lo hará, madre, no te preocupes.

Tragó saliva y respiró hondo. Afortunadamente Rosslyn y Brandon no estaban allí, eso le habría complicado bastante las cosas. Salió a la puerta, bajó los escalones de la entrada despacio, observando como Sinclair y su escudero desmontaban de un salto, y esperó a que su antiguo cuñado entregara las riendas a los empleados de las caballerizas y se organizara la ropa de viaje antes de caminar hacia él serio y solemne.

—Buenos días, Cameron, lamento llegar sin dar aviso.

—Buenos días —ni siquiera le ofreció la mano. James se quedó un poco desconcertado y miró hacia la casa con los ojos entornados— ¿qué te trae por Kirkwall, Sinclair?

—Vengo a ver a mi hija.

—Lo siento, pero no se encuentra aquí.

—¿Cómo que no se encuentra aquí? —cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra y forzó una sonrisa— ¿dónde está Rosslyn?

—Ella y mi padre se han ido de viaje.

—¿Y se ha llevado a la niña?

—Es un bebé de pecho, James, aún no cumple tres meses.

—He hecho un viaje muy largo, Caird, espero que esta negativa no sea un capricho más de tu hermana.

—¿Un capricho más de mi hermana?, ¿a qué te refieres?, que yo sepa, mi hermana lleva años sin saber lo que es un capricho.

—No he venido a pelearme contigo, solo quiero conocer a mi hija.

—Y te repito que no está en Kirkwall, están de viaje y no sé cuando regresan.

—¿Y dónde han ido?

—Aquí y allá, mi padre tenía asuntos que tratar en varias ciudades.

—Bueno, si me lo permites, esperaré a que vuelvan.

—Lo siento, pero aquí no. Te buscaremos un buen alojamiento en el pueblo, si quieres. ¡Joseph! —gritó llamando al mayordomo— ocúpate de que lord Sinclair sea atendido como corresponde en la posada de...

—¿No me vas a ofrecer tu hospitalidad? —interrumpió James cada vez más enfadado. Había hecho un viaje largo, estaba agotado y sus monturas necesitaban descansar, además, eran aliados y familia, aquello era una falta de cortesía difícil de tolerar— ¿alguna vez se te ha negado algo en Sinclair Girnigoe?

—Mi padre no está, si estuviera, como es un caballero y un buen aliado de tu

padre, seguramente te abriría las puertas de su casa, pero como no está y decido yo, decido que no te quiero en mi casa, y mi madre tampoco, pero me ocuparé de que estés perfectamente atendido.

—¡Dios bendito!, da gracias al cielo de que sigues siendo familia... —apoyó la mano descuidadamente en el pomo de su espada y Cameron suspiró mirando al cielo.

—No me amenes, Sinclair, estas no son tus tierras y solo necesito un motivo, por mínimo que sea, para ponerte de una maldita vez en tu sitio.

—No necesitamos motivos, si me lo pides por favor, desenvaino la espada y arreglamos lo que tengamos pendiente como hombres. ¿Es eso lo que quieres?, ¿qué te mate en tu propia casa?

—¡Maldito arrogante! —Cameron sujetó su espada y el grito de su madre lo detuvo a una milésima de segundo de intentar decapitar a ese imbécil. Alison llegó hasta ellos y lo agarró por el brazo.

—¡Ya está bien!, no somos animales. James Sinclair —dijo mirando los ojos claros y la sonrisa deslumbrante de su yerno— no eres bienvenido en mi casa, pero sí en nuestras tierras y como te ha dicho mi hijo, haremos todo lo que esté en nuestra mano para que estés bien atendido y disfrutes de tu estancia en Kirkwall. Espero que lo comprendas.

—No, no lo comprendo, milady —respondió con una reverencia— pero no me

quedo donde no soy bienvenido, solo estaba bromeando con Cameron, jamás le haría daño.

—Hijo de... —Cameron avanzó hacia él un paso y lady Caird se interpuso una vez más.

—Ya está, por el amor de Dios. ¡Joseph! Ocúpate de lord Sinclair y su escudero, por favor, ahora mismo.

—Adiós —susurró James con una nueva reverencia hacia su suegra. No entendía porqué tanta animadversión, suponía que Rosslyn había tenido tiempo de ponerlos en su contra, pero en realidad le daba igual, no le importaba una mierda esa gente. Solo quería ver a su hija y lo haría, aunque tuviera que sitiar el maldito castillo de los Caird— espero que se me avise cuando mi hija regrese a casa.

—Por supuesto.

—Muy bien, os lo agradezco, milady.

Acto seguido se dio la vuelta y caminó hacia su caballo, hizo un gesto a Ros para que lo siguiera y salieron despacio de la propiedad escoltados por el mayordomo.

—Manda un correo urgente a tu padre—ordenó Alison sin mirar a Cameron— avísale de la visita de James Sinclair, dile que vuelvan pronto y que le advierta a Rosslyn que el padre de su hijo quiere verlo.

—Deberíamos dejar que se aburra de esperar.

—No, hijo, es un Sinclair, somos leales al clan y a su familia, además, es el padre de tu sobrino, no seas tan inconsciente.

—Madre...

—Calla, Cameron y escribe la carta, por favor.

Esa misma noche, mientras un emisario salía de Kirkwall rumbo a la capital de Escocia, James se sentó a la mesa de la posada más cara y acogedora del pueblo con una jarra de cerveza en la mano. Había dormido una buena siesta y se sentía mejor, tanto, que observó a la esposa del tabernero, una mujer mayor, fuerte y pelirroja que no se atrevía ni a mirarlo a la cara, y le habló con amabilidad.

—¿Conoce usted a Rosslyn, la hija de lord Caird, señora?.

—Por supuesto, milord, desde que nació.

—¿Entonces conoce a su hija recién nacida?

—Oh, sí, el otro día pasó por aquí y nos enseñó al bebé. Qué Dios la bendiga, es preciosa. ¿Viene usted a verlas, milord?

—Eso quiero, pero me han dicho que están de viaje.

—La mayoría de los ganaderos de las islas viajan a Edimburgo en estas fechas, milord.



—Edimburgo —pronunció entrecerrando los ojos, hacía tiempo que no iba a Edimburgo— la feria de ganado.

—Eso es, milord, así que no volverán hasta dentro de un mes o mes y medio como poco. ¿Le apetece capón o cordero, milord?

—¿Cómo dice?, ah, gracias, cordero, sí.

—¿Es usted familia de su marido?, ¿de los Sinclair de Caithness?

—Yo soy su marido, señora MacCallum, James Sinclair.

—Oh, Dios bendito, lo siento, milord, no sabía, lo vi a usted hace años, no sé, ha cambiado, lo siento muchísimo.

—No se preocupe. Todos hemos cambiado un poco. ¿Puede alguien llamar a mi escudero?, creo que estaba jugando a los dados en su cocina —diez minutos después Ros entró con una sonrisa de oreja a oreja al comedor y se sentó de mala manera a la mesa, justo frente a su señor.

—¿Sí, milord?

—Duerme y descansa, mañana nos vamos a Edimburgo.

—¿Ahora a Edimburgo? —preguntó, pero al ver el ceño ligeramente fruncido de Sinclair, carraspeó y se calló, tomando un trozo de pan de la mesa— claro, milord.

—Nos vamos al amanecer, vete a la cama y no juegues más a los dados con

esta gente ¿entendido? No quiero que les expolies lo poco que tienen.

—Pero yo...

—Calla Ros y comprueba que los caballos están bien atendidos, luego vete a la cama e intenta dormir.

## XI

Se miró al espejo y se pasó la mano por el abdomen comprobando que estaba tenso y liso como siempre, como antes. Sintió como Beth le ajustaba la chaqueta a la espalda con los últimos botones y se alisó la faldilla que iba por encima de la falda larga y ancha color avellana. Ese era uno de los vestidos nuevos que le había regalado su padre, a la última moda, un traje escotado y con amplias mangas ribeteadas con encaje de Irlanda, como los que llevaban todas las damas de la corte, en Londres y en Edimburgo, damas que ahora la esperaban para tomar un refrigerio en los salones del duque de Buckingham en el palacio de Holyrood. El duque y su esposa, íntimos amigos del rey Jacobo, estaban en la ciudad con motivo de la importante feria de ganado y en nombre del Su Majestad se dedicaban a dar toda clase de recepciones a los ilustres visitantes que llenaban la ciudad. Almuerzos, meriendas y fiestas a las que nadie se podía negar asistir.

Suspiró y esperó a que la doncella acabara de repasar el peinado y todo el conjunto, hizo amago de irse y Beth la agarró por la cintura.

—El camafeo —debería ponérselo, es precioso.

—No, gracias, no más cosas, este vestido es suficiente.

—Está tan guapa que creo que no es bueno, esas mujeres son unas envidiosas.

—Beth, por el amor de Dios, para la mayoría de esas damas no soy más que una campesina. Me invitan por mi padre, pero ni se fijarán en mí, así que, con algo de suerte, estaremos de vuelta en una hora. Cass ¿estás lista? —su joven hermana le regaló una sonrisa radiante y se encaminaron juntas hacia la puerta donde un alabardero las esperaba para acompañarlas hasta el almuerzo de lady Buckingham— Beth.

—Sí, ya sé, si Bran llora mucho, la mando a buscar.

—Gracias, hasta luego.

Salió de su alojamiento en la Royal Mile y caminó con Cassidy cogida del brazo, detrás de ellas iba Liz, su nueva doncella, nieta de Brycen, su querida tata, que tenía la edad de Rosslyn y con la que se llevaba estupendamente, mejor incluso que con Beth que, además, ya no le hacía ningún caso desde el nacimiento de Brandon, al que dedicaba toda su energía. Por esa razón se habían llevado a Liz de viaje, para que las acompañara mientras Beth cuidaba del bebé, y ahí estaban, en Edimburgo, disfrutando de

la primavera, la feria de ganado y relacionándose con la alta sociedad escocesa.

Caminaron escoltadas por dos guardias, charlando muy animadas y de pronto pensó en James. Hacía dos meses que no sabía nada de él ni de su familia, y uno que conseguía mantener a raya su recuerdo, distraída con el viaje. Aunque por las noches aún lloraba a escondidas por todo lo ocurrido, sentía que pronto y con la ayuda de Dios, lograría olvidarlo, porque poco a poco estaba consiguiendo no añorarlo tanto y ya no despertaba todas las mañanas buscándolo con el pie en la cama. Era lamentable echar de menos a alguien que a uno la despreciaba, se repetía constantemente, y esa idea le estaba dando fuerzas para no pensar en él y esquivar con maestría las preguntas de muchas mujeres de la corte sobre su apuesto y gallardo marido.

Miró hacia Holyrood, que estaba muy cerca de la casa que su padre había alquilado en la ciudad, y el trote de unos caballos las hizo pegarse a la acera. Maldijo por lo bajo a los caballeros y se miró el vestido comprobando que no se había manchado ni arrugado, sin imaginar, ni en sueños, que uno de los jinetes se había fijado en ella y acababa de detener su marcha en seco para seguirla con la mirada primero y luego a pie, tras entregar las riendas de su caballo a Ros Clyne.

—Ve al castillo y pide alojamiento —ordenó James Sinclair al escudero, sin mirarlo, pendiente de la preciosa muchacha de pelo oscuro que caminaba

hacia el palacio de Holyrood del brazo de una chiquilla que él no conocía.

—Milord...

—Obedece.

El corazón se le había subido a la garganta nada más divisar a Rosslyn. Primero la miró porque le pareció una dama muy guapa y un instante después se dio cuenta de que estaba admirando a su propia esposa, una esposa que de repente había pasado de ser una hermosa muchacha, a convertirse en una mujer deslumbrante. Caminó con cautela a unos pasos de ella, que charlaba animadísima con esa chiquilla, sin atreverse a detenerla. Llevaba un traje en tonos avellana, como sus ojos y su pelo, y su piel blanca resplandecía confiriéndole el aspecto de un ángel, todo el mundo la admiraba, aunque ella parecía no notarlo.

Como un imbécil observó como sonreía, parecía feliz, mucho más de lo que él recordaba haberla visto jamás, y se preguntó dónde estaría su hija y qué demonios hacía ella acudiendo a la residencia real a esas horas. Se sacó el sombrero, se apartó la capa y llegó a la puerta de Holyrood, donde dos alabarderos le cortaron el paso cruzando unas lanzas en sus narices.

—Lord James Sinclair, de Caithness —soltó, intentando no perder de vista la figura menuda de su mujer, que ya había entrado al patio principal.

—Lo siento, milord, hay una recepción privada de la duquesa de Buckingham

para las damas de la corte, no se puede entrar.

—Lo sé —mintió— mi esposa es esa mujer ¿la ve?, vengo para acompañarla.

—Esa dama es lady Caird, milord, ¿cómo dice que se llama usted? —el guardia vio el buen paño de su ropa, su imponente y elegante figura, el broche de oro con el que sujetaba el kilt y la espada de puño de plata, pero, aun así, tenía un aspecto un poco destartado, como de viaje, y no precisamente el de un hombre que acude a un almuerzo en el palacio real.

—¿Lady Caird? —soltó una carcajada tan sincera que el guardia no pudo más que sonreír— ¿en serio?

—Sí, milord, ¿sucede algo?

—Esa dama es Rosslyn Sinclair, mi mujer, y si no me deja entrar, al menos mándela llamar, es importante.

Uno de los guardias llamó a un crío de no más de doce años, vestido de uniforme, y lo mandó a buscar a lady Sinclair. A él lo dejaron pasar a los jardines para esperar en un rincón, un momento eterno hasta que pudo ver a lo lejos a Rosslyn saliendo casi a la carrera, acompañada por su doncella y aquella chiquilla rubia. Esperó a que estuviera lo suficientemente cerca como para no poder huir de él y le cortó el paso.

—Milady —soltó con sorna. Ella se detuvo, lo miró con los ojos muy abiertos y su escote a punto estuvo de estallar por culpa del movimiento agitado de su

pecho. Él admiró sin poder evitarlo el hermoso espectáculo y luego subió los ojos lentamente hacia los suyos tan oscuros— ¿qué tal estás, lady Caird?

—¿Qué haces tú aquí? —el paje le había avisado que la buscaban y había salido corriendo, pensando que se trataba de Brandon, y lo que se encontró fue demasiado inesperado como para poder reaccionar con algo de dignidad. Miró los ojos claros de James y cuadró los hombros.

—Vengo a ver a mi hija. He estado en Kirkwall y alguien me contó que estabais aquí, y ya veo que tú muy ocupada. ¿Dónde has dejado a tu hija, Rosslyn?

—¿Cómo dices? —no podía ni responder, lo miró de arriba abajo y comprobó su aspecto atractivo de siempre, las piernas separadas y esa forma suya de mirar el mundo desde lo más alto del cielo— ¿me estás reprochando algo?

—No sé, dime dónde está tu bebé y ya veremos.

—Vete a la mierda —fue su respuesta y la que James esperaba.

—Perfecto —la agarró del brazo e intentó sacarla de allí, ella se resistió y los alabarderos acudieron en su ayuda.

—¿Qué sucede, milord?, ¿algún problema?

—Nada — se apresuró a contestar Rosslyn apartándose de James— este señor está un poco confundido y yo necesitaría que alguien fuera a buscar a mi padre, está en nuestra casa, es lord Caird, Alister Caird, ¿puede alguien

ayudarme?

—Claro, milady, en seguida.

—No me moveré de aquí hasta que venga mi padre —le susurró a James, que parecía encantado con el pequeño alboroto— no tienes ningún derecho de tratarme así, ya no, ya no tienes ningún derecho sobre mí, ¿me oyes? Estamos divorciados y como no te apartes de nosotras, te denunciaré a los guardias, le diré al duque de Buckingham que quieres secuestrarme o algo peor.

—Qué miedo —se apoyó en la pared y fijó los ojos en ella. Estaba realmente preciosa y sintió como el cuerpo se le encendía como una batea. Pensó en llevarla a las caballerizas y hacerle el amor ahí mismo, pero como era caso imposible, optó por incomodarla con unas miradas demasiado descaradas. Rosslyn le dio la espalda, muy nerviosa, y se apartó de él varios pasos. A su lado la chiquilla rubia, que recordó podía ser su hermana, lo miraba con muchísima curiosidad— yo también esperaré a mi querido suegro. En realidad, has tenido una gran idea, esperaremos juntos. ¿Dónde está mi hija?

—En casa, ya te lo he dicho.

—No mientas, sé que vino contigo a Edimburgo, me lo dijo tu hermanito.

—Y está en casa —insistió mirándolo a los ojos— a unos metros de aquí, con Beth.

—La maternidad te ha sentado bien —se sacó la camisa por encima del kilt y se



desató los cordones del pecho, tenía calor, era mediodía y el sol pegaba fuerte sobre sus cabezas— ¿no te ha mejorado el carácter?, ya sé —la detuvo antes de que abriera la boca— ¡vete a la mierda, James!, ¿no ibas a decir eso?. ¿Y esta señorita? —preguntó mirando a Cassidy— buenos días y no te asustes, esas son las palabras más amables que me ha dedicado la dama en toda su vida, ya no me asusto ni yo.

—Soy Cassidy Caird, ¿no te acuerdas de mí?, nos conocimos hace años, cuando fuiste a casa a recoger a mi hermana.

—Claro, Cassidy ¿cómo estás?, has crecido mucho.

—¿Por qué has tardado tanto en venir a ver al bebé?, cumple tres meses dentro de una semana.

—¡Cassidy! —la regañó Rosslyn y James sonrió apoyándose nuevamente en la pared.

—Dios bendito, qué mal genio tiene tu hermana ¿no? Estaba en la corte, Cassidy, con el rey Jacobo y la reina Ana, fui su invitado y no pude escaparme de Londres hasta ahora.

—Pues es un bebé precioso.

—No lo dudo —recorrió a Rosslyn nuevamente con los ojos y miró su cuello esbelto resaltado por aquel moño alto, aunque él prefería su espeso y suave pelo oscuro suelto— vais las dos muy elegantes.

—Mi padre nos ha regalado la ropa —comentó Cassidy, fascinada con la estatura y la belleza de su cuñado. Ella recordaba que era un chico muy guapo, pero además le caía bien, no podía evitarlo, porque tenía una mirada directa y una sonrisa franca. Bran se parecía mucho a él, hasta había sacado sus ojos color aguamarina— no teníamos un vestuario adecuado para la corte, Rosslyn no traía nada de Caithness, ni siquiera un vestido de tarde y... —se calló percibiendo una sombra en los ojos de Sinclair y supo que acababa de cometer una indiscreción, porque si su hermana no tenía vestidos elegantes ni a la moda, era responsabilidad de su familia, que para eso ella había sido su mujer.

—Ya está bien, Cass ¿sí? —susurró Rosslyn con dulzura, miró de reojo a James y siguió rezando en silencio. No podía ni mirarlo a la cara y solo quería que su padre llegara pronto.

—Solo estamos charlando —protestó la niña.

—Mira, ahí viene papá.

Rosslyn caminó con prisas hacia su padre que parecía preocupado y le agarró las manos con una sonrisa para tranquilizarlo. Le explicó que James Sinclair estaba allí y que no quería que viera al bebé enseguida, necesitaban tiempo. Todo muy de prisa mientras lord Caird veía como su antiguo yerno llegaba hasta a él con el brazo extendido.

—Buenos días, milord

—Buenos días, James ¿y esta sorpresa?

—Fui a Kirkwall a ver a mi hija y me dijeron que estabais aquí, por eso he venido.

—Muy bien. Podrás ver a tu hija mañana por la mañana ¿te parece?, estamos ocupados y queremos recibirte como corresponde.

—Somos familia, milord, no necesitamos formalidades, solo se trata de conocer a mi hija.

—¿Familia? —Alister Caird levantó la cabeza para mirar a los ojos a ese arrogante muchacho— lamentablemente, hijo, eso no es así, no lo fue desde el momento en que mi hija regresó sola y enferma a mi casa, a punto de dar a luz, y tuvimos que firmar el acuerdo de divorcio que tu cuñado tuvo a bien entregarnos. Aprecio a tu padre, James, como aprecié a su abuelo, pero tú y yo ya no somos familia y te daré en mi casa la acogida que daría a cualquier amigo de los Caird, nada más.

—Milord, yo... —quiso defenderse, pero no le salían las palabras. Miró a Rosslyn y vio su mandíbula tensa y sus ojos llenos de lágrimas. Dio un paso atrás y bajó la cabeza en una venia— como usted quiera, milord.

—Muchas gracias, James. Mañana, pues, a las once de la mañana ¿es una buena hora, querida? —preguntó a su hija y ella asintió— perfecto, hasta

mañana Sinclair. Nuestra casa es la quinta por la derecha, tiene nuestro blasón en la puerta. ¡Cassidy!, vamos.

James esperó a que se fueran, se despidió de los alabarderos y salió a la Royal Mile para subir la cuesta hacia el castillo de Edimburgo en silencio. Era evidente que a Rosslyn su sola presencia parecía abatirla. La había visto radiante y sonriente, y media hora después partía seria y con los ojos llenos de lágrimas, y el motivo era él, que no era más que un maldito bastardo desalmado, un marido nefasto que ni siquiera se había preocupado de regalarle vestidos bonitos que hicieran justicia a su elegancia y belleza. El comentario de Cassidy le había llegado claro, como todos lo demás desplantes, y no sabía si era más sensato coger su caballo y volver a Caithness o esperar al día siguiente para acudir a la casa de los Caird a conocer a su hija, aunque fuera como una maldita visita más.

Su orgullo lo empujaba a elegir la primera opción, pero no quiso considerarla. Apuró el paso hacia la fortaleza en medio de un mar de gente de todo tipo y condición, entre carromatos, caballos y carruajes, enfadándose por momentos, sin entender a esa maldita familia. ¿Qué demonios esperaban de él?, ¿qué se esfumara?, ¿qué se olvidara de su niña? Al demonio con todos los Caird, refunfuñó antes de atravesar las puertas del castillo, cruzar el patio de armas y encaminarse directamente a la torre del homenaje donde su fiel Ros lo esperaba sentado en el suelo, jugando a los dados con dos guardias

reales.

—¿Tenemos alojamiento, Ros?

—Sí, milord, aquí mismo, lord Balfour ya nos ha instalado, y quiere saludarlo.

—Muy bien, gracias.

## XII

—No pienso seguir con este embuste ¿crees que podrás engañarlo toda la vida, Rosslyn?, por Dios bendito, es una traición, no me imagino ni qué podrán hacer los Sinclair cuando descubran el engaño. Y con todo el derecho.

—Bien, bien... —ella se paseaba por el saloncito con Brandon acurrucado contra su hombro— hablaré con él, si no quieres hacerlo tú, lo haré yo, aunque no nos hemos entendido jamás y...

—Pues tendrás que empezar a entenderte con ese hombre, es el padre de tu hijo y por lo visto no se ha olvidado de él. Tú creías que no se interesaría por una niña y ahí lo tienes.

—Soy la primera sorprendida —susurró con un sentimiento de culpa enorme en el pecho, porque una mentira al principio lógica e inocente podía convertirse en un problema gravísimo para la familia— no creí que...

—Ya está aquí y mañana tendrás que presentarle a su hijo, a Brandon ¿lo entiendes?

—Sí, papá

—Muy bien, buenas noches.

Lord Caird salió de la casa y la dejó sola. Se había pasado todo el día enfadado, condenando el maldito día en que se les había ocurrido mentir a los Sinclair, indignado con ella y con su hijo Cameron por su estúpida imprudencia. Rosslyn no recordaba haber visto a su padre tan enfadado en toda su vida y optó por callarse y aguantar el chaparrón sin alzar la voz, accediendo finalmente a hablar con James y a decirle la verdad, aunque aquello le costara, tal vez, que quisiera arrebatarse a Brandon para llevárselo a Caithness.

Eso no lo permitiría jamás, tendría que matarla si quería quitarle a su bebé, no le cabía la menor duda, y abrazó a su hijo segura de que antes de llegar a todo eso, tendría que impedir que lo matara ella a él primero, porque por su hijo era capaz de cortarlo por la mitad.

—¿No vamos a salir? —preguntó Cassidy muy seria— ¿padre se ha ido sin nosotras?

—Lo siento.

—Bueno, ¿nos vamos a la cama?

Se acostaron temprano, oyendo el jaleo que les llegaba de la calle, donde tanto nobles como plebeyos se divertían gastándose el dinero conseguido en la feria de ganado. La fiesta era continua en la ciudad y Rosslyn siguió oyendo las risas, la música y el alboroto hasta bien entrada la noche, cuando Cassidy ya dormía a pierna suelta y ella se levantó para dar la última toma a Bran, que la miraba con sus ojitos claros abiertos y muy atentos.

Se sentó en la cama con el niño acurrucado, pensando en James, en cual podría ser su reacción ante la verdad, y rezó para que supiera perdonarla, entenderla, hasta que se durmió de puro agotamiento. Había sido un día duro aguantando los nervios, los gritos y las reprimendas de su padre, y cuando Liz acudió a despertarla, a las siete de la mañana, la encontró durmiendo sentada, con Brandon abrazado contra su pecho.

—Milady, ¿está bien?

—Sí, ¿qué hora es? —se levantó de un salto y le entregó al bebé.

—Las siete, milady

—Voy a necesitar un baño y mi vestido marrón. Además, hay que preparar un refrigerio para lord Sinclair y dile a mi padre que me gustaría desayunar con él.

—Lord Caird no está, milady, se marchó hace media hora, tenía una cita y

dijo que no regresaría hasta esta tarde, que se las arreglara usted sola, sin él.

Eso me dijo, lady Rosslyn.

—Gracias, Liz.

A las nueve y media ya tenía todo preparado para atender a James Sinclair como se merecía. No se trataba de ser descortés, pensó, supervisando los bocaditos de nata batida y mantequilla que a él tanto gustaban. Comprobó que la casa estaba impoluta y ordenada e hizo amago de subir las escaleras para acabar de arreglarse, pero en ese mismo instante la puerta de calle sonó con varios golpes secos y el mayordomo anunció la llegada de lord James Sinclair, de Caithness. Ella se trenzó el pelo a la carrera y rezó un padre nuestro antes de entrar, muy solemne, al salón de las visitas, con gesto serio, pero con bastante seguridad.

—Buenos días —le dijo él, entregando la espada y la capa al mayordomo.

—Llegas pronto.

—Sí, no podía esperar más —era cierto, había estado bebiendo y divirtiéndose hasta tarde con ese condenado lord Balfour y luego no había pegado ojo.

Toda la maldita noche en vela sin poder quitarse a Rosslyn Caird de la cabeza y soñando con la carita de su hija— espero que no te moleste.

Ambos parecían corteses y educados, aunque la tensión podía masticarse a muchas manzanas a la redonda. James carraspeó y echó un



vistazo al saloncito, pequeño, con las paredes forradas de un terciopelo rojo sangre, algo desgastado, con dos enormes cuadros, una ventana y unos muebles nada escandalosos. Austero y práctico, como los Caird de Kirkwall. Miró a Rosslyn y comprobó con satisfacción que llevaba el pelo solo sujeto con una trenza a la espalda, un vestido de algodón marrón oscuro, muy sencillo, y con un escote infinitamente más decente y apropiado que el que lucía el día anterior.

—¿Puedo ofrecerte algo?, ¿una copita de vino dulce?, la cocinera ha hecho unos bocaditos de nata batida y...

—Quiero ver a mi hija, Rosslyn, sino te importa. Gracias.

—Antes necesitaría hablar contigo —sintió como le temblaban las rodillas y se sujetó al respaldo de una silla— ¿quieres sentarte?

—¿De qué se trata?

—¿Puedes sentarte?

—No — separó las piernas y se puso las manos a la espalda. Ya sabía de qué quería hablar y la rabia le subió, indómita, por todo el cuerpo— ¿quieres hablarme de tus pretendientes?

—¿Cómo dices?

—Apenas un día en la ciudad y ya tuve el placer de conocer a varios caballeros interesados en la hija mayor de lord Caird.

—¿De qué demonios estás hablando?, y en todo caso, no sería asunto tuyo.

—Lástima que tuve que explicar a más de uno de que ya no eras doncella.

—Serás... serás... —no le salían las palabras y James se echó a reír.

—Anda, un insulto más, uno nuevo.

—Es imposible hablar contigo —se giró hacia la puerta decidida a que descubriera solito su secreto.

—¿Para esto me pediste el divorcio?, ¿para casarte enseguida con otro?. En realidad, no me importa, aunque no quiero que mi hija viva con cualquier estúpido señorito... ¿qué? —al ver su cara tan seria se calló y se encogió de hombros— ¿qué pasa?

—¿Qué yo pedí el divorcio?

—¿Ah no?, ¿quién fue?, ¿tu padre?, ¿o Cameron, que me tiene tanto aprecio?

—Fue tu cuñado Jonathan, él nos llevó la demanda de divorcio a mi casa, el mismo día que me puse de parto.

—¿Jonathan? —sintió como un golpe seco en el centro del pecho. Dio un paso atrás y se desplomó en un sofá demasiado pequeño para su tamaño, estiró las piernas y le clavó los ojos transparentes— ¿cómo que Jonathan llevó la demanda de divorcio? No, no debes haber comprendido...

—¿Qué no he comprendido?. Tu cuñado y el abogado de tu padre, sir

Worsworth, llegaron a mi casa el 29 de diciembre con una demanda de divorcio, en tu nombre. Esa misma noche me puse de parto y ... mi bebé nació al día siguiente. Esperaron a comprobar el nacimiento y se fueron con los papeles firmados. Dijeron que era urgente, que estabas en la corte cerrando tu compromiso matrimonial con una sobrina de la reina y que el rey Jacobo auspiciaba ese enlace. ¿Ya has conocido a tu prometida?

—¿Qué prometida?, ¿qué sobrina?, yo no he firmado ningún compromiso, ¿de qué demonios estás hablando? —De repente sonrió de oreja a oreja, pensando que le estaba tomando el pelo, pero ella permaneció impasible.

—No estoy de broma, eso es lo que nos dijeron —se sentó en una silla y respiró hondo— y firmamos aún en contra del deseo de mi padre, que como has podido comprobar, sigue sintiéndose ofendido por tu decisión.

—Yo no solicité ese divorcio, ni tengo otro compromiso y si es cierto lo que dices, Jonathan ha cometido un delito, ha mentido en mi nombre y nos ha manipulado a los dos.

—No miento, tal vez deberías volver a tu casa y comprobar lo que ha pasado. Afortunadamente, ya no es de mi incumbencia, salvo por...

—¿Ya no es de tu incumbencia?

—Jamás quisiste estar casado conmigo y si es verdad que no sabías nada, lo siento, aunque de todas maneras Jonathan te ha hecho un favor, no tienes que

disimular conmigo. Da igual cómo fuera, el hecho es que estamos divorciados y que se acabó, enhorabuena –se levantó muy confusa.

—¿Tú crees que este matrimonio solo es asunto nuestro, Rosslyn?. Se trata de una alianza, un acuerdo político y familiar y si alguien, ajeno a nosotros, ha metido la nariz en medio, ha provocado un divorcio y nos ha separado, es muchísimo más grave de lo que te imaginas.

—Claro –ahí estaba la verdad. No amor, no familia, no hijos, no, una alianza. ¿Qué más podía esperar ella de él? — lo sé, tal vez deberías hablar con mi padre y luego ir a Caithness para aclarar lo sucedido. Supongo que es gravísimo y me gustaría que mi padre estuviera al tanto lo antes posible, él, él está muy disgustado.

—¡Maldita sea! –se levantó haciendo retumbar la salita— ¿por qué demonios lo habrán hecho?, ¿con qué fin?, con Andrew muerto... –levantó los ojos y miró la preciosa cara de Rosslyn, que parecía un poema, completamente desconcertada, hasta asustada y quiso tranquilizarla, pero no sabía cómo hacerlo— hay demasiados intereses en el condado de Caithness, mi familia no se ha caracterizado nunca por una sucesión pacífica y legal, y esto supone un atropello muy grave, el anuncio de algo muy feo, Rosslyn, nos han utilizado a los dos y con un fin concreto. Esto no es gratuito.

—Lo siento, nosotros no podíamos saber nada.

—¿Está tu padre?, me gustaría aclarar lo sucedido con él.

—No está, pero puedes esperarlo, si quieres.

—Dios bendito —se pasó la mano por la cara— estaba tan enfadado cuando Jonathan me llevó los papeles del divorcio a Londres, que ni siquiera me molesté en revisarlos. Me dijo que el rey apoyaba la decisión de tu familia y que debía firmar. Fui un maldito estúpido.

—Tampoco podías imaginar que tu propio cuñado iba a engañarte ¿no? —lo miró sin saber qué hacer. Él no había pedido el maldito divorcio y eso la aliviaba un poco, aunque nada podía cambiar lo sucedido y era mejor aclarar de una vez por todas lo que tenían aún pendiente— hay otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Jonathan nos dijo que, si el hijo que iba a nacer era varón, se lo llevarían a Caithness, que lo criarías con tu familia, como heredero al condado, y que si era niña podría conservarla, que no la reclamarías...

—¿Te dijo que te quitaría al bebé? —ella asintió sin mirarlo a la cara— ¿acaso no me conoces?, ¿cuatro años conmigo no han servido para nada?, ¿te crees que soy un monstruo, Rosslyn?. ¿Qué terrible concepto tienes de mí?

—Yo creí a Jonathan como tú le creíste en Londres, estaba todo minuciosamente redactado en el acuerdo de divorcio.

—Bien —tuvo que rendirse ante la evidencia, aunque estaba muy ofendido, y le

hizo un gesto para que siguiera hablando.

—Ese era el acuerdo que nos obligaba a firmar y lo firmamos, presionados por la lealtad al rey, al clan Sinclair y para evitar un conflicto aún mayor —se estrujó las manos y lo miró a los ojos— empujándome a mentir y a obligar a toda mi familia a mentir por mí y por mi bebé, para no perderlo.

—¿Qué me quieres decir?

—No tenemos una hija, James, es un niño, un varón, se llama Brandon y espero que puedas entender lo que acabo de explicarte.

Rosslyn no obtuvo respuesta, James, pálido y silencioso, se sentó nuevamente en la butaca, tapándose la cara con las dos manos. Apoyó los codos en las rodillas y ahí se quedó quieto, sin moverse ni hablar, un momento eterno, pensando que todo el mundo era capaz de engañarlo a su antojo, faltándole al respeto de todas las formas y maneras posibles, como si no fuera más que un crío imbécil, sin sentimientos ni corazón. Lo del divorcio era una canallada, un crimen y lo arreglaría, ¿pero lo del bebé?, no tenía ni palabras para calificarlo. Sintió moverse a Rosslyn y creyó que lo consolaría o lo tocaría, al menos un gesto de humanidad lo hubiese aliviado, pero no fue así, ella desapareció para volver unos minutos después con su hijo en brazos.

—Este es Brandon.

—Dios bendito —se levantó para ver al niño de cerca, era precioso y estaba despierto, mirándolo todo con sus ojos claros muy grandes. Estiró la mano y le tocó la cabecita suave cubierta de pelo castaño cobrizo, y el pequeño lo miró chupándose los deditos— hola, hombrecito.

—Cógelo —lo animó al ver su desconcierto— es muy bueno y no llora casi. Cuando nació sí, pero ahora que come mejor, es muy tranquilo.

—¿Cómo? —abrió las manos enormes y ella le entregó al bebé animándolo a que lo abrazara.

—Así de sencillo, no se caerá — Rosslyn sonrió al niño y James creyó que en su vida había visto una sonrisa más resplandeciente— mira, Bran, este es tu papá.

—¿Bran?, ¿te gusta que te llamen Bran, hombrecito? —caminó con él despacio y con sumo cuidado, y finalmente se sentó para estar más seguro, mientras Rosslyn los observaba sin dejar de sonreír, con los ojos húmedos y brillantes— Brandon ¿qué más?

—Brandon James —respondió sonrojándose y dándoles la espalda para llamar a la doncella— Liz, por favor, trae los refrigerios para lord Sinclair, esperará a mi padre hasta que llegue.

—Brandon James Sinclair, me gusta —le besó el pelo y se quedó oliendo su aroma a bebé, delicioso, era suave y tan tierno, lo acunó contra su pecho y

sintió un amor inmenso, instantáneo por él— Dios bendito, Rosslyn ¿cómo has podido mentirme?

—¿Por miedo?. No tengo otra respuesta.

—Jamás te habría quitado a nuestro hijo, en ninguna circunstancia, ni siquiera por un divorcio. Un divorcio que tampoco había pedido.

—Yo no podía estar segura de nada, acababa de dar a luz y solo quise proteger a mi bebé. Lo siento.

—Yo también lo siento —dijo mirando los ojazos claros de Bran— siento no haber estado allí, era mi intención, pero me mandaron a Inglaterra y luego todo se precipitó.

—No importa si me perdonas y perdonas a mi familia, ellos mintieron para ayudarme, estaba asustada y sola y no supe... —se echó a llorar y Cassidy, que esperaba en el pasillo, entró corriendo para darle un pañuelo— lo siento mucho.

—No llores, Rosslyn, por favor. ¿No la vas a hacer llorar más, verdad?— la jovencita miró a su cuñado y él asintió con cara de culpa— han sido unos meses muy duros.

—Me imagino, yo, mira, Rosslyn...

—Bendito sea Dios, al menos ya sé que no seguimos mintiendo —Lord Caird entró interrumpiendo a Sinclair y miró a su precioso nietecito bien sujeto a su



padre—. No, no te levantes, muchacho, sigue ahí. ¿Alguien puede traerme un poco de vino?, gracias.

—Padre, tenemos que hablar.

Rosslyn se acercó a su padre y lo besó en la mejilla, lord Caird se sacó la capa, tomó la copa de vino que le ofreció el mayordomo y se desplomó en el sofá más grande de la estancia. Todo en completo silencio, observando como James Sinclair mantenía a su hijo en brazos, con torpeza, pero con una delicadeza extrema. Le llamó muchísimo la atención que ese joven tan arrogante y fanfarrón fuera tan cariñoso con el bebé y comenzó a mirarlo con otros ojos, sin decir nada, hasta que su hija se le sentó al lado, le sujetó la mano y le desgranó con detalle todo el oscuro asunto del divorcio, Jonathan Murray y el abogado de los Sinclair.

—¿Tú no pediste el divorcio y te dijeron que lo habíamos solicitado nosotros?

—James asintió— pero ¿con qué fin?

—Sinceramente no lo sé, milord, pero pienso averiguarlo.

—¿Y tu padre?, ahora comprendo el porqué de su última carta, ¿te acuerdas, hija?. Nos envió una misiva donde manifestaba su disgusto por el divorcio y yo no la contesté porque seguías preocupada por lo que podía pasar con Brandon.

—Ha sido cosa de Jonathan... —James pensó en el accidente de Andrew, en el

comportamiento de sus cuñados durante sus horas de agonía, en que ellos estaban en la partida de caza... en las constantes guerras de la familia por el título, en ese carácter taimado y servicial de su cuñado y tragó saliva, muy incómodo— debo ir a Caithness para aclararlo con mi padre. Esto cada vez toma peor cariz.

—Desde luego y seguramente debería acompañarte, James —opinó lord Caird— necesito quedarme una semana más aquí, ¿podrás esperar?, me gustaría ir contigo.

—Si se trata solo de una semana, esperaré.

—Bien, gracias y confío en que Rosslyn te haya explicado todo lo demás. Jamás estuvo en mi intención mentiros con respecto a Brandon, pero las circunstancias nos empujaron a intentar protegerlo. Te presento mis más sinceras disculpas.

—Jamás hubiese arrebatado el niño a su madre, milord. Ella debió saberlo, pero comprendo vuestros motivos.

—¡Milord! —el mayordomo se asomó al saloncito— el coche de lord Buckingham lo espera.

—Gracias, Arthur, ahora voy.

Alister Caird, bastante más aliviado, se levantó y se fue a su cita con el duque de Buckingham. Sus hijas lo despidieron en la puerta y regresaron al

saloncito para sentarse cerca de James, viendo como acunaba al bebé sin ninguna intención de separarse de él. Rosslyn observó con calma su perfil varonil, su pelo limpio y brillante, y esos rasgos perfectos, tensos. Estaba muy preocupado y no le extrañó, lo que acababan de descubrir era gravísimo y seguramente se enfrentaba a un conflicto familiar de enormes proporciones. Suspiró y él la miró.

—Si ninguno de los dos solicitó el divorcio, ¿en qué condiciones nos deja esto?

—¿Cómo dices? —Rosslyn parpadeó sin saber qué responder y él se levantó para ponerle al bebé en los brazos. Le rozó las manos y ella olió su aroma a limpio casi con los ojos cerrados, luego carraspeó y abrazó a Brandon.

—Si nosotros, que somos los cónyuges, no hemos pedido el divorcio, ¿significa que todo este circo queda inmediatamente invalidado?, ¿qué seguimos casados y que ya es hora de que vuelvas a vivir con tu marido?

—Yo, no, ¿cómo...? —balbuceó completamente confusa, miró a Cassidy y la chiquilla salió del saloncito para dejarlos a solas— no creo que sea así de simple, si hemos firmado, será un hecho.

—Firmamos mediante engaño. De todas maneras, hablaré con un abogado y te haré saber nuestra situación legal. Quiero que vuelvas conmigo a casa, no creo que pueda soportar vivir lejos de mi hijo, ya no.

—¿Y lo que yo quiera no importa?

—¿Tú querías divorciarte? —pidió la capa y su espada y se volvió hacia ella muy serio.

—Yo no pedí ese divorcio

—Solucionado, pues.

—No quiero volver a Caithness —se le llenaron los ojos de lágrimas— no quiero pasar otra vez por eso.

—Las cosas pueden cambiar y arreglarse.

—No es cierto y lo sabes —retrocedió y le dio la espalda. James sujetó sus cosas y tragó saliva.

—Debemos hacerlo por Brandon, ahora somos una familia, tú eres mi mujer y tu sitio está a mi lado, en Caithness o dónde Dios decida.

Tocó la cabecita de Bran por última vez y salió a grandes zancadas hacia la calle. Ella se quedó quieta, sin palabras, con un miedo atroz subiéndole por el pecho, porque solo la perspectiva de regresar a Sinclair Girnigoe, con Moira Sinclair pisándole los talones y controlando todos sus movimientos, o con las amantes de James desafiándola sin ningún respeto, le partían el alma en dos.

### XIII

—Eres mi hija y obedecerás.

—Papá...

—No, Rosslyn, nada de papá, James Sinclair es tu marido a todos los efectos y el compromiso sigue en pie.

—Si el divorcio está firmado, somos libres.

—¿Libres para qué?, ¿quieres casarte con otro?, ¿qué tu hijo se críe lejos de su padre?

—No tengo porqué casarme otra vez, puedo quedarme en Kirkwall...

—¿Y ser una carga para tu hermano?. No, cariño... —lord Caird bajó el tono y abrazó a su hija por los hombros— solo tienes dieciséis años, no sabes lo que dices. Tu vida está junto a tu marido, el divorcio se firmó por engaño, lo anularemos y debes volver a su lado, con Brandon.

—Él no...— tragó saliva para no llorar, debía parecer serena y cuerda, no una mujer despechada, lo sabía, e intentó controlar la voz— no me quiere, no congeniamos, no...

—Os casasteis muy jóvenes y estabas lejos de nosotros, no pudimos ayudarte en nada y su familia tampoco colaboró. Pero estáis madurando, ya sois padres

y estoy convencido de que aprenderéis a vivir juntos, a ser felices. Habla con él, acércate a él y deja de mirarlo como si fuera tu enemigo.

—¿Mi enemigo?

—Sí, hija, no te he visto, en toda tu vida, tratar a alguien con tanta distancia como tratas a tu marido, ¿no te das cuenta? Piensa un poco.

—Es que él, él...

—El matrimonio es un esfuerzo de dos. Deja de juzgar a James y dale una oportunidad, he hablado con él y sé que quiere ser un buen marido para ti, ayúdalo un poco.

Rosslyn se quedó sin palabras y lord Caird la dejó sola para que viera a James en la buhardilla, donde pasaba la tarde con Brandon. Era el segundo día que aparecía por la casa y el primero que había hablado seriamente con su suegro sobre su intención de reiniciar inmediatamente su vida conyugal. No había dudas, ni más opciones, ambos habían sido víctimas de un engaño y su deber era estar juntos, demostrar que no eran estúpidos y continuar con su vida normal, sin fisuras. James creía que era imprescindible volver a Caithness con su esposa y su hijo, poniendo las cosas claras de inmediato y dando, de paso, una buena bofetada a sus enemigos.

—Esta separación me parece absurda, milord, quiero estar con mi hijo y, además, seguir actuando de acuerdo a un engaño, a una trampa que ya hemos

aclarado, es ridículo ¿no le parece?

—Tienes razón.

—Bien, pues no hay nada más que hablar. Tengo alojamiento en el castillo, recogeré a Rosslyn y a Brandon mañana y nos quedaremos allí hasta que podamos viajar al condado.

—No, mejor será que tú te instales aquí, esta casa es grande y serás bienvenido.

—Me parece bien, iré a recoger mis cosas y a mi escudero...

—James —el Ard Ghillean an-thighe lo interrumpió levantando la mano— has estado casado con mi querida hija durante dos años y su vuelta a Kirkwall no fue la mejor. Estaba deprimida, agotada y triste, nunca la había visto así y solo tiene dieciséis años. Me consta que no erais felices, que vuestras discusiones se convirtieron en la comidilla y el entretenimiento de los habitantes de Sinclair Girnigoe, y como comprenderás, no soporto la idea de enviar a Rosslyn a seguir viviendo de esa forma. No se lo merece y tu responsabilidad es cuidar ella, no solo de Brandon. Es tu esposa, la madre de tu hijo y necesito que la respetes.

—Yo la respeto —no podía ni hablar, completamente ofendido— he intentado, de todas las formas posibles, cuidar de ella, hacerla feliz, pero a veces... a veces tratar con su hija es muy complicado, milord.

—Lo sé, tiene carácter, pero un marido infiel tampoco ayuda.

—¿Cómo dice? —se le subieron los colores y carraspeó apretando los puños, lord Caird notó su enfado y sonrió, conciliador.

—Es un secreto a voces, siento importunarte, pero es mi deber...

—Jamás he sido infiel a mi esposa, esos rumores son infundados, le doy mi palabra de honor. A la gente le encanta soltar esas mentiras y yo no soy de los que se dedica a desmentirlas.

—Tal vez Rosslyn necesita que las desmientas, empezando por ella.

—Muy bien.

—Gracias, quiero confiar en ti, James, entregarte nuevamente a mi hija es lo más difícil que haré en mi vida. Espero que sepas protegerla, de todo y de todos, y no me defraudes, aunque no te preocupes, hablaré también con ella. El matrimonio es una entrega mutua, lo sé.

—Gracias, milord.

Tras la breve charla, lord Caird informó a su hija de la decisión que habían tomado los dos a sus espaldas y no le dejó ninguna opción. Ella se quedó ahí de pie, sin voz ni voto sobre su propia vida, y se desplomó en una butaca derrotada y confusa, preguntándose porque sentía ese cosquilleo estúpido en el estómago, solo de imaginar que a partir de esa noche volvería a dormir a su lado, a despertarse a su lado y a acurrucarse en sus fuertes brazos



tras hacer el amor.

Odiaba reconocerlo, pero añoraba sus besos, su piel cálida y suave pegada a la suya, sus manos firmes y enormes, su pasión, no podía negarlo, pero tampoco podía olvidar sus constantes discusiones, la soledad del castillo, su indiferencia, sus coqueteos con otras mujeres y los celos espantosos que le carcomían las entrañas. Era una pura confusión y aquello convergió en un enfado monumental, en un silencio pertinaz y en la ausencia completa de amabilidad hacia James Sinclair cuando unas horas más tarde llegó a la casa con su equipaje y con Ros Clyne, decidido a tomar posesión de su dormitorio.

—¿Ya se durmió? —entró en el gran cuarto nervioso, como un adolescente, pero disimuló bien y miró como Rosslyn arropaba a Brandon en su cunita. Ella no lo miró y asintió— deberé aprender mejor sus horarios.

—Es un bebé, se duerme temprano —Primera puya. Estaba furiosa, porque él había tenido la idea de ir a una fiesta en palacio, sin invitarla, la misma noche que volvían a estar juntos, era insólito e imperdonable a sus ojos. Se apartó de la cuna y se giró para ver como se quitaba la ropa, tan tranquilo. James Sinclair era alto, fuerte, con los músculos cincelados y bien marcados, era un hombre hermoso y nunca había mostrado interés por ocultar sus encantos, así que caminó por la habitación completamente desnudo, despojándose del kilt con total naturalidad antes de meterse a la cama de un salto.

—¿No duermes?, es tarde.

—Es tardísimo —ella se sentó en la mecedora y buscó el rosario. No pretendía acostarse con él, que ni siquiera había tenido la amabilidad de dirigirle una palabra antes de regresar a su vida.

—¿Puedo apagar la vela? —sin responder ella se inclinó y la apagó. James se deslizó entre las sábanas y se puso el brazo por detrás de la cabeza. La deseaba, pero no iba a rogar y menos forzar a nadie — ¿fue un parto muy largo? —preguntó de repente y sintió como ella le clavaba esos preciosos ojos negros.

—Catorce horas

—¿Y es eso normal?

—Para una primeriza, parece que sí.

—Muy duro

—Como cualquier parto.

—Nunca he visto nacer a un niño —Rosslyn guardó silencio y él la buscó entre las penumbras— en los próximos, estaré contigo.

Ella no dijo nada, pero bufó indignada y James vio su sombra cruzar la habitación como un rayo, acto seguido abrió la puerta y lo abandonó dando un tremendo portazo.

—Sólo quería hablar —masculló moviendo la cabeza— Dios bendito, ¿qué he dicho ahora?

#### XIV

Richard Vaughant llegó a Sinclair Girnigoe con la intención de cazar, ver al conde y cerrar algún que otro trato comercial, quería llevarse un par de sementales de las caballerizas de los Sinclair, y una yegua, y esperaba convencer a lord Henry antes de tener que regresar a Gales. Sin embargo, su visita, que siempre era bien recibida por la familia, se convirtió de repente en algo mucho más trascendental, clave, sin que ni él mismo pudiera sospechar las consecuencias de una simple charla mantenida con el yerno del conde, Jonathan Murray, en la biblioteca del castillo.

—Los caballos de los Caird de Kirkwall son magníficos, igual que sus hijas — bromeó lord Vaughant mirando a Jonathan Murray, que fingió indiferencia— pero muy caros.

—¿Y por eso quieres los nuestros?

—No, vuestros sementales son incluso más caros, pero son campeones probados y los quiero a cualquier precio, además, prefiero hacer negocios con los amigos y a Alister Caird apenas lo conozco— Vaughant se apoyó en el

respaldo de la silla y miró con algo de desprecio el aspecto de ese tipo, siempre tan pulcro, con esa rectitud de modales exageradamente corteses y ese aspecto pusilánime, tan distante de la fortaleza y el atractivo de sus cuñados— aunque en Edimburgo no se separaba de Buckingham y seguramente más me valdría intentar ser amigo suyo y comprar alguno de sus caballos.

—Tú sabrás.

—¿Y las hijas?, Dios bendito, la mujer de James se ha vuelto... —levantó las manos y moldeó un par de pechos en el aire— espléndida, es preciosa, ¿has visto qué cara tiene?, siempre me había parecido una chiquilla bonita, pero ahora... madre del amor hermoso.

—¿Rosslyn estaba allí?

—Sí, preciosa... — Richard Vaughant rememoró el maravilloso escote de la muchacha y su aspecto frágil y femenino, la sonrisa dulce y sus ojos negro azabache tan profundos, y se estremeció— se lo dije a Jamie y no tardó en echar mano a la espada, debería acostumbrarse a que piropéen a su Rosslyn.

—¡¿James?! —Jonathan se levantó y Vaughant se calló de golpe— lo siento, disculpa ¿dónde dices que viste a mi cuñado?

—En Edimburgo, acababa de llegar y ya estaba bebiendo con el granuja de lord Balfour, me dijo que al día siguiente vería a su hija por primera vez, que

todavía no la conocía por culpa de Jacobo, que lo había retenido en Londres y que su mujer estaba alojando con su padre en la Royal Mile. ¿Qué te pasa, Jonathan?, ¿te encuentras mal?

—No —el corazón se le subió a la garganta— ¿cuándo fue eso?

—Hace cuatro días, yo me vine hacia aquí esa misma noche, ¿por qué?, ¿qué ocurre?

—Dios bendito —sintió como las piernas le flaqueaban y se preguntó qué demonios hacía James de Edimburgo y cómo era posible tener tan mala suerte— es que debería estar en Londres, no sé que hace en Edimburgo y te ruego que no le digas nada a lord Sinclair, ¿de acuerdo?, o se llevará un gran disgusto. Ya sabemos cómo es Jamie, un rebelde.

—Claro, no te preocupes.

Tras la charla, que afortunadamente habían mantenido a solas en la biblioteca, Jonathan buscó a Llewellyn por todo el castillo con la intención de hacer el equipaje y abandonar Caithness antes de que a James se le ocurriera regresar, porque obviamente ya habría tenido ocasión de hablar con los Caird y seguramente su plan, a esas horas, debía haberse desmoronado. Estaban con el agua al cuello y cuando le contó a su mujer las novedades a trompicones, maldiciendo su mala suerte, la feria de ganado y la estupidez de James que debía estar en Inglaterra y no en Escocia, ella se levantó de la silla donde

estaba bordando, dejó la labor a un lado y le espetó a la cara:

—Arréglalo Jonathan y deja de tartamudear.

—¿Cómo dices?

—Ve a Edimburgo y arréglalo.

—¿Cómo?, a lo mejor ya viene de camino.

—Mejor si lo pillas de camino, te facilita las cosas.

—¿Quieres que mate a tu hermano?

—No te tembló el pulso la última vez...

—Yo no maté a Andrew.

—Pero ordenaste que lo hicieran. Ahora busca a tus esbirros y te los llevas a Edimburgo, hay que callarle la boca, y si no pudieras, ya veremos que hacemos, pero por ahora actúa, no pierdas tiempo, prepara los caballos. Hablaré con mi padre para explicar tu viaje y con Richard para ver si sabe cuándo tenía previsto mi hermano volver a casa ¿de acuerdo?

Solo pudo asentir y salir en busca de su asistente para que preparara el viaje, y de su escudero para que fuera al pueblo a localizar a esos tipos, los MacKidd, que tenían unas espadas muy dispuestas y no demasiado caras. Una hora después, salía de Sinclair Girnigoe al galope, sin despedirse de nadie salvo de su mujer, que le dijo que no regresara a casa sin haber

solucionado el problema.

—Es tu derecho, el nuestro, Jonathan, no permitas que el idiota de mi hermano lo estropee, al él ni siquiera le interesa el condado.

—Lo sé.

—Muy bien, pues haz lo que sea, pero soluciona este contratiempo. Si hay suerte aún lo encontrarás en la capital, Richard cree que no tenía pensado moverse de allí.

## XV

—¡Milord! —Liz, la doncella, llegó corriendo y agitada hasta el patio iluminado con enormes antorchas donde Sinclair se entretenía con otros nobles tirando al arco, y se le puso a la espalda. Él ni se movió, disparó, esperó a comprobar que había hecho diana y luego se giró hacia ella, mirándola hacia abajo con cara de pregunta— lo siento, milord.

—¿Qué ocurre?

—Es milady, lady Rosilyn, creo que está en un apuro.

—¿Qué le pasa? —levantó los ojos buscando a su mujer y no la vio. Estaban en una fiesta organizada por los duques de Buckingham en el palacio real y

Rosslyn, con otro grupo de damas, había pasado a los salones para charlar y tomar vino dulce con la condesa, aunque hacía bastante rato que lord Buckingham también había desaparecido del patio.

—Están jugando, ahí dentro y ella está muy azorada.

—¿Jugando?, ¿jugando a qué? —estiró el brazo y un paje le recogió el arco sin que él lo mirara.

—A las prendas y ella... bueno... está a punto de llorar, creí que debía decírselo, milord.

—¡Maldita sea!

Dejó a sus camaradas y se encaminó con energía hacia el interior de Holyrood. Conocía bien los juegos de la corte, en los que los Buckingham eran protagonistas expertos, y había querido advertir a Rosslyn de que no participara en ninguno, pero ella no le hablaba desde hacía dos noches y en cuanto habían pisado el palacio se había apartado de él, así que obviamente no podía cuidar de ella como correspondía. Volvió a maldecir en gaélico y entró en el gran salón donde miles de velas iluminaban las paredes forradas de terciopelo y donde su preciosa mujercita, vestida muy elegante con un traje de raso color vainilla, permanecía en medio, encima de una mesa y rodeada de cortesanos. Hasta los criados estaban pendientes de ella. Había risas y gritos, aplausos también, pero Rosslyn no se reía, quieta y al borde de



las lágrimas.

—Vamos, bella Rosslyn, canta de una vez —gritaba, borracha como una cuba, la duquesa de Buckingham— las deudas se pagan.

—¿Qué ocurre aquí?! —dijo con firmeza, pero forzando una sonrisa encantadora. El grupo se giró hacia él haciendo sonar sus joyas con el movimiento y se pusieron a aplaudir encantados. Él no miró a nadie, se acercó a la mesa, extendió la mano y bajó a su mujer sujetándola por la cintura.

—Eh, no seas aguafiestas, Sinclair, nos debe una canción, un baile o un poema —gritó lord Buckingham— ha perdido en el juego de las sillas y no quiso pagar su penitencia, así que al menos que nos cante algo.

—¿Y cuál era esa penitencia? —preguntó con calma, sintiendo la mano de Rosslyn sujeta con fuerza a la suya.

—Un beso, debía darme un beso.

—¿Un beso?, un poco atrevido para una mujer casada, excelencia.

—¿Un beso?, es algo inocente, Sinclair —el duque miró a sus invitados moviendo la cabeza y Rosslyn, muy avergonzada, se pegó a James sin poder levantar los ojos del suelo. Se había comportado como una campesina estúpida negándose a la broma y solo había empeorado las cosas.

—Soy un marido celoso, excelencia, y mi esposa ha actuado como debía. Si

hay otra prenda que pueda daros, os la daré con gusto —seguía sonriendo, aunque tenía ganas de matar a esa pandilla de imbéciles ociosos, miró de refilón a Rosslyn y le susurró apretándole la mano— no pasa nada.

—¡No! —gritaron todos y Buckingham empezó a simular que pensaba, haciendo aplaudir a sus amigos.

—Quiero un beso y si no me lo da a mí, que os lo de a vos, que sois su marido ante Dios ¿no? —los aplausos estallaron y antes de que hubiese tiempo para más idioteces, James agarró a su mujer por la nuca y le plantó un beso apasionado y húmedo que los hizo guardar silencio de forma instantánea. Ella lo respondió, aunque creyó morir de la vergüenza, y al acabar Sinclair le mordió el labio superior con sensualidad, mirándola a los ojos.

—¿Suficiente, excelencia?

—¡Madre de Dios!, creo que os pediré a vos que me beséis la próxima vez — chilló Buckingham muy excitado.

—Muy bien, deuda pagada y nosotros nos vamos, agradezco vuestra hospitalidad, pero nuestro hijo es muy pequeño y reclamará a su madre en cualquier momento—empujó a Rosslyn hacia la salida.

—¿Cuándo os vais de Edimburgo, Sinclair?, tenemos que repetir este juego.

—Pasado mañana, excelencia, Caithness nos espera.

—Nos veremos mañana, pues. Buenas noches.

Salieron rápido hacia los pasillos con Liz detrás de ellos y Rosslyn se puso a llorar estrujándose la falda. Jamás en su vida se había sentido tan avergonzada y estúpida, negándose a besar al mismísimo duque de Buckingham, amigo íntimo del rey, quedando como una pueblerina idiota y sin sentido del humor. Y luego James Sinclair salvándola del ridículo, era mucho para una sola noche y solo quería que la tierra la tragara.

—No llores, son solo una pandilla de borrachos —le dijo saliendo al patio central.

—Muchas gracias, creí que no se cansarían jamás de atormentarme.

—Hay que darles lo que piden y en paz, son un grupo de niños malcriados, si les niegas algo, más caprichosos se ponen.

—Gracias de todas maneras —él detuvo el paso y la miró a los ojos. Era tan guapo, pensó Rosslyn, se había sentido protegida nada más verlo entrar en ese salón y su caballerosidad y auxilio no los podría olvidar en lo que le restara de vida— gracias.

—Soy tu marido, no me des las gracias, dáselas a tu doncella que se le ocurrió avisarme.

—Pero no tenías que...

—Sí que tenía ¿eh?, basta de agradecimientos.

Caminaron hacia la casa de la Royal Mile en silencio, ella enjugándose

las lágrimas y él un paso por delante haciendo sonar la espada y las botas, intentando aplacar la furia que le había crecido en las entrañas al ver a su mujer en aquella situación tan bochornosa, con todos esos idiotas riéndose de ella por joven e ingenua. Si no se hubiese tratado de Buckighman, pensó, lo habría retado a duelo o mejor aún, lo hubiese ensartado como a un cerdo antes de que volviera a carcajearse de Rosslyn con esa risa estridente de doncella que tenía. Esa gente era odiosa y ellos no pintaban nada entre semejante ganado, no volvería a permitir que su esposa se acercara a ellos.

—Milord —Ros salió de la cocina al oírlos llegar. James se detuvo y miró como Rosslyn subía la escalera corriendo hacia el dormitorio— ha venido alguien preguntando por usted.

—¿Quién?

—No lo sé, no me dijo su nombre, pero el caso es que su cara me suena mucho.

—¿Y qué quería?

—Saber cuándo se volvía a Caithness.

—¿Y se lo dijiste?

—Le dije que viniera mañana, que usted seguramente estaría aquí a la hora del desayuno.

—Bien, gracias, vete a la cama Ros.

La parte baja de la casa estaba vacía y silenciosa, James se quitó la espalda y se sirvió una copa de whiskey del aparador del salón, se sentó en una butaca y se quedó oyendo los ruidos que provenían de la calle, sin poder quitarse de la cabeza la imagen de Rosslyn, bellísima con ese traje primaveral, siendo la burla de esas personas que no sabían nada de ella.

Desde que la había ido a recoger a Kirkwall como su prometida, había sentido un instinto de protección muy potente hacia ella, al principio porque no era más que una chiquilla flacucha y vivaracha que no dejaba de meterse en líos, provocando el enfado de su madre, lady Moira, y después porque, aunque fuera fuerte y guerrera, tenía un aspecto menudo y delicado, casi frágil, que lo empujaba a cuidarla y a vigilarla, aunque la mayoría de las veces ella no se diera ni cuenta. Él cuidaba de Rosslyn, aún en contra de lo que creía la mayoría de la gente, ella la primera, y el hecho de que ahora fuera la madre de su bebé no hacía más que incrementar ese instinto de protección tan brutal que sentía cada vez que la miraba. Por esa razón, seguramente, tardaría mucho tiempo en olvidar la escena del salón de Holyrood, o quizás no consiguiera olvidarla nunca, y lamentó una vez más que ese inglés estirado fuera el amigo más íntimo del rey Jacobo, demasiado íntimo decían muchos, y no un tipo corriente para haberlo obligado a pedirle perdón de rodillas a su mujer, por haberla violentado en público y de esa manera.

—Deberíamos volver a Caithness en seguida —dijo bajito, cuando entró al dormitorio y sorprendió a Rosslyn dando el pecho a Brandon— no hay mucho más que hacer aquí.

—Mi padre necesita quedarse un par de días más —no levantó la cabeza porque tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

—Podemos adelantarnos, esperarlo en Lothian Oeste o en Stirling, son sitios muy agradables. William, el conde de Stirling, es un buen amigo de mi familia.

—El conde de Stirling estaba en la fiesta.

—¿Ah sí?, no lo vi.

—Aloja en palacio.

—Ah bueno, a Lothian o...

—Mejor si esperamos a mi padre, solo serán un par de días más.

—Bien... —comenzó a desnudarse despacio. Las botas, el broche, la camisa, el *sporrán* y finalmente el kilt, se sentó en la cama y se deshizo la trenza dejando el pelo caoba suelto. Rosslyn lo miró de reojo, tremendamente conmovida por su intervención, y suspiró.

—Gracias otra vez.

—Dios bendito —se metió entre las sábanas— ya es suficiente. ¿Me dejas

cogerlo?

—Claro —terminó de alimentar al bebé y se lo puso en los brazos, él lo acurrucó contra su pecho desnudo y le acarició la espalda como le había enseñado Beth esa misma mañana.

—Hola pequeñín, ¿tienes gases?, mmm, muy bien, eso es que estás satisfecho, ¿has cenado bien, Brandon? —Rosslyn se quedó observándolos e hizo un puchero antes de echarse a llorar— ¿pero que te pasa?, ¿quieres olvidarlo ya?

—No, no es por eso. Lo siento —buscó el camisón y se metió detrás del biombo que la separaba del resto del enorme dormitorio, oyendo como James hablaba al niño. Era muy dulce y eso la hacía sentir aún peor y no sabía muy bien por qué. Finalmente salió y se sentó delante del tocador para cepillarse el pelo, mirando a través del espejo al mismísimo y arrogante lord Sinclair actuando como un padre cariñoso. Jamás se lo habría imaginado y pensó en las palabras que su padre le había dicho solo tres días antes: “dale una oportunidad a tu marido, Rosslyn”, y en el beso que le había plantado delante de media corte, y se le paró el pulso. Dejó el cepillo y se acercó a la cama— ¿ya está dormido?

—Como un angelito.

—Bien —lo tomó en brazos y lo llevó a la cuna. Luego apagó las velas y se metió en la cama.

Ninguno de los dos habló. Desde que James Sinclair había vuelto a su vida, hacía dos noches, no la había tocado y ella no lo pensaba permitir, pero esa noche, después de todo lo ocurrido estaba deseando abrazarlo, besarlo y mostrarle un poco de afecto, aunque él permanecía en su sitio quieto, con los ojos cerrados y el brazo doblado, tapándole media cara. Obviamente quería dormir, esa era su pose para conciliar el sueño y lo miró de reojo sin atreverse a tocarlo.

—Si quieres que te ponga un dedo encima, dímelo—susurró— no pienso arriesgarme a una bofetada.

—Jamás te he pegado

—¿Ah no?, yo diría que sí.

—Te lo tendrías merecido —recordó las dos veces que lo había abofeteado y sintió un escalofrío, la primera porque intentó mantener relaciones íntimas con ella en el campo, a la vista de medio castillo, y la segunda porque quiso tocarla después de haber estado besando a una de sus conquistas en las caballerizas. Lo había visto, con sus propios ojos, y aquel recuerdo le volvió a partir el corazón por la mitad.

—Sea como sea, lo pides, yo no pienso arriesgarme, ¿me has oído?, ¿eh?

—Las damas no piden nada semejante, milord —contestó e inmediatamente se sintió estúpida por responder de ese modo, pero se mordió los labios y calló.



—Tú sí, tú serás de las que lo piden —susurró cabreado e hirviendo de deseo debajo de las malditas sábanas, giró la cabeza y vislumbró su rostro bañado en lágrimas, tal vez por culpa del juego de Buckingham, tal vez por él, no estaba claro, pero no pretendía averiguarlo— Rosslyn...

Ella suspiró y le dio la espalda tapándose con la manta hasta las orejas, él a punto estuvo de estirar la mano para alcanzar su piel de terciopelo, podía hacerlo, ella debería cumplir con una buena esposa, como siempre, pero no pudo, no quiso rogar por unas malditas caricias, por su cuerpo, así que respiró hondo, también le dio la espalda y se durmió.

## XVI

La salida de Edimburgo se hizo según lo previsto, dos días después de la condenada fiesta de los Buckingham, que convirtió a los Sinclair rápidamente en el centro de atención de los cortesanos siempre dispuestos a comentar un hecho jugoso, como el apasionado beso del joven matrimonio en el salón principal del palacio real. Nadie hablaba del motivo de ese beso, del estúpido juego que había perdido Rosslyn y de cómo su galante marido había tenido que intervenir para rescatarla de las burlas de Buckingham. No, lo único que importaba era que el apuesto James Sinclair había besado a su

mujer en público y de una forma nada santa, sino más bien todo lo contrario.

Afortunadamente, la protagonista del hecho no llegó a conocer los chismes y las bromas que se hacían a su costa, porque no volvió a salir de casa, y cuando su padre agradeció a James, durante la cena, su oportuna intervención en tan desagradable velada, ella se sonrojó sin abrir la boca. Ya bastante tenía con la vergüenza que había pasado, como para tener que hablar de ella.

Lord Caird sonrió mirando a su yerno y les anunció que ya estaba preparado para viajar primero a Sinclair Girnigoe y luego a casa. Había hecho unos negocios espléndidos en la feria de ganado y decidió mandar a sus hombres directo a Kirkwall, con una carta para su esposa y otra para Cameron, donde explicaba el asunto del divorcio falso de Rosslyn y su intención de dejarla en Caithness con su hijo y su marido. La cuestión estaba a punto de resolverse y el día del viaje lo iniciaron muy temprano y con un excelente estado de ánimo, al menos Alister Caird, que empezó a descubrir muy pronto que disfrutaba especialmente de la compañía de su yerno, que era un muchacho fuerte, conversador y con un gran sentido del humor.

—¿Por qué llora?, ¿qué le ocurre? —James paró el ritmo de su caballo, se puso junto al carruaje y les habló a través de la ventanilla abierta, llevaba mucho rato oyendo el llanto de Brandon y se estaba poniendo nervioso.

—No lo sé, no quiere comer, ni dormir, está muy incómodo.

—¿Quieres que paremos?, a lo mejor le molesta el traqueteo de los caballos.

—No lo sé, en el viaje de ida ni se despertó...

—Pero era más pequeño —intervino Beth— a esta edad crecen por momentos y un mes es mucho tiempo para un bebé de pecho, tal vez ahora sí le molesta viajar.

—Será mejor que paremos un rato —dio un silbido y la comitiva empezó a detenerse. Viajaban con un carruaje para Rosslyn, Brandon, Cassidy, Liz y Beth, y tres jinetes, lord Caird, lord Sinclair y Ros Clyne, nada más porque en tiempo de paz y por el camino real, el tránsito de vehículos era seguro y más aún a esas horas de la mañana.

—¿Qué te ocurre, mi vida? —Rosslyn intentó darle de comer otra vez y Bran se revolvía cada vez más incómodo, le cambiaron los pañales y al final se lo entregaron a James, que abrió la puertezuela y extendió los brazos hacia él.

—Déjamelos, daremos un paseo.

Se alejó con el niño hacia el bosque, acunándolo contra su hombro y Rosslyn bajó del carruaje arreglándose la falda, estaba cansada y tensa por el llanto del bebé y al ver a su padre charlando con el cochero los llamó para ofrecerles un poco de vino. Les entregó el odre y su padre la abrazó por los hombros indicándole con la cabeza a James, que estaba consiguiendo relajar

a su hijo. El pequeño levantaba la cabecita, muy atento por encima de su hombro, pero ya estaba callado, mirando el paisaje con sus enormes ojos claros, y ella sonrió de oreja a oreja.

—Está muy mayor, papá, me da pena que crezca tan rápido.

—Y ya reconoce a su padre, ¿has visto?, se ha callado en seguida.

—Pura suerte —soltó Beth por lo bajo, observando al alto lord Sinclair, con su impecable ropa de viaje, hablándole al niño como si le entendiera— el pobrecito solo quería dejar de saltar dentro del carruaje.

—La sangre tira, querida Beth, eso es todo, no te pongas celosa —bromeó lord Alister— ¿le vais a dar un hermanito en seguida, no? James dice que quiere seguir criando mientras Brandon sea pequeño.

—¡Dios bendito! —Beth movió la cabeza— como el que pare no es él...

—Por Dios —comentó Rosslyn roja hasta las orejas y preguntándose porque James hablaba de esas cosas con su padre, levantó los ojos hacia él y vio que volvía con Bran dormido.

—¿Habéis oído? —preguntó, entregándole al niño, pasó la mano por encima del hombro y cogió la funda de la espada que la llevaba colgada a la espalda. Todos prestaron atención y oyeron los cascos de unos caballos al galope—.

No me gusta.

—¿Por qué? —preguntó Rosslyn viendo como su padre alertaba al cochero y al

paje.

—¿Caballos al galope por el camino real?. No es normal. Subid al carruaje.

—Pero...

—¡Ahora! —ordenó desenvainando la espada, Ros Clyne hizo lo mismo y lord Caird buscó la suya con premura.

James Sinclair se consideraba un tipo controlado y frío, sobre todo con el acero en la mano, pero lo que vio llegar justo por su espalda, procedente de Edimburgo, le provocó una inquietud difícil de controlar. Miró de reojo a su familia y el miedo puro y auténtico le secó la boca, sin embargo, dio un paso al frente y esperó a los jinetes aparentando una calma absoluta. Eran seis, vestidos de negro, y con las caras tapadas con trapos del mismo color, echó un vistazo y comprobó que iban armados hasta los dientes, ningún distintivo, ni escudo, ni blasón, silbó hacia Ros y este se puso a su diestra.

—¿Buscas pelea, milord? —dijo uno de los individuos mirando de manera ostensible su enorme espada con puño de plata y el Sgian Dubh (1), con herrajes también de plata, que Sinclair llevaba en la pierna derecha, a la vista de todo el mundo.

—No sé, dímelo tú —sonrió y el tipo devolvió la sonrisa por debajo del pañuelo que le tapaba la cara.

—Viajas con un viejo, un crío, dos empleados, cuatro mujeres y un bebé,

¿pretendes hacernos daño?

—¿Qué quieres?

—La espada, la daga, las monedas de oro, los caballos, no sé, ¿qué más puedes ofrecerme?

***(1)Sgian Dubh es el nombre gaélico escocés de un pequeño puñal, tradicional de las Tierras Altas de Escocia, que su propietario solía llevar en la pierna, a la altura del tobillo.***

—Os daremos el dinero y dejadnos en paz —gritó lord Caird apartando a su yerno para plantar cara a esa pandilla de forajidos— ¡Wilfred, trae mis alforjas!

Rosslyn, con Brandon abrazado, miró a Beth y a Liz, que lloraban en silencio, y a su hermana que estaba muy pálida, y les hizo un gesto para que siguieran calladas. Muchas eran las historias que se contaban sobre los asaltantes de caminos, y de lo que solían hacer con sus víctimas femeninas, pero intentó calmarlas sonriéndoles, mientras oía como el paje acercaba a su padre las alforjas llenas con el dinero ganado en la feria de Edimburgo.

—Aquí tenéis, podéis iros.

—Esto nos vale, sí, señor —soltó el tipo con un claro acento inglés— pero no

vengo solo por el dinero, Sinclair.

—¿Ah no? —James avanzó hacia el hombre y le clavó los ojos transparentes—  
¿me conoces?

—No, pero me han mandado a liquidarte. ¿Dónde está tu mujer?

—¿Quién te ha mandado y por qué?

—¿Dónde está tu preciosa hembra, Sinclair?, ella es parte del botín ¿qué te  
pare...?

No acabó la frase, James lo agarró de la capa y lo tiró al suelo clavándole la hoja de la espada en el cuello. Lo mató antes de que tocara tierra y la sangre salió a borbotones, empapándole la ropa a la par que sus compañeros se lanzaban furiosos contra ellos. El griterío y el relinchar de los caballos estallaron y tanto Beth como Liz se pusieron a chillar histéricas. Rosslyn abrió la puerta contraria del carruaje y las obligó a salir. Todas saltaron al suelo y echaron a correr hacia el bosque. En lo único que pensó fue en huir de allí y corrieron como si las persiguiera el mismísimo demonio hasta que encontraron una saliente y se metieron debajo, ocultas por la hojarasca. Después de unos minutos comprobó que Brandon seguía milagrosamente tranquilo, se lo entregó a Cassidy y corrió nuevamente hacia el camino para ver qué estaba sucediendo.

Llegó con precaución hasta el carruaje y vio el cuerpo de su padre

tendido en medio de un charco de sangre, al cochero y al paje igualmente heridos y a James, que seguía luchando con uno de los asaltantes, milagrosamente en pie. Se metió dentro del vehículo, buscó una daga que llevaban oculta debajo de los asientos, saltó al suelo, cruzó el escaso espacio que la separaba de la pelea y comprobó con horror que su marido sangraba copiosamente, con una flecha clavada en el hombro derecho y otra en el muslo, estaba mal herido, necesitaba ayuda y al ver que Ros tampoco podía moverse, avanzó ciega de rabia, esperó a que el malhechor le diera la espalda y entonces le clavó la daga hasta dentro, hasta la empuñadura, con las dos manos a altura del omóplato. Era la primera vez que hacía algo semejante, pero no le costó ningún esfuerzo y esperó con calma a ver como el tipo se desplomaba de bruces a sus pies.

—¿Brandon? —preguntó James cayendo de rodillas al suelo, estaba sudando y el sudor se le mezclaba con la sangre.

—Con Cassidy —se agachó y comprobó que tenía cortes en el pecho y uno en el cuello, además de las dos flechas— no te muevas, voy a ver a mi padre.

—Hija, ayuda a James, está malherido —le dijo su padre intentando ponerse de pie— solo me han dado un golpe... ayuda a tu marido.

—¿Y la sangre?

—No es mía, es del pobre Peter —Rosslyn miró al cochero, que yacía junto a



su padre, y vio que tenía el estómago abierto de un tajo— a mí me han golpeado y... ¿el chico?, ¿Ros?, ¿dónde está Ros?

—¡Cassidy!, ¡Beth! —gritó con todas sus fuerzas antes de acercarse a Ros, que empezaba a despertar. Tenía un corte superficial en la cara, pero sufría una conmoción — ¡venid a ayudar! Ros ¿puedes abrir los ojos? —el chiquillo asintió— bien, necesitamos ayuda, hay que buscar ayuda.

—¡Milady! —Beth llegó corriendo con el bebé en brazos y chilló al ver el espectáculo. Cinco delincuentes muertos y los demás heridos.

—¡No grites! —ordenó indignada— no asustes a Brandon, déjasele a Liz, que se suban al coche y tú, ayúdame.

Levantaron con dificultad a James y consiguieron apoyarlo contra el carruaje. Salvo su caballo, los otros dos habían huido, también los de los forajidos. Era un milagro que los de tiro hubiesen permanecido en su sitio con la pelea y el olor a sangre por todas partes, así que pensó en desatar alguno para que Ros fuera a buscar ayuda, pero primero debía espabilar y despejarse, que parecía un poco ido. Le hizo un gesto para que bebiera agua y el muchachito le obedeció.

—James, no podemos sacar los virotes o te desangrarás ¿de acuerdo? —le dijo sujetándole la cara y él le sonrió con los ojos color aguamarina brillantes— tienes que aguantar un poco, buscaremos un médico.

—Vete de aquí, llévate a Brandon, salva a nuestro hijo, Rosslyn.

—¿Pero qué dices?

—Vendrán más, huye ahora mismo.

—¡No!, mandaré a Ros a buscar ayuda. Papá, ¿puedes ayudar a Ros a soltar uno de los caballos?

—No, no sueltes los caballos, llévate el puto carruaje.

—¡Calla de una vez! —le gritó muy seria y él levantó la vista al cielo al borde del desmayo, había matado él solo a cinco tipos muy bien entrenados y estaba mal herido, no podía también discutir con ella.

—Ahí viene gente —lord Caird se acercó al borde del camino y empezó a mover los brazos. James lo vio y trató de detenerlo.

—¡Maldita sea!, pero... ¿qué hace?, ¡dame mi espada, Ros!, ¡la espada!

No pudo volver a gritar, de repente se le nublaron la vista y los sentidos y, aunque creyó oír a los lejos el llanto de su hijo, no pudo hacer nada, los músculos no le respondían y el dolor lacerante que tenía en el hombro empeoró. Intentó detener a su suegro, ordenar a su mujer que se fuera de allí, que lo dejara morir tranquilo, pero no le salieron las palabras, al contrario, se le llenó la boca de sangre y un zumbido le atravesó los oídos. Levantó la cabeza e intentó tocar a Rosslyn, porque ella estaba allí, a su lado, pero no fue posible, dio un paso al frente y cayó inconsciente al suelo.

\*\*\*

—Nada.

—¿Cómo que nada? —Jonathan Murray abandonó su sitio y se acercó al chico con los ojos abiertos como platos. Hacía al menos tres horas que los hombres de MacKidd y ese inglés, Harrison, habían ido en busca de James y la familia Caird; los habían estado vigilando, sabía que eran vulnerables y, sin embargo, seguían sin aparecer, así que había optado por pagar a ese estúpido tabernero para que fuera a echar un vistazo por la zona— ¿has ido en la dirección correcta?

—Por supuesto, sir, y no había nada —escupió al suelo y se metió detrás de la barra— aunque vi a dos caballos con monturas pastando cerca del camino a Stirling. No pude cogerlos, lástima porque solo las monturas costaban más que la taberna de mi padre.

—¿Qué caballos?, ¿dónde?, esa es una pista, ¡maldito seas!, ¿eres idiota?

—Usted me dijo que buscara a sus hombres, al jodido carruaje de los Caird y de eso no hay nada, solo los dos caballos que pastaban en el camino, y puede que sus dueños anduvieran cerca.

—¡Hay que ir a buscarlos! —ordenó Murray a su último hombre, MacDoguel, que lo miraba limpiándose las uñas con una navaja— a los caballos, hay que ver de quienes son, a quién pertenecen, ¡ya!

—Le dije que Sinclair se defendería, es la mejor espada del norte, sir.

—¿Te he pedido tu opinión?, no, pues no hables y ve a buscar los malditos caballos.

El mercenario se levantó desperezándose y le dirigió una mirada asesina que Jonathan recibió entornando los ojos, sabía que aquel tipo lo mataría al más mínimo descuido, que era muy peligroso confiar en él, pero no tenía más opciones, estaba solo y sin su gente, porque no había podido contar a nadie el propósito real de ese viaje. Agarró la jarra de cerveza y la apuró de un trago pensando en Jamie Sinclair, el muy cabrón tenía una suerte bárbara, todo el mundo lo decía y él debió tenerla en cuenta antes de enviar solo a seis esbirros para atracarlo.

Desde niño James había sido bendecido por la gracia divina, era un Ámharach (2), y no solo por nacer en una familia rica y poderosa, no, también por su fortaleza física, su destreza, la valentía innata que tenía, el don de gentes con el que cautivaba a todo el mundo, y esa belleza de la que hablaban todas las mujeres que lo conocían. Era un tipo afortunado, el ojito derecho de sus padres, incluida la insoportable lady Moira Sinclair, y por eso transitaba por el mundo como si nada malo pudiera pasarle, con esa seguridad y arrogancia que a veces hacían vomitar a Jonathan, al que todo en la vida le había costado un gran esfuerzo.

—¿Qué?! —preguntó al soldado cuando lo vio llegar.

—Cinco muertos, el sexto está malherido, pero se recuperará si le paga un cirujano.

***(2) Ámharach. En gaélico escocés: afortunado, bendecido por la gracia divina.***

—¿Cómo es posible?!

—Eso mismo le pregunto yo, sir.

—¿Iban con escolta?

—Rufus dice que no, que James Sinclair lo hizo él solito, con la escasa ayuda del escudero y de su suegro... ¿un viejo, un crío, dos empleados, cuatro mujeres y un bebé?, ¿no nos dijo eso?, ¿qué pretendía sir Murray?

—Dios bendito —se desplomó en su asiento pasándose la mano por la cara—  
Llewellyn...

—No, lady Llewellyn no iba —musitó con ironía— ¿a ella le tendré que pedir mi oro?

—¡Cállate, maldito seas! —gritó Jonathan saliendo a trompicones en busca de su caballo— a algún sitio han tenido que ir ¿ni siquiera los hirieron?

—Sí, parece que el señorito está mal herido, pero no hay rastro de ellos,

encontré a los hombres porque los caballos estaban pastando cerca de los cadáveres, en el bosque. Animalitos fieles ¿eh?

—Vete a la mierda, MacDoguel. Toma tu dinero —le tiró la bolsa con el oro— voy a buscar a gente más competente.

—Pase la frontera, contrate irlandeses, esos, seguro que le harán su trabajo sucio.

El tipejo escupió al suelo y se fue, abandonando al herido que había rescatado, desmayado encima de su montura. No le importó su bienestar, como tampoco le importó a Jonathan Murray, que hincó espuelas y regresó al galope hacia Edimburgo, decidido a no rendirse. Si James estaba malherido, Rosslyn, su padre y sus sirvientes seguro que habían decidido regresar a la capital para que lo atendieran, era lo más lógico, discurrió de repente más aliviado, y si era así lo mataría en la cama, en su casa.

## XVII

No recordaba haber estado herido, salvo algún hueso roto, y mucho menos haber estado enfermo. No recordaba haber tenido tanta fiebre en toda su vida y la sensación era espantosa. Sudaba, tenía escalofríos, veía imágenes horribles danzando junto a su cama, así hasta que despertaba, dejaba de estar

inconsciente unos segundos y conseguía medio abrir los ojos, o no, porque no era capaz de distinguir entre los sueños y la realidad.

No sabía cuándo bebía agua de verdad o si los paños húmedos que ella le colocaba en la frente eran reales o imaginarios. A veces estiraba la mano y la agarraba con fuerza, entonces ella se inclinaba y le susurraba palabras de consuelo, luego le acariciaba el pelo y desaparecía.

Desaparecía y lo dejaba solo con ese dolor tremendo en el hombro y en la pierna, en el pecho, en la muñeca, en el cuello... le atenazaba todo el cuerpo y no había dudado en gritar con todas sus fuerzas cuando alguien había estado hurgado en las heridas y las había quemado, porque había sentido calor, muy intenso, y ese olor a carne chamuscada que se esparció por toda la maldita habitación antes de que se desmayara otra vez.

—James, ¿puedes oírme?

—¿Madre?

—No, ¿tienes sed?

—Sí.

—Muy bien, bebe un poquito de agua, vamos —sus manos eran suavísimas y olía a violetas cuando lo sujetó para derramarle el agua en los labios— esto te hará bien, dice el doctor que si bebes saldrás adelante.

—Duele.

—Lo sé, lo siento —le besó la frente y James supo que era ella, Rosslyn, la que lo estaba cuidando.

—Rosslyn...

—Sí, ¿quieres más agua?

—¿Qué me has hecho?

—Ya veo que estás mejorando —sonrió, él entreabrió los ojos y la miró fijamente.

—¿Cuánto hace que estoy así?

—Unos días, estamos en casa de lord Livingstone, ¿recuerdas?, su médico te ha curado.

—¿Curado?, no sé si estoy muerto.

—Has perdido mucha sangre, pero te pondrás bien.

—¿Brandon?

—Durmiendo, está bien, todos estamos bien. Bebe más agua, un poquito más.

James tragó un poco más de agua con miel y volvió a perder el sentido. El doctor Walker no le había dado demasiadas esperanzas, pero ella sabía que él saldría adelante, era fuerte, sano y joven, era James Sinclair, y a él nunca le pasaba nada malo. Se apartó de la cama, se puso las manos en la cintura y se echó a llorar, solo un poco, necesitaba liberar algo de la tensión acumulada o



se volvería loca. No se acordaba de cuánto tiempo llevaba sin dormir, o sin sentarse.

Se acercó a la ventana y miró la lluvia cayendo a raudales, era de noche, su tercera noche en Lothian Oeste, en el castillo de lord Livingstone, que había aparecido milagrosamente en el camino real cuando los acababan de atacar. El noble anciano y su hijo regresaban a casa procedentes de Edimburgo, con una amplia comitiva, y los habían auxiliado inmediatamente. No había hecho falta ni hablar, el médico de la familia había atendido a su padre, a Ros y a Wilfred Carpenter en el mismo lugar, pero a James lo habían trasladado a una taberna cercana para quitarle las flechas incrustadas en su hombro y en el muslo derecho. Ninguna había llegado al hueso, pero el desgarro era importante, además tenía contusiones, varios cortes y la muñeca izquierda atravesada por un profundo estoque. Sangraba copiosamente y cuando el doctor lo tumbó en una mesa de aquel local y separó la carne con unas tenazas para arrancar el proyectil entero, James se desmayó y ella vertió whiskey caliente encima de la herida, tal como le ordenó el médico. Temblaba y a punto había estado de vomitar, pero se mantuvo firme, consiguió superar el miedo y ayudar luego a vendarlo con unos paños limpios. Media hora después lo estaban trasladando al castillo. A pesar de que ella se negó, alegando que era peligroso moverlo en su estado, nadie le hizo caso y en el camino James había perdido tanta sangre, que no sabía

cómo seguía con vida. Era un verdadero milagro.

Desde entonces no se separaba de la cabecera de su cama, salvo para dar el pecho a Brandon, y recordaba los hechos como en una nube, sin ninguna precisión y como si le hubiesen sucedido a otra persona y a una velocidad vertiginosa, algo que la preocupaba, aunque estaba demasiado cansada como para intentar remediarlo.

—Bran ha empezado a llorar —Beth se asomó al cuarto y ella se giró limpiándose las lágrimas.

—Voy, ¿puedes quedarte con él?

—Está dormido.

—Por si despierta, sigue con fiebre.

—Bien, pero si me prometes que dormiré un poco, no quiero que se enferme usted también.

Asintió mirando a James de reojo, él descansaba desnudo en aquella enorme cama, bien tapado y con vendas por todas partes, menos en la cara, que reposaba con un rictus de incomodidad sobre la almohada, debía dolerle y mucho, pero al menos estaban a salvo.

Salió de la habitación y entró en la que ocupaba con Bran y Cassidy, cogió al bebé de la cuna y se sentó para amamantarlo, canturreándole, aunque se le cerraban los ojos de puro agotamiento. Luego lo acunó un rato para que

se durmiera y decidió desnudarse, ponerse el camisón y dormir unas horas, una noche, porque debía reponer fuerzas y olvidarse un rato de la sangre, las heridas y el dichoso ataque. Su padre no paraba de hablar de los asaltantes que habían llamado a James por su nombre y que sabían exactamente cuántas personas componían la comitiva. Lord Livingstone les dijo que ese era un procedimiento habitual entre los atracadores de caminos, que solían controlar a sus víctimas, más aún después de la feria de ganado, cuando localizaban a los que más dinero se llevaban de vuelta a casa.

Sin embargo, Alister Caird no aceptaba aquella hipótesis y estaba convencido de que iban por la vida de James Sinclair y que lo demás les importaba poco, asunto que lo preocupaba especialmente, tanto, que había pedido que la guardia de los Livingstone se doblara durante su estancia en el castillo.

—¿No te ha dicho Beth que me he peleado con ella? —Cassidy entró en el dormitorio y se acostó en la cama de un salto.

—No, ¿qué ha pasado? —Rosslyn ni se movió, abrazada a la almohada.

—Le dije que no volviera a hablar mal de mi cuñado. James es su señor, el padre de Brandon, tu marido y, además, nos ha salvado la vida.

—No le hagas caso, Cass, Beth es una gruñona.

—Dice que no lo quieres y que cuidas de él porque es tu deber, porque si no lo

haces papá se enfadaría contigo, no porque te importe de verdad y que mejor sería que no lo cuidaras tanto.

—Dios bendito.

—¿Tú lo quieres, verdad?, ¿te importa?

—Claro que me importa, es el padre de mi hijo.

—No solo por eso, ¿tú amas a James?

—Cassidy, estoy agotada, en serio, necesito dormir. Solo te pido que no discutas con Beth, no le hagas caso y en paz, ¿me lo prometes?

—Dice que se portaba realmente mal contigo en Caithness y que no tiene perdón de Dios.

—Bueno, hemos tenido problemas y yo tampoco he sido una santa.

—¿Tú le fuiste infiel?

—¡Claro que no!

—Yo me moriría si Alec me engañara con otra.

—No creo que Alec Calder sea un chico infiel, no te preocupes.

—Bien, buenas noches

Rosilyn le dio la espalda y se acurrucó nuevamente en la almohada, cerró los ojos y se echó a llorar en silencio. ¿Quería a James? De repente le vinieron a la cabeza los problemas que tenían, sus infidelidades, sus

discusiones, su distancia, y se sintió como una estúpida porque desde que la había salvado en el baile de los Buckingham, y se había portado como un caballero con ella, se había olvidado de todo aquello y no podía ser, no podía olvidar, porque esa era su vida y volvería a ella en cuanto él estuviera curado.

## XVIII

—Está claro que querían matarte —lord Caird se sentó en una butaca junto a la cama de su yerno en cuanto este despertó y dio muestras de lucidez, y respiró hondo— sabían tu nombre y cuantas personas te acompañábamos. Robert dice que seguramente nos seguían desde Edimburgo, por el dinero que llevábamos encima, y que a ti todo el mundo te conoce, pero no estoy de acuerdo, si solo les interesaba el maldito dinero me hubiesen atacado a mí, no a ti.

James giró la cabeza y siguió con los ojos a Rosslyn, que estaba ordenando unas vendas limpias dentro de un pequeño arcón, les daba la espalda, pero sabía que estaba atenta a las palabras de su padre. Luego miró a su suegro y siguió oyéndolo sin decir nada, aunque para él todo estaba claro: por dinero o no, aquella gente lo atacó porque era el único hombre peligroso de su exigua comitiva, ni Caird, ni el cochero, ni el paje, mucho menos Ros. Era obvio que tenían que reducirlo a él si querían atracarlos, no había ningún

misterio en aquello.

—Tu hermano muerto, el divorcio falso... no sé, demasiados hechos inexplicables en tan poco tiempo, deberías tener cuidado, James, ahora eres padre. Rosslyn y Brandon te necesitan.

Rosslyn dejó caer unas tijeras al suelo y los dos se sobresaltaron, se agachó para recogerlas y James Sinclair al fin habló, aunque estaba afónico y le molestaba la garganta.

—Tal vez tenga razón, milord, pero tampoco hay que descartar la opción de un simple atraco...

—El tipo dijo claramente “me han mandado a liquidarte, Sinclair” — interrumpió Alister Caird.

—Querrían asustarnos —de repente recordó el comentario de aquel inglés y se estremeció, no había pensado en ello por culpa de la maldita fiebre y fijó otra vez los ojos en su mujer, que trajinaba por el cuarto en silencio, con la cintura estrecha enfundada en ese vestidito color malva, el pelo sujeto en un sencillo moño alto y las mejillas arreboladas— tendré más cuidado.

—Tenemos un barco disponible, podríamos ir directamente a Kirkwall por mar, te cuidaremos en casa y estarás a salvo.

—Papá... —Rosslyn se giró hacia su padre con los ojos muy abiertos.

—Nada de papá, es más seguro que vuelva a su casa sano y fuerte, seguro que

tus padres lo entienden, hijo. Antes de regresar a Sinclair Girnigoe, deberías intentar averiguar quién te quiere muerto.

—En mi casa me recuperaré, milord, pero muchas gracias por su oferta.

—Como quieras, pero Rosslyn y Brandon se vienen conmigo a Kirkwall, a todos los efectos son mi responsabilidad ahora y no los voy a poner en peligro dejando que regresan a Caithness, no en estas condiciones.

Se hizo un silencio sepulcral, James miró a su suegro entornando los ojos y luego a Rosslyn, que le seguía dando la espalda. Alister Caird se puso de pie y acarició el brazo de su hija, sonriendo. Ella devolvió la sonrisa y se aprestó a seguirlo fuera de la habitación.

—Rosslyn— llamó antes de que cerrara la puerta, ella se detuvo y se giró hacia él suspirando— ¿me puedes traer un poco de vino dulce o aguamiel, por favor?

—Sí, claro — bajó a las cocinas a la carrera y pidió una jarrita de vino dulce. Las doncellas se apresuraron a atenderla y regresó a la habitación con una bandeja de bollitos de miel, además del vino y una copa limpia. Los pasillos estaban silenciosos porque la familia se encontraba aprovechando la espléndida mañana soleada en el patio, y se sintió aliviada, pensando en que pronto volvería a Kirkwall y no a Caithness. Una sorprendente noticia que debía agradecer a su padre— aquí tienes.

—Gracias —se sentó mejor entre las almohadas, ahogando un quejido por culpa del hombro y la muñeca, y la miró con atención, ella se inclinó para servir la copa y se deleitó en su magnífico escote y la piel suavísima de sus pechos, antes de levantar los ojos, carraspear y hablar con autoridad— espero que te niegues a la idea de tu padre.

—¿Cómo dices? —dio un paso atrás y frunció el ceño.

—No quiero separarme de Brandon.

—Supongo que lo único que importa ahora es su seguridad.

—Conmigo está seguro y en Sinclair Girnigoe más, ese es su hogar y es donde debe estar —tomó un trago de vino— mandaré un mensajero a Caithness, para buscar una escolta adecuada y regresaremos con garantías. No hay de qué preocuparse.

—¿No hay de qué preocuparse?, ¿Sinclair Girnigoe es seguro?

—¿Acaso dudas de mi capacidad para proteger a mi hijo?

—Si quisieras proteger a tu hijo no estarías diciendo eso, estarías agradecido de que mi padre nos acoja nuevamente en Kirkwall.

—Qué esté herido no significa que...

—Da igual si estás herido o no, se trata de un bebé ¿no lo ves?, piensa un poco, él debería ser tu prioridad y mientras no sepas que ocurre realmente en tu casa, Bran no debería pisar Sinclair Girnigoe.



—¿Y él es tu prioridad? —entornó los ojos celestes— ¿o son tus deseos de no volver conmigo a Caithness? Tu padre te ha puesto una buena excusa para no regresar, ¿eh?

—Iba de camino a Caithness ... —contestó cuadrando los hombros— ¿o no lo recuerdas? Ahora las circunstancias han cambiado y mi deber es proteger a Brandon, así que nosotros nos vamos a Kirkwall, tú haz lo que quieras y cuando descubras a tus enemigos y acabes con ellos, volveremos a hablar...

—hizo amago de irse y James la detuvo con un grito.

—¡¿Qué?!, han estado a punto de matarme por defenderos, Rosslyn, me he dejado la piel por vosotros, no me hables en ese tono, no tienes ningún derecho a separarme de mi hijo y poner en duda mi capacidad para protegerlo. No puedes hacerlo mientras estoy postrado en una cama, no puedes largarte y abandonarme a mi suerte, no puedes y no debes, tienes un deber que cumplir conmigo y...

—Y lo he cumplido, me pasé tres días velando tu sueño, bajándote la fiebre y consolándote, y una semana cuidando de ti, limpiándote las heridas y atendiéndote como una madre —se acercó a la cama echando chispas por los ojos— como seguramente tú jamás hubieses hecho por mí, así que no me hables del deber, porque lo he cumplido y lo sigo cumpliendo, ¡maldita sea!

—Muchas gracias por comportarte como una buena esposa.

—Ojalá algún día yo pudiera decir lo mismo de ti —le dio la espalda cada vez más enfadada y sintió como James Sinclair lanzaba la preciosa copa de vino y la estampaba contra la pared.

—¿Alguna vez me has permitido ser un buen marido?

—¿Alguna vez lo has intentado?

—No lo permites —no sabía cómo habían llegado a ese punto, pero ya que estaban allí, necesitaba desahogarse— salvo en la cama, claro, porque ahí sí que me dejabas cumplir como tu marido. Fría como la maldita nieve de Kirkwall, pero siempre me has dejado satisfecho, muchísimas gracias.

Ella apretó el pomo de la puerta y la abrió sin dirigirle ni una sola mirada. Estaba furiosa y roja de vergüenza, pero no dijo nada. Se calló y salió cerrando con un portazo, James volvió a maldecir y se recostó encima de los cojines sudando, la venda del pecho empezó a empaparse lentamente de sangre y el resto de las heridas le palpitaban por el esfuerzo. No tenía ni idea de cómo había llegado a decirle semejante barbaridad, pero no se arrepentía, estaba harto y dolorido, furioso, ella pretendía separarlo de Brandon y era demasiado para tolerar. A la mierda con su cortesía de mentira y sus malditos cuidados, no lo quería, ni lo respetaba, ni le importaban lo más mínimo su opinión, sus decisiones o sus deseos. Sólo quería separarse de él, no volver a Caithness y avergonzarlo delante de todo el mundo.

Una hora después una doncella entró con los artilugios necesarios para su curación. A diario Rosslyn y Cassidy le renovaban las vendas, dos y hasta tres veces al día, le limpiaban las heridas y luego le aplicaban el emplasto de hierbas que preparaba el médico antes de volver a vendarlo con mimo. Saludó a la criada y luego a Cassidy, que se puso a trabajar con manos expertas y sin mirarlo a la cara.

—Mi hermana no volverá por aquí —susurró, cuando terminó de atenderlo—  
dice que igual te curas antes si no tienes que verla.

—Gracias —sintió como si le dieran una bofetada, pero se calló.

Y no volvió. James Sinclair pasó una semana más en la cama antes de poder ponerse de pie y dar unos pasos ayudado por Ros y Cassidy, sin que ella se asomara por el cuarto, en cambio sí dejaba que le llevaran a Brandon las veces que él lo pidiera.

Una situación bochornosa a todas luces, con los Livingstone y sus criados cuchicheando en voz baja, las miradas compasivas de su suegro o las furiosas de Cassidy, que era tan orgullosa y respondona como su hermana. Pero él no podía remediarlo, ¿qué iba a hacer?, ¿disculparse?, no podía hacerlo, no sabía cómo y, además, no se arrepentía de lo que le había dicho porque seguía pensando que tenía razón y que ella era la que debía dejarse de tonterías, asumir su papel de esposa, plenamente, obedecerle y dejar de plantarle cara a la más mínima oportunidad.

—Lord Caird, he tomado una decisión... —entró a la biblioteca donde su suegro y su anfitrión tomaban una copa y los miró indistintamente antes de dejar que John MacDougal, el castellano de Sinclair Girnigoe, y padre de su amigo Ewan, lo ayudara a alcanzar una silla— mi hijo no volverá a Kirkwall. Su hija, mi encantadora esposa, puede hacer lo que le plazca, pero Brandon se va conmigo a casa, ahora mismo, y no cabe discusión al respecto.

—¿Pero qué demonios...? —Alister Caird se puso de pie de un salto y entonces fue MacDougal el que intervino con una mano en alto.

—Milord, vengo con un destacamento de veinte hombres para llevar a lord James y a su familia a Sinclair Girnigoe con las máximas garantías de seguridad, no tiene de qué preocuparse.

—¿Insinúas que nos quitarás a Brandon? —preguntó lord Caird ignorando al castellano para buscar los ojos de su yerno— ¿es eso?

—Nadie ha hablado de quitarles a Brandon, solo le advierto que ella no querrá viajar conmigo... cree que no puedo proteger a nuestro hijo, pero puedo, es evidente, así que fin de la discusión.

—¿Fin de la discusión?, ¿con quién demonios crees que estás hablando?

—Milord, le aprecio, mi padre le aprecia sinceramente, y disculpe mi tono, no es nada personal, solo necesito volver a casa, con mi familia, para aclarar lo del divorcio, las maniobras de mi cuñado y el atraco, usted mismo piensa que no fue gratuito, que debemos tener cuidado, protegernos, y lo estaremos en Sinclair Girnigoe, que es el castillo más seguro de Escocia.

—No sabemos si tienes el enemigo en casa, James —Lord Caird se pasó la mano por la cara temiéndose lo peor, porque cuando Rosslyn se enterara de las intenciones de su marido, ardería Roma— es mejor que vayas solo a casa, nosotros iremos al norte y cuando quieras, más adelante, podrás reclamar a tu familia, yo no pondré impedimentos.

—Reclamo a mi familia ahora, milord, y le agradecería que no convirtiéramos

esta decisión en una guerra, ya bastante tengo encima, y agradeciendo de rodillas la maravillosa acogida de lord Livingstone, debo despedirme y regresar a casa cuanto antes. Espero que se lo comunique a su hija inmediatamente, porque partiremos al amanecer.

—Está en el jardín, comunícaselo tú.

—¿Yo? —soltó una carcajada burlona y se levantó agarrándose las costillas— creo que será mejor si lo hace usted, milord. Muchas gracias.

## XIX

Jewellyn Sinclair Murray miró a su madre y luego a su marido, que había vuelto de Londres con una maravillosa noticia, con una gran sonrisa. Una sonrisa sincera porque, aunque se les torcieran las cosas con el regreso de James a Sinclair Girnigoe, esa noticia aplacaría cualquier desencuentro y podrían salir airosos de toda acusación o pleito por parte de su hermano. Lo sabía, y aquello la henchía de orgullo con respecto a Jonathan.

Afortunadamente, su siempre cauto esposo esta vez había actuado con cabeza e iniciativa tras el atraco fallido a James y su comitiva en Edimburgo. Había perdido el rastro de la familia en la capital, pero en lugar de volver a casa con el rabo entre las piernas, o huir hacia el Nuevo Mundo como un

cobarde, había decidido viajar a Londres antes de volver a Escocia, y traer dos preciadas noticias para su madre, la primera: el divorcio oficial e irrevocable de James y Rosslyn, firmado por el mismísimo rey Jacobo, y por ambas partes, y la segunda: la propuesta en firme de un compromiso matrimonial entre el heredero legítimo del Condado de Caithness con la princesa Sofía de Dinamarca, sobrina de la reina Ana. Una alianza muy beneficiosa para todo el mundo y que colocaba a James Sinclair de un plumazo dentro de la familia real. Un asunto tan importante que Jonathan no había esperado ni un segundo para contárselo a su suegra.

—Es una muchacha hermosa, tiene dieciocho años, es rubia y de ojos claros, como una walkiria, puede comprobarlo usted misma, lady Moira —Jonathan se inclinó y miró una vez más el camafeo con el retrato de la princesa Sofía, que lady Moira no dejaba de admirar— es una preciosidad dulce y amabilísima, dice que está deseando conocer Sinclair Girnigoe y a la familia. Ha visto a James varias veces en la Corte y sus sentimientos hacia él son sinceros. Será una esposa maravillosa.

—¿Y cómo le explico yo a mi marido que fuiste hasta Kirkwall para conseguir la firma del divorcio por parte de los Caird sin su consentimiento?, dímelo, Jonathan.

—Hemos pensado en que asumas tú la responsabilidad, madre, bueno...

—Jewellyn miró a su madre con una sonrisa— Jonathan ha tenido la iniciativa,

nosotros solo queríamos ayudar, complacerte a ti y deshacernos de esa mujer que jamás iba a hacer feliz a mi hermano. Ahora que él es el heredero, necesita otra esposa, una con la dignidad que se merece nuestra familia, una princesa de verdad.

—Una extranjera, al menos la hija de los Caird es escocesa.

—¿Y? —parpadeó intentando mantener la calma. Tenían su futuro en un puño y debían convencer a su madre, luego, ya tratarían con su padre, lo primero era llevar a lady Moira a su terreno y sabía cómo conseguirlo— una malcriada desagradecida que cualquier día acabaría haciendo algo en contra James o de la familia, siempre nos odió. Creí que te sentirías feliz de que nosotros hiciéramos al fin una gestión por ti, que quisiéramos complacerte. Siempre dices que nadie te escucha, pero ya ves que nosotros sí lo hacemos.

—Y no estoy disgustada, lo que no entiendo es por qué no me lo comunicasteis antes, debisteis hablar conmigo antes de hacer algo así de drástico.

—No queríamos crear falsas expectativas, Jon solo iba a tantear el terreno, jamás pensó que esa gente le iba a entregar el divorcio en bandeja.

—Ha sido una audacia que nos puede costar cara, tu padre...

—Y el rey Jacobo no cabe en sí de gozo con este compromiso —interrumpió Jonathan— él y la reina, no pueden estar más felices de poder acoger a



nuestro Jamie en la corte.

—Jamie tiene que cuidar de su gente aquí, en Sinclair Girnigoe.

—Por supuesto, madre, Jon se refiere a que gracias a la boda será parte de su familia, ¿hay algo mejor?

—¿Nos podemos negar a los deseos del rey? —intervino Jonathan.

—Lo que yo quiero saber es cómo explicaré esto a tu padre.

—Podemos decirle que Jonathan solo fue a ver a la recién nacida, pero que el tema del divorcio surgió, por los caprichos de esa malcriada que no hacía más que quejarse de su vida con nosotros, así que él, muy amablemente, se apresuró a gestionar los papeles y en paz. Estas cosas ocurren.

—Ellos pueden decir que Jonathan llevó los papeles preparados para forzar el divorcio.

—Es su palabra contra la nuestra, son unos campesinos, no tienen ni idea de lo que hablan, diremos que se confundieron ¿a quién creará papá?

—Alister Caird no es ningún campesino estúpido, hija mía.

—Pero podemos decir que hubo un mal entendido, uno muy beneficioso para todos, ahora la mocosa Caird es libre y James puede casarse con una princesa. El fin justifica los medios, madre.

—Además, dudo mucho que los Caird reclamen algo, queridísima suegra,

estaban encantados con la idea de poder librarse de James –Moira lo miró frunciendo el ceño— os lo juro por Dios, en esa casa no apreciaban precisamente a vuestro hijo.

—¿Y James?, ¿qué dirá él cuando vuelva? – Moira ignoró el comentario y les clavó los ojos verdes.

—¿Qué demonios hace un hombre de la valía y la clase de James Sinclair casado con una campesina triste y amargada como la Caird? –se apresuró a contestar Jewellyn— estará feliz de deshacerse de ella para siempre y tomar como esposa a esta belleza que, además, es sobrina de su amado rey Jacobo.

—¿Y la niña?

—Ahora tendrá hijos con una sobrina de la reina, de sangre real, seguramente muchos varones, ni se acordará de que existe esa niña, madre, ¿o tú quieres a una hija de Rosslyn Caird merodeando por aquí?

—No –la condesa se levantó y devolvió el camafeo a su yerno— no quiero a nadie de su mala sangre en mi casa, las quiero bien lejos, a las dos, y sabe Dios que me alegro de este divorcio, pero me preocupa la reacción de tu padre, creo que llamaré al capellán para que me ayude a explicárselo antes de que regrese Jamie, él y MacDougal deben estar al caer.

—Claro, madre, muy buena idea. –los dos esperaron a que la condesa desapareciera por el pasillo para darse las manos, muy emocionados— ¿Qué

te dije?, lo de la sobrina de la reina Ana ha sido una jugada maestra, cariño, maestra de verdad. No podrán negarse a esa boda y estarán tan preocupados por los preparativos, que en dos días nadie se preguntará nada respecto al dichoso divorcio con la ramera esa.

—¿Y James?, ¿crees que tu hermano...?

—Está malherido, casi lo matan, tendrá otras preocupaciones.

—El caso es que viajaba con ella hacia aquí.

—Porque hacía lo correcto, es un hombre de honor, lo han educado para cumplir con su deber, aunque le vaya la vida en ello, y si ella y su padre le contaron las circunstancias del divorcio, se vio obligado a tener que hacer lo correcto, pero, cuando se entere de que está divorciado de verdad, se alegrará, créeme. Jamie odia a Rosslyn, no sé ni cómo le hizo una hija, no soportaba tener que tocarla.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe.

—No sé... —se desplomó en una butaca sin poder confiar aún en su buena suerte porque le quedaban demasiados flecos por solucionar. Desde luego, ir a Londres desde Edimburgo y conseguir oficialmente el compromiso matrimonial con esa rubia bobalicona de Dinamarca, que cuando supo que su candidato a marido era nada menos que James Sinclair perdió el sentido de la

emoción, había sido fácil, y falsificar la firma de James en los papeles que faltaban del divorcio también, y volver con todo eso a casa sin que su cuñado diera señales de vida, un verdadero milagro, sin embargo, aún le quedaba su suegro, y propio James, que no era tan idiota como todo el mundo se imaginaba y podía ir en su contra, acusarlo de conspiración y mil cosas más cuando se dignara a aparecer y entonces su futuro, y el de su familia, quedarían destruidos de inmediato. Todo pendía de un hilo y no estaban seguros de nada.

—¿Qué ocurre?, no te preocupes, lo has hecho muy bien. Mi hermano no podrá reclamar nada porque todo está cerrado y el compromiso con la princesa es en firme, hará lo que mi padre le ordene y se olvidará de cómo llegamos hasta este punto, lo sé, es demasiado superficial para pensar en los detalles.

—Subestimas a tu hermanito, querida, no deberías hacerlo.

—Lo conozco, ponle delante un buen caballo, una buena copa de vino o una rubia así de preciosa, y en dos minutos no le importará nada más.

—¿Tú crees?

—Te doy mi palabra de honor.

—¿Y nosotros?, ¿qué pasará con nuestras pretensiones al condado?

—Bueno, eso deberá esperar, querido, ahora lo único que importa es salir

airosos de este asunto o tu cuello, y el mío, no valdrán nada, ¿lo entiendes, no? —se acercó y le acarició la mejilla— cuando James se case y pase más tiempo en la corte que aquí, volveremos a la carga, no te preocupes, amor mío.

—No sé si podré esperar tanto.

—No será tanto, cuestión de meses, ahora lo importante es salir de este embrollo indemnes. Créeme.

## XX

Aunque concibas a los hijos, los des a luz, los críes, cuides de la familia, alimentes a la prole, honres a tu marido, a su familia, a tus propios padres, a tus ancestros o a Dios, nada importa si eres una mujer, menos aún una mujer de dieciséis años a la que nadie escucha. No eres nadie, nada absolutamente, y aquello era una injusticia imperdonable, se repetía Rosslyn Sinclair entre lagrimones, sentada en el carruaje frente a su marido. Un James Sinclair que apenas le dirigía la palabra, apoyado sobre una docena de cojines de pluma, que intentaban aplacar el dolor de sus heridas durante el viaje de regreso a Sinclair Girnigoe.

Tan solo un par de días antes su padre le ordenó seguir a su esposo a

Caithness, desbaratando los planes iniciales de regresar con su familia a Kirkwall, incumpliendo un montón de promesas y negándose a discutir con ella aquella arbitraria decisión porque no cabían peros, le gritó finalmente el siempre apacible Alister Caird, furibundo, acusándola de caprichosa e infantil, de avergonzarlo delante de sus amigos y aliados Sinclair, y retirándole la palabra para siempre, o eso le aseguró mientras supervisaba el viaje y se despedía de ella en el patio de armas de los Livingstone. También se había negado a acompañarla al castillo de Girnigoe, porque ya no quería saber nada más del asunto del divorcio, y porque confiaba en que James solucionaría el tema sin ningún contratiempo.

Y así se hizo. Se despidió entre llantos y abrazos de su hermana Cassidy y se subió al carruaje de los Sinclair con un nudo en el estómago, abrazando a Brandon, rogando a Dios para que los protegiera y jurándose a sí misma que un día, uno no muy lejano, se haría dueña de su destino, de sus decisiones, como la propia lady Moira, a la que nadie tosía en Sinclair Girnigoe y que pese a ser una bruja malvada y egoísta, era la única mujer que conocía que realmente mandaba sobre sí misma.

—Ya falta menos— James se asomó por la ventanilla y divisó el verde oscuro de sus tierras— al fin en casa, ¿eh, Brandon? Déjame.

—Sí, milord— Beth se lo entregó y él lo acurrucó contra su pecho, besándole la cabecita.

—Te gustará el castillo, hijo, la gente te adorará. Elegiremos el mejor pony para ti, ¿quieres?, y si tu madre deja de lloriquear y amargarnos la vida, seguro que serás el chico más feliz de toda Escocia.

—Pronto empiezas... —suspiró y se concentró en el paisaje.

—¿Empezar qué?

—A hablarle mal de mí, ya sabemos que es una de las aficiones favoritas en Sinclair Girnigoe, hablar mal de la triste y fría Rosslyn Caird, pero pensé que al menos tú guardarías las formas delante de mi hijo.

—Oh Dios, ya estamos, pobrecita...

—No debiste obligarnos a venir —se le llenaron los ojos de lágrimas y lo miró a los ojos, con esos enormes y hermosos ojos oscuros que a él desconcertaban, y sintió de pronto un pinchazo de tristeza en el corazón, percibió perfectamente su dolor y quiso consolarla, abrazarla y jurarle que todo iría bien, pero no fue capaz y forzó una sonrisa.

—No tenías que venir, solo quería traer a Brandon.

—Bendito sea Dios —soltó por lo bajo Beth, indignada, y apretó la mano de su ama.

—¿Qué dices, Beth?

—Nada, milord, usted ya lo dice todo.

—Si pones algo de tu parte podemos hacerlo mejor —sentenció finalmente, abrazando más fuerte a Brandon— pero debes hacer algún esfuerzo, no puedo hacer milagros, aunque esta vez será diferente.

—No lo será y lo sabes. No lo será.

—¡Milord!, entramos en Sinclair Girnigoe, bendito sea Dios —interrumpió uno de los guardias asomándose por la ventanilla— la gente ya sale a recibirnos, milord.

—Muy bien, ya estamos en casa, Brandon, saluda a tu gente —se inclinó hacia delante y se asomó para ver a muchas caras conocidas dándole la bienvenida con la mano, él les enseñó el niño, henchido de orgullo, y luego se volvió hacia su mujer con una enorme sonrisa.

—Adoran a tu hijo, es el heredero, así que cambia esa cara y que mis padres no te vean así, por favor, hazlo por Brandon.

En cuanto puso pie en tierra, Rosslyn recordó su partida ahí mismo tan solo seis meses antes y quiso echarse a llorar, robar un caballo y salir huyendo al galope, pero era imposible, así que no le quedó más remedio que sujetar a Brandon contra su pecho y esperar a que James saludara a todo el mundo entre abrazos y apretones de mano, asegurando que estaba mucho mejor de las heridas y que los atracadores habían salido muy mal parados, antes de que alguien se dignara a saludarla. Ni siquiera sus suegros mostraron



interés por conocer al bebé, y solo sus cuñadas se acercaron para verlo de cerca y preguntarle cómo se encontraba. Lo de siempre, pensó, inexistente para todos, ridícula de pie a la espalda de su marido, completamente ajena a todo aquello, fuera de lugar. Una forastera despreciable a la que James ignoraba con la misma contundencia que los demás, sin molestarse en girar medio centímetro para incluirla en sus charlas y procurar que su gente le mostrara un mínimo de respeto.

—Vamos, muchacha —sin dirigirle un saludo, lady Moira la agarró del brazo y la condujo a toda velocidad camino de la biblioteca. Sin ofrecerle ni un vaso de agua o permitirle que subiera a su cuarto para descansar, la empujó dentro de la enorme estancia dejando a Beth fuera de un portazo— ¿Cómo te has atrevido a venir hasta aquí?

—¿Cómo dice, excelencia?

—Ya me has oído ¿Qué demonios haces aquí?

—He estado cuidando de su hijo en casa de lord Livingstone y después, él me obligó a venir, yo no quería hacerlo, pero no tuve más remedio —acunó a Brandon, buscó una silla y se sentó sin pedir permiso, cosa que hizo bufar a la condesa—. Lo siento, necesito sentarme, estamos agotados.

—Ésta ya no es tu casa.

—Nunca lo ha sido, excelencia —la miró a los ojos y la mujer se acercó con

muy malas intenciones, pero la puerta se abrió de golpe y entró el conde seguido por James, que aún no se movía con demasiada soltura, y reculó—

—Buenos días, Rosslyn, ¿cómo te encuentras, querida?

—Muy bien, gracias, milord —se puso de pie, pero el conde le hizo un gesto para que se sentara. James buscó una butaca y se desplomó en ella sonriendo.

—Oh Dios, que ganas tenía de volver a casa, ¿habéis visto a...?

—Antes de nada, hijo —el conde se quedó junto a su enorme escritorio de roble y miró a su mujer aún indignado por la intervención de Jonathan en el oscuro asunto del divorcio. Un asunto tan extraño que pretendía clausurarlo de inmediato, mandar a esa muchacha de vuelta a su casa y acabar cuanto antes con los conflictos familiares— ¿me puedes explicar qué está pasando?, estaremos encantados de recibir a Rosslyn y a su bebé de visita en nuestra casa, pero primero debemos aclarar el punto fundamental del...

—¿Qué? —James se echó a reír— ¿es por lo del divorcio? Nos hicieron firmar mediante engaños, por eso hemos venido juntos, papá. Jonathan presionó a la familia Caird, nos han embaucado, manipulado y en cuanto ponga un dedo encima a ese indeseable...

—Lamento decir, hijo, que la familia Caird firmó el divorcio, tú también, el rey lo ha ratificado y no hay marcha atrás.

—Jonathan se presentó, sin mi consentimiento, con el divorcio preparado...

—se levantó y miró a su padre con los ojos entornados — ¿o tú lo enviaste a mis espaldas?

—No, fui yo... —lady Moira, con esa rabia ciega que le inspiraba su nuera, intervino sin pensárselo— yo le pedí a Jonathan que tanteara a la familia, y ellos no tardaron ni medio segundo en firmar. La oferta económica era sustanciosa, ella podrá vivir como le plazca y tú, a cambio, recuperas tu libertad.

—¿Qué?!

—Es lo mejor para todos, hijo —el conde miró a Rosslyn y le sonrió— jamás os habéis entendido, nadie ha sido feliz con este matrimonio, habéis tenido dos años para intentar solucionar vuestras diferencias y sin embargo...

—Firmamos mediante engaño.

—¡James! —la condesa se acercó y lo agarró por los brazos, Rosslyn tragó saliva e intentó mantener la calma ante aquella situación tan humillante, se levantó en silencio y esperó— no querías casarte y te obligamos, has aguantado lo indecible con esta muchacha que jamás se ha adaptado a nuestro hogar. Ahora eres el heredero, el rey ha mandado un acuerdo de compromiso con su sobrina, la princesa Sofía, una princesa, hijo, sobrina de la reina Ana... tienes un futuro maravilloso por delante, no seas testarudo y escucha a tus padres, que somos quienes te queremos y sabemos que es lo mejor para ti.

—Milord, si no le importa —intervino Rosslyn con un hilito de voz, le temblaban las piernas, el estómago le daba vueltas y las lágrimas amenazaban con empezar a salir a borbotones, así que habló en un último suspiro de dignidad— ¿puedo retirarme?, estamos muy cansados y estos asuntos familiares no son de mi incumbencia. Si me da alojamiento esta noche, os lo agradeceré en el alma, y mañana a primera hora podré salir camino de mi casa. Si usted me lo permite, excelencia, por favor.

—Claro, hija...

—¡No! —James se volvió y la acribilló con los ojos muy abiertos— no fue lo que hablamos, firmamos mediante engaños, no voy a permitir que nos manipulen como si fuéramos estúpidos, porque no lo soy, yo no, no voy a separarme de mi hijo, no...

—Tendrás muchos más hijos, mira... —la condesa sacó el camafeo de la princesa Sofía y se lo enseñó— esta beldad de ojos azules es tu prometida, mírala, Jamie.

—¡No me llames Jamie, madre!

—¡Ya basta! —gritó el conde y todos saltaron— . No estoy muy feliz con el modo en que hemos gestionado esto, a Jonathan ya lo amonesté y está arrepentido, pero el caso es que el fin ha sido bueno, vosotros no podíais seguir juntos. Tu hermano, Rosslyn, se quejó oficialmente del trato

inadecuado que, según él y según tú, se te daba en esta casa. James jamás ha sido un buen marido, ambos sois jóvenes y el divorcio es irrevocable, dejémonos de niñerías y en paz. Se te asignará una renta anual muy sustanciosa para que cuides de nuestra nieta y espero que seas feliz, y tú, James, ahora eres heredero al condado de Caithness, obedece y cumple con tu deber. No hay mayor honor para nuestra familia que el que traigas a una esposa como la princesa Sofía a Sinclair Girnigoe. Así que fin de la discusión, podéis retiraros.

—¿Tu nieta? —James respiró hondo y Rosslyn lo miró suplicante. Por favor, moduló sin hablar y llorando, y él se calló de golpe.

—Fuera de aquí, no me siento nada bien con toda esta situación y queda zanjada ya. Rosslyn, hija, duerme tranquila, mañana, a primera hora, un destacamento te llevará a casa, buenas noches.

—Gracias, excelencia, mil gracias... —salió corriendo hacia el pasillo, ya sin poder contener los sollozos y se agarró a la mano de Beth, que la esperaba rezando en un rincón— mañana nos volvemos a casa, Betty.

—¿Qué ha pasado, niña?

—Qué nos echan a la calle, Beth, que el divorcio es un hecho, gracias a Dios.

—¿Gracias a Dios?, ¿y por qué llora tanto? —la sujetó para mirarla a los ojos— ¿eh?, ¿por qué?.

—No pasa nada, hay que encontrar un dormitorio libre... —corrió por las escaleras y detuvo a una de las doncellas para que le dijera donde podían dormir. La chiquilla le indicó uno de los cuartos de invitados de la planta más alta del castillo y llegó a él jadeando, ahogada y abrazando al bebé tan fuerte, que el pobrecito se despertó llorando—. Tranquilo, mi vida, ya pasó, ya pasó, no llores ¿eh?, mañana nos iremos a casa, ¿de acuerdo?, los tres solos, ¿me oyes, Brandon? mi amor...

—Me muero de hambre, milady, debería bajar a buscar comida.

—No, no pediremos nada a esta gente, ¿queda claro?, nada, no quiero ni un vaso de agua de ellos. En la canastilla queda algo de queso y vino dulce, mañana camino de casa comeremos, Beth, te lo prometo, ahora cierra la puerta, atráncala y...

—¿Qué demonios estás haciendo?! —James Sinclair empujó de una patada la pesada puerta de madera contra la pared e hizo retumbar el castillo entero con el golpe, Rosslyn se apartó todo lo que pudo de la entrada y lo miró con los ojos muy abiertos— ¿te rindes sin rechistar?, ¿estás satisfecha?

—Yo no tengo nada que decir y por favor no grites, asustas al bebé.

—Creí que veníamos a aclarar nuestra situación.

—Y ya está aclarada, eres libre y tienes una hermosa prometida esperando en Londres, yo solo quiero volver a mi casa.

—Tenemos un hijo, Rosslyn.

—Yo tengo un hijo y tú tendrás una gran familia dentro de poco, la que tus padres quieren, por favor, te lo suplico, yo...

—No puedes apartarme de él.

—Escucha... —tragó saliva e intentó forzar una sonrisa— gracias por no revelar a tus padres que es un niño, si lo saben me lo quitarán y si me lo arrebatan me matarán, yo moriré si me quitas a mi hijo, por Dios te lo suplico... —sin saber cómo, estaba suplicando, por primera vez en toda su vida, pero no le importó— te lo pido por lo que más quieras, no me lo quites.

—No pienso quitarte a tu hijo, muchacha, te dije en Edimburgo que jamás haría algo semejante, te di mi palabra de honor.

—Pero si tu madre sabe que es un niño, ahora que estamos divorciados, me lo quitará. Ella me odia, no le importará separarme de él y él me necesita, James, es mi bebé.

—Nadie te separará de él... —se pasó la mano por la cara y miró a Beth, que seguía la escena con la boca abierta—. Fuera de aquí, quiero hablar con mi mujer a solas.

—No, milord, no voy a dejar a mi señora a solas con usted, ahora no.

—¡Fuera! —chilló caminando hacia ella y echando fuego por los ojos, pero Beth no se movió.

—¡Betty! —intervino Rosslyn— tranquila, sal fuera, baja a comer algo si quieres, no pasa nada, estaré bien.

—Me quedaré cerca.

—Muy bien, gracias —le sonrió y esperó a que saliera del dormitorio observando como James agarraba otra vez la puerta y la cerraba con furia— James, escucha.

—¿No te importa abandonarme?!, ¿separarme de Brandon?

—Tú puedes ir a verlo a mi casa cuando quieras y cuando sea más mayor, si tu familia lo acepta, podrá pasar temporadas aquí, pero...

—Es mi hijo.

—Lo sé, pero ahora tendrás otra esposa —ahogó un sollozo y se inclinó para dejar a Brandon en el camastro que había junto a la ventana. El pequeño se quedó tranquilo, pataleando y mirándolo todo con sus preciosos ojos claros— con ella serás feliz y tendrás muchos hijos.

—Aún no me he casado con nadie, no tienes que irte.

—Claro que sí, tengo que irme, lady Moira nunca me ha querido, solo estorbo aquí, no podría quedarme. Vine porque tú me obligaste, pero sabía lo que pasaría, no me quieren aquí, ni a mí, ni a mi pequeño.

—¿Y nosotros? —soltó con la voz ronca y Rosslyn lo miró a los ojos, los tenía brillantes y jugueteaba con el broche muy nervioso— ¿no te importa dejarme?



—Nunca me has querido —carraspeó— nunca has sido feliz a mi lado. No hizo falta que tus novias vinieran a restregármelo a la cara, lo supe desde el principio, no toleras mi presencia y creo que no cometo ningún pecado aspirando a ser feliz y deseando que tú lo seas con otra esposa más adecuada.

—En casa de Livingstone llegué a pensar que te importaba, me cuidaste...

—Era mi deber.

—¿Solo eso? —caminó alrededor de la cama para acercarse y ella retrocedió temblando de arriba abajo, si le decía que la quería, perdería el sentido, si le decía que la amaba y respetaba, olvidaría todo lo demás. Se pegó a la pared y James se le puso delante, muy cerca—. Te he hecho el amor mil veces, sé que hay algo más, Rosslyn, mírame a la cara.

—Deberías marcharte, tu familia querrá estar contigo.

—Júrame que solo me cuidaste porque era tu deber.

—Déjame —él le rozó el escote con el dorso de la mano y ella se apartó de un salto.

—No puedes ser tan fría, no puede ser, mírame ¡maldita sea! —la agarró por la cintura y la tiró encima de la cama, la inmovilizó con una mano y le agarró la cara con la otra—. Dime que me quieres, ¡dímelo, Rosslyn!, ¡dímelo, joder!

—¡Déjame! —lloraba y pataleaba a la vez, sin ningún resultado y empezó a ahogarse por la presión, pero él no pretendía ceder— por favor.

—Dime que me quieres y me casaré contigo otra vez. Dímelo, necesito que me lo digas por una maldita vez en tu vida y no romperemos nuestra familia, no lo haré, te lo juro por Dios, ¡Rosslyn!

—Me estás haciendo mucho daño... —susurró y él bajó la presión hundiendo la cara en su cuello fragante a violetas, agotado y con un deseo punzante subiéndole por todo el cuerpo. Deslizó los dedos y le acarició la cintura y los pechos con la mano abierta—. Déjame volver a mi casa, solo quiero volver a mi casa, por favor, te lo suplico.

—Dime que me quieres y te dejaré marchar.

—Te quiero —balbuceó con un hilito de voz y él se apartó, la miró a los ojos y se levantó arreglándose el kilt. Estaba muy excitado y podía forzarla una y mil veces si le apetecía, pero no lo hizo.

—Nunca has sabido apreciarme, jamás lo has hecho, y mientras miles de mujeres me suplicaban amor, tú me has despreciado continuamente y en mi propia casa. No te mereces nada de mí, Rosslyn Caird, nada en absoluto.

Miró a su hijo un segundo y luego salió del cuarto dejándola temblorosa y asustada en la cama, llorando desconsolada, pero ni se molestó en cerrar la puerta porque estaba demasiado cabreado, dolido y ofendido como para que su cuerpo le respondiera con normalidad. Él solo quería hacer lo mejor, y eso pasaba por estar con su mujer y su hijo, lo había intentado,

pero si ella era una bruja de hielo que no lo amaba, tendría que olvidarse y ceder. No quedaba más remedio.

—¿Qué pasa, hijo? —lady Moira se le cruzó al pie de la escalera y miró con miedo sus ojos llenos de lágrimas— ¿qué te ha hecho ahora?

—Déjala marchar, madre, mañana o cuando esté preparada, pero deja que se vaya ya, no quiero volver a verla.

—¿Y el bebé?

—¡Deja que se largue de una puta vez! —gritó asustando aún más a su madre.

La condesa asintió y se arremangó la falda para subir al cuarto de invitados y zanjar cuanto antes una cuestión tan delicada. Debía controlar la situación antes de que se le fuera de las manos porque, visto lo visto, James estaba sufriendo y si lo hacía, era porque de verdad le importaba esa estúpida mocosa mal educada, y no podía permitirlo, no podía dar espacio a ninguna oportunidad de arrepentimiento, a que insistiera en que debía quedarse por el bebé o que decidiera volver a casarse con ella, como había amenazado en la biblioteca, delante su propio padre. No podía y no debía, lo sabía fehacientemente, y con esa idea llegó al cuarto donde en ese momento Rosslyn Caird cambiaba al bebé encima de la cama, con manos temblorosas y el rostro bañado en lágrimas.

—No lo escondas, ya sé que es un varón —dijo alto y claro cerrando la puerta.

Rosslyn lo agarró y lo abrazó contra su pecho— tengo mis fuentes, ¿sabes?, en casa de los Livingstone, y me informaron puntualmente.

—Tendrá que matarme si quiere quitarme a mi hijo.

—Sería un placer, pero no me interesa tu hijo, por lo que a mí respecta, podría ser de cualquiera.

—¿Cómo dice? —levantó la barbilla y lady Sinclair sonrió.

—Ya me has oído, así que aprovecha tu suerte, llama a tu doncella, coge tus cosas y lárgate de aquí ahora mismo, si lo haces, procuraré que James te deje en paz, se olvide del crío y no vuelvas a tener noticias nuestras.

—Me iré mañana, estamos agotados, su esposo, el conde...

—¿Sabes lo que ocurrirá si el señor conde se entera de que su nieta es en realidad un nieto? Lo sabes muy bien, así que mejor será que te largues ahora mismo de mi casa y yo me ocuparé personalmente de que nadie, jamás, vaya a reclamar a tu hijo a Kirkwall.

—No le creo.

—Te lo juro por Dios y por mis hijos —la joven titubeó un momento y lady Moira arremetió con fuerza—. Su alteza, la princesa Sofía, llega mañana a Sinclair Girnigoe, ya nos ha mandado un emisario avisando de la llegada de su enorme séquito y si sigues aquí, tendré que instalarte con el servicio, en las cuadras.

—No pretendo quedarme en su casa, milady, ni molestarla un segundo más. Me iré mañana a primera hora, pero no pienso salir por la puerta de atrás o a escondidas, yo no he hecho nada malo.

—Tal vez no, pero necesito que te largues ahora mismo de aquí, no quiero que la gente de la princesa se cruce contigo y vea que la primera esposa de mi Jamie era una campesina ignorante como tú.

—¿No se cansará nunca de intentar humillarme? —soltó, replicándole por primera vez en su vida— ¿cree que me hieren las palabras de una mujer como usted, condesa?. No ha conseguido doblegarme en cuatro años bajo su tutela, no crea que lo conseguirá ahora.

—Me da igual, criatura, solo quiero que te largues de aquí. Tú te vas ahora y yo me ocuparé de que nadie te quite a tu hijo, es un buen acuerdo, ¿lo aceptas o no?

—Está bien.

—Así me gusta, en un rato mandaré a Pippa a recogerte, bajaréis por detrás y un carruaje te sacará por la salida norte, a escondidas. ¿Queda claro?

—Sí, milady.

—Adiós, Rosslyn Caird —se acercó y observó al bebé, que era idéntico a su Jamie. Sintió un pinchazo de ternura indefinido en el pecho, pero lo desechó rápido y miró por última vez a su nuera — te deseo salud, para ti y tu hijo,

pero espero que jamás, ¿me oyes bien?, jamás vuelvas a acercarte a ninguno de nosotros.

## XXI

### **EDIMBURGO, ESCOCIA, ABRIL, 1615**

Un tiempo maravilloso: calor, cielos despejados, nubecillas blancas sobrevolando por encima de sus cabezas, brisa suave, alegría. Rosslyn Caird sonrió, aspirando el delicioso aroma a rosas de los jardines de Holyrood y pensó que era una mañana espléndida para quedarse sin hacer nada, no cabía la menor duda, sin embargo, tenía que trabajar. Se ajustó el sombrero marrón con plumas amarillas que se había mandado hacer especialmente para la feria de ganado, se alisó la falda y salió a grandes zancadas hacia el recinto ferial seguida de cerca por Todd, su mano derecha, que estaba tan feliz con el acuerdo que acababan de hacer con la corona, que daba saltitos sin poder disimular el gozo que le provocaba aquel estupendo negocio. Una transacción que les permitiría volver a Kirkwall con los deberes hechos y mucho dinero en el bolsillo.

—Milady, hay que celebrarlo.

- Aún nos queda mucho por hacer, Todd, no cantes victoria tan rápido.
- Con lo que ha firmado hoy, milady, podemos echarnos a dormir.
- Lo sé, pero aún tenemos mucho ganado por colocar y quiero hacerlo cuanto antes, debemos volver a casa libres de equipaje.
- Lo sé —Todd Fraser miró a su ama y le sonrió, lady Caird por su parte lo observó unos segundos con sus impresionantes ojos oscuros, por debajo del ala de su sombrero, y se echó a reír a carcajadas.
- Está bien, ve a celebrarlo con un par de cervezas, te espero en el recinto ferial, mi hermano y el señor McBride estarán allí.
- ¿Seguro, milady?, no quiero que vaya sola por esta ciudad del demonio.
- No me ocurrirá nada, Todd, y, además, sé defenderme —se llevó la mano al Sgian Dubh que llevaba bien sujeto junto al cinturón y sonrió— venga, vete antes de que me arrepienta.

Todd Fraser se despidió con una reverencia y Rosslyn siguió su camino con paso firme. No era muy normal, o muy adecuado, que una dama de su clase anduviera sola por esas calles atestadas de mendigos, carteristas, bribones y saltimbanquis varios, pero aquello no le importaba lo más mínimo, como casi todo lo referente a las convenciones sociales, porque si algo tenía meridianamente claro Rosslyn Caird, a sus casi veintiún años, era que en su vida nada era normal o muy adecuado. Nada desde que había pagado muy

cara su libertad hacía casi cinco años, en el castillo Sinclair Girnigoe, cuando la amable lady Moira la había echado a patadas y por la puerta de atrás a la calle, a ella y a su hijo, igual que a unos delincuentes, en mitad de la noche y sin un trozo de pan que llevarse a la boca.

Ante el recuerdo detuvo el paso y apoyó la mano en una pared. Era espantoso, pensar en aquellos lejanos días aún le provocaba dolor, y náuseas, y le hacía temblar las rodillas, pero se recompuso en un santiamén, respiró hondo, cuadró los hombros y siguió caminando mientras varios caballeros la saludaban con profundas reverencias y sacándose el sombrero, dejando a la vista esas horribles pelucas europeas que a los escoceses sentaban tan mal, o eso pensaba ella, aunque claro, no era precisamente una experta.

Encaró la Royal Mile pensando en su divorcio. Obviamente volver a caminar por esas calles le traía recuerdos y por esa razón, desde que había pisado Edimburgo, pensaba tanto en los Sinclair, incluso en James defendiéndola delante de lord Buckingham durante aquella espantosa fiesta. Debía ser eso, estar allí la afectaba, porque normalmente no se acordaba de ellos, los había desterrado de su mente y su corazón, porque divorciarse de James Sinclair era lo mejor que le había pasado en la vida. Un verdadero milagro.

Entró en un gran almacén de telas y se entretuvo mirando tartanes para Brandon, que a sus tres años y cuatro meses de vida crecía tan rápido que



tenían que estar cosiendo continuamente para él. Era mucho más alto que la mayoría de los niños de su entorno y no paraba de estirar, así que saludó al dependiente y compró varias piezas de cuadros rojos, verdes y azules, los colores del Clan Sinclair, que al fin y al cabo era el Clan al que pertenecían los Caird.

—¿Es usted una Sinclair, milady?

—No, Caird, y gracias, me llevaré también esa pieza entera de algodón blanco, mi hijo crece tan rápido que las camisas no le duran ni tres meses.

—Alabado sea Dios, milady, los niños es lo que tienen que hacer, crecer.

—Tiene usted razón.

Abandonó la tienda con un chico para llevar los paquetes y lo mandó con ellos directo a su alojamiento, mientras ella seguía su camino hacia el recinto ferial pensando en Brandon, su precioso angelito de ojos color aguamarina, que era la mayor alegría de su vida, de la suya y la de toda la familia, porque todos lo adoraban. Sus abuelos se volvían locos con sus sonrisas y sus mimos, y su tío Camerón se desvivía por cuidarlo y educarlo y procurar que no le faltara de nada, tampoco un padre, que para eso estaba él dispuesto a suplir a su progenitor.

Brandon era, desde hacía unos meses, el heredero oficial de Cameron en ausencia de hijos varones propios y aunque Rosslyn se había opuesto a la

idea en un principio, al final había tenido que ceder por el futuro de su hijo, que era un Caird, y que a todos los efectos no existía para su familia paterna, excepto para James, claro, que dos o tres veces al año iba a verlo a Kirkwall, siempre avisando antes y aceptando estar con él fuera de la propiedad de su antigua familia política. Durante esas visitas, que solían durar una semana, lord Sinclair alojaba en una posada del pueblo y podía ver todos los días al niño, lo llevaba a montar, lo colmaba de regalos y luego se despedía de él entre largos abrazos y lágrimas. Según su padre, James adoraba a Brandon, según su hermano, simplemente se curaba en salud por si su esposa danesa no conseguía darle un heredero. Ella, por su parte, no pretendía conocer los verdaderos motivos del padre de su hijo, solo se limitaba a agradecer a Dios el hecho de que se preocupara de vez en cuando por él, y procuraba estar vigilante para no tener ningún disgusto, como un impulso repentino del padre de querer llevárselo a Sinclair Girnigoe. Afortunadamente, hasta el momento, él no había hecho nada semejante, respetaba los acuerdos y aunque no habían vuelto a verse en persona, de vez en cuando le escribía para contarle las novedades del pequeño. Como había dicho su suegra antes de echarla del castillo: tenían un buen acuerdo.

Por supuesto, jamás quiso volver a tener contacto personal con James Sinclair y prohibió a su familia que le hablaran de él. No quería saber nada, en absoluto, de su vida, nada, y cuando al principio de su deshonrosa vuelta a

casa, repudiada y convertida en madre soltera, los amigos o vecinos cuchichearon en las reuniones sociales, durante meses, sobre la gran boda de James Sinclair con la princesa Sofía de Dinamarca en Londres, ella se levantaba y se marchaba a su cuarto sin dejar ni el más mínimo resquicio para pronunciarse al respecto, porque no quería, no podía hacerlo, porque el corazón se le rompía en trocitos, y se sentía otra vez humillada y pisoteada, y aquello no podía consentirlo.

De ese modo, y gracias al paso de los años, logró que nadie hablara de lord Sinclair en su presencia, a Brandon le hablaba de su padre como su padre, jamás pronunciaba su nombre en voz alta, y cuando alguna vez, en sitios como Edimburgo, alguien que no la conocía contaba los últimos cotilleos sobre la pareja más famosa de Escocia, lord y lady James Sinclair, ella simulaba que no sabía de quién le estaban hablando y cambiaba de tema con una sonrisa, porque en medio de su desgracia, afortunadamente nadie, o casi nadie, recordaba que el apuesto Lord Sinclair, reciente y flamante conde de Caithness por la repentina muerte de su padre, había estado casado alguna vez con ella, una muchacha de Kirkwall. Una triste campesina que jamás había estado a su altura.

—¡Bendito sean los ojos que te ven, Rosslyn!, tu belleza me ciega...—Henry MacKay le hizo una teatral reverencia y ella se echó a reír.

—¿Cómo puedes ser tan adulator, Henry?, ¿las damas en el Nuevo Mundo no

se asustan con tus halagos?

—Me temo que no... —el apuesto amigo de su hermano se acercó y le besó la mano—. Me han dicho que hoy cerrabas un gran negocio.

—Y lo hemos hecho, gracias a Dios, ¿dónde está Cameron?

—Viendo vacas, yo prefiero los caballos, ¿me acompañas? —le ofreció el brazo y ella se agarró a él, sonriendo— hay unos ejemplares españoles que tienes que ver.

—Lo sé, aunque quiero seguir manteniendo la raza de las Tierras Altas intacta.

—Por supuesto, pero yo no, y quiero ver todas las opciones.

—Claro — Rosslyn lo miró y él le guiñó un ojo. Henry MacKay era apuesto, divertido y un rico emigrante inglés, de origen escoces, afincado en la ciudad de Virginia, en América del Norte, donde había llegado con los primeros colonos ingleses y donde el cultivo del tabaco, que llevaba un año mandando a Inglaterra, lo estaba convirtiendo en un hombre realmente rico.

—Contigo en las Américas podríamos empezar a crear una nueva raza de caballos, una mucho más fuerte, adaptada a Virginia, a todas esas tierras, Rosslyn. Deberías hacerme caso y empezar a prestarme atención.

—Y lo hago, pero ahora no quisiera dejar Escocia para llevarme a Brandon tan lejos.

—Casémonos, vente conmigo y cuando estés acostumbrada al Nuevo Mundo, lo mandamos a buscar.

—¿Y si no me acostumbro? —paró el paso y lo miró a los ojos muy seria, luego le guiñó un ojo y se echó a reír—. Según decían hace no muchos años, soy una esposa pésima, rebelde y que no se adapta, yo que tú, no correría riesgos conmigo, Henry.

—Esa gente era estúpida —susurró MacKay perdiéndose dentro de esos ojos oscuros tan hermosos.

—No sé yo.

—Eras una niña, ahora eres una mujer.

—Una vieja, en septiembre hago los veintiuno...—bromeó muerta de la risa, aunque un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo dejándola muda de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó Henry sujetándole las manos enguantadas, Rosslyn miró a su espalda y luego a su alrededor y no vio nada fuera de lo común, así que lo tranquilizó agarrándose otra vez a su brazo.

—Nada, un pequeño escalofrío, espero no estar a punto de constiparme, ¿vamos a ver a los McBride? Han traído una yeguada de primera.

—Su alteza permanecerá en la cama hasta la tarde, excelencia, no le ha sentado bien el viaje.

—Por supuesto —bufó James Sinclair ajustándose el kilt nuevo con el broche de oro de su padre. Aún le costaba hacer uso de sus cosas, pero como decía su santa madre, aquello era su herencia, y su deber era usarla con orgullo.

—Su alteza quiere asistir al baile de esta noche, su médico dice...

—¿Qué dice ahora? —espetó a ese tipo empolvado y raquítico que decía ser el secretario personal de su esposa, es decir de la princesa Sofía de Dinamarca, desde hace cuatro meses la flamante duquesa de Caithness. No se separaba nunca de él, como tampoco lo hacía de sus seis damas de compañía, sus perros, su médico personal y su prima Josephine.

—Qué debería distraerse.

—¡Ros! —llamó a su paje y Heini, el secretario, se pegó a la pared de un salto— que ensillen mi caballo, voy a salir.

—Sí, milord.

—Y busca a Ewan, no lo veo desde anoche.

—Fue al recinto ferial, milord, mandaré que lo busquen.

—Muy bien... —suspiró mirando su impecable reflejo en ese espejo de cuerpo

entero que tenía delante, y que era uno de los grandes lujos de aquella enorme habitación real, una de las principales de Holyrood, donde alojaban como representantes del mismísimo rey Jacobo, y se encontró de pronto con los ojos asustados del dichoso Heini Sorensen— ¡¿Qué?!

—Lo del médico, excelencia.

—Qué haga lo que quiera.

—Muy bien, ya me voy.

—¡Vamos, puerta! —bramó con ese vozarrón oscuro y el tipo salió corriendo en busca de la princesa.

Maldijo en gaélico su mala sombra, agarró sus cosas y salió a grandes zancadas hacia el pasillo donde en cada esquina había un guardia procurando su seguridad. Bajó las escaleras y se encontró a bocajarro con una de las damas de Sofía, esa tal Karen, una pelirroja muy complaciente a la que se había tirado alguna vez en Londres. La muchacha le sonrió coqueta y él le hizo una venia deseando hacerla desaparecer de su vista, no estaba para juegos románticos esa mañana, más bien todo lo contrario, y buscó con los ojos al responsable de Holyrood, sir Henderson, que se acercó solícito para repasar con él a toda velocidad las actividades del día previas al gran baile nocturno en honor de la feria del ganado, y al que anunció que se largaba para hacer unas gestiones.

Sir Henderson lamentó que no recibiera en audiencia a varios nobles que querían presentar sus respetos al representante de la corona, y él argumentó que no estaba allí para saludar a nadie, menos a un cuarto de advenedizos que lucían títulos y galones comprados a buen precio a Lionel Cranfield. El astuto asistente de Jacobo que había ideado la venta de títulos nobiliarios para sanear la economía del país. Una práctica muy rentable, pero absolutamente despreciable para la nobleza pura y auténtica a la que él pertenecía.

—Querido conde, espero, le ruego, que esta noche los asuntos “económicos” de nuestro amado rey queden fuera del salón de baile, no queríamos ofender a nadie y... —lo siguió a la carrera por los jardines hasta alcanzar a su magnífico caballo, que esperaba preparado cerca de la entrada principal— ¿es posible confirmar si su alteza real, la princesa Sofía, estará presente esta noche?

—Eso se lo pregunta a su gente, no a mí.

—Bueno, yo... —el funcionario observó cómo montaba de un salto y se apartó para dejarlo salir al galope, como siempre, aunque la llegada de su hombre de confianza, ese tal Ewan MacDougal, el único ser humano al que lord Sinclair parecía dirigirse sin fastidio, detuvo su marcha de inmediato.

—James, tengo que contarte algo, baja del caballo, te encantará —dijo



MacDougal y el conde desmontó con cara de pregunta.

—¿Puede dejarnos solos, por favor? —Ewan miró de reojo a Henderson y en cuanto este desapareció, dio un golpe en el hombro a su amigo— ¿a qué no sabes a quién acabo de ver haciendo negocios en la feria?

—¿A la reina María Estuardo?

—Muy gracioso... a la mismísima Rosslyn Caird.

—¿Qué? —se le fueron los colores de la cara y sintió como le fallaban las piernas, se acercó a su caballo y lo acarició distraídamente, aunque Ewan, que lo conocía mejor que nadie en el mundo, percibió perfectamente su nerviosismo— ¿está mi hijo con ella?

—No, estaba con ese tal Henry MacKay, ¿recuerdas?, el emigrante inglés que se está haciendo rico con el tabaco, lo conocimos en Londres.

—¿Con él?, ¿por qué?

—Y yo qué sé, parece ser amigo de su hermano, porque también está el encantador Cameron Caird, los estuve espiando un rato y solo hacen negocios. Resulta que tu primera esposa se ha convertido en una importante criadora de caballos, los Caird han pasado de gestionar un pequeño negocio ganadero, a tener los mejores sementales de este año.

—Hay que localizar su alojamiento, tal vez ha traído a Brandon y estoy perdiendo el tiempo aquí.

—Está preciosa ¿sabes? —James dejó de acariciar a Robin y se giró lentamente para clavarle los ojos claros— no estoy de broma, es otra persona, radiante, no sé... ¿qué edad tiene?

—Cumplió veinte años el pasado 26 de septiembre, ¿hablaste con ella?

—No, ¿con lady fría como la nieve?, ni en sueños.

—Hay que localizar a mi hijo, si lo ha traído podré pasar el resto del tiempo con él y este maldito viaje habrá valido para algo —habló ignorando el comentario, entregó las riendas del caballo y se decidió a salir a pie, pero antes miró a Ewan y le hizo un gesto con la cabeza— vamos, dime donde está.

Caminaron como alma que lleva el diablo por la Royal Mile, cruzaron toda la ciudad, llegaron al castillo, lo pasaron y se adentraron por el bosque cercano donde estaba instalada la feria de ganado. Hacía años que no iba, exactamente desde que había ido a buscar a Rosslyn, después de enterarse del dichoso divorcio, y se sintió bastante bien en cuanto vio a los campesinos, los animales, la animación reinante, ese ambiente mucho más propio de él que los fríos salones palaciegos donde pasaba más tiempo del que le apetecía. De pronto pensar en su vida desde que estaba casado con Sofía le hizo sentir un enorme agujero en el estómago. Ese punto de frustración enorme que lo acompañaba desde que el rey Jacobo lo presionaba para que pasara la mayor parte del tiempo en Londres o en Windsor, descuidando Sinclair Girnigoe,

pendiente de los caprichos de todos aquellos elegantes parientes a los que su esposa adoraba, a la par que despreciaba Escocia y a los escoceses, algo que estaba a punto de acabar, porque no pensaba seguir con ese ritmo de vida.

Debía retomar las riendas de su casa y pasar más tiempo con Brandon, eso también, y empezar a hacerlo en ese preciso instante le pareció la mejor de las ideas, así que se adentró entre el gentío buscando a Rosslyn que, estaba seguro, se encontraba en Edimburgo con su hijo. Ella nunca se separaba de él y un viaje como aquel tampoco era como para no llevar al pequeño, que tenía ya cuatro años y cuatro meses, y que era un chiquillo fuerte y vivaracho, muy listo y especialmente simpático. Su vivo retrato, decían.

—Ahí está...

Ewan susurró a su lado y él giró la cabeza lentamente para localizar a su primera mujer, pero lo único que vio fue a una dama vestida de marrón oscuro, cuyo rostro permanecía oculto por el ala de su sombrero. Era esbelta y elegante, con una cintura muy fina marcada por un corpiño estrecho que daba paso a una falda amplia, también de paño sencillo, y llevaba colgando del cinturón el Sgian Dubh. Ese detalle le confirmó que era ella, ninguna otra dama se atrevería a llevarlo encima, así que hizo amago de avanzar e interrumpir su charla con ese tipo, MacKay, pero no lo hizo, porque le fallaron las piernas cuando ella se giró y dejó a la vista un amplio escote rematado con un camafeo de plata, que se movía graciosamente por efecto de

su risa, porque sí, Rosslyn Caird se estaba riendo a carcajadas.

De repente su precioso rostro le pareció más iluminado de lo que él lo había visto jamás, era igual que un ángel y comprendió, no sin congoja, que era la primera vez en su vida que la veía reír de ese modo.

—¿Vienes? —Ewan le dio un golpe en el pecho, pero él retrocedió— ¿Qué coño te pasa?

—Schhh —contestó apartándose lo suficiente como para observarla sin lo que viera, deleitándose en cada uno de sus gestos, sus movimientos, ese andar seguro que denotaba mucha energía. En su boca perfectamente dibujada, que era suave como una fruta madura, recordó de forma involuntaria, y en sus ojos, tan oscuros y enormes que en el pasado habían llegado a asustarlo, aunque esa mañana brillaran muchísimo mientras charlaba con su amigo y con las demás personas que se cruzaban en su camino para saludarla.

—Mierda, Cameron —protestó Ewan viendo llegar al hermano de Rosslyn, enemigo declarado de James Sinclair, y al que era preferible evitar si no querían montar un escándalo— vámonos, ya la saludaremos otro día.

—No.

—¿Cómo qué no?, estás aquí representando al rey Jacobo, no voy a tolerar que acabes a gritos o a puñetazos con tu antiguo cuñado.

—Solo quiero ver a mi hijo, vamos —lo empujó, sin mirarlo, y decidió seguir

al grupito a escondidas— solo quiero ver lo que hacen.

—¿Por qué?

—Me divierte.

—No, no te divierte, es por ella, siempre ha sido ella.

—¿Qué?!, ¿estás borracho tan temprano?

—Sé lo que digo.

—Vete a la mierda, Ewan —de pronto vio como ella se separaba de los hombres y como enfilaba hacia la salida del recinto ferial con prisas, así que se sujetó mejor el Feileadh mor (4) por encima del hombro y la siguió a una distancia prudente, un buen trecho, observando como los hombres y mujeres la miraban con admiración al cruzarse con ella, hasta que al llegar a la Royal Mile giró hacia un pequeño callejón y buscó en su bolso una llave, así supo que ese era su alojamiento y decidió abordarla. Dio un paso al frente y sin hablar le tocó el hombro, entonces ella se giró como un rayo con el Sgian Dubh en la mano y se lo puso a la altura del cuello.

—¿Eh, que soy yo!

—¿Mierda!, ¿eres idiota? —respondió parpadeando, James observo cómo palidecía de golpe y como empezaba a respirar con dificultad, guardándose otra vez el puñal en el estuche— ¿no podías identificarte?

—Te acabo de ver.

—Mentira, me sigues desde que salí de la feria, pensé que eras un atracador, ¡maldita sea! —al fin levantó los ojos negros y lo miró a la cara. James Sinclair dio un paso atrás un poco cohibido y se topó con Ewan, que los observaba en silencio.

***(4) El Feileadh mor era la tela sobrante del Kilt que se colocaba por encima del hombro y se sujetaba con un broche.***

—Buenos días, Rosslyn, qué sorpresa encontrarte por aquí.

—Buenos días, Ewan —se arregló la falda del vestido intentando recuperar la calma y luego les hizo un gesto para que la dejaran volver a la Royal Mile, ellos se apartaron y ella siguió muy tiesa su camino.

—¿No es esta tu casa?

—Desde luego que no, pensé que me ibais a atracar.

—¿Y te metes en un callejón para enfrentarte a unos atracadores?

—¿Es acaso asunto tuyo, milord? —volvió a girarse para mirarlo a la cara y él levantó las manos en son de paz. Esa mujer podía haber florecido hasta convertirse en una beldad, pero seguía siendo una fiera muy peligrosa, así que optó por sonreír.

—Al verte en la feria me pregunté si habías traído a Brandon.

—Sí, está en casa con Beth.

—Llévame a verlo, vamos —ordenó con los pulgares sujetos en la cinturilla del

kilt, como un idiota, y ella lo miró de arriba abajo.

—¿Perdón?

—¿Podremos verlo durante tu estancia aquí? —intervino Ewan, conciliador— ha sido una agradable casualidad encontrarnos en Edimburgo justo ahora y por supuesto, si te parece bien, nos gustaría ver al pequeñajo, hace dos meses lo vimos en Kirkwall y es mucho tiempo. James se muere por verlo.

—Por supuesto —intervino James viendo su ceño fruncido— si no te importa.

—Claro, seguidme.

La siguieron diez minutos más por la calle, ella un paso por delante, cuadrando los hombros y sin mover un solo músculo de la cara, hasta que llegaron al portal de la casa donde los Caird alojaban siempre que pisaban la capital. James maldijo por lo bajo por no haberlo previsto, y esperó a su espalda sin hablar a que llamara a la puerta y apareciera una doncella para abrirle con una sonrisa, gesto que se quedó congelado en cuanto vio que a su señora la seguían dos caballeros.

—Milady —susurró Alice ejecutando una genuflexión, roja como un tomate.

—Que traigan a Brandon, Alice, por favor, su padre ha venido a verlo.

—Sí, mi...—la muchacha se quedó con la palabra en la boca al oír como Brandon aparecía corriendo en la entrada, llamando a su madre, y se apartó para dejar que saltara a sus brazos.

—¡Mamá! —el niño la abrazó y ella se lo comió a besos viendo llegar a Beth con el ceño fruncido.

—Hola, mi amor, ¿has comido ya?, mira quién ha venido a verte, cariño.

—¡Papá! —gritó el pequeño estirando los brazos hacia James, que lo elevó por encima de su cabeza haciéndolo gritar de felicidad. Rosslyn los observó sintiendo una extraña congoja en el pecho. Era la primera vez que los veía juntos desde que Brandon era un bebé, y fue igual que recibir un puñal en el centro del corazón, así que sonrió a Ewan y desapareció del salón dejándolos solos.

—Hola, hombrecito, ¿pero cómo creces tanto?, ¿eh? —James abrazó a su hijo con esa explosión de ternura que le despertaba desde que nació y miró a la niñera de reojo— ha crecido mucho.

—El doctor McGregor le ha dicho a milady que es más alto que la mayoría de los niños de su edad.

—No hay más que verlo —opinó Ewan, revolviendo el pelo castaño caoba de Brandon, que se agarraba al cuello de su padre muy fuerte— claro que siendo un Sinclair es lo normal.

—¿Y ya has comido, hijo?

—Iba a comer ahora con su madre, la estábamos esperando, pero si no le importa pasar a la cocina, milord, podrá acompañarlo.



—Claro, vamos a la cocina, ¿estás contento de verme, Brandon?

—¡Sí!

—Muy bien, yo también, te echaba mucho de menos— entró a la cocina donde había una mesa preparada y se sentó con el niño en las rodillas, viendo como la cocinera y la doncella se apresuraban a atenderlos— dígame a lady Sinclair que puede venir a comer con Brandon, no queremos importunar, Beth, por favor.

—No se preocupe, milord, seguro que lady Caird —puntualizó con los ojos echando chispas— comerá mejor en su cuarto, le llevaremos ahora un plato, ustedes, coman tranquilos con el niño. Susan, por favor, atienda al conde de Caithness y a su amigo, procure que nos les falte de nada, voy a subir estas viandas a la señora, ahora vuelvo. Brandon, cielito, pórtate bien con tu padre, ¿eh?

Beth miró por última vez a la cara a ese hombre tan alto y tan apuesto que, sin embargo, era más bruto que un arado, y giró hacia las escaleras para llevar la comida a su señora, aunque no encontró nada a mano y se metió unas manzanas en el delantal para disimular un poco y procurar dar normalidad al hecho nada normal de tener en casa a James Sinclair. Si su señor, lord Cameron, llegaba y lo pillaba comiéndose su estofado de ternera en la cocina, se montaría una batalla campal, porque se la tenía jurada desde

que lady Rosslyn, el niño y ella misma habían vuelto a Kirkwall solos, agotados y repudiados procedentes de Sinclair Girnigoe, como unos desterrados. Hacía cuatro años de eso, pero lord Cameron no se olvidaba, como ninguno podía hacerlo, y apenas toleraba la osadía de lord Sinclair de aparecer de tanto en tanto en sus tierras para ver al pequeño Brandon, que en realidad no tenía culpa de nada.

Lord Alister y lady Rosslyn consentían las visitas por el bien del niño, pero al principio, los roces entre los dos jóvenes caballeros los llevaron incluso a desenvainar las espadas en más de una ocasión y a lord Cameron a jurar venganza por la deshonra y el maltrato hacia su hermana. Solo la presencia de lord Alister y del alguacil los habían mantenido a raya, pero estaban en Edimburgo, no en Kirkwall, y ni lord Alister ni el alguacil estaban allí, y Beth empezó a sentir pánico ante la perspectiva de que a su amo se le ocurriera aparecer por la casa a esas horas y se montara un escándalo del que saldrían muy perjudicados porque al fin y al cabo, y aunque les pesara, ahora el insufrible James Sinclair era conde, estaba casado con una sobrina del rey y tenía toda las de ganar ante un simple Ard Ghillean an-thighe del norte.

—¡Milady! —Beth entró muy nerviosa al cuarto de su señora y se la encontró vomitando en la jofaina de porcelana junto a la cama, estaba pálida como las sábanas y le temblaba todo el cuerpo— ¿se encuentra bien?, ¿le hizo algo malo?, porque si le hizo algo malo yo...

—No, no me hizo nada malo, es que me siguieron desde la feria y pensé que eran unos atracadores —explicó, secándose la cara con una toalla— me asusté un poco, eso es todo.

—¿Segura?

—Sí —mintió, se acercó a la pequeña ventana del dormitorio y aspiró el aire fresco del jardín. Ver a James Sinclair después de cuatro años era lo último que le apetecía hacer, en realidad su esperanza era no volver a verlo en lo que le restara de vida y encontrárselo a bocajarro, con su porte arrebatador, sus ojos claros y ese desparpajo que no lo abandonaba a pesar de los años, había sido demasiado duro, desconcertante, y había provocado que regresaran a su mente muchísimos recuerdos, malos y no tan malos, y algunos buenos que odiaba rememorar, como sus momentos de intimidad, cuando lo había besado, recibido en su cuerpo y amado en silencio...— estoy bien, creo que he cogido algo de frío.

—¿Usted coger frío?

—Está bien, ¿quién los está atendiendo?

—Las chicas, pero señora... ¿Qué pasará si lord Cameron aparece ahora?, ¿se lo imagina?, no quiero ni pensar en que...

—Mi hermano iba a comer con su amigo Henry en una posada real, no creo que vuelva a casa hasta tarde, sin embargo...

—¿Milady? —los golpes de la puerta las hicieron callar y las dos miraron a Alice, que asomó su cabeza pelirroja antes de hablar— señora, su excelencia, lord Sinclair, dice que quiere llevarse a lord Brandon a dar un paseo, me ha pedido que lo prepare para salir y que le avise.

—¿Será posible?! —exclamó Beth muy enfadada— ¿pero qué se cree este hombre?

—Está bien, dígame que puede llevárselo, pero solo un rato. Beth baja y dile que quiero al niño de vuelta en un par de horas, por favor.

—¿Y si no le apetece hacerme caso?

—Lo haré, siempre cumple con Brandon, venga, baja y sé amable.

Las dos mujeres la dejaron sola y volvió a doblarse para vomitar. Se sentía morir y no solo por el hecho de volver a ver al padre de su hijo después de tanto tiempo, sino más bien por la reacción que había experimentado al verlo, porque ella, que ya era una mujer libre de veinte años, prácticamente independiente gracias a la asignación que los Sinclair le daban puntualmente para ella y para Brandon, creía haber superado hacía tiempo a James Sinclair. Creía haber enterrado hacía siglos aquellos horribles momentos pasados en Sinclair Girnigoe, su vida allí, a lady Moira, pero no era cierto, porque había vuelto a derrumbarse como una cría de dieciséis en cuanto lo había vuelto a tener delante. Eso no se lo podría perdonar a sí misma jamás, y se odiaba por

ser tan débil y estúpida.

En todos esos años había hecho lo posible por enterrar los recuerdos, olvidar el pasado, no hablar de la familia paterna de su hijo, ni siquiera oía cuando Cameron o Beth despotricaban contra las visitas de James Sinclair a Kirkwall, hacía oídos sordos, se escondía en su cuarto para llorar cuando la añoranza o el dolor la atacaban sin piedad durante los primeros meses, y pasado el tiempo había conseguido mantener a raya cualquier pena o rencor, porque ya se había olvidado de todo y no odiaba a nadie, mucho menos a James, al que veía cada día en Brandon, que era igual que él.

Ella solo aspiraba a vivir en paz, ver crecer a su hijo y seguir siendo independiente, no aspiraba a mucho más, salvo a estar en paz consigo misma, sin embargo, todo aquello había quedado convertido en cenizas cuando él había tenido la mala idea de viajar a Edimburgo en ese preciso momento, aparecer allí y tener la osadía de abordarla. Eso no debía haber pasado, eso no se lo esperaba y empezó a organizar su salida de la ciudad de inmediato, aunque obviamente no podía hacerlo, no podían irse porque aún le quedaba por cerrar varios negocios, asistir a algunos compromisos y cumplir con su tarea allí, que era una oportunidad única e irrepetible, así que no quedaba más remedio que aguantar unos días más, intentar no volver a ver a lord Sinclair, que lógicamente querría estar con su hijo, y seguir su camino como hasta ese momento, sin mirar atrás.

## XXIII

—¡Rosslyn! —James Sinclair abrió la puerta y se plantó en la biblioteca desoyendo los gritos de Beth y de las doncellas. Ella levantó los ojos del libro de cuentas y lo miró sintiendo como el corazón se le ponía en la garganta—  
Tenemos que hablar, dile a tus mujeres que me dejen en paz, ¿no saben con quién demonios están tratando?

—Qué yo sepa, milord, esta no es tu casa y ellas solo hacen su trabajo. ¿Qué quieres?, estoy ocupada —agarró la pluma con fuerza y no se movió, él se puso las manos en las caderas y le clavó los ojos transparentes. Hacía tres días que habían vuelto a verse después de tantos años y desde entonces no habían coincidido, pero ahí estaba, llenándolo todo con su presencia.

—¿Su trabajo es impedir que me veas?

—Su trabajo es procurar que me dejen en paz cuando estoy ocupada. ¿Dónde está Brandon?

—En las cocinas bebiendo agua.

—¿Y qué necesitas de mí?

—Mi hijo me ha dicho esta mañana que su padre le está enseñando a usar el arco, su padre, y cuando le dije yo soy tu padre, Brandon, él me contestó que

su padre Cameron. ¿Acaso el capullo de tu hermano es capaz de decirle a MI hijo que él es su padre?

—No, mira... —se levantó y él la señaló con el dedo.

—Como el idiota de tu hermano esté intentando ocupar un lugar que no le corresponde, le cortaré el cuello, díselo o, mejor aún, mándalo llamar. Me gustaría aclararlo inmediatamente con él.

—No hay nada que aclarar, es natural que un niño de cuatro años le diga padre a su tío, al que todas sus primitas llaman papá, es de lo más normal si él no te ve todos los días y...

—Bueno, eso tiene fácil solución.

—Si estás insinuando que te lo quieres llevar, seré yo la que te corte el cuello... —cuadró los hombros y él soltó una risa involuntaria que la enfadó más—. Lo haré, lo sabes, no me costará ningún trabajo.

—Ya veo que tus impulsos asesinos contra mí siguen intactos, enhorabuena, pero no pretendo llevarme a Brandon, solo quiero verlo más a menudo y dentro de un tiempo será preciso que empiece a pasar temporadas en su casa, en Sinclair Girnigoe, para que aprenda a ser un caballero.

—Está aprendiendo a ser un caballero y es el heredero de Cameron, así que...

—Ya sé que es el heredero de Cameron Caird, afortunadamente en la Corte me informan de todo, pero principalmente, y no debes olvidarlo, Rosslyn, es

mi hijo, mi heredero y en algún momento tendrá que empezar a asumirlo.

—Creía que tu heredero es el hijo varón que nazca dentro de tu matrimonio.

—Y Brandon nació dentro de nuestro matrimonio, ¿o ya lo has olvidado?

—Ese matrimonio se anuló, tú estás casado con otra y debes tener hijos y...

—empezó a alterarse en serio ante la perspectiva de ver a su niño en Sinclair Girnigoe y James se relajó, se apoyó en la pared y la observó en silencio.

—No tengo hijos de mi segundo matrimonio, ¿no lo sabes? —Ella negó con la cabeza. Era cierto, jamás había querido enterarse de si Brandon tenía o no hermanos, no le incumbía y prefería no saber nada al respecto—. Mi mujer es estéril, o eso opina mi madre, aunque aportó un hijo varón de su primer matrimonio cuando se casó conmigo, no hemos tenido hijos propios, y creo que ya no los tendremos.

—No es asunto mío.

—Tuyo no, pero de tu hijo sí, y si quisieras, podríamos darle hermanos a Brandon, tú y yo, ahora mismo, y perpetuar mi sangre un poco más.

—¡¿Qué?! —lo miró echando chispas por los ojos y él se echó a reír a carcajadas.

—Era una broma, pero no es una idea tan descabellada —la recorrió con los ojos de arriba abajo y ella se estremeció y volvió a sentarse en su butaca para recuperar el control—. En resumen: Brandon es a todos los efectos el heredero



de Caithness y no voy a tolerar, bajo ningún concepto, que se confundan los términos, él podrá ser heredero de Cameron y mío, incluso eso me parece estupendo, mi padre estaría orgulloso de saber que nuestras tierras serán una sola en manos de su nieto, pero no voy a permitir que se haga pasar por su padre, eso jamás y como lo intente, lo mataré, estáis avisados.

—Sigues siendo el estúpido arrogante de siempre —refunfuñó viendo como hacía amago de salir por la puerta— no puedes venir a mi casa y soltar amenazas cuando jamás te hemos dado motivos para faltarnos al respeto, ni siquiera te impido ver a mi hijo, nunca lo he hecho a pesar de que tu madre nos echó a patadas de su casa cuando él no era más que un bebé. Jamás he ido contra ti y, sin embargo, eres capaz de amenazar a mi hermano, que no ha hecho otra cosa que acogernos en Kirkwall y darnos el hogar que no teníamos. Es imperdonable.

—A ti nadie te echó de Sinclair Girnigoe —volvió sobre sus pasos y miró sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Ah no?, ¿estás seguro?, tú no estabas delante cuando tuvimos que irnos en plena noche y por la puerta de atrás, acabábamos de llegar de viaje, pero tu madre no quiso ni que pasáramos la noche allí.

—Eso es mentira, tú estabas rogando de rodillas que te dejara volver a casa.

—Sí, eso es cierto, pero no pretendía hacerlo a escondidas y a esas horas...

—¿Papá? —Brandon entró en la biblioteca seguido por Beth y ambos se callaron, Rosslyn se dio la vuelta y se limpió las estúpidas lágrimas para que no la viera llorar, ni él ni Beth, que los observaba ceñuda.

—Hola, hombrecito, ¿has bebido mucha agua? —se agachó y lo cogió en brazos— yo ahora debo irme, pero mañana vendré a verte otra vez. ¿Qué quieres que te traiga?

—¿A Robin?

—Eso está hecho, mañana traeré a Robin y saldremos a dar un paseo, ¿de acuerdo?, dame un abrazo... —lo apretó fuerte contra su pecho y observó como Rosslyn salía muy deprisa camino de las escaleras, iba llorando y eso provocó lo de siempre, que se sintiera culpable—. Está bien, ¿quién te quiere más que a nada en el mundo?

—¡Tú!

—¿Y quién soy yo, Brandon?

—Mi padre.

—Muy bien... —buscó la salida y cuando llegó a la puerta lo dejó en el suelo revolviéndole el pelo, luego miró a Beth y dijo alto y claro— dile a tu señora que tenemos una charla pendiente.

Rosslyn lo oyó desde el pie de la escalera y entró en su dormitorio pensando en cómo convencer a su hermano para regresar a casa cuanto antes.

Les quedaba aún una semana de estancia en Edimburgo y no lo soportaría, no, si quería seguir siendo una persona cuerda, porque no pretendía tener que volver a hablar con James, ni sobre Brandon, ni sobre Sinclair Girnigoe, ni sobre nada que tuviera que ver con su pasado. No podía, ya estaba todo enterrado y era feliz sin recordarlo, así que la única solución era irse.

Cameron debía comprenderlo y se marcharían en seguida, no cabía otra opción.

—La puta madre que lo parió —Cameron Caird entró en el cuarto sin llamar y la pilló ordenando los baúles de viaje— ¿qué haces?

—¿No sabes llamar?

—No, cuando tengo que cruzarme con ese cabrón en la puerta de mi casa, ¿Qué pretende, eh? —Respiró hondo y observó como ella seguía con la tarea— apenas me saluda, ¿a mí?, ¿en mi propia casa?, ¿a mí, que estoy alimentando y educando a su hijo?... —vio cómo se ensombrecía el rostro de su hermana y bajó el tono—. No es por vosotros, Rosslyn, sabes que adoro a Brandon, pero es que Sinclair me saca de quicio. Paseando por la ciudad como si fuera el puto rey Jacobo, presumiendo de su hijo como si él fuera un padre amantísimo. No debiste permitir que lo viera, no debí...

—¿Por qué no nos vamos esta noche a casa?, ya tenemos casi todo el negocio cerrado —interrumpió— no hace falta que sigamos aquí.

—¿Cómo qué no?, tengo varias citas, compromisos que cerrar con Henry, la fiesta de esta noche.

—De acuerdo, pero Brandon y yo nos vamos, por mi parte ya he hecho todo lo que venía a hacer a Edimburgo.

—¿Por él?, ¿tanto te afecta?

—¿A mí?, ¿estás loco?, solo quiero volver a casa y acabar con estas visitas tuyas que te ofenden tanto.

—Me ofenden porque jamás debimos permitir que conociera a su hijo, no se lo merece, como Brandon tampoco se merece tener semejante padre.

—Pero lo tiene y no hay vuelta atrás... —suspiró y se limpió una lágrima con el dorso de la mano.

—Hacía años que no te veía llorar, hasta hace tres días eras feliz...

—No me gusta que te enfades por mi culpa, ya suficiente haces por nosotros y no puedo permitir...

—Ya basta —Cameron se acercó y le besó la cabeza— no voy a discutir contigo por culpa de ese imbécil, no lo haremos, ¿queda claro? Ahora ponte guapa, me gustaría presumir de hermana en Holyrood.

—¿En Holyrood?

—Sí, Henry nos recogerá dentro de una hora. Por cierto, deberías contemplar

en serio su propuesta de matrimonio, yo os doy mi bendición, es un gran tipo, cada día me lo demuestra más y...

—No quiero ir a Holyrood.

—¿Qué?, ¿mi pobre Anne en Kirkwall muriéndose de ganas de ir a ese baile y tú que puedes, me fallarás?

—No...

—Son negocios, hermanita, así que una hora —sentenció su hermano dejándola sola, ella se sentó y se tapó la cara con las dos manos.

—Milady ¿necesita ayuda? —Alice se asomó al cuarto y le sonrió— ¿la ayudo a vestirse?, estará tan bonita con ese traje nuevo.

## XXIV

El palacio estaba lleno de gente, miles de antorchas iluminaban todos sus rincones y varias dotaciones del ejército y de la Guardia Real custodiaban la zona preocupados por mantener la seguridad de sus ilustres invitados, todos ricos comerciantes, nobles escoceses y también extranjeros que llegaban a la feria del ganado de Edimburgo para cerrar negocios, divertirse y confraternizar con sus vecinos.

Una ocasión única para presumir de yeguas, tierras, títulos, matrimonios, alianzas y joyas, al menos eso decía siempre su padre, lord Alister Caird, que por primera vez en muchos años cedía el privilegio de representar a su familia en tan ostentoso evento a sus dos hijos mayores, Cameron y Rosslyn, que en esta ocasión estaban predestinados a triunfar con su ganado equino, el mejor de la temporada, y que respondía principalmente a un empeño personal de Rosslyn, sin embargo, aquello no importaba porque nadie, en el mundo entero, y menos aún en Escocia, iba a reconocer a una mujer como ganadera experta, eso jamás, así que esa noche, del brazo de Cameron y Henry MacKay, entró en la fiesta como una dama más, preparada para recibir piropos y proposiciones veladas de matrimonio, muchas miradas lascivas y otras tantas de simpatía de familiares y conocidos, con una sonrisa en la boca y dispuesta a escabullirse de vuelta a casa lo antes posible.

—Lord Cameron Caird, Ard Ghillean an-thighe de Orkney, y su distinguida hermana, lady Rosslyn Caird.

Anunció con su potente voz el mayordomo de Holyrood y sintió como todas las cabezas se giraban hacia ellos. Cameron le acarició la mano y entraron en aquel espectacular salón con paso firme, directos hacia la pequeña tarima donde el ilustre conde de Caithness y su encantadora esposa, su alteza real la princesa Sofía de Dinamarca, daban la bienvenida a sus invitados entre un enjambre de asistentes y damas de compañía que parecían

incluso más altivos que ellos mismos. Rosslyn levantó disimuladamente los ojos para mirar a la bellísima esposa de James Sinclair y se encontró con una elegante mujer rubia, de ojos muy claros, que llevaba la gorguera más grande que había visto en toda su vida, de color rosa, enmarcando su sonriente rostro, y rematando un vestido de seda color frambuesa espectacular. Era una mujer muy elegante, obviamente de sangre azul, y se sintió fascinada por los rizos de su peinado y el marcado maquillaje de su cara. Era como una muñeca y solo pudo apartar los ojos de ella cuando Cameron hizo una reverencia hacia James y se vio obligada a ejercitar una educada genuflexión sin mirarlo a la cara. No hacía falta, porque James Sinclair era lo suficientemente alto como para no tener que mirarlo a los ojos.

—Oh Dios, tener nosotros que reverenciar a ese palurdo —protestó Cameron Caird llevándolos hacia el final del salón, donde la gente ya empezaba a probar las delicias del banquete.

—Solo es un trámite —opinó Henry, mirando de reojo las mejillas arreboladas de Rosslyn— no deben ni darse cuenta de a quién saludan.

—Sí que se dan cuenta, al menos él sí lo hace —miró a su hermana y la vio con los ojos clavados al suelo, estaba preciosa y lamentó haberla obligado a acompañarlo esa noche. Había sido una mala idea, muy mala, porque el impresentable de Sinclair no le había quitado los ojos de encima—. En fin, voy a alternar un poco, ahora vuelvo, cuida de mi hermana, Henry.

—Con mi vida si es necesario —bromeó MacKay antes de dirigirse a ella agarrándola por el brazo— ¿estás bien?

—Sí, gracias, Henry, es que no me siento muy cómoda en estos eventos.

—¿Tú?, si no deberías hacer otra cosa que adornar con tu belleza fiestas como esta.

—Muy galante, pero no, gracias, mejor estoy en Kirkwall con Brandon y mis caballos —al fin sonrió y Henry con ella.

—¿No será por el padre de tu hijo?

—No.

—Porque es una situación violenta, se lo comenté a Cameron pero él...

—No, no me importa —mintió, levantando los ojos hacia la tarima donde los condes ya no estaban y se volvió hacia una mesa para coger un vaso de vino dulce.

—¿Y no sentías curiosidad por conocer personalmente a la esposa del que fue tu marido? —ella negó con la cabeza— ¿por qué?

—¿Para qué?

—Yo tendría curiosidad.

—Yo no.

—Igual ella sí quería conocerte.



—No creo que sepa ni que existo. Mi suegra, bueno, la madre de lord Sinclair, me dijo que, a una princesa como su alteza, no le interesaría conocer a una campesina ignorante como yo, así que seguro que ni le han hablado de mí.

—Tú eres muchas cosas menos una campesina ignorante, lo sabes, conozco a miles de damas de la corte que matarían por ser la mitad de guapas y elegantes que tú.

—Gracias, Henry, eres muy amable, pero...

—Y brillante, eres la mujer más brillante, inteligente y divertida que conozco.

—¡Por Dios! —se echó a reír y le acarició el brazo— no tienes precio piropeando a las chicas.

—Sólo a ti —la miró entornando los ojos y ella le sostuvo la mirada sin dejar de sonreír— ¿Te vas a casar conmigo o no?, debo saberlo para organizar mi vuelta a Virginia.

—No creo que te merezcas a una esposa como yo, Henry, ya te lo he dicho muchas veces.

—Creo que tú eres todo lo que necesito en la vida.

—Eso es precioso, pero...

—¿Lady Caird? —un señor enjuto y muy elegante les interrumpió y los dos lo observaron con mucha curiosidad. El tipo, con un claro acento extranjero, les hizo una reverencia y luego dio paso a la bellísima princesa Sofía, que se

acercó a ellos sujeta por dos damas de compañía. Henry MacKay hizo una profunda reverencia y Rosslyn una pequeña genuflexión rogando al cielo porque James Sinclair no la acompañara—. Mi señora, su alteza real, la princesa Sofía, quiere felicitaros por vuestro vestido.

—¿Perdón? —un poco nerviosa, sintió como se le subían los colores a la cara y miró a la princesa, que llevaba tanto maquillaje y tantas joyas encima, que era difícil ver un palmo de su blanca piel libre de brillos y oropel.

—Debería prohibir que haya damas más bellas que yo en mis fiestas —soltó seria, con un timbre de voz muy chillón, y luego sonrió—. La felicito, milady, su vestido es precioso, debería cederme a su costurera.

—Gracias, alteza, en realidad lo cosimos entre mi costurera y yo... —la gente de su alrededor, que no perdía detalle de la charla, se echó a reír y la princesa con ellos— es cierto.

—¿De verdad?

—Sí, alteza —el corazón le saltaba en el pecho y miró a Henry buscando ayuda, él, muy galante, se acercó más y llamó la atención de la danesa, que no apartaba los ojos del vestido oscuro de Rosslyn.

—¿Y cómo lo está pasando en Edimburgo, alteza?

—Buah, bueno, bien... mira, Heini, bocaditos de mora, quiero unos cuantos...

—el secretario saltó para coger la bandeja y la princesa fijó otra vez los ojos

en Rosslyn—. ¿De dónde es usted, querida?, ¿no nos hemos visto en Londres?

—Kirkwall, condado de Orkney, alteza, muy al norte de Escocia y no, no nos hemos visto. Lamentablemente, nunca he estado en Londres.

—¿En serio? —agarró los bocaditos y se metió dos en la boca— qué triste.

Debería presentarle a mi esposo, el conde de Caithness, él seguro que conoce su tierra, adora Escocia.

—Claro, alteza —respiró hondo y todo el mundo guardó silencio. Era obvio que esa mujer no sabía que estaba hablando con la primera esposa de su marido, tal vez ni siquiera sabía que él había estado casado antes, y eso era bastante desconcertante.

—Aunque claro, ¿quién se atreve a presentar una mujer tan guapa a lord Sinclair? —bromeó con los dientes manchados de mermelada y todos aplaudieron la gracia. Rosslyn dio un paso atrás y se apoyó en la pared un poco mareada—. Es un canalla, aunque como es tan guapo se lo perdonamos todo. ¡Heini! ¿y eso que es?

—Tarta de almendras, alteza —el secretario corrió hacia la mesa donde estaban las tartas y la princesa lo siguió con su nube de sedas y brocados y joyas sonando en cada uno de sus movimientos, como una niña pequeña, sin despedirse, ni prestar atención a nada que no fueran las delicias que tenía delante.

—¿Rosslyn?—Cameron se acercó y la abrazó por los hombros— ¿te ha dicho algo?

—A la princesa le gustó mi vestido, qué amable, es una mujer muy agradable y guapísima ¿verdad? —carraspeó para disimular que estaba al borde del desmayo y su hermano le clavó los ojos entornados.

—La verdad es que sí, muy guapa —contestó Henry, observando como la seguían un montón de personas menos su marido, el famoso James Sinclair.

—¿Tu vestido? —Cameron movió la cabeza, incrédulo, y ella se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Sí, fíjate, mi vestido, tendré que decirle a Agatha que su costura es digna de una princesa —tenía el corazón en la garganta y las piernas le temblaban, así que decidió cortar por lo sano y desaparecer— y ahora si me disculpáis, caballeros, creo que me voy a casa.

—No llevamos ni media hora aquí.

—Suficiente.

—No, una hora más y nos vamos, han venido los Lynch y quieren hablar con nosotros, necesito que te quedes.

—Oh Dios —se pasó la mano por la cara—. Muy bien, pero necesito buscar el excusado, luego os veo.

—¡Rosslyn! —protestó Cameron— vuelve en seguida.

Caminó con prisas hacia el jardín, saludando con una venia a muchos conocidos que la observaban con lástima, seguramente por el encuentro con la princesa Sofía. Un encuentro que sería la comidilla durante meses entre el reducido grupo de nobles escoceses que sí conocían su desgraciada historia y su matrimonio con James Sinclair. A partir de esa noche, supuso con vergüenza, podrían recrear con detalle como la distinguida princesa Sofía de Dinamarca se había acercado a Rosslyn Caird sin saber que se trataba de la primera mujer de su marido, de la madre de su primogénito, para alabarle la ropa. Aquello era humillante de cara a cualquiera, y de repente pensó en lady Moira, que seguramente había aconsejado a su familia, y a su querido Jamie, ocultar su pasado, total, ¿para qué incomodar a una princesa como aquella con una historia sin importancia como la suya? Desde luego eso había ocurrido, no le cabía la menor duda, porque si había alguien que conocía bien a lady Moira era ella, que sabía perfectamente cómo se las gastaba.

Al fin encontró el jardín y localizó la zona más oscura de un vistazo, caminó hacia allí con la cabeza gacha, pensando en su mala sombra por haber tenido que acudir al dichoso banquete exponiéndose de esa manera, y se escondió, literalmente, detrás de una columna cubierta de musgo. Era necesario recuperar la tranquilidad y las formas, decidió, y un rato al aire libre, mirando las estrellas, lo conseguirían.

—¿De quién te escondes?, ¿de tus pretendientes? —la voz de James la hizo

saltar del susto y se volvió hacia él blanca como un papel.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Disculpa? —levantó su odre de whisky y dio un trago antes de ofrecérselo. Estaba ahí, oculto, y Rosslyn tuvo que parpadear varias veces para verlo bien, tan elegante, con su kilt de ceremonias, apoyado contra el muro—. Es mi casa, al menos durante unos días, ¿quieres un poco?

—No, gracias —se arregló la falda e hizo amago de irse.

—No te vayas, no muerdo y no encontrarás otro sitio más tranquilo, créeme.

—¿Por qué no estás dentro atendiendo a tus invitados?

—Porque me aburren.

—¿Y no se supone que ese es tu trabajo?

—No... —levantó los ojos y la miró con atención. Rosslyn Caird siempre había sido una chiquilla bonita, pero con los años, definitivamente, se había convertido en una mujer muy hermosa. Clavó los ojos en su escote ribeteado de perlas y suspiró— ¿de qué te escondes?

—No me escondo, también me aburro —se apoyó a su vez en la columna y se cruzó de brazos muy incómoda—. He conocido a tu esposa.

—Vaya.

—Es muy guapa y muy elegante.

—Ella piensa lo mismo de ti, en cuanto te vio aparecer en el besamanos quiso mandarte a ahorcar — Rosslyn desvió la vista hacia el cielo y no abrió la boca—. Va en serio, es como una niña pequeña, muy envidiosa.

—No deberías hablar así de tu mujer.

—¿Por qué?

—Bueno, me largo.

—No, venga, no te vayas... —dio un paso y se cruzó en su camino— me portaré bien. ¿Cómo está Brandon?, esta tarde montó un buen rato con Robin.

—Lo sé, estaba muy emocionado... —reculó y se alejó de él.

—¿Sólo lo dejáis montar en pony?, ya es hora de que se suba a un buen caballo.

—Es pequeño, mejor ir con cuidado.

—Es un Sinclair, no le pasará nada, sabe lo que hace.

—Los Caird también sabemos lo que hacemos.

—Ya estamos —soltó una risa y le pasó el odre—. Bebe un poco, es whisky y del bueno.

—No, gracias.

—Vamos, Rosslyn, hazlo por Brandon, brindemos por él.

—Bendito sea Dios —agarró el odre y tomó un sorbo que la hizo toser—. Es

muy fuerte.

—De primera, igual que mi hijo. Qué Dios lo bendiga —le quitó el whisky y dio un buen trago antes de mirarla sonriendo— es un gran chico.

—Lo sé.

—Estoy muy orgulloso de él.

—Y yo.

—No creo que puedas estar más orgullosa de él que yo, ¿eh? —se acercó guiñándole un ojo y ella se apartó.

—¿Y tu esposa qué opina al respecto?

—¿Respecto a qué?, ¿a Brandon?— Rosslyn asintió, alejándose lo más posible de aquellos ojos y aquella sonrisa demoledora— ¿por qué?, no es de su incumbencia.

—¿Ah no?, yo creo que sí, y hace un rato no hizo amago de preguntarme por él, aunque seguramente no sabe ni quienes somos.

—Sabe perfectamente quién eres tú y quién es Brandon, lo que sucede, Rosslyn, es que tiene el cerebro de una ciruela y es incapaz de relacionar nombres o parentescos.

—¿Cómo puedes hablar así de tu mujer?, por Dios, siendo además sobrina del rey, eres, eres...



—Venga, dime alguno de tus insultos, los echo de menos—se echó a reír a carcajadas y comprendió que estaba un poco borracho.

—Ya está bien, me voy dentro.

—No, vamos —la agarró del brazo con fuerza—, no te enfades por lo de Sofía, todo el mundo sabe cómo es, incluso su familia, que están encantados de habérmela endosado a mí, que debo tener cara de gilipollas.

—No deberías hablar así de ella.

—Solo piensa en comer, ¿no lo has notado? —la soltó y se apoyó en la columna—. Una vez, en Windsor, tiró a la reina Ana, su tía, al suelo por correr detrás de un suflé de manzanas cubierto con crema batida, a la pobre reina no la podíamos poner de pie mientras Sofía se zampaba el suflé a dos carrillos y su asistente, Heini, gritaba como una doncella.

—No... —se echó a reír muy a su pesar y James se la quedó mirando con la cabeza ladeada, en un gesto muy familiar que Brandon repetía continuamente— pobrecita.

—¿Pobrecita?, bien que se zampó el suflé ella sola.

—Oh Dios —siguió riéndose mientras él no le quitaba los ojos de encima—  
¿qué?

—Es la primera vez desde que te conozco que te hago reír.

—No es cierto.

—Lo es y lo siento mucho.

—No hay nada que sentir y ahora, debería volver a la fiesta, mi hermano me está esperando.

—No, vamos, otro traguito.

—No, gracias, no quiero emborracharme.

—¿Hace cuánto tiempo que no te emborrachas?, ¿desde nuestra boda?

—Supongo que sí.

—Pues ven aquí y emborráchate conmigo, vamos, no seas cobarde.

—Solo uno más —tomó otro sorbo y sonrió— realmente es muy bueno.

—Es de aquí mismo, de Edimburgo, me llevaré unas barricas a casa.

—¿Y cómo están todos en Sinclair Girnigoe? —se atrevió a preguntar animada por la oscuridad y su buen talante.

—Si te digo la verdad, imagino que bien, hace dos meses que no paso por allí y la última vez solo estuve tres días después de volver de Kirkwall.

—¿Y quién está al mando?

—Jonathan, y mi madre, claro.

—¿Tu cuñado? —el solo recuerdo de Jonathan Murray le provocó un escalofrío que James percibió perfectamente.

—Lo sé, yo tampoco me fío de él. Después del asunto del divorcio y demás, lo

tengo en cuarentena, pero mi madre lo apoya y él ama Sinclair Girnigoe. Ahora dice que es hijo ilegítimo de John Sinclair, primogénito de George, cuarto conde de Caithness, que murió de sed a manos de su propio padre. Habrás oído la historia —ella asintió muy atenta—. Asegura que no tiene pretensiones al título, que solo quiere cuidar del condado en mi ausencia, y lo cierto es que lleva años al frente de todo porque me es cómodo, pero no me fio.

—¿Y qué piensas hacer?

—Quiero volver a casa definitivamente.

—¿Y podrás hacerlo?

—Sí, ya se lo he planteado muchas veces al rey, pero ahora es la definitiva, mi etapa como noble palaciego ya ha llegado a su fin, necesito retomar las riendas de Sinclair Girnigoe.

—Claro.

—Lo mío es el campo, el ganado, los caballos y la familia. He pagado cuatro años de sentencia en la corte, pero ya es suficiente —le sonrió—, ser el que preside los besamanos es lo peor que he hecho en toda mi vida.

—No será para tanto, la gente os adora.

—¿Ah sí?

—Sí, ahí dentro... —se volvió hacia el palacio— todo el mundo os admira.

—¿Y tú?

—¿Yo?, ¿qué?

—¿Qué piensas de mí?

—Nada.

—Eso es aún peor... —soltó una carcajada y tomó otro trago de whisky.

—Debo irme, James, mi herma...

—No tan de prisa, venga, no me dejes solo.

—¿Por qué no entras a acompañar a tu esposa?, seguro que te echa en falta.

—No creo.

—Bueno, no es asunto mío.

—Si tú creías que lo nuestro era un matrimonio de conveniencia... esto, esto te parecería el infierno.

—Debo irme...

—No —se acercó y la sujetó por el brazo muy firme, pero con suavidad—, no quiero a mi esposa, Rosslyn, y me importa una mierda este estúpido matrimonio, solo me importan Brandon y mi familia, Sinclair Girnigoe y nada más.

—Muy bien.

—Por eso no vuelo ahí dentro, me avergüenzo de todo ese circo, te lo digo en

serio.

—¿Pero qué estás diciendo?, eres el representante del rey Jacobo hoy aquí, es un gran honor, no sé de qué te quejas.

—No lo entiendes, nadie lo entiende...— se acercó y la bloqueó contra la pared, ella cuadró los hombros y lo miró a los ojos con serenidad. Su amplio escote dejaba a la vista parte de esos pechos inmaculados y suaves que en el pasado había besado y acariciado sin cesar, y sintió como el calor le subía por todo el cuerpo de golpe, provocándole una erección instantánea— Rosslyn.

—¿Qué? —vio cómo se acercaba y no se pudo mover, primero sintió el aliento a alcohol a muy corta distancia y luego el calor de su boca pegada a la suya. El pulso se le aceleró golpeando con fuerza contra los oídos, pero no hizo nada por apartarse, por el contrario, y en contra de todos sus principios, separó los labios y recibió su lengua caliente y exigente dentro de la boca, saboreándola con un ardor demasiado familiar en el vientre. Se pegó a la pared y James la sujetó por la nuca y la cintura para besarla sin parar durante una eternidad, mordiéndole los labios, la lengua, deleitándose en su sabor, que llevaba siglos añorando sin saberlo, deseándolo con cada centímetro de su estúpido cuerpo, hasta que él subió la mano para acariciarle los pechos y aquello disolvió la magia de manera instantánea—. No.

—Te he echado de menos.

—No voy a hacer esto, no está bien, me voy.

—No —la agarró por la cintura y ella lo esquivó—, no te vayas, por favor.

—¡No!, ¿qué te crees?, ¿qué voy a estar contigo mientras tu esposa te espera ahí mismo?, ¿cómo hacías tú con otras mujeres cuando estabas casado conmigo?, ¿eh?.

—Jamás te fui infiel, Rosslyn.

—¿Estás tan borracho que ya ni te acuerdas?

—No te fui infiel, besé a más de una para darte celos, para ver si dejabas caer esa máscara de hielo que llevabas puesta y empezabas a quererme un poco.

—No mientas, James Sinclair.

—Te lo juro por nuestro hijo —se enderezó y se atusó el pelo. Los ojos le brillaban y ella quiso acercarse para abrazarlo, pero no se movió— te lo juro por Dios.

—Es igual, el pasado es el pasado.

—No tanto —estiró la mano, la asió por la nuca y volvió a besarla. Rosslyn Caird empezó a perder el sentido de la realidad por culpa de esa lengua enérgica y deliciosa, y se agarró con fuerza a sus brazos, pegándose a su cuerpo, hasta que la voz de Cameron la hizo saltar, separarse de él y limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—¡Mierda!, debo irme.

—¿Le tienes miedo?, porque yo no... —apoyó la mano en el puño de su espada y ella lo señaló con el dedo.

—Ni se te ocurra.

—Tú mandas —le regaló una reverencia y luego retrocedió hasta ese rincón oscuro donde nadie podía verlo. Rosslyn giró hacia el palacio, respiró hondo y echó a correr hacia su hermano que la llamaba desde la puerta principal.

—¿Qué pasa? —preguntó con cara de inocencia.

—¡¿Dónde demonios estabas?! me estaba preocupando. La princesa se puso a vomitar en el centro del salón ¿sabes?, te has perdido lo mejor —la abrazó y la empujó hacia los pasillos— y los Lynch tienen prisa por irse, pero, hermanita, quieren hablar con nosotros.

—Estupendo.

—Estás muy guapa esta noche, Rosslyn, de verdad —se apartó de ella y la admiró de arriba abajo— todo el mundo lo dice, qué eres preciosa y que estás hecha toda una mujer.

—Adulador —le sonrió arreglándose el pelo y recordando, con un calor delicioso recorriéndola entera, los besos de James Sinclair.

—Es verdad, vamos.

—Vamos.

## XXV

Despertó con los primeros graznidos de las gaviotas, esos pájaros tan ruidosos que solían poblar el cielo de Edimburgo, y se desperezó tranquila. Había dormido muy poco, y por un par de segundos, no recordó el motivo de su insomnio, se abrigó mejor con la colcha y en ese preciso instante lo supo, abrió los ojos de par en par, se sentó en la cama y sus preocupaciones se agolparon nuevamente en su cabeza: James Sinclair.

Se levantó y miró por la ventana, estaba amaneciendo y el reloj de encima de su tocador daba las seis en punto de la mañana. Muy temprano, pero sabía que no podría seguir durmiendo, así que buscó ropa y se vistió para esperar trabajando a que el resto de la casa despertara.

Se cepilló el pelo y se lo recogió en una trenza pensando una vez más en ese hombre insufrible, que era capaz de provocarte sentimientos tan encontrados. Había tardado casi cuatro años en olvidarlo y tan un solo un par de días en volver a meterlo en su vida. Era espantoso. No se perdonaría jamás esos besos furtivos, y tan poco decorosos, en la oscuridad de los jardines de Holyrood, a pocos pasos de su esposa y mientras un centenar de personas



bailaban y se divertían invitados por él mismo, como representante del rey en Edimburgo... aunque él prefería ignorarlos y esconderse de todos ellos para beber a solas, lamentándose por su mala fortuna y su mal matrimonio.

Sin querer se tapó la cara, avergonzada, pero sin poder evitar las mariposas que le bailaban en el estómago cada vez que pensaba en James Sinclair, en su estampa impecable, en sus confesiones y su pasión.

Suponía que cuando estaba casado con ella también se quejaba con los demás de su mal matrimonio, de su fría y joven esposa, y de su desgraciada vida conyugal. Siempre asumió que él hablaba pestes a sus espaldas, pero nunca imaginó que le tocaría oír personalmente como hablaba mal de su segunda esposa, a la que consideraba simple y superficial. Era evidente que no se sentía feliz ni enamorado al lado de la princesa Sofía, ni siquiera tenían hijos en común con los que llenar su vida, y si encima odiaba su existencia en la corte, todo se convertía en una verdadera desgracia, o al menos eso le había dicho antes de arrinconarla contra la pared para besarla como un salvaje.

Madre mía, exclamó por lo bajo, agarró su libro de cuentas y lo acomodó en su pequeño secreter. Debía trabajar si quería volver al buen camino, debía distraerse y dejar de alimentar sus recuerdos o se pasaría otros cuatro años intentando olvidar al padre de su hijo, y eso no estaba nada bien. No era lo que quería, ni necesitaba, y podía hacerlo, podía ignorar a James Sinclair, solo bastaba con tener un poco de sentido común y mucha

disciplina.

—¿Rosslyn? —su hermano tocó la puerta y entró en el cuarto muy serio— me alegra que estés despierta.

—Sí, ¿ocurre algo?, ¿estás bien?

—Tenemos un destacamento de ocho alabarderos en la entrada y otros cuatro en la parte trasera de la casa.

—¿Qué? —Se puso de pie con el corazón en la garganta, solo alguien como James Sinclair podía enviarles a la guardia real y esa evidencia le paralizó el pulso en las venas. Tal vez había tenido alguna idea brillante con respecto a Brandon, tal vez quería llevárselo a Sinclair Girnigoe por la fuerza... buscó con los ojos su Sgian Dubh y caminó hacia él decidida a usarlo contra quién hiciera falta.

—Calma —le dijo Cameron levantando la mano— no es contra nosotros, se trata de una escolta de protección.

—¿Ah sí?, ¿estás seguro?

—En cuanto el mayordomo se levantó, el oficial al mando me mandó llamar. Están aquí para protegernos.

—¿Protegernos de qué?

—Anoche atacaron a James Sinclair en los jardines de Holyrood, al parecer otra vez han intentado quitárselo de en medio y por eso han mandado una

escolta, para cuidar de Brandon.

—¿Y cómo está? —se apoyó en la pared— ¿ha sobrevivido?

—Sí, Rosslyn, ha sobrevivido. Hierba mala nunca muere —bufó, pasándose la mano por la cara—, pero está malherido y quiere ver a su hijo. Ewan MacDougal vendrá a recogeros dentro de una hora. He dado mi consentimiento. Yo no pienso ir, pero sí deberías ir tú con el niño, llévate a Beth.

—Claro —suspiró y se acercó a la camita de Brandon para despertarlo.

—Y tranquila, saldrá de esta, no te angusties tanto.

—¿Cómo dices? —se volvió para mirarlo ceñuda, pero él ya había dejado el dormitorio sin despedirse.

\*\*\*

—Solo espero que no esté muy mal herido, porque si no asustará a mi niño

—Beth protestó entrando con ella en Holyrood y Rosslyn la miró con los ojos muy abiertos—. Es muy pequeñín, no necesita ver heridas y sangre por todas partes, no sé para qué lo hace venir.

—Guárdate ese tipo de comentarios o te vas de vuelta a casa ahora mismo.

—Pasad —susurró Ewan y miró a Rosslyn sonriendo.

El dormitorio principal del palacio de Holyrood estaba en la segunda

planta, al final de un pasillo repleto de adornos, incluso espejos, y custodiado por un amplio grupo de alabarderos. Rosslyn admiró con interés el lujo reinante y abrazó a Brandon, que no quería bajarse de sus brazos. Aún tenía sueño y le besó la cabecita hasta que Ewan hizo un gesto y dos guardias abrieron de par en par las puertas que daban acceso a la zona más íntima del lugar.

Las cortinas estaban echadas y olía a incienso, siguieron a Ewan pisando unas mullidas alfombras y cuando divisaron la enorme cama, pudo distinguir perfectamente el cuerpo del paciente, desnudo y arropado por una fina sábana, mientras un médico revisaba sus heridas.

—Brandon, hijo, ¿cómo estás?, ¿Brandon?

—Saluda a tu padre, mi vida —lo animó Rosslyn mientras él se le acurrucaba en el cuello para mirar a James de reojo.

—No te asustes, estoy bien y este señor me curará en seguida, ¿verdad, doctor?

—Claro, milord.

—¿Ves?, ven, dame un abrazo.

—No quiero.

—Muy bien, cuando quieras. Me alegra mucho que hayas venido a verme.

—¿Qué tiene? —Rosslyn se acercó a la cama y observó una herida en el

hombro, justo dónde lo habían herido hacía cuatro años, y la mitad del pecho amoratado, levantó la vista y comprobó que tenía un ojo hinchado y un corte superficial en la cara.

—Golpes y contusiones, milady, se pondrá bien si hace caso y descansa como debe.

—¿Alguna costilla rota?

—Sí, seguro que tiene un par de costillas rotas y eso le afecta a la hora de respirar, pero se repondrá. Es joven, muy sano y no tiene fiebre.

—Gracias —respondió y volvió a mirar a James a los ojos, él le guiñó el suyo sano y le sonrió.

—Bueno, excelencia, lo dejo tranquilo, más tarde vendrán a limpiar la herida. No se mueva de la cama y si necesita algo, mándeme llamar.

—Muy bien, doctor Phillips.

—Adiós, milady —se despidió el médico, que salió seguido por Ewan. Beth dejó encima de una mesa el canasto con fruta, bocaditos de nata y vino dulce que le habían llevado, y se alejó de la cama para curiosear por el inmenso dormitorio.

—¿Dónde está tu esposa? —preguntó Rosslyn con total inocencia y él soltó una carcajada suave.

—Delante de mí.

—Muy gracioso, ¿dónde está la princesa?

—Ha salido por pies.

—¿Cómo que ha salido por pies?

—Se asustó tanto con el ataque de anoche, que cogió a su gente, sus carruajes y se largaron de vuelta a casa antes de decir esta boca es mía.

—¿En serio? —él asintió—. Bien, pues si me lo permites, y sin correr el riesgo de oponerme a los deseos de tu mujer, voy a ventilar esto —se acercó a las ventanas y sin soltar a Brandon describió las cortinas y las entornó— hace un día soleado y muy agradable, seguro que te hace bien el aire puro.

—Me parece bien.

—¿Quién te atacó anoche?, ¿atracadores?

—No, creo que no pretendían solo atracarme, me temo que tiene que ver con Sinclair Girnigoe, como hace cuatro años.

—¿Y has dejado que tu esposa vaya sola a Caithness? —se acercó a la cama con los ojos muy abiertos y él frunció el ceño.

—¿A Caithness?, ¿por qué a Caithness?

—No me acabas de decir que se fue de vuelta a casa.

—A su casa de Londres, en el Palacio de Whitehall, ella jamás ha ido a Caithness, mucho menos a Sinclair Girnigoe.

—¿Nunca ha ido a Sinclair Girnigoe? —Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y se acordó de lady Moira.

—No, ¿por qué?

—Por nada.

—Porque su distinguida madre, milord —intervino Beth muy seria— nos echó a la calle en plena noche, con su hijo, que no era más que un bebé, porque, según le aseguró a mi señora, la princesa real llegaba al castillo al día siguiente y no quería que se la cruzara por un pasillo...

—¡Beth! —Rosslyn la regañó, pero ella siguió hablando.

—No quería que supiera que mi señora, que para su santa madre no era más que una campesina ignorante, había estado casada con usted y tenía un hijo suyo.

—¡Beth ya está bien!, calla de una vez o...

—Es la pura verdad, eso nos dijo la condesa y a mí no se me olvida.

—¿Eso dijo mi madre?

—Se lo juro por Dios, milord.

—Rosslyn... —la miró con congoja, pero ella le dio la espalda dejando a Brandon en el suelo.

—El pasado es pasado. Bran, mi amor, por qué no juegas un rato con tu

caballito de madera y se lo enseñas a tu padre ¿eh?

—Señora... —Beth le habló con un tono mucho más suave, y Rosslyn la miró acribillándola con los ojos negros— no me podía callar más. Discúlpeme.

—¿Por qué no bajas y le pides al jardinero unas flores?, así podremos alegrar un poco esto.

—Claro, milady —salió a la carrera y ella respiró hondo admirando la enorme habitación.

—Vaya por Dios, qué grande y lujoso es todo esto.

—¿Mi madre te maltrató de esa manera y no me dijiste nada?

—Déjalo ya, James, pasó hace años.

—No me digas que lo deje porque... —intentó incorporarse, pero las costillas rotas se lo impidieron y soltó un quejido profundo. Rosslyn corrió a su lado y lo ayudó a acostarse sobre las almohadas— tenías que haberme buscado, tenías que haberme dicho algo.

—No era el momento, ya estaba todo acabado y solo necesitaba salir de allí.

—Tú eras mi esposa —estiró la mano y le acarició la mejilla con un dedo.

—En ese momento ya no... —se apartó y forzó una sonrisa— No me gusta hablar de aquello.

—Lo siento tanto, Rosslyn. Mírame —ella lo miró a los ojos y vio que los



tenía llenos de lágrimas— ¿Cuántos desplantes de mi madre me ocultaste?, ¿cuánto daño te hizo sin que me dijeras nada?, ¿eh?, ¿por qué no confiabas en mí? Yo era tu marido.

—Solo éramos unos críos y, de verdad, por favor, no me gusta hablar de aquello.

—Yo no era un crío, era tu marido y tu responsable allí, no debiste ocultarme lo que estaba pasando.

—Tú dices que no eras un crío, pero lo eras, y yo mucho más, así que dejémoslo correr. ¿Quieres comer algo?

—¿Por eso no me querías?, ¿por culpa de mi madre?

—¿Pero qué estás diciendo? —se echó a reír y se alisó la falda— ¿el doctor te ha dado mucho whisky para el dolor?

—¿Por qué nunca me quisiste?

—Claro que te quería, tú eras el chico más deslumbrante de toda Escocia y yo solo tenía doce años cuando nos prometieron, ¿cómo no te iba a querer?... y dejémoslo, creo que estás un poco conmocionado por las heridas.

—¿Me querías? —asintió, alejándose de él para mirar a Brandon— ¿y por qué demonios no me lo demostrabas?

—James, por favor...

—Yo estaba loco por ti, te amaba y me matabas con tu indiferencia... —soltó sincero y ella levantó la cabeza para mirarlo con el corazón encogido.

—¡Ya lo tenemos! — Ewan MacDougal entró de dos zancadas en el dormitorio y los miró indistintamente— el bellaco al fin ha cantado y nos ha dicho quién le pagó para liquidarte, amigo mío.

—Jonathan Murray —dijeron Rosslyn y James al unísono y Ewan sonrió.

—Exactamente, sir Jonathan Murray de Caithness.

## XXVI

Observó de reojo a la doncella que trataba de curar las heridas de James y respiró hondo intentando no intervenir, pero era muy difícil no hacerlo si esa pobre muchacha, de no más de quince años, no se atrevía ni a mirarlo a la cara. Esperó unos segundos viendo como cogía un trapo limpio con dos dedos y lo acercaba al hombro malherido cerrando los ojos y no aguantó más, se puso de pie, cruzó la distancia que la separaba del sofá dónde estaba sentado el enfermo y se hizo cargo de la tarea.

—Ya lo hago yo, Lucy, muchas gracias.

—No, milady, el doctor...

—No te preocupes, el doctor lo entenderá, sabe que me gusta hacer estas cosas. Puedes irte y llevarte la ropa sucia.

—Gracias, milady —le hizo una venia y desapareció. Rosslyn empapó el paño limpio en agua y se inclinó para limpiar el hombro desnudo con mucha atención. James se quejó un poco, pero no le hizo caso y siguió a lo suyo hasta que terminó, cambió de paño y se fue directo al corte que tenía en el párpado izquierdo.

—¿Qué? —preguntó al notar su mirada fija sobre ella.

—Solo te estoy mirando, Rosslyn.

—Muy bien, cierra los ojos. Estás mejorando mucho.

—Gracias a ti.

—No, gracias a los cuidados del médico.

—El niño ya se ha dormido, milady —Beth entró sin llamar y se le puso al lado.

—Muy bien, gracias, Betty, ahora ayúdame a vendar a lord James ¿quieres?

—Beth asintió y se afanaron en vendar el hombro recién curado y el pecho.

James dejó que hicieran lo necesario, sin rechistar, y cuando al fin acabaron, les regaló una sonrisa de agradecimiento. Ellas se miraron satisfechas y Rosslyn mandó a su doncella a la cama. Ya habían cenado y tras esa última cura, era momento de irse a dormir.

—Todos a la cama, incluido tú, James. Vamos.

—Oh Dios —se quejó poniéndose de pie y se abrazó a ella, que lo hizo andar despacito y lo ayudo primero a sentarse, y luego a recostarse en ese enorme y recargado lecho palaciego—. Mañana saldré a pasear al jardín.

—Si es lo que quieres, estupendo, pero aún es pronto.

—No tanto, ven... —la agarró por la nuca e intentó besarla. Rosslyn se apartó rápidamente y se puso las manos en las caderas— dame un beso.

—Si insistes en eso, mañana me vuelvo a casa.

—Sólo quería darte las gracias.

—No es necesario.

—Sí que lo es y no estés pensando en largarte, en este momento no es una opción viable.

—Ya estás mucho mejor.

—Hasta tu hermano sabe que es más seguro que os quedéis en Holyrood conmigo.

—Y llevamos cuatro días aquí, tal vez ya es hora de que me marche. Tienes a mucha gente pendiente de ti y yo tengo trabajo...

—¿Qué trabajo? —suspiró, admirando su vestido floreado de verano, su pelo oscuro sujeto con un moño muy sencillo, su cara libre de afeites y maquillaje,

y sintió otra vez ese deseo brutal que solo ella le despertaba. Carraspeó e intentó parecer atento y sereno.

—Mis caballos, mis negocios...

—Háblame de ellos, de tus caballos y de esos negocios.

Ella suspiró y se animó a contarle detalles de su yeguada, de sus cuadras en Kirkwall, de sus esfuerzos por mantener intacta la raza equina de las Tierras Altas y continuó hablándole de los afortunados tratos comerciales a los que había llegado durante la feria del ganado. Parecía entusiasmada, feliz, y él procuró prestarle atención, aunque no podía dejar de pensar en lo preciosa que era y en lo orgulloso que estaba de ella.

Desde que había llegado a Holyrood con Brandon, tras el ataque de esos estúpidos malhechores pagados por Jonathan, Rosslyn había cogido las riendas de la casa y de su recuperación con total naturalidad. En cuanto comprobó que la princesa Sofía había huido despavorida de Edimburgo, asumió las decisiones y las responsabilidades que correspondían a cualquier esposa normal y sensata, y se ocupó de él con el mimo y la atención que tanto necesitaba. En un santiamén se organizó con el médico para las curas, con el cocinero para las comidas, con el ayuda de cámara para mantener impoluta su ropa y su habitación, y con Ewan para garantizar su seguridad. Era firme, resolutoria e incansable, y tenía fascinado al personal de palacio casi tanto

como a él.

Desde primer día acordaron con Cameron Caird que lo mejor era que Rosslyn y su hijo se quedaran en Holyrood. Su antiguo cuñado, aunque lo odiaba abierta y ostensiblemente, estaba más preocupado por el bienestar de Brandon, así que no había puesto ningún impedimento en que su hermana y su sobrino alojaran con él, bajo el amparo de la guardia real, y eso le había permitido gozar de ellos como si de una familia normal se trataran. Rosslyn llevaba tres noches velando su sueño y por las mañanas, cuando lo dejaba desayunado y limpio, se iba a dormir a un cuarto anexo mientras Brandon y Beth le hacían compañía. Era un trato perfecto y que lo hacía inmensamente feliz.

La observó con atención y comprobó que se había sentado en una butaca con la labor entre las manos. Estaba cosiendo un kilt nuevo para su hijo, con un tartan Sinclair recién comprado, y se le llenó el corazón de ternura. Rosslyn era una gran madre para su pequeño, al que cuidaba personalmente, con mano firme y mucho amor, al que hablaba en un tono siempre sereno y cariñoso, y al que constantemente dedicaba toda su atención. Era la mejor madre para sus hijos, siempre lo supo, incluso cuando no era más que una cría seria y distante, allí en Sinclair Girnigoe, él siempre lo tuvo claro: Rosslyn Caird era la única mujer a la que quería ver como madre de su prole, solo a ella quería entregar su simiente y solo con ella

podía perpetuar su sangre y su apellido.

—¿James?

—¿Qué? —parpadeó y la miró a los ojos volviendo de golpe a la realidad.

—Tu hijastro, ¿qué edad tiene?

—¿Mi hijastro? —le costó situar ese término en su cabeza y se encogió de hombros— no lo sé, doce o trece años, me parece.

—¿No lo sabes?

—Ni idea, nunca lo he visto.

—¿Cómo...?

—Vive con la familia de su madre en Copenhague. Sofía nunca ha vivido con él.

—Vaya, qué duro.

—¿Duro?, ya te expliqué que ella no tiene mucho sentido común, creo que ni se acuerda de que tiene un hijo.

—Tal vez fue madre muy joven y...

—No, no tan joven, la primera sorpresa que me encontré tras mi boda fue enterarme que la princesa no tenía dieciocho años, como me habían contado, sino veintiocho. Tiene la mentalidad de una niña pequeña, pero es bastante mayor que yo.

—Que sea mayor tampoco tiene nada de malo —opinó muy seria, reprobando, como siempre, que hablara mal de su mujer.

—No tiene nada de malo, pero a mí me engañaron. Rosslyn escucha...

—No quiero oír nada más con respecto a tu esposa —tragó saliva— ¿por qué crees que Jonathan Murray ha intentado liquidarte precisamente ahora?, pensé que teníais un buen acuerdo con respecto al gobierno de Sinclair Girnigoe, eso me dijiste la otra noche.

—Obviamente no se conforma solo con el gobierno de Sinclair Girnigoe. Me ha vuelto a engañar... debí matarlo hace cuatro años, cuando pasó lo del oscuro asunto del divorcio, pero mi padre medió y me rogó que lo perdonara, en fin...

—Tu padre era un buen hombre, solo quería lo mejor para el condado. En mi casa sentimos mucho su fallecimiento.

—Cuando cayó enfermo volví a casa e hice oficial la existencia de Brandon —ella subió los ojos y lo miró con atención— en Londres ya lo había oficializado delante del rey, pero quise hacerlo público en todo Caithness, delante de mi gente, y se levantaron muchas ampollas. Había quién aún seguía creyendo que nuestro retoño era una niña, y pretendieron reprocharme el engaño, pero no lo toleré. Zanjamos rápidamente el asunto, publicamos el reconocimiento oficial, bajo el beneplácito real, de Brandon James Sinclair



como mi heredero al condado de Caithness, y mi padre murió con esa tranquilidad. Al menos antes de morir supo que tenía un nieto sano y fuerte perpetuando su estirpe.

—¿No lo supo hasta que enfermó?

—No, tú querías proteger al niño y... ¿qué ocurre? —escudriñó su preciosa cara y vio como se le tensaba la mandíbula— mírame y dime qué pasa, Rosslyn.

—No pasa nada.

—Te lo suplico, háblame, dime la verdad, estoy harto de que todo el mundo me engañe o me oculte cosas.

—Tu madre siempre supo que nuestro hijo era un niño, ella me lo dijo la última vez que la vi en Sinclair Girmigoe y creí que... en fin, pensé que había llegado a contárselo a la familia.

—¿Mi madre qué?

—Ella me dijo que no le interesaba mi hijo, porque quería que tu heredero fuera el primer varón que tuvieras con la princesa, y por eso me permitió salir del castillo.

—Jamás mencionó nada, mi padre y los demás nunca lo supieron.

—Bueno, mejor...—forzó una sonrisa y siguió cosiendo. James se incorporó un poco en la cama y se pasó la mano por el pelo comprobando, una vez más,

que la mayoría de su entorno lo tomaba por estúpido. Todo el mundo le mentía y le faltaba al respeto, pero eso se iba a acabar y cuanto antes mejor.

—Estoy harto de que todos me utilicen a su antojo, desde el rey a mi madre... no pienso tolerarlo ni un segundo más.

—No sé si todo el mundo te utiliza, pero estás en tu derecho de no tolerar nada que pueda causarte daño o disgusto.

—Hace cuatro meses, coincidiendo con la muerte de mi padre, solicité el divorcio de Sofía. Sí, no me mires con esa cara —ella se apoyó mejor en el respaldo de la silla, sin poder disimular su sorpresa—. Esa boda fue un teatrillo gestado por Jonathan, mi madre y los reyes, que estuvieron desde un principio encantados con la idea de poder colocar a Sofía con alguien como yo, al que, además, gustaban tener cerca. Me engañaron, me dijeron que mi nueva esposa era joven, encantadora y que estaba deseando instalarse en mi casa. Todo mentira, ni siquiera quiso visitar Sinclair Girnigoe.

—Mira, James, yo...

—No quiso visitar Escocia, no tenía ningún sentido del deber o la familia y yo no podía soportarla —siguió hablando sin hacer caso a su interrupción—. Los dos primeros meses de casados intenté ser un buen esposo, consumamos el matrimonio porque lo exigía la ley y poco más. Ella solo quería presumir de marido, colgada de mi brazo en las interminables fiestas de palacio, pero no

era ni medianamente consciente del significado del matrimonio, mucho menos de la maternidad, y desde un principio me negué, rotundo, a que ella pudiera llegar a ser (afortunadamente Dios no lo quiso) la madre de mis hijos. Así se lo manifesté a Jacobo al cabo del mes de convivir con ella, y él lo comprendió perfectamente, pero me pidió que guardara las formas. No quería disgustar a la reina Ana con un divorcio tan prematuro, sin embargo, me permitió abandonar la residencia conyugal y seguir con mi vida a mi manera, eso sí, cumpliendo de vez en cuando con mis deberes protocolarios como esposo de una princesa de Dinamarca, miembro de la familia real inglesa.

—Lo siento mucho —comentó sincera, sin poder imaginar lo que sería pasar de un matrimonio nefasto a otro. Sintió un pinchazo de culpa y bebió un poco de agua— creí que eras muy feliz con tu mujer y en Londres...

—Yo no estoy hecho para esta vida —hizo un gesto ostensible hacia el lujo que los rodeaba— yo soy de campo, de mi gente y, por supuesto, de Escocia. Tú deberías saberlo.

—Lo sé —bajó la cabeza y guardó silencio.

—Creo que en cuatro años juntos jamás habíamos hablado tanto —soltó con una sonrisa y ella se la devolvió sin decir nada— pero parece que tengo unas décimas de fiebre.

—¿Fiebre? —se levantó de un salto y se acercó para tocarle la frente. Él le

sujetó la muñeca y la pegó a su cuerpo para besarla— ¡James!

—Dame un beso, solo uno —la inmovilizó y la besó con la boca abierta, lamiendo sus deliciosos labios con ansiedad. La deseaba tanto que ni sus heridas, ni sus dolores podían frenarlo, y consiguió levantarla y acomodarla sobre la cama sin mucha dificultad. Se le puso encima y la miró a los ojos—. Haz el amor conmigo, Rosslyn, ante los ojos de Dios sigo siendo tu marido.

—Déjame o me pongo a gritar —habló muy seria y él bajó la cabeza y se le acurrucó en el cuello— James, por favor.

—Te quiero, siempre te he querido y sabe Dios que nunca podré dejar de hacerlo —susurró con una voz muy ronca y ella se estremeció entera, cerró los ojos y sintió como las lágrimas empezaban a mojarle la cara—. Estos años he simulado que podía vivir sin ti y que solo me interesaba Brandon, pero no es verdad. Os quiero a los dos, os necesito a los dos.

—Han pasado muchas cosas entre nosotros.

—Déjame subsanarlas, permíteme compensar todo el daño que te hicimos mi familia y yo.

—Todos nos hemos hecho daño aquí —él levantó la cabeza y la miró a los ojos— y no podría volver a pasar por eso.

—Si regresas conmigo, jamás volverá a pasar nada de eso.

—¿Regresar contigo?... creo que tu madre me mataría antes de dejarme volver a Sinclair Girnigoe.

—Ni tú ni yo somos ya unos críos y ahora yo soy el conde de Caithness y nadie, nunca más, tendrá ningún derecho a cuestionar mis decisiones ¿queda claro?

—Mira, yo... —quiso incorporarse y salir de allí, pero él deslizó la mano por debajo de su falda y le separó las piernas.

—Calla de una vez, sé que lo estás deseando tanto como yo.

—James...

—Calla, Rosslyn Sinclair.

Sintió sus enormes manos desnudándola con tanta propiedad, que paró de debatirse y solo atinó a dejarse llevar. No sabía si lo que iban a hacer era pecado mortal, seguramente iba contra todo lo humano y lo divino, pero no pudo evitarlo, tampoco quiso, y cerró los ojos sintiendo claramente como le hervía la sangre por todo el cuerpo, como sus entrañas lo deseaban con desesperación y, como siempre le había sucedido en el pasado, se abrió a él entera y sin ningún reparo.

Le acarició el pelo largo mientras él le atrapaba los pezones y los pechos con la lengua, y lo oyó suspirar con placer, justo en el momento en que palpaba su intimidad con los dedos y acto seguido la penetraba con energía, besándola y ronroneando contra su cuello, balanceándose dentro de su cuerpo con tanta pasión que no tardó demasiado tiempo en llevarla al

placer infinito. Ese placer que solía hacerla llorar de puro deleite, a la par que él la colmaba con su simiente, jadeando y repitiendo entre susurros miles de palabras que ella nunca había entendido bien, pero que allí, en Holyrood, hablaban de deseo, de añoranza y de lo mucho que la amaba.

—¿Dónde vas? —la llamó con la voz grave y ella lo miró sonriendo.

—Voy a ver a Brandon, está a punto de levantarse —se acabó de vestir y él estiró la mano.

—Ven aquí, déjame tomarte otra vez.

—¡James! —lo regañó y se sentó junto a una ventana para trenzarse el pelo— no hemos hecho otra cosa en toda la noche y se supone que estás convaleciente.

—Para hacerte el amor estoy en plena forma. Ven aquí.

—No, el palacio empieza a despertar y no quiero que me encuentren en la cama del marido de otra. Suficientes chismorreos ya levanta mi presencia por aquí.

—Vaya por Dios...

—Es cierto. ¿Por qué no duermes un poco?, en un par de horas hago que te suban el desayuno.

—Escucha con atención —ella se puso de pie con los brazos en jarras— esta mañana Ewan se marcha a Caithness, para apresar a Jonathan y llevarlo a

Londres. Este trámite me dará tiempo a recuperarme un poco más, pero antes de una semana espero salir yo también hacia la capital, dónde entregaré a mi cuñado delante del rey para que sea juzgado por traición e intento de asesinato en un tribunal de la corte.

—Bien...

—Schhh —le hizo un gesto para que guardara silencio— una vez allí me haré con los papeles del divorcio y me iré directo a Kirkwall para recogeros a Brandon y a ti, viajaremos juntos a Sinclair Girnigoe y nos casaremos otra vez delante de toda mi gente, ¿queda claro?, ¿Rosslyn? —Ella lo miró con los ojos muy abiertos y completamente desconcertada.

—¿No nos estamos precipitando?

—Llevo cuatro malditos años soñando con recuperaros y ahora ya no hay marcha atrás.

—Eso es, cuatro años divorciados en los que tú has estado casado con otra, no podemos echar todo al olvido y hacer como si nada hubiese pasado.

—¿Por qué no?

—Porque somos adultos y no podemos... yo nunca he hablado de reconciliarnos y casarnos otra vez.

—Con lo que ha pasado esta noche sobran las palabras.

—¿Cómo dices? —frunció el ceño y él sonrió, conciliador.



—Nos separaron mediante engaños y sí, antes no nos llevábamos bien, pero ambos hemos madurado y este reencuentro, estoy seguro, nos ha demostrado a los dos lo que sentimos el uno por el otro... además, tenemos a Brandon.

—Tengo que hablar con mi familia y necesito...

—¿Qué necesitas?, ¿no me quieres?, ¿no quieres vivir conmigo y con nuestro hijo en el hogar que nos corresponde?

—Tu madre no lo tolerará.

—Mi madre hará lo que yo lo ordene. No pienso pasar por alto, nunca más, ninguna de sus arbitrariedades, de sus maquinaciones o de sus impertinencias. Te lo juro por Dios.

—Tengo mi vida en Kirkwall, mi independencia. Tomo mis propias decisiones, he conseguido...

—Todo bajo la tutela de tu hermano.

—Y en Sinclair Girnigoe será bajo la tuya o, peor aún, bajo la tutela de tu familia.

—En Sinclair Girnigoe ejercerás como la nueva condesa de Caithness, tendrás tanta autonomía y poder de decisión como necesites. Me encargaré de que así sea, te doy mi palabra de honor.

—Ay, Señor...—bajó la cabeza pensando en lo que opinaría Cameron al respecto y un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo, subió los ojos y

miró los enormes y hermosos de James Sinclair que, como siempre, parecía tan seguro de todo.

—¿No me quieres?

—No es eso.

—Dime que me quieres.

—Te quiero —pronunció sincera y se acercó para besarlo fugazmente en los labios— pero no se trata solo de lo que queramos o sintamos tú y yo, hay mucha gente a la que afectarán nuestras decisiones, ¿no lo ves?

—Me importa una mierda el resto de la gente, solo me importan mi hijo y tú. Tenemos derecho a una segunda oportunidad, a estar juntos y a vivir de una maldita vez en paz.

## XXVII

Jonathan Murray se apoyó en la pared con una mano en el pecho y su mujer, una llorosa Jewellyn, lo miró con desprecio.

El único superviviente, al último y fallido ataque contra la vida de James Sinclair, acababa de llegar a Sinclair Girnigoe con las peores noticias. No solo habían fracasado en la empresa y perdido a casi diez soldados a

sueldo, sino que también el flamante conde de Caithness había conseguido apresar vivo a uno de los atacantes. Circunstancia que los dejaba ante la peor de las opciones posibles.

—¿Crees que hablará? —preguntó Jonathan con un hilito de voz.

—Ya lo habrá cantado todo, sir. Es un mercenario, no tiene porqué jugarse el pellejo por usted.

—¡Madre de Dios! — Jewellyn se desplomó en una silla e intentó recuperar la calma— ¿cómo salió mi hermano del ataque?

—No demasiado mal, ya sabe que es la mejor espada del norte, milady.

—¿Iba solo o con su mujer?

—Solo con dos hombres, Ewan MacDougal incluido. Durante la vigilancia comprobamos que no se ve apenas con su esposa, milady, dedicó todo su tiempo libre a su hijo.

—¿Qué hijo?, ¿el de la princesa?

—Un niño pequeño, muy parecido a él, que recogía a diario en la residencia de los Caird en Edimburgo, milady.

—¿Los Caird estaban allí?

—Lord Cameron y su preciosa hermana... —se atrevió a comentar el jovenzuelo delante de sus jefes, pero reculó en seguida y bajó el tono— la

madre del niño.

—¿Rosslyn Caird y su hijo con James?!

—Basta, Jewellyn, lo importante ahora es ver qué pasos debemos dar y con qué premura.

—¿No te das cuenta, verdad? —lo fulminó con la mirada— el idiota de mi hermano estaba negociando el divorcio con la danesa y ahora se encuentra con la estúpida mocosa Caird en Edimburgo, ¿no te parece demasiada casualidad?

—Estás especulando, James puede casarse con quién le de la real gana ¿por qué volver con Rosslyn?, a la que, según tú, apenas soportaba.

—Porque es la madre de su crío, su puto heredero, Jonathan. Cómo se le ocurra traerlos aquí, lo tenemos todo perdido.

—No, no creo —Murray calibró el panorama y reconoció que estaba bastante negro para ellos, pero debía calmar a su mujer y tomar decisiones rápidas—.

Olvídate de eso, ahora necesitamos centrarnos en lo importante.

—Y lo importante es tener claro que, como no te cargues al padre y al hijo en seguida, estamos vendidos. Espabila, Jonathan.

—Pero...

—Hay que interceptar a mi hermano en Edimburgo o dónde sea, antes de que quiera venir a Caithness para acusarte de algo.

—Acusarnos a los dos, no estoy solo en esto, querida.

—¿Qué insinúas?, yo soy la madre de tus hijos, tu deber es protegerme y mantenerme al margen.

—¿Ah sí?

—Por supuesto y ahora... —se puso de pie y miró al mercenario ese con autoridad— reúne a todos los hombres que puedas, pagaremos bien, pero solo si lográis matar a mi hermano y a su hijo antes de que decidan venir a Sinclair Girnigoe, ¿queda claro?

—Lo intentaré, milady.

—No lo intentarás, lo harás o yo te descuartizaré con mis propias manos.

—La gente, los hombres, temen a lord Sinclair, es un Ámharach...

—Es un hombre como cualquier otro, no seáis estúpidos.

—Tal vez, milady, pero no hemos conseguido liquidarlo.

—¿Liquidar a quién? —de pronto la voz de lady Moira Sinclair se oyó alta y clara en la biblioteca y los tres la miraron con cara de espanto— ¿de quién estáis hablando?

—De nadie, madre, solo de un delincuente que anda arrasando las granjas cercanas.

—¿Y tú de dónde vienes? —interrogó al jovenzuelo y él contestó sin levantar

la cabeza.

—De Edimburgo, excelencia.

—¿Y has visto a mi hijo, el conde de Caithness?. Estaba allí por la feria de ganado.

—Sí, madre, sí lo ha visto —intervino Jewellyn forzando una sonrisa— y nos trae noticias, pero será mejor que hablemos en privado.

—Adiós, Billy, seguiremos hablando en otro momento, pasa a las cocinas y que te den de comer —ordenó Jonathan al muchacho y después cerró la puerta a su espalda, mirando con cara de interrogación a su mujer.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Moira Sinclair y Jewellyn la obligó a sentarse.

—Tu hijo James, madre, que se ha pasado la feria del ganado con Rosslyn Caird.

—¿Qué?

—Lo que oyes, seguro que han sido la comidilla de todo Edimburgo. Mientras no se haga oficial su divorcio, sigue estando casado con una sobrina del rey.

—Pero...

—Estuvo con ella y con su bastardo, madre, créeme.

—No es su bastardo, Jewellyn, no hables así del hijo de tu hermano —la

condesa viuda se levantó y miró a su hija mayor frunciendo el ceño—. Es su primogénito legítimo y nos guste o no, su heredero, así que no voy a tolerar que...

—¿Y vas a tolerar que esa mocosa insolente vuelva a Sinclair Girnigoe y tome posesión de tu casa, de tu gente, y hasta de tus habitaciones, como la nueva condesa de Caithness?

—Ya veremos, James...

—James, que sigue siendo un imprudente, querrá traerla como su nueva mujer y le dará el sitio que él cree le corresponde... como si lo estuviera viendo

—bufó y se arregló el vestido— aunque en público se ignoraban, en privado fornicaban como animales cuando vivían aquí, no es ningún secreto, y seguro que lo ha vuelto a engatusar con esas mismas armas.

—¡Jewellyn! —protestó Jonathan muy azorado y ella lo miró levantando el mentón.

—Todos somos adultos y al pan, pan y al vino, vino. Esa muchacha le dio el hijo que la princesa Sofía no pudo darle, un crío que lo tiene embobado, estoy segura qué...

—Ya es suficiente —Moira los miró a los dos e hizo amago de abandonar la estancia—, no quiero oír ni una palabra más contra ese niño o contra su madre. Parecéis dos criadas ociosas hablando mal de James, que ahora es

vuestro señor. A lo mejor preferís abandonar el castillo y apartaros del nuevo conde y de la familia que decida traer a vivir con nosotros.

—No, condesa, yo...

—¡Calla, Jonathan y controla a tu mujer!

—¿Y qué pasa con la princesa, madre?... el rey...

—Esa mujer extranjera ni siquiera se dignó a visitar Caithness. En su boda no nos mostró el más mínimo respeto y encima era mucho mayor que tu hermano, nunca iba a concebir, mucho menos cuando él era incapaz de ponerle un dedo encima y, si no recuerdo mal, la idea de ese compromiso fue tuya, Jonathan, aunque sabías fehacientemente que estaba cimentado en mentiras y engaños, con el único propósito de atrapar a mi hijo en Londres.

—Milady, yo... —se puso rojo de vergüenza y bajó la mirada. Jewellyn lo ignoró y buscó los ojos de su madre.

—Eso no quita que el rey pueda sentirse ofendido.

—Me da igual lo que opine o deje de opinar el rey, él formó parte del engaño y lo sabe mejor que nadie.

—Pero se trata de su sobrina, de una princesa, madre, mi hermano no puede rebajarse a estar otra vez con la hija de los Caird, no puedes consentirlo.

—Rosslyn Caird nunca fue santo de mi devoción —soltó decidida a zanjar esa charla de una vez por todas— pero, además de ser hija de un aliado, de un



noble escocés fiel a nuestro clan, es la madre del hijo de James, del heredero legal a este condado, y no seré yo la que traicione a mi propia sangre escuchando vuestras cuitas. No sé lo que piensa hacer James, porque solo habláis de especulaciones, pero lo que sea nos tocará acatarlo y mejor será que os vayáis haciendo a la idea o ahí mismo tenéis la puerta...

—¡Madre! —exclamó Jewellyn completamente desconcertada, viendo como la condesa abandonaba la biblioteca y los dejaba con la palabra en la boca.

Buscó una silla y se sentó intentando recuperar el aliento—. Está claro que mi madre se ha hecho mayor, la muerte de mi padre la ha afectado mucho, ya no se puede contar con ella.

—Solo habla como corresponde a una viuda en su situación, no le queda más remedio que apoyar al nuevo conde y aceptar sus decisiones.

—Si alguien me hubiese dicho hace años que un buen día mi madre iba a ponerse de parte de Rosslyn Caird, lo hubiese mandado a ahorcar.

—Lo sé, pero ya la has oído y nosotros debemos ser consecuentes y actuar.

—¿Cómo?

—Debemos recoger nuestras cosas y marcharnos de Sinclair Girnigoe antes de que tu hermano aparezca por aquí acusándonos de su intento de asesinato.

—Esta es mi casa y tú un heredero legítimo al condado, nos ha costado mucho llegar hasta este punto y no pienso rendirme.

—Si ese mercenario dio mi nombre a James, Jewellyn, estamos perdidos. Hay que largarse cuanto antes y lo más lejos posible.

—¿Y a dónde?

—Al Nuevo Mundo, por ejemplo.

—¡¿Qué?!

—Podemos coger un barco en Edimburgo y empezar una nueva vida lejos de Escocia. Tenemos dinero suficiente para instalarnos en las colonias.

—No —se levantó y caminó hacia la salida— primero veremos qué pueden hacer los amigos de Billy Jones, a lo mejor al fin consiguen acabar con James y su hijo y, de paso, con nuestro problema. No claudicaremos tan pronto, aún tenemos opciones para salir airosos.

—Te equivocas, Jewellyn.

—Pues vete y a mí me dejas en paz, al fin y al cabo, tú eres el único responsable aquí de contratar mercenarios para intentar acabar con la vida de mi pobre hermano.

Jewellyn, susurró Murray viendo desaparecer a su esposa entre el bullicioso sonido de sus faldas. Miró el enorme escritorio que presidía la biblioteca, el mismo donde su apreciado suegro había trabajado día tras día durante años, y no le costó nada imaginarse a James Sinclair sentado allí, tomando decisiones, dando órdenes y prescindiendo completamente de su

ayuda. Ignorándolo, si con algo de suerte no lo mataba antes.

Recogió sus cosas: sus papeles, su pluma y su sello, respiró hondo, echó un último vistazo al lugar y finalmente salió sin hacer ningún ruido.

## XXVIII

Ewan MacDougal entró al galope en Sinclair Girnigoe, precedido por el inconfundible sonido del cuerno del vigía, y seguido por cuatro hombres bien armados. Desmontó su caballo de un salto, saludó a su padre con un abrazo y antes siquiera de ver a su esposa e hijos, se encaminó dentro de las dependencias privadas de la familia Sinclair para buscar personalmente a Jonathan Murray, un tipo al que, por cierto, nunca había mirado con muy buenos ojos.

Sin pedir la venia de nadie, que para eso llegaba en nombre del mismísimo conde de Caithness, entró en la biblioteca, en el comedor, en el gran salón, en las cocinas y subió a los dormitorios principales llamando a Murray a gritos, pero el muy bellaco no apareció. Regresó sobre sus pasos, rodeado por un enjambre de asustadas doncellas, y antes de salir camino de las cuadras, Jewellyn Sinclair Murray en persona lo hizo detenerse.

—No está aquí —susurró con un hilito de voz y ahogando un sollozo— anoche mismo desapareció con sus cosas.

—Si estás intentando esconder a tu marido, Jewellyn, se te puede acusar de complicidad en un acto de traición contra tu hermano.

—Yo no escondo a nadie, Jonathan me abandonó, a mí y a mis hijos, y no sé dónde está.

—Me parece muy extraño.

—Es la verdad... ¡Madre! —llamó viendo llegar a la condesa y se limpió los lagrimones— habla tú con Ewan, dile que no miento.

—¿Qué te trae por aquí, Ewan?, ¿dónde está mi hijo? —Moira Sinclair miró al mejor amigo de James con serenidad y esperó con calma a que sacara de su sporran dos cartas rematadas con el sello Sinclair.

—James se quedó en Edimburgo, recuperándose del último atentado contra su vida, excelencia. Está bien, a salvo y le manda estas dos misivas, una de ellas, como puede comprobar, manifiesta su deseo expreso de que aprese y traslade a Jonathan Murray inmediatamente a Londres, para que sea juzgado por un tribunal de la Corte —suspiró y miró a Jewellyn de reojo— acusado de traición.

—¿Traición?

—Sir Murray pagó a diez mercenarios para intentar matar al conde, milady,

uno de sus esbirros lo confesó todo y creemos, además, que no es la primera vez.

—¿Cómo te atreves? — Jewellyn saltó ofendida, pero su madre la hizo callar levantando un solo dedo.

—¿Han intentado matar otra vez a mi hijo?, ¿y cómo se encuentra?, dime la verdad, Ewan.

—Solo sufrió golpes, milady, nos defendimos bien. Tiene un par de costillas rotas y algún rasguño serio, pero ya sabe cómo es, fuerte como un toro. En un par de días estará como nuevo.

—¿Y quién lo cuida?, ¿lo has dejado solo?, ¿dónde está su mujer?

—La princesa se marchó de Edimburgo en cuanto se enteró del ataque, milady, ni siquiera se interesó por el bienestar de su marido.

—¡Santa madre de Dios! —la condesa viuda respiró hondo y se puso la mano en el pecho—. Esa mujer no tiene perdón de Dios.

—El divorcio ya es un hecho, en la segunda carta, James le explica las novedades.

—¿Y cuando viene a casa?

—Primero quiere entregar a Jonathan Murray, milady, en Londres y delante del rey.

—Pues lamentablemente no está, mi hija no miente, huyó anoche y se llevó dinero y muchos documentos, abandonándola a ella y a sus cuatro hijos a su suerte.

—No sabemos si ha huido, madre, tal vez...

—Tal vez ha sido más listo que todos nosotros e intuyó que lo venían a detener, por cierto —Moira buscó los ojos de su hija y ella le sostuvo la mirada sin parar de llorar— ¿quién era ese muchacho con el que hablabais ayer en la biblioteca?, ¿no venía de Edimburgo?

—Era un paje, conocía a Jon de la capital y pasó a saludar, no sé nada más.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Ewan MacDougal.

—William, Billy algo... no estoy segura, jamás lo había visto.

—Estuvo almorzando en las cocinas —intervino Jenny, una de las doncellas, y todos le prestaron atención— dijo que se llamaba Billy Jones, que se ganaba la vida gracias a su espada y que pronto tendría que volver a Edimburgo.

—¿Estás segura, Jenny?

—Claro, era muy hablador.

—¿Y dónde dijo que vivía?

—No era de Caithness, pero dijo que se quedaría unos días en el pueblo, porque tenía que cerrar un negocio.

—¡Monroe y Peterson!, id al pueblo y localizad al tal Billy Jones, seguro que algo sabe de Murray y del ataque al conde, ¡vamos! —Ewan ordenó a sus hombres, se volvió hacia la condesa y le hizo una venia— si me lo permite, excelencia, voy a saludar a mi familia. Pasaremos la noche aquí, pero si no localizo a Murray en veinticuatro horas, me voy a Londres para encontrarme allí con James.

—Por supuesto, hijo, haz lo que tengas que hacer.

—Gracias, milady.

Moira Sinclair observó a Jewellyn, que parecía realmente abatida por los últimos acontecimientos, pero no quiso hacerle demasiado caso. Ella apenas toleraba a su yerno, que era débil y rastrero. Durante años había hecho causa común con él porque se trataba de un tipo muy servicial y manejable al que había utilizado muchísimas veces, e incluso le había salvado el pellejo delante de su marido cuando pasó lo del dichoso divorcio de James con la Caird. En ese momento intercedió por él porque le interesaba apartar a esa muchacha de su casa, pero pasados los años, había asumido que había sido una decisión equivocada, una de las peores de su vida, y que había terminado dañando a quién ella más quería, a su amado Jamie, que no había levantado cabeza desde entonces.

Ahora, con su marido muerto, James, flamante conde de Caithness, al

fin había decidido subsanar la otra pésima decisión auspiciada por Jonathan Murray, su absurdo matrimonio con esa princesa extranjera que ella había llegado a admirar antes de conocerla, aunque una vez vista, la realidad casi la mata de la preocupación. La tal Sofía era una niña malcriada embutida en el cuerpo de una mujer inmadura e inútil, que se había encaprichado de su hijo, casi tanto como el rey Jacobo, y que había acabado por amargar la injusta existencia de Jamie lejos de casa.

A Dios gracias, no había mal que durara cien años y el divorcio ya era casi un hecho, y él podría regresar a Sinclair Girnigoe cuanto antes para cuidar de su gente y su condado, tal vez para instalarse allí, al fin, junto a su hijo Brandon, al que adoraba y al que iba a ver a Kirkwall siempre que podía.

James amaba profundamente a ese niño, que cumplía cuatro años en diciembre, todo el mundo lo sabía, él no disimulaba su devoción por el pequeño que, le había contado Ewan, era idéntico a su padre. Estaba decidido a criarlo a su manera, para convertirlo en un digno heredero de Caithness y seguramente, por esa razón, el envidioso y peligroso Jonathan Murray había intentado asesinarlo.

—Tenemos noticias de lord James —dijo, entrando en el gran salón dónde a esas horas cenaban los más cercanos, incluidas su hija Jewellyn y sus dos nueras viudas, Faith y Gwen. Enseñó el pergamino escrito por su hijo y se sentó a la cabecera de la mesa principal—, dice que en cuanto acabe unas



gestiones en Londres, vuelve a casa para quedarse y, lo más importante, lo hará con su hijo Brandon y con Rosslyn, con la que piensa volver a casarse en cuanto cierre lo de su divorcio.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Faith y Moira observó la cara de fastidio de Jewellyn, pero no le dijo nada.

—¿Y cuándo será eso, milady?

—Lo antes posible y quiere casarse aquí, así que habrá que ir pensando en los preparativos de la boda.

—¿Y qué edad tiene ya su nieto, excelencia?

—Cumple cuatro años a finales de diciembre, Jamie dice que es un niño fuerte y muy guapo.

—Siendo su hijo, no me extraña.

—¡Condesa! —la voz de Ewan MacDougal interrumpió la charla y se acercó a la mesa muy serio— mis hombres localizaron al bellaco, el tal Billy Jones. Nos ha dicho que Jonathan Murray lo contrató a él, y a diez como él, para atentarse contra James Sinclair en Edimburgo y que ahora le había ordenado reunir a otros tantos mercenarios para liquidar no solo al conde, sino también a su hijo, antes de que lleguen a Sinclair Girnigoe.

—¡Santa madre de Dios! —se oyó un murmullo por todo el gran salón y Jewellyn se echó a llorar muy compungida.

—Y hay otra cosa más... —miró a la familia y suspiró— todo apunta a que Murray a huido camino de las colonias, al Nuevo Mundo, y que pretende hacerlo desde Londres, así que esta misma noche nos vamos a la capital, para intentar atraparlo antes de que se suba a un barco.

—Coge a ese maldito malnacido, Ewan, y te compensaré personalmente con todo lo que me pidas.

—No hace falta, excelencia, solo hago mi trabajo y bien sabe usted que James, para mí, es más que un hermano —miró a Jewellyn con los ojos entornados, luego hizo una venia y desapareció.

## XXIX

### **KIRKWALL, ESCOCIA, AGOSTO, 1615**

Estaba nublado y amenazaba lluvia, pero la temperatura era muy agradable. Rosslyn Caird miró al cielo y respiró hondo, intentando superar ese mareo tan desagradable que le embotaba un poco los sentidos, llegó a una de las caballerizas y llamó al mozo responsable para repasar con él las tareas del día.

Habían regresado de Edimburgo a primeros de mayo, estaba

terminando el mes de agosto, y aún no conseguía ponerse al día con el trabajo. Afortunadamente, había conseguido vender todos sus ejemplares en la feria de ganado, su trato con la corona los había convertido en la yeguada más famosa de Escocia, estaban muy satisfechos, pero, continuaban retrasándose con la entrega de algunos animales a sus nuevos dueños y esa circunstancia la tenía al borde de la desesperación. Miró su libro de cuentas y buscó una pared para apoyarse.

—¿Ya está preparada la partida para Glasgow, Ben?

—Sí, milady, sin problema.

—Me llevas diciendo eso desde hace un mes.

—No se preocupe, salen mañana o pasado.

—No, pasado no, mañana como muy tarde o me buscaré a otro encargado más responsable.

—Milady...

El mozo levantó los brazos simulando estar muy ofendido y ella lo miró ceñuda, se enderezó e intentó volver a hablar, pero no pudo, porque unas náuseas implacables la atacaron sin piedad y tuvo que correr hacia la parte trasera del establo para vomitar.

Aquel malestar iba a acabar con ella, pensó, sin poder contener las arcadas y se pasó un buen rato devolviendo hasta que consiguió serenarse un

poco, se sentó en una piedra lisa, se tapó la cara y retomó su pensamiento más recurrente: James Sinclair.

Hacía cuatro meses que no sabía nada, en absoluto, de él. En Edimburgo habían pasado una semana entera juntos en Holyrood, con la excusa de su recuperación y, sobre todo, por la imperante necesidad de mantener a Brandon protegido. Ese motivo la había llevado a quedarse en el palacio real sin protestar, procurando cuidar de él, pero había acabado no solo velando por su salud, también había acabado durmiendo en su cama y compartiendo una intimidad que nunca había pensado volver a retomar con nadie, mucho menos con su antiguo marido que, oficialmente, seguía casado con la sobrina del rey.

A pesar de todo, aquellos días habían sido como un milagro. Brandon había estado encantado de pasar tanto tiempo con sus padres, los tres juntos, y ellos habían sido felices de poder compartir a ese hijo que tanto querían durante horas y sin ningún conflicto.

Cameron, a pesar de sí mismo, había accedido por la seguridad del niño a dejarlos en paz en Holyrood, y esa licencia la había llevado a perder la cordura, la memoria y hasta el sentido común en brazos de James, que hablaba de amor y de futuro con la misma seguridad con la que hablaba de todo lo demás. Lógicamente había madurado, había cambiado muchísimo, ella pudo comprobarlo, pero en el fondo seguía siendo el mismo chico

arrogante y obstinado que reinaba en Caithness, o por dónde pasara, decidido a hacer siempre su santa voluntad, pesara a quién pesara.

—En un mes voy a recogeros a Kirkwall —le dijo la última mañana que despertaron juntos— mi familia está avisada de nuestro regreso a casa y de nuestra boda y...

—Primero tendrás que solucionar lo del divorcio, James, no te precipites, no tengo ninguna prisa.

—Yo sí la tengo.

—Bueno, pero...

—¿No quieres volver a casarte conmigo?

—No es eso.

—¿Qué es? —le sujetó la cara y le impidió salir de la cama— ya te he dicho que en Sinclair Girnigoe podrás seguir dedicándote a lo que quieras, a tus caballos, a tus negocios... no pienso impedir que mi mujer me haga rico —le sonrió con esos ojos de ensueño y ella asintió.

—Es una promesa y espero que la cumplas o me largaré con mis cosas a otra parte.

—No volverás a alejarte nunca más de mí, Rosslyn Sinclair —le susurró inmovilizándola contra el colchón— a ver si vas haciéndote a la idea de una vez.

—No estés tan seguro —bromeó y le acarició el mentón perfecto y cubierto por una sombra de barba—. Debería levantarme, hay que terminar de hacer tu equipaje.

—Óyeme —la besó y pegó la frente a la suya— antes de salir hacia Londres hablaré formalmente con tu hermano, le voy a manifestar mi intención de ir a buscaros a Kirkwall durante el mes de mayo.

—Creo que yo debería hablar primero con él.

—No, soy yo el que le tiene que proponer un nuevo acuerdo de compromiso y la fecha de la boda. Le diré que nos casaremos en Caithness en junio, seguro que se llevará una alegría —soltó una carcajada suave y Rosslyn movió la cabeza.

—Eres muy injusto con Cameron.

—No es mal tipo, pero me odia y el sentimiento es mutuo.

—Y eso no es algo que me haga muy feliz... en fin, debo vestirme.

—Dime que me esperarás.

—Te esperaré.

—Antes que te des cuenta volverás a ser mi esposa, Rosslyn, y empezaremos a criar muchos hijos sanos en Sinclair Girnigoe.

—Claro —le sonrió, se perdió en su mirada y no supo nada más.

Después de aquello la charla entre James y Cameron había sido corta y muy tensa, su hermano no se fiaba de su antiguo cuñado, aunque fuera el nuevo y cabal conde de Caithness, y se había negado en redondo a firmar un acuerdo de compromiso mientras no tuviera delante sus papeles oficiales del divorcio. James había partido hacia Londres indignado y ella hacia Kirkwall bastante confusa, maldiciendo una vez más su condición femenina. No importaba si tenía casi veintiún años, un hijo y un próspero negocio ganadero, no, nada de eso importaba porque se trataba de una simple mujer y no tenía ningún derecho sobre sus decisiones, su futuro o sobre su propia vida.

—¿Náuseas matinales otra vez? —la voz de su hermano le llegó por la espalda y ella se incorporó limpiándose la boca con un pañuelo.

—Sí, es horrible, ¿puedes traerme un poco de agua, por favor? —Cameron Caird agarró un odre de los que mantenían siempre llenos de agua dulce en las cuadras y se lo acercó muy serio.

—¿Cuántas faltas tienes? —soltó de golpe y ella se sonrojó hasta las orejas—. Calculo que cuatro por lo menos.

—¿Cómo dices?

—No te hagas la inocente conmigo, no soy ningún idiota y he tenido cinco hijas. Sé sumar dos más dos.

—Mira, yo...

—¿Te forzó?, ¿ese hijo de puta te forzó? —dio un puñetazo contra el establo y ella saltó—. Sabía que no debía dejarte sola con él en Holyrood, lo sabía, otra vez nos ha faltado al respeto, pero ahora no se irá de rositas, no, voy a llamar al alguacil...

—No me forzó, Cameron— pronunció al fin, cuadrando los hombros.

—¿Qué?, no lo protejas.

—No lo protejo, estoy diciendo la verdad.

—¡Dios bendito! —exclamó su hermano escudriñando sus ojos negros— ¿te acostaste con él consintiéndolo?, ¿es eso verdad?... ¡mírame, Rosslyn!, ¡maldita sea!

—No te voy a mentir, aunque...

—Hubiese preferido que te forzara —espetó indignado y ella lo miró sintiendo como las lágrimas le subían por la garganta—, al menos habríamos tenido una salida más digna.

—Nos vamos a casar —se le ocurrió decir en medio del desconcierto y su hermano la acribilló con la mirada.

—Siempre creí que eras una joven lista y responsable, pero visto lo visto... eres tan idiota como todas las demás.



—No me hables así.

—Ese imbécil te humilló y te ignoró como le dio la gana mientras fuiste su mujer, permitió que su madre te despreciara y tuve que traerte enferma y a punto de dar a luz a Kirkwall porque en su casa nadie te quería cerca

—levantó una mano para hacerla callar y se puso en jarras—, consintió un divorcio cuando acababas de parir a su hijo y cuando mi padre intentó subsanar el embrollo, te echaron a patadas de Sinclair Girnigoe. Llegaste aquí sola y destrozada, con dieciséis años y un niño de pecho, mientras él se casaba con otra en Londres... no me digas cómo puedo o no puedo hablarte.

—Cameron...

—¿De verdad crees que James Sinclair va a casarse otra vez contigo?

—Tú no quisiste sellar el compromiso.

—Porque era papel mojado.

—Eso no es cierto.

—¿A estas alturas aún confías en su palabra?. Piensa un poco, Rosslyn, dijo que venía a buscaros en mayo, estamos acabando el mes de agosto y ni siquiera te ha mandado una triste carta.

—Tenía muchas gestiones que llevar a cabo en Londres.

—Cómo estar con su mujer y con el rosario de amantes que dicen, tiene bajo el amparo del mismísimo rey Jacobo —bufó, sonriendo—. Yo sí me informo

sobre su vida, porque para desgracia nuestra sigue siendo el padre de Brandon, y te lo aseguro, hermanita, James Sinclair tiene mucho mejores cosas que hacer en Inglaterra, que pensar en volver aquí para casarse contigo. No seas ingenua.

—Está bien, seguramente tienes razón, pero...

—No lo concibo, no me cabe en la cabeza que te hayas olvidado de todo lo que ese individuo nos hizo, a ti, a tu hijo y a nosotros, y te hayas metido en la cama con él. No puedo entenderlo y encima preñada —susurró con desprecio—. Vas a matar a nuestros padres del disgusto.

—No me he olvidado de nada, pero sabe Dios que la gente cambia, que existe el perdón. No espero que lo entiendas, Cameron, y comprendo tu enfado, estás en tu derecho y lo siento mucho, sin embargo, creo que nos merecemos una segunda oportunidad.

—Y podrás tenerla, pero no bajo mi techo.

—¿Cómo dices?

—Quiero que te vayas de mi casa, no voy a tolerar que avergüences y humilles a nuestra familia otra vez, ahora con este embarazo fuera del matrimonio. Ya es suficiente, te he ayudado en todo lo que he podido, te he acogido aquí, hemos cuidado y criado a Brandon como a un hijo más, pero se acabó... si vas a tener un bastardo de Sinclair, hazlo lejos de Kirkwall.

—Esta también es mi casa, padre...

—Padre te ha dado el amparo que cualquiera daría a una hija en tu situación, pero todo tiene un límite y acabas de superarlo decidiendo encamarte con James Sinclair. Si ya eres lo suficientemente madura como para tomar tus propias decisiones, podrás entender mi posición.

—Por supuesto —ahogó un sollozo tratando de no derrumbarse y se dio la vuelta para volver a la casa.

—Gracias a la asignación que te envían los Sinclair tienes una pequeña fortuna con la que poder empezar en otra parte, te la rembolsaré en su totalidad. Puedes trasladarte a Stirling con Cassidy o a casa de cualquier pariente lejano al que le pagues por tu manutención. También es factible arreglar inmediatamente un matrimonio con Henry MacKay, me pidió tu mano varias veces, lo sabes, y podrías salir de Edimburgo camino de las colonias enseguida, antes que tu preñez sea evidente.

—¿Y querrá casarse con una mujer embarazada de otro? —preguntó sin poder evitar el tono sarcástico y Cameron sonrió.

—Te aceptará mancillada e incluso a punto de dar a luz, Rosslyn, está loco por ti, deberías honrar un poco a tu familia y casarte con él. Podrás empezar de cero en Virginia, eso sí, Brandon se queda con nosotros.

—Brandon es mi hijo y va dónde yo vaya.

—A día de hoy, y mientras Anne y yo no tengamos un varón, sigue siendo mi heredero. Lo criaré con el esmero que se merece.

—También es el heredero legítimo de Caithness.

—Hasta que James Sinclair conciba un varón de sangre real.

—Sea como sea, no me iré sin mi hijo.

—Ya tienes otro hijo —le miró la cintura y luego desvió la vista— no seas egoísta y piensa un poco más en el futuro de Brandon.

—El futuro de Brandon está junto a sus padres.

—No se casará contigo, Rosslyn, no seas estúpida, si no ha venido en cuatro meses, después de haberte hecho Dios sabe qué en Holyrood, no vendrá jamás. Ya consiguió lo que quería, ya estará satisfecho y riéndose a nuestra costa en los salones de Whitehall...

—¿Cuándo quieres que me vaya? —interrumpió.

—Lo antes posible, no quiero que nuestros padres, mis hijas, mi mujer o nuestra gente, vean la evidencia de tus pecados.

No quiso oír nada más, giró sobre sus talones y caminó con energía hacia el castillo. Entró en la casa y subió a su dormitorio a la carrera, buscó el gran arcón donde guardaba sus objetos y documentos más preciados, palpó el compartimento secreto, lo abrió y sacó el oro que tenía escondido, lo contó con calma y calculó que podía partir inmediatamente hacia Edimburgo,

Londres o incluso a Caithness, para intentar encontrar a James. Podía hacer cualquier cosa, también viajar hacia el Nuevo Mundo y buscar el amparo de Henry MacKay, que era un buen amigo. Podía dejar su casa en seguida, y debía hacerlo, no pretendía avergonzar a nadie, ni ser una carga, y mucho menos discutir otra vez con su hermano, que no había hecho otra cosa que ayudarla esos últimos años.

Cómo bien le había recordado, gracias a la asignación que los Sinclair le mandaban puntualmente, era una mujer moderadamente rica, autosuficiente, y decidiera lo que decidiera hacer con su vida, y la de sus hijos, sabía que no les faltaría de nada. Era joven, capaz y muy lista, tenía dos manos para trabajar y el orgullo suficiente para salir a flote sin molestar nunca más a nadie, mucho menos a su familia.

—¿Qué hace, señora? —Beth la pilló intentando preparar el equipaje y se puso una mano en el pecho— ¿se ha peleado con lord Cameron?, hoy andaba muy raro.

—Me voy de viaje, Beth, ¿puedes ayudarme con los baúles?

—¿Se va con su marido... bueno, con lord Sinclair?, ¿ya ha aparecido?

—No, no ha aparecido y por esa misma razón debo marcharme.

—¿Por qué?

—Estoy embarazada —la miró a los ojos y la doncella se puso pálida— sé que

lo sospechabas, no disimules conmigo.

—Sí, pero... ¿por qué se va?

—Mi hermano no acepta mi nueva circunstancia, y tiene razón. Este hijo nacerá fuera del matrimonio, ni siquiera sé dónde está su padre, llevo cuatro meses esperándolo y, como dice Cameron, seguramente ya no vendrá a buscarnos. No vendrá porque no me quiere... —de pronto, sin saber cómo, se echó a llorar y Beth se acercó para abrazarla— si no estuvo conmigo cuando estábamos casados, ¿por qué iba a hacerlo ahora?, ¿eh?, ¿por qué?... y yo, yo no puedo seguir siendo una carga para mi familia y mucho menos con dos hijos.

—Dios bendito —la doncella la meció contra su pecho— no he conocido a nadie tan buena como usted, milady, y tampoco a nadie a la que la vida la tratara tan mal.

—Está bien —se apartó, se enjugó las lágrimas y volvió al equipaje— busca a Brandon y pídemme un carruaje, por favor, nos tenemos que ir cuanto antes.

—¿Qué le dirá a sus padres?, ni siquiera han vuelto de Dundee.

—Seguro que a mi hermano se le ocurre algo.

—¿Y adónde va?, ¿dónde lady Cassidy?

—No, no voy a ir a la casa de nadie.

—¿Y entonces a dónde? —Beth buscó sus ojos y Rosslyn le dio la espalda—.

Una dama no puede vivir sola.

—No te preocupes, Beth, me las arreglaré bien.

—Yo me voy con usted.

—Ni se te ocurra, ni siquiera sé dónde podremos vivir.

—Es igual, llevo cuidando de usted desde que era pequeña, y usted de mí. He ayudado a criar a mi señor Brandon y cuidaré de su nuevo hijo con el mismo gusto. No pienso dejarla sola.

—Beth... —la miró de frente y otra vez se puso a llorar.

—Venga, tranquila, no me llore tanto que no es bueno para su bebé. Voy a terminar el equipaje y a preparar el mío, la verdad es que me hace ilusión salir de viaje.

—No mientas.

—No miento, dónde vaya usted con mi niño, yo seré feliz.

XXX

James Sinclair respiró hondo y miró al cielo. Si no se agilizaba aquello pronto, sacaría la espada y empezaría a cortar cabezas, así de claro, seguro que nadie echaba de menos a esa pandilla de impresentables nobles

palaciegos.

Caminó unos pasos y llamó al chambelán con la mano, este le hizo una reverencia, pero acto seguido le dio la espalda y desapareció. Increíble. Miró a Ros, que iba muy elegante con su kilt nuevo y luego a Ewan, que parecía el más aburrido de los mortales, no en vano, llevaban cuatro meses perdiendo el tiempo en la corte.

Lamentablemente, su vuelta a Londres desde Edimburgo se había convertido en un viacrucis. En contra de lo que esperaba, sus heridas no se habían curado del todo en Holyrood y a mitad del trayecto le atacaron unas fiebres espantosas y unos dolores inhumanos, se le abrió la herida del hombro y su fiel escudero, Ros, decidió parar en Yorkshire para que lo atendieran en casa de su buen amigo, el honorable duque de York. Allí se pasó ocho días enteros seminconsciente y recibiendo los cuidados del médico del castillo, que consiguió reanimarlo, pero todavía tardaría otra semana más en poder montar y reanudar su viaje a la capital.

Cuando llegó a Londres ya estaban en la segunda quincena de mayo, se instaló en sus dependencias privadas de Whitehall y desde allí escribió a Rosslyn y a Cameron para contar sus novedades y anunciar su retraso, no podría llegar a Kirkwall según lo previsto y la boda se tendría que retrasar al mes de julio. Un verdadero fastidio del que, obviamente, no era responsable, pero que esperaba subsanar lo antes posible.



A pesar de añorar de manera brutal a Rosslyn y a Brandon, intentó centrarse y se concentró en los dos motivos que lo habían llevado de vuelta a Londres: apresar a Jonathan Murray y conseguir los papeles oficiales del divorcio. Ewan ya estaba en la capital cuando él consiguió llegar y le contó las novedades. Murray había huido de Sinclair Girnigoe abandonando a su mujer y a sus hijos y, según los testimonios de muchos allegados al castillo, la intención del bellaco era escapar hacia el Nuevo Mundo desde el puerto de Londres.

De ese modo se habían enfrascado en la dura tarea de localizarlo, para él estaba claro que su cuñado no había perdido el tiempo y que ya habría embarcado rumbo a las colonias, pero Ewan no opinaba lo mismo y llevaban muchas semanas vigilando el puerto y sus alrededores, hablando con prestamistas, marineros y soldados a sueldo a los que Jonathan había acudido para sobrevivir en su nueva aventura. El muy imbécil iba dejando pistas que pronto se convirtieron en falsas, jugando con ellos al despiste, haciéndolos parecer inútiles y frustrando bastante sus planes iniciales.

Y mientras el tiempo pasaba implacable en la absurda búsqueda de Murray, el rey retrasaba arbitrariamente sus papeles del divorcio. Antes de mandarlo a la feria de ganado de Edimburgo con Sofía, había dado por aceptado y finiquitado el asunto, le había prometido su libertad en cuanto regresara a Inglaterra, sin embargo, no estaba cumpliendo con su palabra y

dilataba el trámite por puro capricho, por divertimento, algo que él no pensaba tolerar ni un minuto más, mucho menos después de descubrir lo que estaba pasando a sus espaldas.

—Conde de Caithness, su majestad lo recibirá ahora —susurró el chambelán y él asintió siguiéndolo hacia el salón del trono.

—Ya veo que continuáis sumando quejas contra nosotros, mi querido amigo

—soltó Jacobo en cuanto lo tuvo en su campo visual. James le hizo una educada reverencia y luego apoyó la mano distraídamente en la empuñadura de su espada— no sabía que nos querías tan mal.

—Yo no os quiero mal a vos, majestad.

—Qué formal, está claro que estás muy enfadado, Sinclair —rio y su séquito con él.

—Cómo no estarlo, majestad, cuando, además de hacerme esperar aquí, dilatando sin ninguna necesidad mi divorcio de la princesa Sofía, me entero que ella y su gente han estado interceptando toda mi correspondencia, impidiendo de ese modo la comunicación con mi familia.

—¡Eso no es verdad! —la impresentable princesa hizo su aparición estelar junto al rey, empujando a su paso a varios cortesanos, y lo miró con cara de odio— ¡miente!, es un embustero, no tiene honor y se merece la horca, majestad.

—No miento.

—Solo quiere humillarme, todavía más después de pedirme el divorcio. Es un palurdo mentiroso y vengativo.

—Uy qué interesante —opinó el rey— noto mucha pasión. Creo que deberíais dejaros de sandeces y encerraros una buena temporada en el lecho nupcial, seguro que os acabáis entendiendo.

—Su alteza real —pronunció James con tranquilidad— ha estado robando mi correo, me ha dejado en una situación muy injusta de cara a mi familia y vos, majestad, me tomáis el pelo cuando sabéis, fehacientemente, por lo que he tenido que pasar estos últimos años. Vos me prometisteis el divorcio, sé que está firmado, y sé que cumpliréis con vuestra palabra de concedérmelo ya, como yo he cumplido con vos todo este tiempo.

—¡Mentiroso! —gritó Sofía levantando la mano con intención de abofetearlo, él dio un paso atrás y miró a Ros, que lo escoltaba en silencio a pocos pasos de distancia.

—Aquí están las cartas dirigidas a la madre de mi hijo y a su hermano, lord Cameron Caird, Ard Ghillean an-thighe de Kirkwall, majestad. Unas letras de trascendental importancia para mantenerlos informados de mi paradero —Ros le entregó las misivas y él se las enseñó al rey— y que mi gente encontró escondidas en el gabinete privado de la princesa.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Jacobo mirando de soslayo a su sobrina política— ¿qué has hecho, Sofía?

—Yo no he sido, fueron mis doncellas.

—Eso no es cierto, las propias doncellas han jurado ante Dios que solo cumplían órdenes de su señora.

—¡Mentira!, ¡mentiroso!, ojalá ardas en el infierno, tú, tu hijo y toda tu maldita estirpe.

—¡Calla de una vez, mujerona estúpida! —gritó de forma inesperada el rey y todo el mundo guardó silencio— ¡fuera de aquí!

—Tío... —masculló ella haciendo pucheros, pero Jacobo le dio la espalda, ordenando a los alabarderos que la apartaran de su vista.

—Lamento este inesperado suceso, Sinclair, espero poder enmendarlo.

—Sólo quiero mis papeles del divorcio y todo estará olvidado, majestad. Necesito viajar a casa lo antes posible.

—No hay mayor honor que complacer a tu rey, deberías quedarte.

—Y he tenido el honor de quedarme aquí con vos muchos años, Señor, incluso mientras mi mujer daba a luz a nuestro hijo en el norte o mi padre enfermaba en Caithness. Acabé casándome con vuestra sobrina y he cumplido con ella y con la corona a pesar de lo engañoso y erróneo que resultó ser este matrimonio. Ahora solo quiero regresar a mi hogar, con mi

gente, volver a casarme con mi primera mujer y criar en Sinclair Girnigoe a mis hijos. Sé que lo comprendéis perfectamente.

—¡Rufus! —llamó Jacobo al secretario real y chasqueó los dedos. El hombrecillo rebuscó en su cartapacio de cuero y finalmente sacó unos pergaminos, se los acercó y el rey se los puso a él en la mano— ya tienes tu maldito divorcio. Buen viaje, espero que sigas honrándome con tu amistad, conde.

—Por supuesto, majestad —se despidió con una venia e hizo amago de irse, pero antes de dar dos pasos, Jacobo volvió a llamarlo.

—¡Sinclair!

—Decidme, majestad.

—¿Qué fue de mi viejo amigo Jonathan Murray?, ¿te vas de Londres sin entregarlo tribunal de la corte como tenías previsto?

—Ayer consiguió embarcar rumbo a Virginia, majestad, nuestros contactos en el puerto nos alertaron cuando ya había marchado. Siempre supo sobornar muy bien a sus compinches.

El rey Jacobo sonrió y lo ignoró de inmediato, James Sinclair dio gracias a Dios por acabar al fin con aquello, miró a Ros y a Ewan y les hizo un gesto para salir de allí cuanto antes. Mandó al escudero a buscar el equipaje y se encaminó a las caballerizas con paso firme. Había que partir sin

dilación camino de Kirkwall.

\*\*\*

Entró en la propiedad de los Caird al galope y seguido por una comitiva de seis hombres, además de Ewan y Ros. Un grupo compacto y muy bien entrenado con el que había cruzado sin novedad el país y con los que pensaba escoltar a Rosslyn y Brandon de vuelta a Sinclair Girnigoe. Desmontó de un salto y saludó con una venia al castellano de su antiguo suegro.

—Vengo a recoger a lady Rosslyn y a mi hijo, señor Kirkpatrick. Alerte de mi llegada, por favor.

—Lady Caird no... —alcanzó a decir Leslie Kirkpatrick antes que el grito de su señor lo interrumpiera. James levantó los ojos y vio aparecer a Cameron Caird con la espada desenvainada.

—¿Qué demonios haces tú aquí, Sinclair?

—Vengo a buscar a mi familia.

—¿Ahora?

—Tengo una explicación.

—¿Ah sí?, ¿y no podías haber enviado una maldita carta con tu explicación?

—llegó hasta él y lo miró levantando el mentón—. Mi hermana y Brandon ya no viven aquí. Has llegado tarde.

—¿Qué?! —soltó una risa nerviosa y se volvió para mirar a sus hombres— no me mientas, Cameron, no te conviene jugar conmigo.

—¿No me conviene jugar contigo?, ¿cómo has hecho tú con mi pobre hermana?

—¿Pero qué demonios estás diciendo? —se atusó el pelo y luego se puso en jarras—. Anda, llama a mi mujer, nos iremos en seguida de aquí y no te importunaré más.

—¿Tu mujer?, que sepamos, hace casi cuatro años que Rosslyn no es tu mujer, ¿o te refieres a la princesa Sofía?, porque esa tampoco está por aquí.

—Basta ya, Cameron —respiró hondo y dio un paso hacia él— ya te advertí una vez que no me gustaría tener que matarte en tu propia casa. Llama a Rosslyn, por favor.

—Ya te he dicho que no está.

—Quiero hablar con tu padre.

—Ha salido.

—Bendito sea Dios —susurró y desenvainó la espada— ¿quieres pelea?, ¿es eso lo que quieres? ¡Quietos! esto es asunto mío —ordenó a sus hombres y miró a Cameron a los ojos—. Dime dónde está tu hermana, Caird, o te partiré en dos delante de su gente.

—Maldito hijo de puta —Bufó Cameron indignado, levantó la espada y antes

de poder tocarlo, James le bloqueó el ataque sin ninguna dificultad. Era más fuerte de lo que imaginaba, pero le dio igual y se lanzó ciego de ira contra él.

—¿Qué estáis haciendo?!, ¡parad!, ¡parad por el amor de Dios! —la voz de Alister Caird les llegó como de lejos, por encima del intenso sonido del acero, pero no le hicieron ningún caso y continuaron peleando hasta que el veterano Ard Ghillean an-thighe de Kikwall se interpuso entre los dos, seguido por su mujer y su nuera— ¡basta ya! Estáis en mi casa y os voy a apresar a los dos.

—Lo lamento, milord —James Sinclair se detuvo, le hizo una venia y rindió su espada al costado mientras Cameron bufaba rojo de ira— no era mi intención...

—¿Qué está pasando aquí?

—Sólo he venido a buscar a Rosslyn y a Brandon, cómo le prometí en Edimburgo, pero su hijo me la niega y...

—No te la niega, Rosslyn no está aquí, se marchó hace una semana y no sabemos exactamente a dónde —susurró Alison Caird con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí que lo sabemos, madre —espetó Cameron— se ha ido a las colonias para casarse con su prometido Henry MacKay.

—Eso no es verdad —James apoyó el peso en una pierna y se cruzó de brazos.



—Era la única salida digna que le quedaba después de que la sedujeras y mancillaras en Holyrood.

—¿Qué?! —sus padres los miraron con los ojos muy abiertos y Cameron guardó silencio— ¿qué estás diciendo, Cameron?

—Nada, padre. Lo único que tienes que saber es que este tipo hizo una falsa promesa de matrimonio a tu hija y cómo no la cumplió, ella tuvo que aceptar otra.

—Te ofrecí un acuerdo de compromiso y no lo aceptaste.

—Porque eres un hombre casado.

—Ahora ya no y he venido a buscar a Rosslyn para casarme con ella en Sinclair Girnigoe, tal como le prometí —sacó los papeles del divorcio y se los entregó a Alister Caird— Milord, he venido para cumplir con mi palabra.

¿Dónde está su hija?

—No lo sé, ni siquiera estábamos aquí cuando se marchó... —el hombre leyó los pergaminos y luego subió los ojos hacia su hijo mayor—. Todo este asunto del viaje de Rosslyn lo organizaste tú, Cameron, dile a James dónde está.

—Ya os lo he dicho, se fue a las colonias para casarse con Henry. Esperó durante cuatro meses alguna noticia de este impresentable y como no la tuvo, pues...

—¡Alto! —gritó el Ard Ghillean an-thighe al ver cómo su antiguo yerno se

lanzaba otra vez contra Cameron— No solucionaremos nada matándonos los unos a los otros.

—¿Desde dónde partía hacia el Nuevo Mundo?, ¿desde Londres? —interrogó James con el corazón latiéndole muy fuerte en el pecho. Aquella era la peor de las opciones y si era cierto, si de verdad Rosslyn y Brandon ya iba camino de las colonias, acabaría matando a alguien, empezando por ese cabrón que siempre lo había odiado y que nunca le había dado ni la más mínima oportunidad— ¡Habla, Cameron!

—No lo sé, no me lo dijo.

—No te creo.

—Me es igual si me crees o no.

—¿Por qué has dicho que tu hermana no tenía otra salida salvo irse de aquí para casarse con Henry MacKay? —preguntó lady Caird con un hilito de voz y tanto su marido como su hijo la miraron con los ojos entornados— dime qué diantres está pasando aquí, Cameron, ¡habla!, soy tu madre, a mí no me mientas.

—Nada, madre, no tienes de qué preocuparte.

—No me hables como si fuera idiota.

—Madre...

—Está en estado, Rosslyn está encinta —habló Anne Caird con calma y

Cameron la fulminó con la mirada— por eso se fue de Kirkwall, para no avergonzar a su familia.

—Dios bendito —Lady Caird sufrió un pequeño mareo y su esposo la tuvo que sujetar por los hombros.

—Lo estuvo esperando, milord —Anne ignoró la cara de su marido y habló directamente a James Sinclair— pero ya tenía cuatro faltas, pronto se le iba a notar lo del niño y Cameron... bueno, ellos decidieron que era mejor tenerlo lejos de aquí.

—¿Echaste a tu hermana a la calle porque está embarazada? —interrogó lord Caird y Cameron bajó la cabeza sin decir nada. Miró a Sinclair y comprobó que estaba completamente desconcertado—. Supongo que tú tienes alguna responsabilidad en todo esto, James.

—Es mi hijo, milord, aunque yo no sabía nada, me he pasado cuatro meses aislado en Londres.

—Mi pobre niña... —masculló Alison Caird entre sollozos, dio un paso al frente y empujó a su hijo por el pecho— ¿cómo has podido?, ¿por qué dejaste que se marchara así?

—Rosslyn es una mujer sensata, comprendió perfectamente que dar a luz a su bastardo en Kirkwall solo le acarrearía problemas, a ella y...

—Maldito cabrón —James Sinclair tiró la espada, dio un paso hacia él y le

propinó un tremendo puñetazo en la cara. Cameron Caird perdió el equilibrio y cayó al suelo sangrando por la boca— a mi hijo no lo llamas bastardo, condenado insensato, y da gracias al cielo de que no pueda matarte delante de tu mujer y de tus padres.

—Cameron —Anne se agachó para atender a su marido, James Sinclair recuperó sus papeles del divorcio y le dio la espalda a la familia para salir de allí antes de acabar cometiendo un crimen.

—¡James!, no te marches así, tenemos que hablar.

—No voy a matar a ese cabrón porque es su único hijo, milord, pero que sepa —miró al noble a los ojos— que esto no lo pienso perdonar.

—Siempre hemos sido aliados y, a pesar de nuestros conflictos familiares, nos hemos llegado a entender, hijo, espera...

—Cameron echó a su hermana embarazada a la calle, con un niño pequeño y camino de una boda que seguramente Rosslyn jamás quiso aceptar, dígame ¿qué puedo llegar a entender de semejante canallada, milord?

—Nada, pero estoy seguro que mi hijo ha actuado por el bien de la familia.

—Pues a partir de ahora que deje en paz a mi familia y se mantenga alejado de nosotros o, se lo juro por Dios, le cortaré el cuello. Adiós, milord.

Dejó a Lord Caird con la palabra en la boca, miró a sus hombres, sujetó las riendas de su caballo y decidió caminar con calma hacia la salida del

castillo. No podía ni imaginar dónde estaban en ese momento su mujer y su hijo, pero no pararía hasta encontrarlos. Ella estaría confusa y enfadada, seguramente se sentía abandonada por él, pero lo arreglaría, los encontraría y arreglaría semejante despropósito antes que fuera demasiado tarde. No le cabía la menor duda.

Elevó los ojos hacia el cielo, dio gracias a Dios por su nuevo hijo y, a pesar de las circunstancias, sonrió orgulloso, decidiendo sobre la marcha volver a Londres. Hizo amago de llamar a Ewan para informarle de sus nuevos planes, pero la vocecita de una mujer a sus espaldas se lo impidió, haciendo que se girara hacia ella con cara de pregunta.

—Milord, lord Sinclair, ¡lord James!

—¿Qué ocurre? —miró a la muchacha frunciendo el ceño y ella dio un paso atrás, roja como un tomate— habla, ¿qué quieres?

—Soy Liz, era la doncella de lady Rosslyn en Edimburgo, ¿no me recuerda, milord?

—¿Y qué necesitas, Liz?

—Lady Rosslyn se marchó hace cinco días, milord, e iba con Beth.

—Muy bien, gracias Liz.

—Y Beth me contó antes de irse, que la señora había decidido viajar a Edimburgo, dónde quería pensar tranquilamente en lo que haría después.

Prometí no decírselo a nadie, milord, pero bueno, ella lo estaba esperando a usted y...

—¿Estás segura de eso, Liz?

—Se lo juro por Dios, milord.

—Muchas gracias —buscó una moneda de oro en el *sporrán* y se la puso en una mano— bendita seas.

## XXXI

Salió de la fortaleza seguido por lord Balfour, que se había mostrado encantado de poder ayudar en la localización de Rosslyn y Brandon, y enfilaron camino de Holyrood en silencio. Según sus cálculos, ella llevaba al menos cinco días en Edimburgo y seguramente había tenido tiempo de dejarse ver o, peor aún, de haber conseguido un barco que la llevara a Inglaterra, para partir desde allí rumbo a las colonias.

Cada vez que pensaba en esa posibilidad se le contraía el estómago y le sudaban las manos. Rosslyn y su hijo camino del Nuevo Mundo, y ella para casarse con otro. Aquello representaba la peor de sus pesadillas y prefería no pensar demasiado o se volvería loco.

Respiró hondo y sin querer recordó su vida con Rosslyn en Caithness,

cuando habían tenido todo en su mano para ser felices y vivir en paz. Cuando lo único que importaba era cuidar de su gente, servir a su padre y retozar con ella en la cama noche tras noche, ajenos a las cuitas y los intereses que se cocían a su alrededor, sin embargo, todo se les había puesto cuesta arriba, y él tampoco había hecho nada por suavizar las cosas o poner un poco de cordura en su matrimonio, más bien todo lo contrario.

Las muertes de sus hermanos lo habían acabado colocando en una situación de importancia que jamás aspiró tener, de repente se convirtió en el nuevo heredero, con nuevos enemigos de los que defenderse y nuevas obligaciones que lo alejaron aún más de Rosslyn. Ya la tenía perdida cuando murió Andrew, cuando ella salió de Sinclair Girnigoe embarazada y a punto de dar a luz para volver con su familia, y esa evidencia, en lugar de empujarlo a luchar por ella, lo había frustrado lo suficiente como para dejarla escapar para siempre de sus manos.

Había sido un pésimo marido, un irresponsable y un egoísta, pero eso no volvería a pasar, nunca más, y dedicaría el resto de su vida a quererla y a cuidarla como se merecía... si Dios era misericordioso, claro, y obraba el milagro de hacerla aparecer delante de sus ojos otra vez.

—Nadie la ha visto por la Royal Mile —susurró Ewan saliendo a su encuentro— en la casa que suelen alquilar los Caird en Edimburgo no ha aparecido, tampoco en los alojamientos de esta zona.

—Seguramente estará cerca del puerto —opinó Balfour— los viajeros que aspiran a embarcar hacia las colonias suelen esperar barcos disponibles en los muelles. Hay mucha demanda de transporte y encima lady Caird sola y sin un hombre que responda por ella...

—Bueno, pues vayamos hacia el puerto —interrumpió a su amigo y miró a Ewan moviendo la cabeza— démonos prisa, por favor.

—James... —Ewan lo sujetó por el brazo y él lo miró ceñudo— tienes que prepararte para lo peor, Livingstone, el comerciante de paños de Abbey Hill, me ha dicho que cree haber visto a Rosslyn embarcando ayer o al menos, comprando sus billetes de salida. Hoy han partido dos barcos a primera hora y...

—Está bien, habrá que comprobarlo ¿no?

—Claro, pero no quiero que pierdas la cabeza si se confirma el peor de nuestros temores.

—¿Y qué quieres que te diga, Ewan? —Lo miró entornando los ojos, pero su amigo no reuló.

—Quiero que te prepares para lo que se nos venga encima y lo más importante, para regresar a Sinclair Girnigoe inmediatamente, al menos antes de que quieras salir corriendo detrás de tu mujer. Tienes obligaciones.

—Sé cuáles son mis obligaciones.



—Me sigue preocupando Jewellyn, sigo creyendo que estaba compinchada con su marido y que es más peligrosa que él. No puedes seguir ignorándolo, James. Tenemos que volver a casa.

—No es el momento, hermano... —le dio la espalda y Ewan bajó la cabeza, muy preocupado. Según Peter Livingstone, Rosslyn, su hijo y una doncella estaban en el puerto la víspera, con los baúles listos para embarcar. El comerciante juraba haberla visto marchar y esa posibilidad lo asustaba seriamente porque, si lo comprobaban, James Sinclair perdería la cordura definitivamente y querría partir detrás de ella sin pensar, ni por un momento, en Sinclair Girnigoe y en todo lo que aún tenían pendiente por resolver allí.

—Lo que tú digas, James.

\*\*\*

Como todos los puertos importantes, el de Edimburgo también era ruidoso, estaba atestado de gente y el caos parecía reinar por todos sus rincones. James Sinclair y su grupo recorrieron los muelles de arriba abajo, hablando con estibadores, marineros, oficiales y funcionarios, sin conseguir ninguna pista clara respecto a lady Caird, una joven dama que pretendía viajar al Nuevo Mundo con su hijo de tres años y una doncella de mediana edad.

Un trabajo bastante inútil porque nadie les prestaba demasiada

atención, respondían a sus preguntas sin mucho entusiasmo y cuando comenzaron a desesperar ante tanta desidia, y decidieron ofrecer una recompensa a quién aportara algún dato significativo sobre Rosslyn, la cosa se complicó y empezaron a recibir informaciones contradictorias que solo contribuyeron a alterar un poco más al conde de Caithness.

—¡Milord! —Ros lo localizó en medio de un mar de gente y James se giró hacia él muy serio— este hombre se llama Gerard Lynch, milord, y es de Kirkwall.

—Buenos días, lord Sinclair —susurró el hombre con el sombrero entre las manos.

—Buenos días.

—Habló con lady Caird varias veces estos últimos días, milord.

—¿Es eso cierto, Lynch? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sí, milord, conozco a lady Rosslyn desde que era una niña, desde antes que se fuera con usted a Caithness, y cuando nos encontramos aquí, me reconoció y me saludó muy amablemente, como siempre, milord.

—¿Y qué te dijo?

—Que estaba buscando barco para Virginia, en las colonias, milord, y como yo trabajo aquí, soy estibador ¿sabe?, la llevé a la oficina del señor Welsh para que le consiguiera unas plazas.

—¿Y dónde está ese tal Welsh?

—Aquí mismo, milord, en Leith. Si quiere lo acompaño a verlo.

—¿Y sabes cuándo tenía previsto partir lady Caird, Gerard? —lo interrogó Ewan MacDougal y el hombre asintió.

—Hoy por la mañana, milord.

—Gracias —susurró James con un nudo en el estómago, le dio una moneda y le hizo un gesto para que lo llevara a ver a ese tal Welsh.

—James... —balbuceó Ewan con cara de disgusto, intentando detenerlo, pero él no le hizo caso y caminó hasta el despacho de ese tipo con paso firme.

—¡Señor Welsh! —llegaron en seguida al cuartucho que servía de oficina a ese individuo y Lynch abrió la puerta de par en par dejándolos entrar— traigo una visita, señor, le presento a lord James Sinclair.

—Milord... —el hombrecillo se puso de pie de un salto y le hizo una tosca reverencia— ¿a qué debo el honor de su visita, excelencia?

—Estoy buscando a la madre de mi hijo, señor Welsh —contestó, mirando con algo de desdén el desorden que reinaba por allí, incapaz de imaginarse a Rosslyn negociando con ese tipo en un sitio tan sórdido— lady Caird, creo que usted le vendió unos billetes para viajar hasta Virginia.

—No sé —dio un paso atrás y apoyó la mano en su escritorio— la información sobre mis clientes es confidencial, milord.

—¿Cómo dice?

—Qué le des algo de oro, James, no perdamos más el tiempo, por favor

—Bufó Ewan y lord Sinclair acribilló al comerciante con los ojos claros. Este a punto estuvo de claudicar, pero se mantuvo en silencio y miró de soslayo su *sporrán*.

—De acuerdo —sacó una moneda de oro y se la lanzó, Welsh la agarró sin ninguna dificultad en el aire y lo miró con una sonrisa.

—La dama en cuestión compró tres billetes para viajar hoy en el Santa María, milord, partía a las siete de la mañana, pero finalmente no embarcó.

—¿Estás seguro?

—Vino a que le reembolsara el importe, milord, pero eso no se puede hacer ¿sabe? No fue mi culpa que decidiera quedarse.

—¿Y sabe dónde alojaba en Edimburgo? —intervino Ewan viendo la cara de alivio de su amigo.

—Cerca de Calton Hill.

Iban a pie, porque habían dejado sus caballos en las cuadras del castillo, no tenían ningún medio de transporte a mano, pero llegaron a Calton Hill enseguida. Enfilaron hacia la famosa colina a buen paso, para visitar la única posada decente que había por allí, pero antes de llegar, James vislumbró a lo lejos un tartan Sinclair. El rojo, el verde y el azul se le hicieron visibles con

claridad y comprendió en seguida, con el corazón latiéndole muy fuerte en el pecho, que no se trataba de un kilt, sino más bien de la típica pañoleta con la que se cubrían las mujeres Sinclair. Esa que Rosslyn, como todas las demás esposas del clan, solían ponerse sobre los hombros.

Hizo un gesto a sus hombres para que lo esperaran allí y subió corriendo el tramo de colina que le faltaba, con el alma en un puño, rogando a Dios porque fuera ella, y nadie más, la que estuviera allá arriba mirando la ciudad desde lo alto.

Alcanzó la cima en pocos minutos y entornó los ojos para poder localizarla. El sol de principios de septiembre brillaba con fuerza sobre sus cabezas y por un segundo se desorientó y no vio nada, pero no se rindió tan rápido, respiró hondo, intentando recuperar la calma, y dio unos pasos barriendo el lugar con la mirada. Había algunas personas paseando y las saludó con una venia antes de ver, al fin, la figura menuda y hermosa de una joven con su niño en brazos. Sin lugar a dudas era ella, y sintió un alivio tan inmenso por todo el cuerpo, que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Papá! —gritó de pronto Brandon al descubrirlo y se escurrió de los brazos de su madre para correr a su encuentro. Él se inclinó para abrazarlo y subió los ojos hacia Rosslyn, que lo miraba con cara de desconcierto.

—Hola, hombrecito, ¡cuánto te he echado de menos!... Rosslyn... —caminó

hacia ella despacio, y cuando la tuvo cerca, estiró la mano libre, la sujetó por la nuca y la abrazó contra su pecho. Ella soltó un sollozo ahogado y luego se echó a llorar sujetándose a su camisa con las dos manos—. Tranquila, ya estoy aquí ¿eh?, he venido a buscaros. Ya estoy aquí. Gracias a Dios que os he encontrado.

## XXXII

### **CONDADO DE CAITHNESS, ESCOCIA, OCTUBRE 1615**

¡Dios mío!, se sentó en la cama de un salto y se puso la mano en el pecho, miró a su alrededor y recordó en seguida donde se encontraba. Afortunadamente, solo había tenido un mal sueño.

Se relajó, se apoyó en la almohada y giró la cabeza para mirar a James, que dormía desnudo y a pierna suelta a su lado. Estiró la mano y le despejó la cara de ese pelo largo y caoba para mirarlo mejor, sonrió acariciándole las pestañas espesas, la nariz y los labios, se acercó y lo besó en la mejilla.

Gracias a Dios ya llevaban dos semanas de vuelta en Sinclair Girnigoe y, aunque nunca imaginó que un buen día se alegraría tanto de pisar Caithness, lo cierto es que se sentía dichosa de haber regresado, de estar a su

lado y de tener una segunda oportunidad con su familia.

Tras su milagroso encuentro en Edimburgo, por el que ambos seguían dando gracias al cielo, les había costado un poco recomponerse de tantos desencuentros y tanta angustia, pero ya lo estaban superando. Ella tardaría aún unos días más que James en asimilar los últimos acontecimientos de su vida, pero cada mañana se sentía un poco mejor y más confiada. Estaba olvidando, aunque le costaba dejar de pensar en ese instante crucial, cuando había tenido el futuro en sus manos, de pie allí, en el pantalán del puerto, dudando de lo que estaba haciendo, con Brandon y Beth a su lado, cada vez más tensa, hasta que una luz divina le iluminó el entendimiento y la empujó a retroceder, decidiendo en el último minuto no subir al barco camino del Nuevo Mundo. Había sido un verdadero milagro y se pasaría el resto de su vida agradeciendo a Dios por su amparo. Un amparo que le había permitido, solo unas horas después, abrazar a James en Calton Hill.

Tras el inesperado y feliz encuentro, James mandó un correo urgente a Sinclair Girnigoe para alertar de su inminente llegada, y un día después, ya descansados y más tranquilos, partieron camino de casa poniéndose al día de sus novedades. De ese modo supo que él había estado enfermo en York y que después la princesa Sofía había logrado interceptar su correspondencia en Whitehall, impidiendo su comunicación con ella y con Cameron. Un descubrimiento que había hecho Ros Clyne gracias a su prometida, una

doncella de la princesa que no había podido ocultar por mucho tiempo la canallada. Esa confesión había precipitado las cosas y la muchacha, que se llamaba Karen Adamsen, ya estaba en Caithness esperando al escudero y a salvo de la ira de su señora, que había intentado arrancarle la piel a tiras cuando se enteró que había sido ella la que había descubierto su delito.

También le habló de su tenso paso por Kirkwall, y ella guardó silencio, imaginándose el escándalo que había significado aquello para sus padres, y para Cameron, pero sin querer ahondar más en la cuestión y mucho menos en la decisión de su hermano de echarla de casa, empujándola a un matrimonio precipitado al otro lado del mundo con la única intención de tapar sus pecados. Cameron no había sido muy justo, ni muy generoso con ella en ese momento, pero ya lo había perdonado, solo había actuado como cualquier cabeza de familia en su situación, y tampoco quería alimentar la ira de James contra él, al contrario, su deber era suavizar tensiones y procurar reforzar la alianza que siempre había unido a sus respectivas familias. Eso era lo mejor para el clan y para ellos mismos, y no pensaba permitir que la sangre llegara al río. Eso jamás.

El bebé se movió sinuoso en su vientre y se acarició la tripa sonriendo y pensando de pronto en su suegra, lady Moira, que los había recibido en el castillo como si de la mismísima realeza se tratara.

Sinclair Girnigoe dio la bienvenida a su señor, y a su heredero, con los brazos



abiertos, música y muchas celebraciones, incluido un Torneo de Justa, una misa de conmemoración y una fiesta para todo el pueblo. En cuanto pusieron pie en tierra lady Moira abrazó a su hijo y a su nieto llorando, y a ella le dio dos besos diciéndole lo dichosa que se sentía de tenerla de vuelta en casa y con otro hijo creciendo en su vientre. Unas muestras de afecto de las que le costaba no dudar, pero que estaba intentando, con todas sus fuerzas, responder de la mejor forma posible.

—Tenemos todo preparado para celebrar vuestra boda dentro de dos semanas, hijo —les soltó junto al carruaje y a modo de saludo— vendrán familia y amigos desde todos los rincones de Escocia.

—Nada de eso madre, ¿dónde está el padre Catwell?

—Pues...

—Aquí estoy, milord —se apresuró a decir el clérigo apareciendo a su lado— qué alegría veros de nuevo en su casa, y también a usted, milady.

—Muy bien padre, abra la capilla, que nos casa ahora mismo —la agarró a ella de la mano y se colocó a Brandon sobre el hombro— ¡vamos! que es para hoy.

—¡James! —gritó su madre fingiendo enfado, pero los siguió a buen paso y con una sonrisa en la cara, animando a los demás presentes a acompañarlos— ¿qué haces?, ¿qué le diré a los invitados? No dará tiempo de anular sus viajes

y...

—No les digas nada, madre, daremos el banquete nupcial dentro de dos semanas, cómo tenías previsto, pero, mientras tanto, yo me voy a casar con esta mujer antes de que se arrepienta.

—¿Así sin más, milord? —preguntó el padre Catwell abriendo la capilla y llegando hasta el altar con prisas. James asintió, dejó a Brandon en el suelo y la miró a ella a los ojos.

—Es lo que queremos, padre, ¿verdad, milady?

—Sí, es lo que queremos —le contestó emocionada y feliz, él sacó las alianzas del *sporrán* y se las entregó al sacerdote, que se animó a iniciar sin dilación la ceremonia matrimonial.

—Y abrevie, padre, que no es nuestra primera vez.

Vestidos de viaje, con Brandon jugando entre sus piernas, y una bulliciosa y sorprendida comitiva nupcial, se dieron el sí quiero por segunda vez, más felices de lo que habían estado en toda su vida y sin dejar de mirarse a los ojos.

Había sido un día inolvidable y, a pesar de las prisas y el trajín, James Sinclair ordenó inmediatamente un correo para Kirkwall, con el certificado de matrimonio y una escueta carta para su suegro, anunciándole la buena nueva e invitándolo a visitar Sinclair Girnigoe lo antes posible. Una ofrenda

de paz que pretendía tranquilizar y alegrar a los Caird y, de paso, acabar de una vez por todas con sus desencuentros.

—Eh, ¿qué tal estáis? —sintió la enorme y cálida mano de James sobre su vientre y giró la cabeza para mirarlo a los ojos— ¿te encuentras bien?

—Perfectamente —estiró los dedos para acariciarle el pelo y él la abrazó con todo el cuerpo—. Es temprano, mi vida, sigue durmiendo.

—Mmm —le besó el cuello y luego se incorporó un poco para mirarla a la cara— ¿por qué Brandon no está aquí?

—Quiso quedarse con Beth anoche, le cuenta un montón de historias y...

—Me parece muy bien, pero prefiero que duerma en nuestro cuarto.

—Mi cuarto, señor conde, que usted tiene el suyo al otro lado del pasillo.

—No pienso dormir solo en la habitación de mi padre.

—Pues no sé por qué, es el mejor dormitorio del castillo.

—Por la misma razón que tú no quisiste tomar propiedad de la habitación de la condesa, que es el segundo mejor dormitorio del castillo.

—No iba a desterrar a tu madre de sus dominios, después de pasarse treinta años alojando allí.

—Ella estaba orgullosa de cedértelo.

—Porque es la costumbre, pero no quiero su habitación, prefiero este

rinconcito, siempre me gustó, se caldea rápido y es muy acogedor.

—¿No te trae malos recuerdos?

—Procuro solo recordar lo bueno.

—¿Lo bueno? —Deslizó la mano por debajo de su camión y le atrapó los pechos ronroneando contra su pelo— ¿esto es lo bueno? ¡Dios! ¿cómo puedes ser tan guapa, Rosslyn Sinclair?

—Lo mismo digo, milord.

—¿Qué? —se echó a reír y ella le acarició la cara con las dos manos.

—Eres un caballero fuerte y gallardo, te has convertido en un padre y un marido excelente, y también eres muy guapo, lo sabes. Tienes unos ojos preciosos, tan bonitos, que siempre me perdí en tu mirada.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí.

—Yo sí que me perdí en tu mirada, amor mío, desde el primer minuto que te vi.

—No seas embaucador.

—No lo soy, siempre he pensado que eres preciosa.

—Más me vale creerte.

Bromeó, se acercó y lo besó, él se le puso encima para devolver el beso

con su pasión habitual y la penetró soltando un quejido profundo y delicioso. Rosslyn suspiró y arqueó la espalda para recibirlo mejor, disolviéndose totalmente bajo su peso, gimiendo de placer y tan enamorada que, por un momento, pensó que jamás, en lo que le restara de vida, podría prescindir de tanto amor.

### XXXIII

—Vamos, Brandon, nos esperan en las cocinas, cariño.

—No, no quiero.

—¿Qué?, ¿me estás desafiando? —buscó sus ojos color aguamarina y se puso las manos en las caderas— vamos, hijo, no voy a repetirlo.

—Déjalo aquí conmigo, Rosslyn —le suplicó su cuñada Faith con una sonrisa— cuando acabemos de jugar, lo llevo dónde me digas.

—Tengo que ayudar con toda la faena que tienen allí abajo, no dan abasto y prometí que iría antes del mediodía.

—No tienes que hacerlo, ahora eres la condesa, Rosslyn, y encima estás en estado, pero si quieres bajar, yo me quedo con Brandon.

—Bien, gracias. Beth estará a punto de volver de la lavandería.

—No te preocupes, me encanta jugar con él.

Se despidió de Faith, que desde su regreso a Sinclair Girnigoe apenas se apartaba de su lado, y salió al pasillo para bajar a las cocinas del castillo, donde a esas horas de la mañana se estaba preparando el gran banquete nupcial organizado por su suegra. Caminó a buen ritmo y miró de soslayo el cuarto del conde, donde James apenas pasaba tiempo, y a su lado el dormitorio de la condesa, donde lady Moira había regresado con su doncella y sus pertenencias en cuanto ella se había negado a ocuparlo. No le había parecido justo alejarla de sus habitaciones, no las necesitaba, estaba muy bien en su dormitorio de siempre y era absurdo aplicar el rígido protocolo entre la familia. Eso le dijo y la condesa viuda, como se hacía llamar, le había agradecido el gesto con los ojos húmedos.

Una actitud tan dócil y conciliadora que extrañaba incluso a sus más cercanos.

Esa mujer, lady Moira, era otra persona desde la muerte de su marido, lucía más mayor y más cansada, ya no era el vendaval de otros tiempos. La enfermedad y el posterior fallecimiento de lord Henry la había dejado hundida, decían sus hijos, aunque sus nueras, Faith y Gwen, le habían asegurado a Rosslyn que lo que realmente la tenía tan afectada era el comportamiento de Llewellyn y su impresentable marido, Jonathan Murray. Todos esos oscuros asuntos en los que se había visto envuelto su yerno, y de

paso su hija, no solo representaban una sucesión de actos delictivos, también, y por encima de todo, eran una traición, un deshonor, y la condesa apenas podía vivir con esa vergüenza sobre sus hombros. Unas afrentas que se conocían en todo Caithness, y en el resto de Escocia, y que habían dejado a su familia en una situación muy incómoda. Jonathan Murray los había puesto en entredicho y eso, la digna lady Moira Sinclair, no lo podía soportar.

Jonathan Murray.

Cada vez que Rosslyn oía el nombre de ese individuo se le ponía la piel de gallina. Ya sabía por James y por Ewan que se había escapado al Nuevo Mundo, pero no acababa de creérselo, cómo tampoco podía olvidar su visita a Kirkwall cuando el nacimiento de Brandon. Su falta de humanidad, su crueldad gratuita, su falsa amabilidad y esa mirada de rata inmunda que tenía no las podría olvidar en la vida, y la presencia de su mujer en el castillo, tampoco la tranquilizaba demasiado.

Llewellyn solía andar pegada a las faldas de su madre y siempre en silencio. En las casi tres semanas que llevaban de vuelta en Sinclair Girnigoe, nunca habían coincidido en la cena o en el desayuno con ella, y hacía lo posible por mantenerse lejos de su hermano, el flamante conde de Caithness, que había tenido la generosidad y la delicadeza de dejarla quedarse en su casa con sus vástagos, a pesar de lo que su marido había hecho contra él. James no quería culpar a su hermana o a sus sobrinos de las conspiraciones de Jonathan

Murray, de sus dos intentos de asesinato, de haber forzado mediante engaños su divorcio o su compromiso lleno de mentiras con la princesa Sofía, él prefería pasar página por el bien de la concordia familiar y no quería discutir más sobre el particular.

James, principalmente, quería olvidar, sin embargo, ni su mujer, ni su fiel Ewan MacDougal, olvidaban, y ambos seguían mirando con desconfianza a Llewellyn Sinclair Murray, que se comportaba de una forma tan extraña y solapada, que no podía dejar indiferente a nadie.

—Ella es mil veces más lista y más despiadada de lo que fue su marido en toda su vida, condesa, te lo digo yo —le explicó una noche Ewan tras la cena— No me gusta que siga aquí, es vengativa, peligrosa, pero tu marido prefiere ignorarlo.

—No lo ignoro, solo quiero vivir en paz —intervino James apareciendo a su lado. Se sentó junto a ella, estiró la mano y le acarició el vientre besándole la cabeza—. Este pequeño será tan fuerte como su hermano mayor.

—Si quieres vivir realmente en paz, manda a Llewellyn fuera de Sinclair Girnigoe, James, hazme caso.

—No voy a desterrar a mi hermana porque tuvo la mala suerte de casarse con semejante traidor.

—Ella instigaba a Murray a actuar, estoy seguro. Ella es la verdadera artífice



del todo daño que os han hecho... sin contar con el que pudieron infligir también a Andrew. Te recuerdo que Murray iba en la partida de caza en la que hirieron a tu hermano.

—Olvídate ya, la estamos vigilando.

Así zanjaba James el problema cada vez que salía el tema, pero ella no pensaba obviarlo tan fácilmente, cada día le gustaba menos tener a Llewellyn cerca y sobreviviendo en la sombra. No le gustaba su comportamiento y muchas veces la había pillado observándola a escondidas, a ella y a Brandon, y esa afición suya le ponía los vellos de punta.

—Milady... —Ros Clyne apareció como por ensalmo en la cocina y ella lo miró de reojo. Estaban rellenando cientos de bollitos con nata batida y dejó la tarea para prestarle atención.

—¿Qué ocurre, Ros?

—Han llegado los caballos de Kirkwall, condesa, y como me pidió que le avisara en seguida...

—¿Ah sí?, ¡qué bien! —se limpió las manos en el delantal y se disculpó con la cocinera antes de salir camino de los establos— ¿Y quién los ha traído?

—Unos hombres de su padre, milady.

—Está bien, gracias —sintió una gran desazón en el pecho al comprobar que ni Cameron, ni su padre, se habían dignado a llevar personalmente los

ejemplares que les había encargado, y llegó a las caballerizas un poco desolada, pero se animó en seguida al ver a sus preciosos animales siendo atendidos por los mozos del castillo—. Buenos días.

—Buenos días —Craig Fraser, el mozo de cuadras de Kirkwall, se acercó y le hizo una reverencia— me alegra verla tan bien, lady Rosslyn.

—Y yo a ti, Craig, ¿qué tal el viaje?

—Todo bien, gracias, milady.

—Son estupendos —se acercó a los caballos y los acarició. Solo eran tres hembras y un semental, pero serían más que suficientes para iniciar su soñada yeguada en Sinclair Girnigoe— ¿me has traído correspondencia?

—No, milady, no me han encargado nada.

—Bueno, pues id a comer algo y descansad un poco, estamos de celebración y hay mucha gente, pero os atenderán en seguida.

—Gracias, milady —Craig le hizo otra reverencia y ordenó a sus acompañantes que lo siguieran hacia las cocinas. Ella suspiró, haciendo lo posible por no hacer caso a los desplantes de su familia, que suponía seguirían durando algún tiempo más, cogió un cepillo y se acercó a una de las yeguas para cepillarla con mucho cuidado.

—¿Son estos? —Oyó la voz de James y en seguida sintió como la abrazaba por la espalda para acariciarle el vientre con las dos manos.

—Sí, ¿te gustan?

—Mucho, pero no me gusta nada que en tu estado estés trajinando entre caballos.

—Estoy bien.

—No, Rosslyn, deja que los atiendan los chicos. Vamos, vuelve dentro, ¿dónde está Brandon?

—Está en mi cuarto jugando con Faith.

—¿Con Faith? —Bufó y se pasó la mano por la cara— ¿con esa inglesa chiflada?

—No está chiflada, adora a Brandon y Beth iba a... —vio su cara de preocupación y asintió— está bien, voy a buscarlo y me lo bajo a las cocinas, tenemos mucho trabajo. ¿Qué tal la partida de caza?

—La de pasado mañana será mejor, hoy solo ha sido un ensayo.

—Hermano... —Ewan se les acercó y le palmoteó la espalda— señora duquesa, ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias, ¿has visto a mis caballos?

—Magníficos, espero que nos dejes montarlos.

—Claro, en cuanto descansen un poco, en fin... —Miró a James a los ojos, se puso de puntillas y le besó la mejilla— voy a buscar a mi hijo, luego os veo.

—¡Rosslyn! —la llamó y ella se volvió con cara de pregunta —. Dame un beso en condiciones.

—¡Santa madre de Dios! —protestó, pero antes de poder huir, él la agarró por el cuello y la besó delante de todo el mundo.

—Así me gusta.

—Serás...

—Conde, lo esperan en la armería —lo llamó un paje, él asintió y le dio a ella una palmadita en el trasero a modo de despedida— ahora mismo voy, Paul.

Adiós, amor mío, y cuidadito con lo que haces sin mí.

Se quedó quieta y algo azorada, como siempre sucedía ante sus muestras públicas de afecto, y no se movió durante unos segundos, observando como partía hacia el otro lado del castillo con su andar enérgico y rodeado de gente. Se pasaba de la mañana a la noche ocupado con sus cientos de obligaciones, y solía cumplir con todo, con mucho entusiasmo y mano firme. James Sinclair, el otrora libre y desenfadado tercer hijo de lord Henry, se estaba convirtiendo en un gran conde de Caithness, y eso a ella la llenaba de orgullo.

\*\*\*

—¿Dónde está Brandon? —se encontró a Faith casi al final de la escalera y ella se detuvo en seco.

—¿No está contigo?

—No, yo... —de pronto el corazón se le subió a la garganta, se sujetó la falda y subió los escalones que le faltaban casi a la carrera— ¿dónde lo has dejado?

—Se lo llevó Beth, quería bajar a saludar a su padre, cómo oímos que llegaba del campo, pues... ¿qué te ocurre? —la sujetó de un brazo y ella negó con la cabeza.

—Nada, no me ocurre nada, estoy bien, gracias.

—Si te asomas por las ventanas de atrás, seguro que lo ves abajo— le indicó el final del pasillo y ella asintió apretándole la mano.

—Eso haré y muchas gracias por cuidarlo.

—Sabes que me encanta. Ahora voy un rato a la capilla.

—Claro, luego te veo —observó como bajaba las escaleras y luego se fue a las ventanas que daban al patio central donde, efectivamente, pudo localizar casi en seguida a Brandon jugando con James. Sonrió al verlo tan contento con su espada de madera, fingiendo tener con su padre un animado combate, y se ensimismó contemplándolos, hasta que un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo.

—La última vez que te vi ahí mismo, también estabas embarazada y mi hermano entrenaba abajo con Ewan —la voz de Llewellyn la hizo apartarse de la ventana para mirarla a los ojos— y de paso coqueteaba públicamente con esa

amante suya, ¿cómo se llamaba?, ¿Prudence? Sí, eso es, Prudence, la hija del maestro armero.

—Horas antes de que muriera Andrew.

—Exacto —se le acercó y se asomó para inspeccionar el patio— ¿sabes dónde está ahora Prudence?

—No.

—Casada en Glasgow. Mi madre se empeñó en sacar de Sinclair Girnigoe a todas las amantes y queridas de James antes de que llegara aquí su esposa, la princesa Sofía. Arregló compromisos y mandó a todos esos pendones lejos de su amado hijito y de su nuera de sangre real. No quería incomodar u ofender a la princesa con las imprudencias de mi hermano, ya sabes cómo ha sido siempre.

—Había mucha leyenda detrás del comportamiento de tu hermano.

—Lástima que la danesa nunca quiso venir al norte —la interrumpió muy brusca— y mucho menos para alojarse con nosotros.

—Debo irme, Llewellyn, en las cocinas hay mucha faena.

—Lo que no entiendo es cómo alguien como tú, a la que su marido humilló de todas las formas posibles, vuelve aquí como si nada hubiese pasado. Es patético, Rosslyn. Ya que habías conseguido librarte de él, deberías haberte quedado en tu casa, con tu familia.

—No creo que sea asunto tuyo.

—¿Cuánto crees que tardará el señor conde en volver a encamarse con una Prudence, o con otras tantas como ella, Rosslyn?

—No sé, pregúntaselo a él —soltó con ironía e hizo amago de caminar hacia la escalera, pero ella, que era bastante más alta y más fuerte, le cortó el paso.

—Estoy segura que enseguida se cansará de jugar a ser buen padre y mejor marido. Aquí todos lo sabemos y no podemos dejar de sentir lástima por ti.

—Continúas subestimando a tu hermano.

—¿No creerás que James ha cambiado, verdad?. Siempre ha sido un crápula irresponsable y lo seguirá siendo toda su vida. Menudo bicho traicionero es.

—¿Cómo tu marido? —soltó mirándola a los ojos y percibió perfectamente como se le iban los colores de la cara— Porque, que yo sepa, el único traidor aquí ha sido Jonathan Murray, que conspiró contra la vida de su cuñado al menos dos veces, mintió y engañó y...

—¡Calla, ramera! —levantó la mano para abofetearla, pero Rosslyn fue más rápida y dio un paso atrás a tiempo.

—¿Me vas a pegar?, ¿sabes lo que hará James si se entera que has intentado agredirme?

—¿Te crees alguien, putita resentida?, ¿en serio crees que eres condesa?, ¿que tienes algún poder sobre mí?

—Mejor será que me dejes marchar, ¡apártate, Llewellyn!

—¡No!, por tu culpa mi Jon tuvo que irse de aquí, por tus mentiras y tu estupidez. Debiste mantenerte lejos de mi hermano, Rosslyn Caird, debiste mantener la boca cerrada y nos hubiésemos ahorrado muchos problemas.

—Tarde o temprano los delitos de tu marido, y los tuyos, se iban a descubrir, Llewellyn. No sois ni tan listos, ni tan eficaces. Vuestras canalladas no iban a quedar impunes.

—¡Calla! —volvió a acercarse con muy malas intenciones y Rosslyn retrocedió hacia la ventana, pensando en pedir ayuda a gritos si hacía falta.

—Lo que no entiendo yo, es cómo odiando tanto a James, no te has largado ya de aquí.

—¿Eso es lo que quisieras, verdad?, que me fuera y renunciara a lo que legítimamente es mío, pues no lo haré. No hay conde de Caithness menos digno que mi hermano, ni condesa más deshonrosa que tú. No os merecéis nada de esto y yo procuraré que el reinado de Jamie Sinclair al frente de esta casa dure muy poco.

—¿Es otra amenaza?

—Empezaré por ti y por el bastardo que llevas dentro —la alcanzó con su enorme manaza y la sujetó por el cuello— luego iré a por tu puto hijo y finalmente acabaré con el estúpido de tu marido, ¿qué te parece?



—¡No!, por favor... ¡Llewellyn! —notó perfectamente la falta de respiración y como esa mujer, que hacía gala de una fuerza descomunal, la arrastraba hacia las escaleras sin ningún esfuerzo. Intentó zafarse, patear y gritar, pero no pudo, y cuando vio los peldaños a muy corta distancia, comprendió que pretendía tirarla escaleras abajo sin ninguna piedad— Llewellyn, por Dios, mi bebé.

—¡Al infierno con tu bebé! —hizo amago de empujarla, pero un grito desgarrador la detuvo y Rosslyn sintió como la dejaba caer al suelo con violencia, para enfrentarse a la mujer que la llamaba por la espalda.

—¡Suéltala, maldita seas!

Chilló Faith y se lanzó como una loba contra su cuñada. Rosslyn intentó incorporarse para salir de allí, pero le fue imposible, le faltaba el aire y sabía que estaba a punto de desmayarse, sin embargo, intentó arrastrarse hasta el hueco de la escalera para pedir socorro, sin ningún éxito. Quiso gritar y no le salía la voz, miró a Faith y comprobó que poco podía hacer contra una Llewellyn mucho más fuerte y llena de odio, así que rezó y se encomendó a Dios, sujetándose el vientre con una mano, tratando de agarrarse con la otra a la pared, en un vano intento por ponerse de pie.

—¡Os voy a matar a todos!, no quedaréis ninguno vivo, ¡grandísimos hijos de puta! —oyó que Llewellyn gritaba mientras empujaba y golpeaba a la viuda

de su hermano William.

—¡No me toques!, ¡maldita seas tú y el cobarde de tu marido!

—¡Calla, bruja chiflada!

—Faith, corre, busca ayuda —intentó decir Rosslyn y Llewellyn se volvió hacia ella furiosa, dio un paso al frente y la abofeteó con todas sus fuerzas.

—¡Silencio, puta!

—¡Llewellyn! —Moira Sinclair apareció por la escalera seguida por dos de sus mujeres y miró a su hija con los ojos muy abiertos— ¡¿qué estás haciendo?!

—Es esta inglesa desquiciada, madre, estaba agrediendo a Rosslyn.

—¡Mentira!, ella estaba intentando estrangularla y...

—¿Qué? —La condesa miró a su nuera embarazada, tirada en el suelo medio inconsciente, y se fue indignada hacia Faith— ¡¿querías matar a mi nieto, loca envidiosa?! Haré que te encierren, haré que te quemem viva, voy...

—¡Lady Moira! —logró decir Rosslyn con un hilito de voz y miró a Llewellyn, que estaba apartándose del grupo para salir huyendo— ha sido ella, ha intentado tirarme escaleras abajo, dice que quiere matar a Brandon... por favor... escúcheme... por favor...

—¡Detente! —ordenó lady Moira, pero su hija no hizo ningún caso y salió corriendo hacia las escaleras— ¡James!, llamad a mi hijo, llamad al conde.

—¿Qué está pasando aquí?! —Rosslyn oyó claramente la voz de su marido, sus botas subiendo a la carrera y cerró los ojos aliviada— ¡Rosslyn!, ¿qué demonios...?

—¡No me toquéis!, no os acerquéis a mí — Llewellyn Sinclair Murray quedó cercada y se apartó de los hombres que venían con su hermano con la mirada completamente enajenada y pegándose a Rosslyn— ¡dejadme en paz!, soy hija del honorable lord Henry Sinclair, esposa del legítimo heredero de Caithness, Jonathan Murray, primogénito de lord John Sinclair. Mostradme algún respeto.

—¿Qué has hecho, hermana?, ¿qué pretendes? —susurró James mirando de reojo a Rosslyn, que permanecía inerte en el suelo.

—Nada, déjame marchar o lo pagarás muy caro —empujó a Rosslyn con la punta del zapato y le sonrió—. Parece que no se encuentra muy bien.

—¡Aléjate de mi mujer!

—¿Tu mujer?, ¿ahora es tu mujer?, qué cosas tiene la vida, después de todo el desprecio que le profesabas en el pasado.

—Calla y ven conmigo, hija —Lady Moira le extendió la mano y ella la escupió.

—No quiero nada de ti, eres tan traidora como los demás.

—Apresadla —ordenó James con la voz serena y Rosslyn vislumbró entre

sombras como alguien se acercaba para agarrarla por los brazos, pero Llewellyn no lo permitió, retrocedió veloz, salió corriendo, se subió al alféizar de la ventana y se tiró al vacío ante la mirada estupefacta de su familia.

—¡No! —gritó lady Moira cayendo al suelo de rodillas.

—Qué Dios la perdone —susurró Faith con el rosario entre las manos.

—¿Rosslyn? —James al fin se acercó, la abrazó por los hombros y le acarició la cara con la mano abierta—. Amor mío, mírame, estás bien. ¿Rosslyn?, mírame, maldita sea. ¡Llamad al médico!

—No la muevas —Oyó que decía Ewan como de lejos— deja que la vea primero el doctor.

—Rosslyn —La besó en los labios y le mojó la cara con sus lágrimas, sollozaba con mucha angustia y ella trató de recomponerse y consolarlo, pero no fue capaz, el cuerpo no le respondía y esa evidencia empezó a asustarla de verdad— No me dejes así, te quiero tanto, mi vida, no te vayas así, no podré seguir viviendo sin ti, abre los ojos, Rosslyn... por favor. Te necesito.

¡Háblame por el amor de Dios! ¡Rosslyn!

—Estoy bien, estoy bien... —balbuceó al fin, forzando una sonrisa, estiró la mano para tocarle la mejilla y se desmayó.

## FIN

### Epílogo

#### CAITHNESS, ESCOCIA, SEPTIEMBRE 1616

—Cassidy, cómo me alegro de tenerte aquí —miró a su hermana pequeña y se acercó para abrazarla otra vez. Hacía al menos tres años que no se veían y era una verdadera bendición tenerla en Sinclair Girnigoe para celebrar su veintidós cumpleaños. Un regalo de James, que había invitado a Cassidy, su marido y su hija, la pequeña Rosslyn, para pasar una temporada con ellos en Caithness.

—Yo también me alegro mucho de verte, estás tan guapa como siempre, hermanita.

—Un año más vieja —bromeó y se arregló la falda del vestido un poco nerviosa— espero que madre no se haya arrepentido.

—Por supuesto que no, está deseando verte, a ti y a los niños.

—Sí, pero si Cameron...

—Cameron no habrá dicho nada, tranquila... ¿y tú, preciosidad? —se acercó

para saludar a William, que a sus nueve meses observaba todo con sus hermosos ojos azules muy abiertos, y le sonrió— no pierdes detalle de nada, chiquitín.

—Es muy despierto —Rosslyn se inclinó y lo cogió en brazos— incluso más que Brandon a su edad.

—Es guapísimo, se parecen mucho.

—Los dos son como su padre —le acarició el brazo y la animó a salir al patio— ¿esperamos fuera? Si todo va según lo previsto, mamá debería estar al caer.

Cassidy asintió y la siguió al patio central del castillo. James había enviado una pequeña comitiva para recoger a su madre en Kirkwall, todo estaba acordado para que llegaran ese día, pero hasta que no la viera entrar por la puerta de Sinclair Girnigoe, no respiraría en paz.

Sonrió y charló con todas las personas que se acercaron para saludarla y para hacer algún mimo a William, y sin querer miró la zona del jardín donde hacía un año Llewellyn Sinclair Murray había caído tras sufrir un terrible episodio de locura. Lady Moira lo llamaba así, “terrible episodio de locura”, y nadie se lo discutía, para no hacerla sufrir más.

Afortunadamente para ella, Llewellyn no murió a pesar del impacto, la salvaron el césped y las plantas que poblaban la zona y, aunque quedó muy mal herida, los cuidados del doctor MacAboy y de su madre, consiguieron

salvarle la vida. Se pasó cuatro meses recluida en su habitación, curándose y reponiéndose poco a poco, hasta el día en que se pudo poner de pie y entonces James se presentó en su cuarto para anunciarle que se marchaba inmediatamente y sin dilación de Caithness, ella y sus cuatro hijos, a los que había decidido otorgar una asignación anual para que pudieran vivir con algo de holgura.

Llewellyn suplicó, pidió perdón y sollozó apelando a su piedad, pero su hermano fue inflexible, y ante la amenaza velada de Ewan MacDougal de denunciarla, apresarla y mandarla a Londres para que la juzgaran por traición, accedió a regañadientes y se fue de Sinclair Girnigoe blasfemando en arameo. Su destino final fueron las Tierras Bajas de Escocia, cerca de Dumfries y Galloway, donde vivía su hermana Arran, y donde la recibieron gracias al dinero que pagó James Sinclair. Una verdadera humillación para la arrogante lady Llewellyn, que acabó arrastrando a su madre en el destierro.

Lady Moira Sinclair, abatida por los últimos acontecimientos, decidió acompañar a su hija y a sus nietos en el viaje, pero una vez instalada en casa de su yerno, escribió diciendo que se quedaba allí, que sus hijas la necesitaban, que renunciaba a su papel de condesa viuda y que los dejaba libres para que asumieran plenamente su destino como los nuevos condes de Caithness. Una decisión que desconcertó en un principio a James, aunque pasados los días, la acabara aceptando como un regalo del cielo.

Desde entonces, hacía ya ocho meses, ambos ejercían su papel con total autonomía y a su manera. James nombró a Ewan nuevo castellano de Sinclair Girnigoe, en sustitución de su padre, y tomó las riendas del condado con mano de hierro. Se rodeó de hombres de su entera y exclusiva confianza y dejó el gobierno de la casa en sus manos. Todas las cuestiones domésticas pasaron a ser asunto suyo y las asumió con respeto y un poco de miedo al principio, aunque pronto descubrió que su suegra, así como sus nobles antecesoras, habían establecido unas normas y unas tareas perfectamente organizadas para el mantenimiento del hogar. Unas reglas tan eficaces que habían sobrevivido inamovibles a través del tiempo y que la ayudaron sobremanera a cumplir con su labor.

Estaba muy ocupada, pero como James le había prometido en Edimburgo, disponía, por primera vez en su vida, de autonomía, independencia, y de un enorme poder de decisión. En Sinclair Girnigoe era la máxima autoridad después de su marido, la gente confiaba en ella, la escuchaba y le pedía consejo, y ella hacía lo posible por ser justa y generosa, por cumplir como una buena y digna condesa. Se sentía muy satisfecha de poder cuidar de su gente, de poder apoyar a James en sus responsabilidades, y el resultado que estaban consiguiendo juntos, hombro con hombro, no podía ser mejor. Trabajaban mucho, sí, pero también afianzaban, cada día con más fuerza, su sólida y feliz unión.



Seguramente eso era lo más valioso que tenían: su unión. Ambos estaban muy enamorados y ella, además de admirar y respetar a James Sinclair por ser un gran hombre y el maravilloso padre de sus hijos, lo amaba con pasión. Soñaba con sus ojos y esperaba con ansiedad cada noche, cuando él llegaba a su cuarto sonriendo, se desnudaba con prisas y se metía en la cama de un salto para disfrutar juntos de su intimidad, de sus interminables charlas, de sus besos y caricias. De ese tiempo de soledad en el que era suyo y de nadie más.

Respiró hondo, lo buscó con los ojos y lo divisó a lo lejos. Estaba al otro lado del patio hablando y trabajando con los chicos de las caballerizas, bromeando y gesticulando con su desparpajo habitual, y recordó de repente aquellos aciagos días, tras el ataque de Llewellyn, en los que le tocó permanecer en la cama temiendo por su embarazo. Ni el médico, ni sus cuñadas Faith y Gwen, ni Beth, se habían separado de ella, pero, sobre todo, había sido James el que había estado a su lado incansable, velando su sueño y pendiente de cualquiera de sus suspiros. Él no se había movido de la cabecera de su cama durante días, y la había abrazado y mimado hasta la saciedad para procurar hacerla feliz, le había contado innumerables historias para entretenerla y había acabado obligándola a comer para que recuperara fuerzas. Gracias a sus devotos cuidados habían salido adelante y William Andrew Sinclair había nacido sin novedad el 20 de diciembre de 1615, solo

unos días antes de lo previsto.

—Hola, preciosidad —lo vio acercarse con sus andares seguros, limpiándose las manos en el kilt y le sonrió de oreja a oreja.

—Hola, mi vida, ¿qué hacéis?

—Buscando un caballo para este hombrecito —le indicó a Brandon, que venía un paso por detrás de él, distraído con su espada de madera, y le guiñó un ojo—, hay un alazán que nos gusta bastante.

—Solo tiene cinco años y...

—Dentro de tres meses serán seis y es un Sinclair. —la interrumpió, la besó en la boca y le quitó a William de los brazos—. A su edad mis hermanos y yo ya montábamos a pelo por el campo, ¿verdad, William?, ¿a que tú también quieres elegir un caballo?

—Ella montaba antes de saber andar —apuntó Cassidy acariciando el pelo de Brandon— no sé qué le asusta tanto.

—Es muy pequeño —insistió y oyó el cuerno del vigía. Se le subió el corazón a la garganta y los miró con los ojos negros muy abiertos—. Ya están aquí.

Se sujetó la falda y caminó muy emocionada hacia la entrada principal del castillo. Llevaba catorce meses sin ver a su madre, apenas habían cruzado una carta en todo ese tiempo y solo quería abrazarla y atenderla como se merecía, devolverle un poco de lo que había hecho por ella en todos esos

años, y enseñarle Sinclair Girnigoe. Se sentía muy orgullosa de poder recibirla en su casa y tenía mil planes para agasajarla mientras permaneciera en Caithness.

—¡Mamá! —exclamó al verla bajar, guapísima, del carruaje, saltó a sus brazos y se aferró a ella llorando.

—Deja que te vea, Rosslyn, no me llores, por el amor de Dios, estás preciosa.

—Qué ganas tenía de verte, mamá, ha pasado tanto...

—¿Y a mí no tenías ganas de verme? —oír la voz de su padre casi la hace perder el equilibrio, se giró hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Estás hecha toda una mujer, hija... —susurró su padre, la apartó para mirarla mejor y luego subió los ojos hacia su yerno— James...

—Milord— respondió él con una pequeña venia— bienvenidos a Sinclair Girnigoe.

—Gracias por invitarnos, ¿y este jovencuelo tan guapo es William?

—Sí, es William. Brandon —llamó a su hijo y él llegó corriendo para ver a los abuelos— ¿has visto quién ha venido a verte, cariño?

—¡Abuelitos! —saludó tan contento y Rosslyn llamó a las doncellas para que se hicieran cargo del equipaje.

—¿Y tu familia, Cassidy? —preguntó su madre y ella se encogió de hombros.

— Alec ha salido a cazar con Ewan MacDougal y la pequeña Rosslyn está en la cocina aprendiendo a hacer pan con Beth.

—Pasad dentro, debéis estar cansados —Rosslyn los animó a entrar y los llevó al recibidor para que se sentaran— ¿qué tal Cameron, Anne y las niñas?

—Muy bien, ya vamos por la sexta muchachita —bufó su padre—, pero gracias a Dios todos bien. Te ha mandado una carta.

—¿En serio?, me alegro mucho.

—¿Y vosotros qué tal?, ¿qué tal el condado, James? Se habla maravillas de ti. El clan permanecerá unido y sólido bajo tu mando, eso es lo que se dice por ahí.

—Eso espero, milord.

—Está haciendo un gran trabajo —susurró Rosslyn orgullosa y le acarició el brazo antes de sentarse junto a su madre—. Me parece mentira teneros aquí.

—Y a nosotros verte tan guapa y tan radiante.

—Bueno...

—Diles lo que pasa, hermanita, no seas tan tímida —apuntó Cassidy con William en brazos y Rosslyn la miró con el ceño fruncido— lo siento, no se lo has dicho a...

—¿Qué pasa?

—Parece que no seré yo la única que dé a luz en primavera.

—¿Qué?! —James, que estaba apoyado contra la pared, se enderezó y miró a su mujer con los ojos claros muy abiertos.

—¡Milord, milady! —Beth entró con los brazos abiertos para saludar a sus antiguos amos y Rosslyn se levantó despacio, agarró a su marido de un brazo y lo sacó al pasillo.

—No te lo había dicho porque...

—¿Estás embarazada?

—Sí —se le saltaron las lágrimas y él sonrió de oreja a oreja antes de cogerla en brazos para abrazarla muy fuerte.

—¿Para primavera?

—Eso parece.

—Bendita seas, Rosslyn Sinclair.

—Bendito seas tú, mi amor.

—Te amo —la dejó en el suelo con delicadeza, la sujetó por la nuca y la besó— otro varón para perpetuar la sangre Sinclair.

—Esta vez seguro que es niña.

—Lo que tú digas, condesa —la miró a los ojos y los dos se quedaron quietos, sin poder apartar la vista en uno del otro, hasta que Rosslyn sonrió, dio un

paso atrás y le acarició el pecho.

—¿Qué?

—No sé, me acabo de perder en tu mirada.

—Mi vida...

—¡Milord! —Ros apareció de repente y los interrumpió sin ninguna delicadeza— Condesa...

—¿Qué ocurre, Ros?

—Lo esperan fuera. Los proveedores de Edimburgo, milord.

—Pues...

—Ve, atiende a esa gente.

—¿Segura? —preguntó entornando los ojos y ella se acercó para alisarle la camisa y el kilt.

—Por supuesto, yo me quedo con mis padres.

—¿Y no querrás volver con ellos a Kirkwall, no? —susurró medio en broma, medio en serio y Rosslyn se puso seria— siempre has añorado mucho tu hogar.

—Mi hogar está dónde tú estés, James Sinclair, así que no pienso moverme de tu lado.

—Más te vale... —le besó la frente, le guiñó un ojo y desapareció.

Claudia Velasco

Madrid, agosto 2017